

Paulina Flores

Isla Decepción



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Citas
Dedicatoria
6 de diciembre, 2013
1
2
Un día en el Melilla
3
4
Antes de partir
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Tras renunciar a un trabajo que odia, Marcela huye de su vida en Santiago de Chile para visitar a su padre en Punta Arenas, en la Patagonia. Allí descubre que Miguel, con quien tiene una relación compleja, mantiene escondido a un joven coreano que un grupo de pescadores ha rescatado en el mar. Aislado tras un muro de silencio y una historia traumática, Lee es un misterio por descifrar, un superviviente en el que ambos se vuelcan para evitar resolver sus propias diferencias.

Inspirada en casos reales de marineros orientales que ponen en peligro sus vidas saltando de los barcos-factoría que navegan por el estrecho de Magallanes, *Isla Decepción* cuenta la historia de tres prófugos que buscan un refugio para no rendirse. Abordando el estado de explotación actual de los mares y condiciones de trabajo impensadas en pleno siglo ^{xxi}, la novela cruza la frontera de lo real para arribar a una nueva orilla, una en la que la soledad, los errores y la desesperación todavía pueden convertirse en una aventura.

Escrita con un ritmo cinematográfico heredero del cine coreano, tan poética como violenta, *Isla Decepción* es la esperada primera novela de Paulina Flores, ganadora del Premio Roberto Bolaño, elegida por *Granta* como una de las mejores narradoras en español y cuyo primer libro, *Qué vergüenza*, ha sido unánimemente alabado por la crítica y traducido internacionalmente.



Seix Barral Biblioteca Breve

Paulina Flores

Isla Decepción

Don't leave, it's my fault.

TYLER, THE CREATOR

*No tiene ningún sentido decir dónde solías trabajar
No tiene sentido decir cuánto ganabas
No tiene sentido decir lo que solías hacer
Esta es la cara de Fu Manchú.*

DEMOND DEKKER

Sólo el mar, sólo el mar, sólo el mar.

NICOLE

Para Diego Urbina

6 DE DICIEMBRE, 2013

—¿En qué soy bueno? —preguntó Miguel con tono alegre.

Ninguno de los pescadores respondió, pero él entendía el mensaje. No es que lo ignorasen a propósito o que quisieran burlarse —aunque si había algo de eso, él también lo respetaría—, simplemente estaban concentrados en sus tareas y repartíendose las del cuarto tripulante inexperto, o sea, él. Tal vez las faenas de zarpe fueran demasiado simples como para gastar tiempo en explicaciones, y para Miguel estaba muy bien, nunca había sido un vago y no tenía nada que demostrar: en lo suyo era bueno y esto —la lancha de Emilio y la pesca de centollas— no era lo suyo.

Dio un paso al costado y se abocó por completo, y atentamente, a no estorbar.

El Chico Onofre iba con sus pasitos atropellados y la parka ya sucia, todo concentración. No logró recordar el nombre del otro tripulante. Sabía que era familiar de Emilio, un sobrino o primo en segundo grado que había llegado desde Chiloé.

Esperaron a que el cielo oscureciera del todo para zarpar. Después de quince años en Punta Arenas, Miguel ya estaba acostumbrado a que eso ocurriera cerca de medianoche, pero jamás había navegado en altamar y debía admitir que estaba algo nervioso. Se acercó a la baranda de popa para dar un último vistazo al muelle. La perspectiva tampoco ayudó mucho: parecía que la lancha seguía detenida, como si no fuera él quien se alejaba, sino todo lo demás. Prendió un cigarro para darse ánimo. El humo era cálido y amistoso, pero la ilusión óptica se mantuvo.

Meneó la cabeza y trató de hacerse a la idea. Esa noche, y las ocho siguientes, dormirían en los catres de la pequeña lancha. Esperaba que no los cuatro juntos.

—¿Ya te aburriste, marinero? —preguntó Emilio cuando Miguel entró en la cabina.

—No es que me dejen hacer mucho —dijo él, ubicándose a su lado.

—¿Y te estás quejando también? —insistió el capitán, sin apartar la vista del frente—. Que trabajen un poco esos remolones. Ya te va a tocar lo tuyo, y ahí te quiero ver...

Miguel había estado en la cabina varias veces, echando un vistazo a la sonda o desmontando el panel de control, pero se le antojó diferente en movimiento. Parecía todavía más pequeña y caótica, aunque todo —los termos, ceniceros, escuadras y hasta un cortaúñas— estaba bien fijo a la madera. Se dedicó a toquetear las estampas de santos y flores plásticas pegadas al parabrisas con cinta aislante.

—Esto parece más una animita que el puente de mando de un capitán —bromeó.

Emilio enarcó las cejas para darle a entender que no iba a molestarse en contestar.

—¿Y esta la tienes para ver el futuro, viejo brujo? —insistió Miguel pasando la mano por la esfera de la brújula. Y ya que tampoco obtuvo respuesta, pasó a jugar con la llama de la vela fija al tablero.

—¿Me meto yo con tus creencias? —protestó por fin el capitán.

Miguel levantó las manos y puso cara de niño chico inocentón.

—Ya te quiero ver. En un rato vas a andar todo meado y rogándome por una vela.

—No descarto, fíjate, pero por ahora lo único que he visto son las estampitas de un viejo miedoso.

—Pronto vas a ver más, espérate sentaíto.

Ambos hombres tenían cincuenta y tres años. Hablaban mirando al frente, con un tono impersonal y burlón que encubría el respeto y cariño mutuo que jamás reconocerían o traducirían en palabras.

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Miguel, otra vez como un niño inquieto.

—¿Para llegar? ¿Y a dónde creís que vamos a llegar? ¡Relájate, oye! Hoy tenemos tiempo de sobra. De hecho, pensaba irme por la costa y darte un paseíto, ¿qué te parece?

—No creo que pueda ver mucho a esta hora...

—¡Y dale con lo mismo, pucha el viejo quejica! Déjame pilotear tranquilo y anda a echarte arriba, mejor será.

—A sus órdenes, capi —rio él imitando un saludo militar con la mano.

—Pero si el viento está muy bravo te bajas al tiro, ¿sabes dónde encontrar valentía?

Miguel sonrió y posó una mano sobre el hombro de Emilio. Ambos eran igual de bajos.

—Tienes que presentarte a puente cada una hora. Y dile al Chico que se ponga a cocinar.

En cubierta, los tripulantes ya empinaban el codo con una caja de vino. Miguel tuvo ganas de unírseles, pero algo en la postura del sobrino de Emilio le dijo que no era bienvenido. Informó las instrucciones del capitán y luego cumplió él mismo con las órdenes y subió al altillo sobre la cabina. Se dio cuenta de que el sobrino lo seguía de reojo, pero cuando lo encaró con su mirada, este bajó la vista.

Ya arriba, tomó asiento sobre un tambor azul. El viento pegaba en su rostro sin tanto olor a algas, pero el balanceo se sentía más fuerte.

Este viejo brujo quiere que vomite, se dijo. ¡Pero no me la va a hacer!

Se afirmó bien de la baranda y escuchó el motor que sacaba la lancha corriente adentro. Sonaba competente. Alargó el cuello para mirar la superficie del agua, aunque de tan oscura y densa, más parecía petróleo. El viento iba a congelar su espalda y sus dedos, pero todo estaba en calma. Se pasó una mano por la barbilla y se preguntó si podría dormir esa noche. Mucho tiempo para pensar, se dijo. Demasiado tiempo para pensar. Echó la cabeza hacia atrás para ver las gaviotas que graznaban amenazantes sobre él. En el cielo también encontró un banderín de Magallanes. Bajo las estrellas cosidas al paño, dio con la luna real, creciente y amarilla. Todo en calma.

Al menos nos movemos hacia alguna parte, pensó. No quiso imaginar qué sentiría cuando los motores se detuvieran y la lancha flotara en medio de la nada.

Dejó el cigarro colgando en su boca y sacó el trozo de madera y la navaja de su banano. Quería tallar un silbato. Su padre le había enseñado a fabricarlos con tallos huecos de higuera, pero el trozo de arce que había encontrado de camino a casa resultaría ideal para el modelo más sofisticado que tenía en mente. Sostuvo la madera a cierta distancia. Mientras consideraba los pasos a seguir, escuchó gritos en cubierta.

No entendió la jerga en la que hablaban, pero resultaba bastante obvio que algo malo había pasado. Se levantó enseguida y, aún con madera y cuchilla en mano, postergó el estado de ánimo tranquilo que había estado a punto de conseguir para ponerse a disposición de las peores

circunstancias. Entonces fue cuando el motor de la lancha se calló y por un momento que pareció muy largo —pero que debió durar menos de cinco segundos— solo se escucharon las olas. El sobrino o primo en segundo grado de Emilio apareció de pronto junto a él. Tomó el salvavidas y volvió a bajar sin mirarlo ni informar nada. Pero ya que se había llevado precisamente eso, no podía tratarse más que de alguien en el mar. Tampoco necesitó barrer la superficie con la vista, el foco de la lancha ya iluminaba una figura. El pelo le tapaba los ojos y su cuerpo se mantenía a flote gracias a un chaleco roñoso. Está vivo, se dijo, pero no resopló con tranquilidad, sino por el contrario: la sonrisa que creyó distinguir en la boca del náufrago —y que era la prueba de que debía seguir con vida— hizo que lo recorriera un escalofrío por la espalda. El sobrino de Emilio ya nadaba en su dirección cuando el sonido del piquero llegó a sus oídos.

—De un *chimao* —aseguró el Chico Onofre con tono astuto, una vez abajo.

Miguel sabía que los *chimaos* eran buque-factorías chinos, así que enseguida se hizo una idea de lo que podía haber sucedido, por qué y cómo.

Fue hasta Emilio, que tiraba del cabo unido al salvavidas, y le ofreció su ayuda con un guiño de ojos rápido. Por medio de otro gesto, el capitán le respondió que por ahora solo estorbaría, pero que después, en breve, iba a necesitarlo. Parecía totalmente concentrado en lo que hacía, aunque, conociéndolo como Miguel lo conocía, era probable que también estuviera sopesando las posibles alternativas y decisiones que tendría que tomar.

No hizo falta ningún gesto para que ambos supieran que había llegado el momento de inclinarse por el borde de la lancha y jalar cada uno por las muñecas hasta sentar la figura humana en el borde.

—Respira —confirmó Emilio, aunque su tono estaba lejos de manifestar alivio.

Después de acomodarlo en el piso de cubierta, el capitán le quitó el salvavidas y le gritó al Chico que fuera por toallas y mantas. En realidad, no dijo toallas y mantas, pero cualquiera entendería que eso es lo que significaba «algo seco». Luego le peinó el pelo hacia atrás, le tomó la temperatura y midió sus pulsaciones. Estaba inconsciente, pero ahora sabían que solo se trataba de un muchacho y que la forma de sus ojos confirmaba las suposiciones de Onofre: un chino. No sonreía.

—Yo no quiero na meterme en problemas —dijo el Chico al tenderle las toallas a Emilio.

—Si no prendí fuego en el tacho, vai a tener un problema —respondió él y pasó a secar al náufrago.

El sobrino subió a la lancha a pulso. No dijo ni preguntó nada, únicamente se secó las manos para prender un cigarro.

—Buena, buena, Toño —lo felicitó Emilio acercándose a él.

Antonio, eso es, pensó Miguel y saber por fin su nombre le entregó casi la misma tranquilidad que cuando el capitán afirmó que el muchacho respiraba. También sacó su cajetilla.

Se quedaron de pie y en silencio, examinando las señales de vida del chino —que estaba muy pálido y tiritaba—, pero sobre todo para fumar tranquilos.

No parece que haya tragado agua. Aunque nadie lo dijo, el mensaje subió con los espirales reposados del humo.

Toño dejó al muchacho en el catre de la cocina y salió sin prestar atención a los reparos del Chico Onofre. «Ahí duermo yo», siguió protestando él y luego dio unos golpecitos en la mejilla del náufrago.

—No despierta —concluyó y, pese a que sonaba ridículamente obvio, Miguel asintió con gravedad. Acercó un oído a su boca para comprobar que respiraba. El aire salía, aunque muy débil y escalofriantemente frío.

Onofre negó con la cabeza.

—Otro chino más —dijo y pasó a revisarle los bolsillos hasta dar con una bolsa plástica. Hizo un pequeño corte con su navaja y sacó una fotografía, unos billetes y algo parecido a un carné de identidad. Estudió la identificación con los ojos entornados.

—¡Pfff, no se entiende ni jota! Pero yo le digo, don Miguel, a este hay que mandarlo de vuelta al tiro pal *chimao*, si no van a ser puros problemas.

Él le pidió los documentos y se los guardó sin revisarlos.

—El año pasao pillaron a unos en Muñoz Gamero, ¿se acuerda?

Miguel afirmó con la cabeza, pero en realidad no lo recordaba.

—Yo no les tengo pena, eso sí —agregó el Chico—. Usted sabe, don Miguel, en esos barcos andan puros presos. Por eso van encerrados y los tratan como los tratan... como a todo preso —se apuró a decir por si quedaban dudas.

Él se limitó a esbozar una sonrisa condescendiente.

—Yendo pa Rinconada. Ahí se pueden ver hartos pa esta fecha, pero nunca hacen puerto. No pueden. Porque son presos —insistió—. A este mejor tenerlo vigilao.

Miguel tomó el estuche de devezés que tenía cerca y revisó los títulos para evitar la conversación. Entonces recordó la noticia: los militares habían pillado a unos chinos con cara de perdidos, pero sin apariencia de turistas, y se los llevaron para interrogarlos. Claro que al final no eran chinos, ¿vietnamitas?, ¿indonesios?, algo por ahí. Los mantuvieron detenidos unos días y después los mandaron a su país, ¿o es que los habían devuelto al barco? El caso que recordaba bien era el de los filipinos: aparecieron en la portada de los diarios locales flotando a la deriva sobre dos bidones plásticos.

Las películas eran todas pornográficas y el Chico lo miró con una sonrisa pícar.

—¿Quiere un matecito? Hoy vamos a fondear tarde.

—Sigue inconsciente —informó a Emilio en la cabina, y le extendió los documentos. El capitán los dejó a un lado. Estuvieron un rato callados, sin moverse.

—Y, ¿qué vas a hacer? —preguntó Miguel cuando el capitán prendió la lancha.

Emilio entrecerró los ojos. Pese a la expresión severa e inflexible de sus cejas, terminó por suspirar con inquietud. Luego dijo:

—¿Qué voy a hacer? ¡Devolverlo! Prefiero tratar con esos hijos de puta negreros que con los hijos de puta de la Gobernación.

Con la mano libre tomó los documentos y contó los billetes. Eran dólares.

—Siete —dijo volviendo a enarcar las cejas, esta vez con un gesto parecido a la compasión, que desapareció enseguida—. Ese de allá debe ser —y apuntó con el mentón hacia el único buque que flotaba cerca—. Esperemos que se dignen a contestar.

Miguel no recordaba haber visto alguna foto de un *chimao* en el diario, pero mientras se acercaban, entendió las aprensiones del Chico Onofre: el muro enrejado que rodeaba la cubierta y las manchas de óxido en toda la línea de flote solo hacían pensar en una cárcel.

Se lo comentó a Emilio.

—Esas son historias que se cuenta la gente pa quedarse tranquila.

—No creo que sean presos, pero el barco tampoco se ve muy cómodo que digamos...

—Porque yo salgo a pescar en un yate de lujo, ¿cierto? —ironizó Emilio y buscó su cajetilla—. Pescan calamares —pasó a explicar un poco menos agitado—, poteros, que les dicen. Por eso tienen esas plataformas enrejadas. Usan líneas automáticas y después caen por ahí. Se supone que andan como dos años en altamar. ¡Robando! A nosotros nos dan cuotas, pero ellos roban a diestra y siniestra. Una vez me mostraron una foto satelital: los barcos estaban fondeados en la milla doscientos uno y eran tantos hijos de puta que iluminaban más que Punta Arenas, ¡era como ver quince Punta Arenas juntas!

—Bueno, por algo se escapan los chinos —se apuró a decir Miguel para hacerlo volver a lo que realmente importaba.

—Nadie sabe qué pasa ahí.

—¿Estás seguro de que es una buena idea meterse con ellos?

Emilio gruñó algo para sus adentros y detuvo la lancha. Antes de hacer contacto por radio, prendió el cigarro con el fuego de la vela.

Cuando dictó unos códigos en inglés, Miguel tuvo que contenerse para no molestarlo. Esperaron unos minutos, pero solo obtuvieron ruido gris.

—No van a responder. Nunca responden los conchasdesumadre.

—Yo puedo pagar el parte —se atrevió a decir Miguel.

Emilio soltó una risotada.

—El parte es lo de menos.

—No creo que estemos haciéndole un favor llevándolo de vuelta.

—¿Y quién te dijo que yo quería hacerle un favor al chino ese?

—Puedo volver y llevarlo conmigo.

—¿Y crees que eso va a cambiar las cosas? Lo van a mandar en el primer vuelo de vuelta a su mierda de país y en unos meses va a estar en otro barco de mierda o en quién sabe qué trabajo, pero también va a ser de mierda.

—Está muy débil, Emilio.

—¿Qué película te estás pasando, viejo ridículo? No es que sea como nosotros. No se trata de pagarle la cuenta de luz atrasada y listo. —Volvió la vista hacia el potero y resopló—. En esta situación solo puedo ayudar a alguien, y es a mí mismo.

Miguel comprendió que lo más sensato era callar. Con el calamarero cerca, el paisaje le pareció un lugar más concreto y ya no únicamente una sombra sobre otra. Quizás fuera por la vaga sensación de ese *aquí*, pero ya no se sentía mareado.

—¿Ya hablaste con la Carola? —preguntó Emilio de la nada.

Miguel lo miró confundido. No parecía el mejor momento para hablar de los problemas con su exesposa, pero supuso que necesitaba matizar la tensión con algo de normalidad, con los problemas normales.

—La llamé hace un par de semanas.

—¿Y?, ¿cómo se lo tomó?

—Qué te tengo que andar contando a ti, viejo metiche —dijo con tono risueñamente ofendido. Luego suspiró—. No muy bien... se puso a gritar y después me llamaron sus hermanas.

—¡Por favor! Si llevan más de diez años separados.

—Anda a explicarle eso a ella.

—Te lo digo a ti —dijo Emilio con severidad—. Tienes que mantenerte firme.

—¿Y cómo andamos por casa?, ¿qué pasó con tu asuntito?

Pareció que el capitán iba a responderle con una buena broma, pero justo entró Toño.

—Hay alguien en el *chimao* —anunció—. Le hice señas, pero ni se mueve.

El hombre estaba en un espacio pequeño entre dos rampas. La altura no le permitía poner un pie sobre la baranda del barco, pero por su actitud era como si lo tuviera.

El Chico Onofre estaba gritándole, pero, tal como los pescadores de la lancha, el hombre no le hacía el menor caso.

El capitán alumbró cerca de su rostro e hizo tintinear la luz según el código. Tampoco tuvo efecto.

—Traiga al chino —ordenó.

Pero fue demasiado tarde: el hombre ahora los apuntaba con un rifle.

—Levanten las manos y no se muevan —murmuró Emilio. Esperó un momento y comenzó a caminar de espaldas hacia la cabina.

Ellos no se quedaron exactamente quietos, pues la lancha continuó meciéndolos con su vaivén. Además de eso y el «chino culiao» que repetía Onofre entre dientes, Miguel notó que de la ropa de Toño caían algunas gotitas. Él estaba más desconcertado que afligido, y si había rabia en sus emociones, solo era dirigida hacia Emilio por no hacerle frente al marinero del *chimao* como debía.

Los motores se encendieron, pero el hombre no dejó de apuntarlos con el rifle hasta que se alejaron lo suficiente y, cuando eso ocurrió, los tres corrieron al puente de mando.

Emilio timoneaba con ambas manos y la escopeta cerca.

—Sabía que esto iba a pasar, yo sabía —dijo el Chico Onofre.

—¿Va a llamar a la Gobernación, tío? —preguntó Toño.

—Y pa qué, ese no iba a disparar —opinó Miguel con el claro objetivo de reprochar la actitud de Emilio—. Perro que ladra no muerde.

El capitán le dirigió una mirada que lo dejó helado y que le hizo ver que no sabía de lo que hablaba, que en su vida podría hacerse una idea de cómo funcionaban las cosas en la mar.

—¿Qué hacen aquí? —exclamó Emilio después de volver la vista al frente y con su tono rudo usual—. Prepárense para volver.

No discutieron mucho el plan, pero cada uno se abocó a lo que le correspondía por defecto. Miguel volvió a quedarse de brazos cruzados hasta que Toño anudó los cabos al muelle; una vez en el puerto, fue por su auto. Además de los gatos, no encontró a nadie en el trayecto.

Acostaron al náufrago en los asientos traseros: la ropa mojada y los ojos cerrados, aunque los cuatro opinaron que tenía más cara de estar dormido que de estar inconsciente, y con eso querían decir que se veía mejor.

—Tiene que parecer como si hubiese llegado solo —le explicó Emilio a Miguel otra vez—. Si llega a despertarse, yo conduciría hasta Leñadura. ¿Estás seguro de que puedes hacerlo?

Miguel dijo que sí mientras cubría al muchacho con frazadas.

El capitán le pasó los documentos que había encontrado Onofre.

—Ojalá que sea buena suerte —agregó.

—¿Suerte de que lo encontrara un brujo chilote como tú?

—Ándate luego, viejo inútil —respondió Emilio rechazando la mano que le había extendido su compadre—. Nos trajiste puros problemas.

Miguel dio la vuelta y abrió la puerta del auto.

—Lláname apenas llegues a tu cabañita —fue la última orden del capitán.

—Y ustedes vuelvan con harta centolla. Mira que todavía quiero mi parte.

—Yo se la guardo, don Miguel —se apuró a decir el Chico Onofre desde atrás.

Él levantó la mano como despedida.

Lo primero que hizo fue encender la calefacción y subirla al máximo. Después prendió la radio. Los locutores advertían sobre la posible pandemia mundial que se aproximaba. Parecía un programa conspirativo y probó con otro noticiario. El camino iba en paralelo a la bahía del muelle y pudo ver la lancha de Emilio avanzando hacia el este. Parecía muy liviana —tal como había comprobado que se sentía en el mar—, pero de todas formas dejaba una estela espumosa y servil tras su paso. Miguel estaba contento de regresar y manejar su propio auto, por tierra y con normas básicas y universales para todos los conductores del planeta, pero tampoco daba para sonreír. Una vez que tomó la carretera, pisó el acelerador y se dirigió al hospital.

Las calles estaban casi desiertas, aunque no por la hora, sino por el viento. En Punta Arenas era cosa seria, y en esa época golpeaba con tanta fuerza que en el centro instalaban un sistema de cuerdas para que la gente pudiera desplazarse. Miguel no pensó que el viento por fin jugaba a su favor, pues siempre lo había sentido así. Igual se mantuvo atento y examinó cada esquina de esa ciudad que no era la suya y que, a decir verdad, después de quince años, tampoco conocía del todo. Lo único cierto en su relación con la Patagonia era que se había *acostumbrado*. «Vivir en Punta Arenas es acostumbrarse», le dijo un viejo con el que conversó en su primera visita a la ciudad y que hasta el día de hoy volvía a sus pensamientos cada tanto. Sonaba a sensibilidad de frontera y romanticismo, pero ¿a qué otra cosa podías aferrarte cuando vivías en un lugar así de aislado y con un clima extremo? Y, de todas formas, no pareció que el viejo estuviera jactándose, como solían hacer otros magallánicos. En su tono no había una gota de orgullo, pero era digno, como si hubiese aceptado de buena gana que, en cualquier caso, vivir siempre significaba sobrevivir. Miguel tenía diecisiete años por entonces, pero le gustó escucharlo. Seguía gustándole ahora, a casi quince de haber elegido Punta Arenas como su ciudad y con un chino escondido en el asiento trasero de su Chevrolet.

Estacionó en la gasolinera para ir por dos cafés y observar la entrada de Urgencia del hospital: no se veía mucho movimiento. Ya en el auto, enfiló por una calle lateral y fue aminorando la marcha, apagó la radio y las luces. El camino pavimentado pronto se transformó en un camino de tierra. El chino no se había movido ni hecho ruido durante todo el trayecto. Quiso creer que significaba algo bueno.

Se detuvo junto a un árbol rodeado por varios arbustos. Dudó si apagar o no el motor: era mantener la calefacción o pasar lo más desapercibidos posible.

Quizás no iba a tomar tanto tiempo, pensó positivo otra vez, tal como era él, y giró la llave.

—Por aquí estamos bien —se dijo a sí mismo desabrochando el cinturón y luego se dirigió al chino—: vamos a esperar unos minutitos.

Él siguió igual de callado bajo las frazadas.

Corrió el asiento hacia atrás y se giró para quitárselas de la cara. Lo movió suave por los hombros, le dio unos golpecitos en las mejillas y le habló con palabras amables.

El muchacho fue reaccionando de a poco y Miguel le hizo beber del café.

Cuando abrió los ojos, sus pupilas se expandieron para fundirse en una sola oscuridad. Aparte de eso, Miguel no advirtió otro signo de vida, así que continuó hablándole con ternura, para infundirle ánimo, pero, sobre todo, para que el chico asociara ese tono amistoso a la figura humana que tenía enfrente. Algo que le sugiriera la idea de protección.

El muchacho se quedó en la misma postura agarrotada, con los labios temblorosos y sin decir ni pío. De que estaba sorprendido, eso por lo bajo. Sus ojos se movían de un lado a otro, pero no, miedo no había.

De momento es suficiente, pensó Miguel y se giró hacia adelante. Ahora debía pensar en todo el resto. Suspiró.

—Muy joven —dijo—. Demasiado joven.

Jugó con el cambio en neutro y buscó en la guantera algo donde dibujar. Arrancó una hoja blanca del manual del auto. Donde se suponía que estaba el hospital trazó una cruz y la encerró en un círculo. No tenía un lápiz rojo, así que hizo la cruz más gruesa. Eso significaba hospital en cualquier parte del mundo, ¿no? Corrigió el mapa hasta que se dio cuenta de que tenía que hacerlo de nuevo. Una vez que estuvo satisfecho con el resultado, volvió a suspirar y dejó el dibujo en el asiento del copiloto.

Tal vez los documentos del chino dieran más pistas sobre qué hacer o cómo.

—Viajas con poco equipaje —dijo mostrándole la bolsita plástica por el espejo retrovisor.

Observó la fotografía: una mujer asiática joven sosteniendo a un bebé, junto a un hombre. Tenía el rostro recortado, pero era un hombre.

Como si el misterio no fuera suficiente, pensó Miguel.

—¿Tienes un hijito? —preguntó.

No esperó su respuesta y contó los billetes otra vez: siete. Negó con la cabeza.

—Demasiado joven —volvió a decir.

Dejó el dinero y la fotografía sobre el mapa y se giró con el carné en la mano.

—¿Este es tu nombre? —preguntó marcando los primeros caracteres con su índice.

El muchacho lo observó en silencio. Luego abrió la boca y logró decir algo, con los labios tiritando y la voz ahogada.

—No sé ni pa qué pregunto —dijo Miguel con tono risueño—. Aunque siempre me pasa lo mismo, no te creas...

Pese a lo débil que estaba, le pareció que el muchacho le dirigía una mirada desafiante.

—No te preocupes, chinito. Ese código todos lo entendemos.

Se giró al frente y fijó la vista en el llavero con forma de placa norteamericana que colgaba del contacto y que llevaba su nombre.

—Yo me llamo Miguel —dijo, mirando el souvenir que le había regalado su hija—. Disculpa por no presentarme, esta ciudad es tan chica que uno se olvida de esas cosas...

El muchacho volvió a soltar unas palabras incomprensibles.

Él tomó el mapa y se giró para mostrárselo.

—Imagínatela en rojo —dijo apuntando la cruz—. El hospital, ¿entiendes? HOS-PI-TAL. Médico. Mmm... *dakter* —probó en inglés—. *Help*. ¡Eso es!, HEEEL-PP.

El muchacho pareció más confundido que antes, y eso era bastante confusión. Volvió a hablar, esta vez más largo, y aunque Miguel tampoco entendió una palabra, tuvo la impresión de que dejaba la frase a medias, que se guardaba algo. Sus ojos no dejaban de moverse y transmitían el arduo trabajo por comunicar lo que quería decir.

—*Kumustá, kompadre* —dijo al final.

Eso fue lo que dijo, así que el confundido ahora era Miguel.

—¿Qué? —soltó asombrado—. «Cómo está, compadre», ¿hablas español?

El rostro del muchacho se iluminó y probó con otras palabras: «Jefe», «mesa», «cama» y unas que se parecían a «baño» y «tenedor». Las repitió en distinto orden, con un hilo de voz y sin que alcanzaran a formar ninguna frase coherente.

Miguel se quitó el gorro de lana y se rascó la cabeza teatralmente, como si quisiera decirle que no entendía.

—No entiendo —explicó a continuación, porque en realidad solo quería rascarse la cabeza.

El chino volvió a repetir las palabras. Parecía deses pe ra do.

—Tranquilo, chinito, tranquilo.

—*Help* —fue la última palabra a la que se aferró. Pero considerando el tono de súplica que había imprimido a todo lo anterior, no es que aportara información nueva.

—*Help*, sí —respondió Miguel—. En eso estoy... en *help*.

Después de bostezar, se recostó en el asiento con las manos bajo la cabeza y observó las estrellas con temple de boy scout.

No se molestó en repasar la intrincada cadena de acontecimientos que lo había llevado a estar de madrugada junto a ese chino desconocido y tan joven. Por experiencia propia, sabía que la vida era un caos, y además, por extraño que pareciera, se sentía muy a gusto en ese preciso momento.

—¿Cuántos años tienes? Pareces como de diecisiete... Mi hijo más chico tiene veintitrés, se acaba de titular.

Como estaba bien acostumbrado a hablar solo, el silencio del muchacho no lo inquietó. Tampoco su aroma, un olor que jamás hubiera asociado al océano si no lo hubieran sacado de ahí. No era desagradable, de todas formas, en el sentido de que no se parecía a nada que hubiese oído antes. Era un olor nuevo y tenía la misma intensidad que las cosas que han estado selladas por un tiempo considerable, como las páginas del diario o una cajetilla recién abierta.

Miró de reojo el mapa y pensó en escribir «*help*» bajo el dibujo de la cruz, pero no lo hizo. Si le daba la hoja sabrían que alguien lo había ayudado y no quería fallarle a Emilio, no tanto. Solo serviría si el muchacho lo aprendía de memoria. ¿Y cómo iba a explicarle eso?, ¿cómo iba a explicarle nada?

—Es chistoso porque él estudió inglés —dijo al final—, mi hijo. Si alguno de los dos supiera inglés, podría ayudarnos mucho ahora.

El reloj del auto marcaba las dos. Miró hacia la ventana del copiloto y vio su propio reflejo. Parecía exhausto y más joven, pero ninguna de las dos cosas era cierta.

—¿Estás mejor? —preguntó por el espejo retrovisor de nuevo. Se veía pálido, pero tal vez era así. Quizás tenía un rostro delicado y no es que estuviera débil.

El muchacho miraba más allá de él. Supuso que lo que llamaba su atención eran las ramas del árbol, extendidas horizontalmente.

—Son raras, ¿verdad? Parece como si quisieran abrazar a alguien. Pero solo es el viento — aclaró y sonó como si también se lo quisiera recordar a sí mismo—. Aquí corre muy fuerte. Mañana vas a poder verlo... No es tan malo como parece.

El chino parpadeó con la boca medio abierta, sus labios tenían un tono azulino.

—Mira que venir a meterse al lugar más alejado del planeta... —dijo con voz risueña—. Astuto —agregó—. A ver si también nos parecemos en otras cosas.

Respiró profundo como para infundirse valor y luego, haciendo uso de su mejor pantomima, le indicó que se acurrucara y volviera a taparse.

—El viejo brujo me va a matar —murmuró para sus adentros negando con la cabeza. Prendió el motor del auto y dio marcha atrás.

Julia no podía estar más feliz de que regresara. Acompañó a Miguel dando saltos hasta que se dio cuenta de que había alguien más adentro del Chevrolet y comenzó a ladrar.

—Julia —la llamó él—. Ven acá.

Ella obedeció en el acto.

Miguel acarició su cabeza. Era una perra hermosa e inteligente, mezcla de pastor alemán con otra cosa igual de enorme.

—Espérame en la puerta —ordenó apuntando al suelo.

Fue por unos palos para la estufa. Mientras prendía el fuego, decidió que acomodaría al chino en la pieza que usaba como taller. Era un poco más grande y además la cama estaba nueva, es decir, no recién comprada, pero la habían utilizado apenas un par de veces.

—¿Puedes caminar?

No esperó su respuesta y lo llevó en brazos. Su cuerpo era tan liviano que por primera vez en toda la noche sintió miedo.

Después de dejarlo sobre el colchón, fue por mantas secas y una montaña de ropa coronada con unas calcetas chilotas.

Quiso explicarle qué ocurría, pero en realidad ni él mismo llegaba a entenderlo. Aunque no porque se sintiera desconcertado, simplemente no quería llegar a ninguna conclusión. Como el muchacho examinaba la pieza, solo dijo:

—Iba a ser para cuando mis hijos vinieran a visitarme, pero como no vinieron mucho, terminó transformándose en mi taller.

El chico miró la ropa que tenía en las manos con recelo.

—¿Prefieres ponértela tú? —preguntó tendiéndole el pantalón—. ¿Puedes?

Él permaneció encogido sobre la cama, no pareció que pudiera mover los dedos. Miguel comprobó la temperatura en su frente y midió sus pulsaciones. Muy lentas aún. Fue por el secador y se lo pasó por el pelo.

—Ahora te voy a desvestir —anunció con cautela y luego lo hizo con la diligencia y seguridad de un médico.

Antes de vestirlo, examinó su cuerpo: había varios moretones y rasguños, pero ninguna herida de gravedad. También estaba bastante desnutrido, pero Miguel pensó que, si ya había resistido el agua fría del Estrecho de Magallanes en esas condiciones, únicamente le quedaba mejorar.

Después de arroparlo hasta el cuello, prendió el computador y buscó «Primeros auxilios hipotermia» en Google. Necesitaba un termómetro y compresas tibias. Evaluó el estado del paciente desde la puerta.

—Ahora estás seco —dijo, y por la mirada del muchacho intuyó algo más que desconfianza, un «ni siquiera imagino cómo podría ser eso posible».

El reloj de la cocina marcaba las tres con quince. En la lancha debían seguir despiertos a punta de mate o vino, pero en vez de llamar a Emilio, como este le había ordenado, llenó la tetera y calentó leche. Al mojarse la cara con agua fría, se preguntó cuánto tiempo habría estado el chino flotando en el mar. Uno de los entrenamientos del servicio militar en Punta Arenas era tirarse de un buque y nadar por el Estrecho. Recordó que al llegar a la orilla se sentía tan aturdido que ni ganas le quedaban de despotricar contra los oficiales.

Roció la avena con tres porciones de azúcar —no, mejor cuatro— y llevó todo a la pieza.

—Está tibio —dijo ofreciéndole la primera cucharada al muchacho.

Cuando iba por la mitad, él alejó la cara.

—¿No quieres más? Pensaba prepararte unos fideítos...

Él negó con la cabeza en lo que debía de ser su primer acierto comunicativo.

—Tienes que comer —pidió Miguel—. Un poquito que sea.

También le hizo tragar dos pastillas de paracetamol. Estaba ayudándolo a recostarse cuando la radio se activó.

Ambos abrieron los ojos con alarma.

—Es Emilio —dijo para tranquilizarlo, para tranquilizarse.

Tuvo la impresión de que el muchacho no temía por quién llamaba sino por el sonido, quizás le recordara su barco.

—Es una radio vieja que me regaló el brujo chilote ese. Estaba mala y yo la arreglé. Soy técnico en electrónica, no sé si se nota —dijo arrastrando su mirada por la mesa de trabajo y con el orgullo que usaba para alejar la idea de simple «electricista»—. A veces hablamos por la noche, cuando él está pescando. Emilio es el patrón de la lancha en la que te encontramos...

No supo si su explicación había tranquilizado al chino, pero pronto comenzó a dar cabezadas.

—Adelante. Aquí Miguel.

—Ya era hora, cambio —gruñó la voz de Emilio.

—Recién llegué, cambio.

—¿Todo en orden? —quiso saber el capitán enseguida, pero de una forma lo suficientemente abstracta como para que nadie más entendiera; o sea que creía que alguien podía estar rastreando la llamada, y que estaba asustado.

—Sí, todo bien —dijo Miguel con tono alegre, feliz de que la economía de los intercambios por radio fuera tan conveniente para mentir.

—Ya —dijo Emilio y se quedó callado unos segundos—. Era eso no más, cambio y fuera.

Fue por el mate que necesitaba hacía cuatro horas y se instaló cerca del minicomponente para escuchar algún extra o noticia de último minuto. Ya casi daba la vuelta al dial cuando se dio cuenta de que no tenía sentido. ¿Qué esperaba oír? ¿La confirmación de que tenía a un chino escondido en su pieza? Lo más seguro era que el capitán del *chimao* ni siquiera reportara su desaparición. Quién sabía si ellos mismos no lo habían tirado al mar.

Mientras fumaba en el patio, pensó que quizás nadie llegaría a enterarse del asunto. También cabía esa posibilidad. Tal vez hasta había pasado antes y había otros chinos con suerte dando vueltas por ahí.

Julia salió de debajo del chasis del auto, donde hacía rendir el calor, y fue hasta él con paso aletargado.

Y si nadie se enteraba, continuó conjeturando Miguel, ¿qué iba a hacer con el chino? Si lo había llevado a su casa era para esconderlo un par de días e impedir que volviera al barco de calamares. Pero ahora se daba cuenta de que había tomado la decisión pensando únicamente en el obstáculo de ser descubierto, como si superarlo significara el fin de la historia, cuando en realidad era el principio.

Supo que estaba metiéndose en todo un problema, pero no le molestó sentir miedo. Sabía lo útil que podía ser. No confiaba en muchas cosas, pero confiaba en eso. Además, algunas de sus malas decisiones habían salido bastante bien.

—¿Qué opinas tú? —preguntó a Julia.

Erguida sobre sus dos patas delanteras parecía igual de atenta y dispuesta a actuar como se sentía él.

Acarició su lomo tibio y agradable, como había hecho en noches de insomnio. Con miedo o sin él, era imposible sentirse solo junto a ella.

Prendió un nuevo cigarro y disfrutó de la oscuridad protegido del viento. Pudo percibir la tierra y el aroma amarillo de la hierba. El verano se acercaba y se inclinó hacia adelante para sentirlo mejor. Pronto iba a amanecer, también olía a eso.

—Quedas a cargo —dijo a Julia.

Cerró con llave y fue hasta la pieza-taller a dar un último vistazo: el muchacho parecía más repuesto y respiraba profundo, sin dificultad.

Ya tenía el cepillo con pasta en la boca cuando lo recordó. Era una idea estúpida, pero ya habían pasado demasiadas cosas estúpidas en una sola noche y lo mejor era mantenerse alerta. En este tipo de situaciones, los detalles podían hacer una diferencia enorme.

Se encaramó sobre un piso y tomó el bolso que estaba arriba del clóset. Desenfundó la escopeta y la preparó con el cepillo aún en la boca.

Antes de ir a enjuagarse la observó un instante más.

Su hija se la había regalado para su cumpleaños número cincuenta. No la había ocupado tanto como ambos esperaban y deseó que esta no fuera la ocasión.

Abrió las tapas de la cama y se preparó para hacer sus ejercicios nocturnos en bóxers y camiseta: unas cuantas flexiones de brazos y abdominales. Sabía que no iba a dormirse, pero igual programó el radioreloj a las siete de la mañana. Ya acostado, puso una mano tras su cabeza y observó el techo de madera.

Cinco minutos después, buscó la cajetilla en su velador y prendió un cigarro a oscuras.

Otra vez despertaba antes de tiempo.

No sirvió que se hubiera acostado a las cinco de la mañana y borracha, o que perdiera su trabajo. Iban a ser recién las siete y como quedarse dando vueltas en la cama o empezar con el jueves resultaba igual de absurdo, se levantó y fue descalza hasta el baño. Enseguida saltó el tic sobre su ceja. La molestaba hace tiempo y era tan patente que casi pudo verlo tirando de su piel en la pared vacía del lavamanos. El espejo se alojaba en el pasillo-recibidor. En su marco y hecho trizas. Marcela aún creía en su promesa de ir a dejarlo al basurero de reciclaje, pero también comenzaba a gustarle cómo combinaba con el resto de la decoración, otros tipos de basura posiblemente reciclables. Además, parecía una especie de puente, y cuando salía se preocupaba de pisarlo con la punta del pie y decirse que tendría siete años de mala suerte. Claro que la broma resultaba cada vez menos graciosa.

En el comedor había más evidencias del desastre. Después de parpadear frente a las copas sucias, concluyó que si se quedaba ahí sin hacer nada —porque ella y Dios sabían que no iba a lavar la loza ni ordenar— terminaría compadeciéndose de sí misma. Y una cosa era ser decadente y otra muy distinta era estar triste.

¿Pero dónde iba a ir? Hace una semana el problema era su trabajo —su pequeño aporte al desarrollo nacional en la transmisión de señales analógicas a protocolos digitales— y ahora, que no tenía oficina. Se cambió la ropa vieja y cómoda que usaba como pijama por la ropa vieja y cómoda que usaba para salir y sostuvo las llaves de su *scooter* —una hermosa Peugeot negra de aire digital, y cara— esperando que le devolviera un poco de su seguridad. Tras formar la palabra *luna* con los imanes del refrigerador, veinte minutos de silencio, tres cigarros y un concho de vino agrio, recordó el cheque del finiquito en la notaría. Pero en vez de desplegar una sonrisa codiciosa de tío Rico Mc Pato —o frotarse las manos cual Montgomery Burns—, suspiró descorazonada.

«Tengo lo que quería», se repitió frente a un semáforo en rojo. ¿Por qué no se sentía victoriosa, entonces, una heroína de la clase trabajadora, y seguía soltando suspiros? Apoyó la cabeza en el volante y recordó la mañana del lunes anterior. Razones no había, pero los hechos eran los siguientes: había despertado antes de que sonara la alarma (algo que ella llamaba insomnio al revés) y, tras lamentarse por aquello, las pesadillas y el tiritón en el nervio, partió a adelantar trabajo a la oficina. Ya ahí y acompañada únicamente por la brisa cortés del aire acondicionado, se dedicó a intrusear en los escritorios de los programadores. Al dar con una simpática figurita de Snoopy vestido con kimono, la levantó a la altura de sus ojos y se preguntó, con tono mental altisonante y amargo, por qué una persona como ella, que creía en la verdad, el amor y la belleza, había desaprovechado sus talentos —o, cuando menos, la posibilidad de comprobar si aquellos talentos realmente existían— para trabajar en una oficina de telecomunicaciones donde las horas extras eran obligatorias. Que se tomara así de en serio, o la rondara la frustración, no tenía nada de nuevo, pero jamás había estado tan cerca de perder la fe en sí misma y decidió ahondar en la desolación con más cuestionamientos por el estilo: ¿Por qué

desperdiciaba su valioso tiempo en vez de dedicarlo al cine, su «verdadera pasión»? ¿Acaso se había rendido o definitivamente no había pasado la prueba y carecía del talento necesario? ¿Por qué había sido tan mediocre, falsa y asustadiza!

El Snoopy japonés la miró con su expresión común, aquella mezcla agri dulce de ternura, desapego y nihilismo, pero eso fue todo: salió del edificio convencida de su reciente epifanía y, con la promesa de no volver nunca, manejó hasta el Parque Forestal para pasar la mañana frente a la escultura de Narciso, o el dios del vino —la inscripción tenía un grafiti, aunque para el caso, ambos servían—, pensando en Diego —el amor más importante de su vida y que la había pateado precisamente en ese lugar—, mientras bebía de una petaca de whisky —porque como era tan cínica podía permitirse caer en algún cliché como ese cada tanto—. A la mañana siguiente, y aunque probablemente seguía ebria, negoció la salida de la empresa con su jefe. Él no dejó de negar con la cabeza. La miró con asombro, lástima y, finalmente, cuando ella lo amenazó con desactivar el programa de matrices que había diseñado hace poco, con desprecio. «O sea que no vale nada para ti que te hayamos esperado mientras sacabas tu título, que, por lo que veo, jamás va a ocurrir. Te dimos una oportunidad.»

—Porque soy buena.

—Eso crees, ¿cierto?

La sonrisa de Marcela titubeó.

—Por favor, ¡¿cuál oportunidad?! —alcanzó a sortear—. Yo les salía más barata y punto.

—Sabes que el sueldo era solo un poco más bajo que el de los otros programadores.

—Explícale eso a mi corazón.

Al final se salió con la suya. Lo logró, lo estaba logrando ahora, a punto de firmar el finiquito con lápiz azul, y aún se sentía sencillamente desesperada: miedo, angustia, pavor. No, el problema es que no siento nada, se corrigió con el cheque ya en su mano. ¿Es que era un problema de conciencia?, se reprochó tomando el numerito de atención en el banco, ¿porque solo había estudiado diez semestres de Ingeniería (con beca) y ocho de Cine (endeudándose) no merecía salir por la puerta ancha? Pero sí se había ganado un pedacito de la torta y, además, ya no trabajaría para esa sucia serpiente desalmada del capitalismo digital. Ahora estaría en el bando correcto: el de los desempleados. El chiste no terminó por convencerla. Ojalá solo fuera miedo. Antes tenía un gran *no*: no quiero estar aquí, esto no es lo mío. Pero estaba acostumbrada a vérselas con los «no». Incluso había alcanzado un nivel de destreza. ¿Qué podía hacer con un *sí*? ¿Es que era un *sí*?

«Si tanto odias tu trabajo, ¿por qué te esfuerzas en hacerlo bien?», la había acusado Diego en repetidas oportunidades. Pero es que él y su corazón ardiente eran incapaces de entenderlo. ¿Es por eso que había renunciado?, ¿por Diego?, meditó mientras la pantalla de atención del banco tintineaba por el B87. ¿Esperaba que volviera corriendo cuando supiera que estaba cesante? Pero si era ella quien pagaba por los ajíes de gallina y los pisco sours de sus salidas, ¿acaso no valía?

Ojalá fuera solo miedo, pero también se trataba de su estilo de vida, y le gustaba. Le gustaba la plata; ganarse un sueldo y despilfarrar en pequeñas dosis para que pareciera que no te había costado —*easy money, baby*—: pasar por el cajero cinco veces en una noche, la última de ellas para comprar cocaína, aunque te habías prometido no volver a hacerlo. El dinero dejaba una huella visible. Hacía que te sintieras más tú mismo, más consecuente, si es que eras alguien de

espíritu soberbio. La gente miraba tu cuello de otra forma, y tu piel morena —y la de Marcela era bien morena— pasaba a ser definida desde lo sensual. En una misma madrugada podía decirle a alguien: «Me haces reír, dame un autógrafo» y terminar una discusión tediosa sobre lo mucho que había cambiado con un «yo sigo igual».

Mientras hablaba con su jefe había parecido que realmente tenía un plan. Pero ¿ahora qué? ¿Iba a convertirse en una directora de cine de renombre? ¿A postular a un fondo audiovisual para perderlo otra vez? ¿Para perderlo mejor? ¿Desde cuándo perseguir los sueños se había convertido en un gerente de operaciones tan opresivo? Ojalá fuera miedo. El vidrio de la caja en donde esperaba su platita le devolvió un rostro cansado. Sus ojeras, que en otra época le habían perfilado un atractivo romántico, ahora solo detallaban un montón de noches malas. Cansancio acumulado, vejez a secas.

Para cuando levantó la cabeza, se dio cuenta de que algo extraño ocurría en el centro y antes de llegar a la cuadra siguiente se topó de lleno con el carro lanza agua, gente escapando y gas lacrimógeno. ¿Qué mierda?, ¿una marcha estudiantil?, ¿en diciembre?

Aunque su moto estaba estacionada en el epicentro del caos, un repentino aire de suficiencia la hizo avanzar hacia el grupo de Fuerzas Especiales con serenidad. Puede que no tuviera la más mínima idea de lo que estaba haciendo, o el corazón carcomido por el desengaño y el vacío, pero ese problemita en particular, se dijo, evidentemente no es mío.

Impulsada por aquel asomo de certeza fue que se decidió a botar el espejo roto del baño, pero cuando llegó al contenedor verde, una señora le informó que los espejos no se reciclaban.

—¿Qué hago entonces? —le preguntó Marcela, y por su tono fue evidente que no se refería únicamente a los pedacitos inútiles que distorsionaban su reflejo.

—¿Una bola de discoteca? —propuso la mujer con una sonrisa esperanzadora, como si de verdad quisiera ayudarla.

Caminó de vuelta con su basura, deseando que cayera la noche e irse a dormir no fuera tan indecente. Como todavía quedaban varias horas, pasó por el supermercado y se compró un poco de voluntad embotellada. Eligió el espumante Extra Brut Blanc De Noir, porque pese a la pretenciosa descripción de su etiqueta, le gustó que las características de las burbujas —*Rosarios complejos, de oscilaciones pequeñas pero duraderas*— sonaran a promesa. También sacó otra botella más barata —cuya única e indispensable particularidad era estar lo suficientemente fría—, un vino, un gin y un pack de cervezas. Para comer: «Chips de camotes furiosos», aceitunas rellenas y maní japonés. Tres pasillos más allá, agregó un kilo de detergente en polvo y cuatro rollos de papel higiénico, ambos de la marca más barata.

Dispuesta sobre la cinta de la caja, no parecía una compra normal para el mediodía de un lunes. «Acaso una nueva muestra para el concepto de canasta familiar», pensó Marcela, y luego, en la cantidad de historias personales que podían deducirse o imaginarse a partir de una simple compra de supermercado. Un embolsador debía saberlo mejor que nadie, razonó con la mirada en el universitario vestido de celeste. ¿Se fijaría él en esos detalles y los utilizaría para aburrirse menos durante la jornada? ¿Asociaría rostros a productos específicos? ¿Reconocía caras?, ¿la suya, por ejemplo? Tal vez fuera una buena idea para un argumento: pequeñas ensoñaciones de un embolsador. Debía ser una película coral, al estilo de *Chungking Express*. «Toda una vida podía caber en unos cuantos productos.» La premisa no era muy original, pero tenía fuerza.

Lástima que ya no anotaba las ideas que se le iban ocurriendo. Lástima que ya no pololeaba con Diego y que no pudieran compartir sus posibles proyectos y analizar en detalle los pros y los contras. Una pena que ya no jugaran a adjudicarse las ideas con un «mía» cuando alguien contaba una anécdota o veía una imagen inspiradora en la calle. Lástima que ella había dejado de intentarlo con el cine, que ni siquiera terminara la carrera. ¿Estaría igual de afligido el Dios de las buenas ideas? De seguro tenía demasiado trabajo pendiente con los informáticos de Silicon Valley. Esos nuevos lobos de Wall Street, los muy culiaos...

Su departamento era pequeño, pero no pagaba por el espacio, sino por vivir en Providencia, con sus oasis de ciclovías y viajes baratos en taxi. El arriendo incluía el derecho a moverse igual que los residentes más antiguos: con una dulce y temerosa añoranza provinciana, como si de verdad conociera el nombre de los vecinos. Claro que ella tenía una excusa, porque, de hecho, era de provincia: se había criado en la famosa población Lanín (y no precisamente por su aura de paz o conectividad) de Temuco, pero después de once años en Santiago ya no estaba segura de si podía presentarse como «de región», y eso representaba, al mismo tiempo, su mayor logro y su pena más oscura. Así las cosas, vivir en una comuna arribista había dejado hace tiempo de ser una traición a sus principios de juventud. El problema era que el parquet y las paredes gruesas por las que precisamente pagaba estaban llenas de manchas de vino, y que en las baldosas de la cocina destacaban pequeñas sombras oscuras que hacían pensar en espectros nucleares, o los bichos más feos inimaginables vitrificados al piso con el tiempo. Evidentemente, se trataba de restos de comida pegajosa, porque los cadáveres de cucarachas seguían aún sin descomponerse en los rincones.

Claro que el departamento no siempre había sido así de terrible. Al principio ella se había esforzado por decorarlo y mantenerlo limpio. Había puesto todo de sí para que fuera *su* lugar. Un espacio que hablaba de ti y por ti. Sentada en el cómodo sillón de tres cuerpos había probado el sabor de tener la mente en blanco y sentirse al mismo tiempo vagamente orgullosa, tal como imaginaba a John Davison Rockefeller tras su escritorio de la Standard Oil: «Esto es justo lo que esperaba conseguir»; o algo sólido como eso.

Las cosas fueron saliéndose de control sin que ella se diera cuenta.

Mientras vaciaba la cuarta botellita de cerveza en compañía de las letras de sus canciones favoritas, observó aquello que la rodeaba. Todos los posters, grabados, risografías y fotos impresas y enmarcadas por ella misma; calendarios lunares, postales, enormes libros de directores que admiraba y que apenas había leído, cosas viejas y sin valor camufladas de antigüedades, cactus muertos, rosas secas, corpóreos de cartón graciosos recogidos «irónicamente» de la basura, amuletos aterradores heredados de sus amigos justo antes de convertirse en sus examigos, una cantidad ridícula de sillas y pisos plegables, y un largo etcétera de, bueno, basura disfrazada de recuerdos sentimentales (porque suspuestamente padecía de romanticismo y no mal de Diógenes). Mirando todo aquello —y solo estaba recorriendo el living— se daba cuenta de que, tal vez, el problema había comenzado junto con su deseo de tener *un lugar propio*. La ansiedad la había llevado a sobrecargar el departamento y ahora se sentía tan pesado y denso como un agujero negro, una especie de *abismo propio* en donde ninguna partícula podía escapar. «Barroco», diría alguien que la estimaba un poquito. «La celda del asesino que se transformó en evangélico», serían las palabras de una persona que la quería de verdad: «Te fuiste inclinando hacia una especie de orden, el orden de los que salen a flote, ¿hai

cachao?, como la celda de un asesino que se transformó en evangélico; posters al lado de más posters, son demasiados para decir que son pocos, pero nunca parecen suficientes». Marcela estaría de acuerdo.

A lo que menos aspiraba en este preciso instante, en el que estaba absolutamente borracha, pero de milagro —o maldición— despierta, era a un *lugar propio*. Ojalá pudiera vivir en la casa de un desconocido. De preferencia una cabaña y rodeada de objetos que no le dijeran nada. Necesitaba tocar la pared de esa cabaña con la palma de la mano abierta y no saber dónde guardaban el descorchador. Completamente confundida, pero libre.

Después de beberse el Brut Blanc De Noir, y comprobar que sus burbujas efectivamente parecían «rosarios complejos y en abundancia», le apeteció volver a pensar en Diego y entregarse a su pena de amor en plenitud.

Era muy consciente de que estaba echándose a morir, pero lo necesitaba: no quería salir de su dolor, quería quedarse ahí todo el tiempo posible, porque era la única forma de seguir su relación con Diego, de que no la abandonara. ¡Que no la abandonara!, que fuera un recuerdo tan constante que casi pasara por presente. Que se mantuviera cálido y molesto, querible aún.

Prendió un cigarro y se forzó a empezar por el principio: «Diego era cinco años menor que yo». Así comenzaba y terminaba todo. La diferencia de edad siempre había supuesto una condición para la pareja. No como la letra chica de un contrato fraudulento, sino como la enorme y visible marca de la maldición de los dioses. Tan obvia como el hecho de que él fuera más lindo.

Ella tenía lo esencial en cuanto a simetría, un par de rasgos bien definidos —el mentón y la nariz— que pasaban por interesantes y una altura que la hacía ver delgada hasta en los momentos más difíciles. Pero Diego era hegemónicamente hermoso, tan bonito de cara que se parecía a todas las personas famosas de piel blanca y pelo rubio, aunque ni siquiera fuera tan blanco ni rubio. El piropo a él le cargaba, porque así como alguien le decía que se parecía a James Dean, otro iba y lo comparaba con Axel Rose o Sinéad O'Connor y al final no quedaba ningún indicio consistente. «El cara *e nah*», le decía Marcela con cariño, y también con un poco de resentimiento. Que un hombre saliera con una mujer menos atractiva que él no era algo común y tanto lo amaba como odiaba por eso.

Abrió Gmail y eligió un correo de Diego al azar. El hilo lo comenzaba él, pero solo había adjuntado una imagen de Shun de Andrómeda. También era fan del anime, aunque no de la forma intelectual en que Marcela lo defendía. Lo que le gustaba a Diego era que los dibujos fueran lindos. A veces tomaba cartoncitos de LSD, era tan profundamente perturbado como genuinamente entusiasta y se sonreía al ver monitos japoneses, ¿cómo no iba a amarlo?

Si Marcela hubiera tenido un poco menos de integridad, le habría escrito un correo largo y suplicante. Pero era verdad cuando le explicaba a todo el mundo que tenía un corazón criterioso y por eso mismo nunca había revisado el correo de Diego, como él aseguraba que hacía. La única vez que se había atrevido a darle un vistazo fue porque él mismo había dejado la sesión abierta en el computador de Marcela (¡sobre su escritorio y en su pieza!). La carta de la enamorada de turno partía diciendo algo como: «Me alegra haberte conocido, incluso aunque solo sirviera para engrosar la lista de corazones rotos de tu diario de vida».

Hasta Marcela se asombró de que le quedara integridad después de algo así, pero no siguió leyendo. Era masculina por criarse con dos hermanos y una figura femenina deficiente, pero ¡por Dios, tampoco es que fuera un hombre!

Y ahora seguía sin necesitar su contraseña. Tenía la novela epistolar de su relación justo frente a sus narices e iba a releerla tantas veces como le diera la gana. No se trataba únicamente de revivir su historia juntos, también le gustaba cómo estaba escrita. En los correos de ella se notaba el esfuerzo: estaban llenos de detalles mordaces, metáforas bien logradas y chistecitos demasiado inteligentes. En cambio, los de Diego parecían sin editar: frases simples, pero tan hermosas como las de una canción pop.

Quizás soy un poco zen, pero nunca fue a voluntad.

Lo que quiero es vivir en los secretos de alguien.

¿Es esa una razón para ser ordenado?

Te escribo con mucho cariño. No quería demorarme tanto. Ya es de noche.

Se encontró de pie frente al lavamanos: mirando el espacio donde alguna vez estuvo el espejo y oyendo la gotera de la ducha, que a estas alturas ya debía haber aprendido código morse para suplicarle la intervención de un gasfiter. Los cepillos de dientes acumulados le hicieron recordar la vez en que pilló a Diego peinando sus cejas con uno de ellos. Suspiró. Cuando quiso lavarse las manos, vio que el líquido había terminado de filtrarse por la fisura del otrora elegante dispensador de cerámica. La poza de glicerina olía desagradablemente dulce y buscó el jabón que le había regalado su mamá para la última Navidad. Su forma de caballito de mar la enterneció por un momento. Luego recordó la última discusión que habían tenido y pasó a lavarse las manos con el ceño arrugado.

Había ocurrido hace unos meses, cuando todavía estaba con Diego. Su mamá trabajaba en la lavandería del hospital de Temuco y la llamó para contarle la historia de una mujer enferma. Llevaba un año en estado grave y hasta los médicos rumoreaban que la causa era una pena de amor. «Yo fui a verla con las chiquillas. Tenía la mirada fija y se afirmaba de la cama con las dos manos. No come ni habla», dijo, y a continuación le pidió que no abandonara su deseo de hacer películas. «¿Por qué?», preguntó la hija, más molesta que extrañada. «Porque hay personas que se mueren de amor y alguien tiene que contar sus historias.» Marcela quedó sin palabras por unos segundos y enseguida agregó: «Pero si el realismo mágico pasó de moda hace rato po, Carola».

—Tu mamá tiene razón —opinó Diego.

—No sé... esa no da puntada sin hilo. Te apuesto que anda buscando otra cosa.

Pese a sus suspicacias, la llamada realmente produjo algo en Marcela; las brasas humeantes a las que habían sido reducidos sus sueños (y que no eran para nada modestos) volvieron a chispear. Quizás la idea de una mujer que moría por amor era mucho para su estilo —sobre todo teniendo en cuenta el problema real de los feminicidios—, pero fantaseó con volver a intentarlo en el cine. Duró tres días, hasta que Carola llamó de nuevo: necesitaba plata. El COMPÍN había rechazado su última licencia de artritis y, además, por si no estaba enterada, su papá quería empezar los trámites de divorcio.

—¡Pero si llevan separados más de diez años! —soltó Marcela con tono rudo, sin disimular que defendería a su padre bajo cualquier circunstancia.

Diego estaba junto a ella en la cama y pudo escuchar todo lo que gritaba su suegra desde el otro lado de la línea: que lo que su exesposo quería en realidad era dejar de depositarle y que ella se merecía esa plata por todos los años que le había entregado.

—Fue mi primer hombre —repitió varias veces—. Perdí mi virginidad con él, ¡mi virginidad! ¡A los dieciséis!

—No creo que mi papá deje de depositarte —aseguró Marcela intentando no sonar afectada, lo que, como de costumbre, consiguió a la perfección.

Más gritos de vuelta y su promesa de depositarle algo de plata esa tarde antes de cortar.

—¡Viste que tramaba algo! —le dijo a Diego, aún roja por la vergüenza—. Era demasiado creer que llamaba a su hija para saludarla. «No abandones tus sueños», sí, claro...

«Todas las mamás están locas», concluyó él para consolarla. Pero dado que poco después había terminado la relación, Marcela no podía dejar de sentir que la Carola tenía algo de responsabilidad. Como si conocer más a fondo la personalidad de su suegra hubiera puesto a Diego en alerta y sopesar mejor el futuro con su hija.

—Una mujer enferma de amor—dijo Marcela frente al lavamanos, como si hablara con su reflejo. Pero ahí no había nadie.

No supo cómo llegó a la cama, pero al despertar recordaba los pasajes a Punta Arenas. Fue en lo primero que pensó: no por qué los había comprado, sino cómo iba a lograr que el viaje sucediera. Presumiblemente aún bajo delirante estado de ebriedad, alerta y sintiendo que todo se precipitaba, extendió la mano hacia el velador en busca de un cigarro y fumó. Eran las nueve de la mañana, pero ya vería si podía considerarse un avance. En su computador confirmó que partía el sábado. Es decir, le quedaban dos días para ordenar un poco su vida: para deshacerse de ella. *Su vida...* Le pareció que huir resultaba, en este punto, bastante natural. Unas vacaciones, un descanso antes de saber si la había cagado de forma definitiva.

Caminó por el aeropuerto preguntándose si su decisión era valiente o cobarde. Tal vez una mezcla de ambas. «Pero completamente estúpida», agregó tras ver una fila larga de pasajeros con destino a Miami.

Ya llevaba varios días con el estómago revuelto y el corazón en la mano para que el despegue del avión causara más alteraciones. Antes de cerrar los ojos, observó la señalización en la cabina: ◀EXIT▶, en letras rojas. Una salida de emergencia.

Despertó cuando sobrevolaban el océano. El sol brillaba intensamente y el agua parecía la costra caramelizada de un postre. Tras una vuelta cerrada apareció una península amarilla. El resto del paisaje no cambió mucho. Por lo que podía ver, no solo no se trataba de Miami, sino que estaba a punto de aterrizar en una llanura descampada cuya única vegetación eran arbustos pequeños y ásperos de color ocre. Su padre no le hablaba mucho de Punta Arenas, y aunque había oído de la pampa patagónica, fue extraño no encontrar el verde mullido y afectuoso del sur que conocía. De todas formas, le gustó.

—Es bien lejos y además nos saca del camino —explicó el chofer del transfer cuando ella le mostró la dirección en la zona de desembarque.

Marcela pensó que sonaba llamativo viniendo de alguien que vivía, básicamente, en el fin del mundo. Esperó a que el hombre se negara a llevarla o le cobrara un extra, pero él la invitó a que lo acompañara con su mejor sonrisa.

Antes de salir, buscó sus guantes y gorro en la mochila. Atravesó la puerta del aeropuerto como si fuera a cruzar un portal en el tiempo.

No fue lo que pensaba. Fue mucho peor. El viento era tan helado y limpio que hasta le costó respirar. Subió el cierre de la chaqueta hasta el tope y fue hasta la *van* con la cabeza encogida y las manos en los bolsillos.

—Generalmente llegamos hasta aquí no más —se disculpó el conductor—. Pero vamos a hacer una excepción por usted.

El camino subía por una pequeña loma. Era angosto y de tierra.

—No creo que sea muy difícil encontrarla —señaló el hombre, con humor y amabilidad. El chiste se apoyaba en el hecho de que no se veían muchas casas. A Marcela no le sorprendió que Miguel viviera en un lugar así de solitario.

Al final sí que les costó dar con la dirección. Después de varias vueltas, decidieron que la casa celeste y sin número debía ser la que ella buscaba. Agradeció su amabilidad extendiendo un billete de diez mil y le pidió que se quedara con el vuelto.

—Por la excepción —dijo.

En la tierra húmeda se veían pisadas con un único diseño, las huellas de una sola persona. Eso y el Carav del 81 le confirmaron que había dado con el sitio. A estas alturas podía pasar por un triunfo personal, pensó justo antes de resentir el tic en su ceja izquierda.

Era una casa pequeña revestida con planchas de zinc. La pintura se veía deslavada, pero realzaba su aire pintoresco, y aunque el terreno estaba cercado por palos de distinto tamaño y espesor, resultaban bastante parejos. Matas de maleza por aquí y por allá. Cachureos, cuerdas, bombas de metal, recipientes plásticos de varios tamaños contemplando el cielo con resignación. Oyó ladridos cuando se acercó a la puerta.

—Tú debes ser Julia —le dijo a la perra.

Ella respondió con gruñidos y manteniendo una distancia amenazante.

Marcela miró hacia la casa como pidiendo auxilio. El velo de la cortina volvió a su lugar casi al mismo tiempo en el que Miguel abría la puerta.

—A ver, a ver, a ver, ¡Julia! —gritó él.

Tras darle unos golpecitos en el lomo, dirigió por primera vez la mirada hacia su hija y, con el rostro claramente desencajado, agregó:

—¡Tita! ¿Qué haces aquí?

—¿Es esa la forma de saludar a tu única hija? —le reprochó Marcela, aunque con una sonrisa coqueta en los labios.

Miguel siguió parado y sin decir nada. Unos segundos después también sonrió y se acercó para abrazarla.

—¿No me invitabas siempre, oye? Bueno, aquí estoy —dijo ella poniéndole una mano en el hombro. Lo superaba por al menos diez centímetros, igual que sus otros dos hermanos.

Miguel soltó una risa nerviosa.

—Así que esta es tu casita...

—Esta es —dijo él, encogiéndose de hombros—. ¿Cómo llegaste?

—Le pregunté la dirección al Gonzalito.

—Mira, ese diablo... que no me haya dicho na.

—Quería que fuera una sorpresa.

Miguel bajó la vista y volvió a quedarse callado.

—¿Qué?, ¿llego en mal momento?

—¿Cuáles son esos? —se apuró a responder él con tono pícaro.

—Mmm —soltó Marcela entrecerrando los ojos—. Invítame a pasar, será mejor. ¿Qué onda este viento?

—Así no más es —dijo su padre e intentó sacarle la mochila de la espalda para cargarla él.

—Yo puedo sola.

—¡Ah! ¡Presta pa acá!

Se quedaron peleando por quién llevaba la mochila un buen rato, pero no fue un momento incómodo como el de antes. Disputar por los asuntos más nimios era su forma común de relacionarse: ahí estaba otra vez la preocupación desmedida y autoritaria de Miguel versus la autosuficiencia y obstinación de Marcela.

—¡Ya empezaste, ya, Miguel Vargas!

Él no desistió hasta que ella se dio por vencida. Fue unos pasos por delante y la llevó directo a la pieza, sin darle tiempo de recorrer la casa.

Marcela se quitó la chaqueta y la tiró en la cama. Volvieron a quedarse callados hasta que la hija preguntó:

—¿Estuviste cazando, hombrecito?

—¿Qué?

Ella apuntó la escopeta apoyada en el marco de la puerta.

—Ah... —dijo Miguel y miró el arma de reojo. Estuvo a punto de agregar algo más, pero al final solo levantó la chaqueta de su hija y la colgó en una de las perchas.

El gesto pareció un poco rudo a los ojos de Marcela. No es que esperara una gran fiesta de bienvenida, pero ¿era necesario marcar las reglas tan pronto? Lo vio abrir la cama y tomar sus cosas del velador, apurado.

—Duerme un rato —le dijo ya junto a la puerta—. Debes estar cansada por el viaje.

—No me va a quedar de otra parece...

—Ya nos ponemos al día después. ¿Tomaste desayuno? ¿Qué quieres almorzar? No tengo mucho, pero puedo ir a comprar algo. ¿Te traigo un vasito de agua?

—Estoy bien —dijo ella y se lo quedó mirando hasta que la sonrisa coqueta de antes volvió a su boca—. Con ese bigote sí que te ves igualito a Tarkovski.

—¿Tan guapo era el badulaque ese?

—Igual de facineroso que tú y con el mismo pelo chuzo —bromeó con tono cantadito.

Ese era el tono para hablar con Miguel y burlarse de las personas, otra de las cosas que más los unía como padre e hija. Usaban la palabra «facineroso» desde tiempos inmemoriales y gracias a su antigua vecina, doña Elba, quien la confundía con «vanidoso».

Miguel soltó una risita y se quedaron mirando por un momento.

Fue como decir *hola* otra vez.

—Ya, ¡a dormir! —ordenó él luego, y cerró la puerta con cuidado.

La pieza olía a humedad, a leña quemada y a su padre, que de cierta forma era la variante humana de los primeros dos. No era una habitación tan pequeña, pero daba la sensación de encierro. Las paredes de madera tenían algunas manchas y parches dudosos. Del techo colgaba

una bombilla amarillenta y en el velador —un trozo de madera atornillado a la pared— había un radiorreloj y unas pastillas.

La pieza de un hombre solitario, aunque más por austero que por pobre. Eso es lo único que podía interpretar de la cabaña.

Se quitó las zapatillas con los pies y caminó descalza hasta la ventana. El vidrio tenía manchas de gotas secas y tierra. A través de él persistía el mismo paisaje de colores diluidos que había visto desde el auto, como una acuarela.

Apoyó la mano en las tablas para saber qué la hacía sentir la cabaña. Pero justo cuando iba a cerrar los ojos, apareció un ratón en el marco de la ventana. Marcela dio un salto y la rata observó hacia el interior inclinando la cabeza, como si se preguntara dónde había ido el hombrecito solitario ese. Ella se acercó un poco y vio al animal llevarse sus pequeñas manos a la boca. Después de arañar la superficie del vidrio, desapareció.

La imagen de su cola en huida quedó un rato más en su cabeza.

A dormir, le había dicho su padre.

Marcela avanzó hacia la cama con el deseo de cumplir por fin con sus expectativas.

—¿Té o café? —preguntó su padre en cuanto Marcela salió de la pieza.

—Lo que tomes tú —respondió ella como si estuviera flirteando en un bar (y fuera un personaje de *Mad Men*).

—Un matecito entonces.

—Verdad que ahora eres gaucho —agregó la hija, dejándose caer en el sillón al que Miguel la había guiado como si estuviera enferma.

Él soltó un «mmm» divertido, casi una risita.

Marcela se dejó acunar por el rumor doméstico de su padre y la suave interferencia que acompañaba las voces de la radio. El anuncio de Muebles Atilio e hijos a cargo de un locutor educado y galante le confirmó que se encontraba muy lejos de casa. La sensación fue agradable y le recorrió todo el cuerpo: hoy no tendría que tomar decisiones o leer entre líneas. Si quería, podía quedarse echada ahí mismo hasta que llegara la noche.

El diario abierto sobre el banquito de madera la hizo evocar tiempos pasados. Su padre era de esas personas que leía —estudiaba— las noticias de principio a fin, y lo hacía sobre un banquito como ese desde que ella tenía memoria.

—Y también cambiaste *El Mercurio* por... —dijo Marcela buscando el nombre del diario. ¿*El Pingüino*? No parecía un nombre muy respetable, pero lo prefería si significaba que había dejado *El Mercurio*.

Miguel no se dio por aludido.

—Papá, te estoy hablando.

—¿Qué? —preguntó acercándose con el mate.

—Que además del café también dejaste *El Mercurio* —repitió ella con malicia.

Tampoco hubo respuesta esta vez.

Marcela observó a su padre con preocupación. Se suponía que debía irritarse o contestar con otra broma. ¿Es que tampoco seguía siendo de derecha?

Antes de que le preguntara si pasaba algo, Miguel buscó entre las hojas del diario y le extendió un tríptico turístico.

—Puedo descargar el mapa en mi celular.

Él afirmó con la cabeza y dijo:

—Estuve dándole vueltas y estaría más tranquilo si te quedaras en un hotel.

—¿No quieres que me quede contigo?

—No es eso, Tita. Solo me gustaría que estés cómoda. Mi casita es tan feíta, la pobre. Y además está muy lejos. Como llegaste de sorpresa, no alcancé a arreglar nada y tengo un montón de trabajo pendiente...

—Estoy cesante, papá —aclaró Marcela, aunque en principio había decidido omitirlo—. No tengo para pagar un hotel.

Miguel bajó la mirada y fue evidente que hacía un gran esfuerzo por guardarse sus peros.

—¡Ah! —dijo al final con su clásico tono de falsa irritación—. Yo te lo pago, ¿qué te has creído?

Marcela esperó un momento. Entendía lo del hotel porque ella habría hecho lo mismo, pero se suponía que ahora venía la parte en que su padre se retractaba. Cuando se dio cuenta de que no iba a suceder, entrecerró los ojos.

—Ya po —dijo echándose en el sillón con las manos tras la cabeza—, dime qué te pasa.

Miguel sacudió la cabeza con simpatía. Carraspeó.

—¿Tienes hambre? En el folleto hay un restorán de comida croata. Yo no he ido, pero dicen que es bien rico. Son como veinte minutos caminando. Te vas derecho y...

—Pensé que íbamos a comer juntos.

—Ahora tengo un trabajito urgente, pero a lo que vuelvas podemos conversar mejor.

Ella asintió con la cabeza varias veces, lento.

—¿Puedo darme una ducha siquiera?

—¡Claro! —respondió Miguel con alegría—. ¿Te traigo toallas o tienes?

No comió en el lugar que le había recomendado Miguel y tampoco visitó las atracciones turísticas que promocionaba el tríptico —que arrugó y botó en el primer basurero—: con soportar el viento ya tenía suficientes distracciones.

Caminó instintivamente hacia la costa, y aunque la playa resultó ser una línea de arena oscura con unas cuantas rocas, reafirmó su decisión de pasar el resto del día ahí, es decir, ya había comprado la botella de vino y las cervezas. Dobló su toalla en cuatro para que no se humedeciera tan rápido y bebió la primera cerveza en un abrir y cerrar de ojos. Con la segunda lata controló el estado de sus redes sociales: sin vida. Por la quinta se dio cuenta de que el zumbido de un helicóptero no había cesado en todo ese tiempo. Además de eso y las gaviotas, seguía completamente sola.

Gracias al vino fue que pudo disfrutar por fin del sonido del agua relamiendo la arena y de ese barco rojo que se veía a lo lejos, tan apacible como uno de papel. Para retrasar lo máximo la vuelta a casa, se propuso ver el atardecer en la costa, pero cuando iba por la mitad de la botella se dio cuenta de que no iba a suceder. Lo que tenía al frente no era exactamente el océano Pacífico, sino el estrecho de Magallanes. Estaba sentada sobre un paso largo hacia el Atlántico, o sea que podía quedarse todo el día esperando y el sol no iba a bajar por ahí. Si es que bajaba, porque entonces recordó lo que había contado Miguel tantas veces: que en Punta Arenas las noches de verano duraban entre cuatro y cinco horas.

¡Vaya!, ¿es que podía sorprenderse?, ¿después de todo? Quizás ayudara el alcohol, pero sintió como si la hicieran girar de un guantazo. Se quedó parpadeando unos minutos más, como una niña tras su primera experiencia con las volteretas. Luego aceptó que el viento ya la tenía chata y se dispuso a vagar por el centro, de mala gana y con las manos sepultadas en los bolsillos.

Dio con la cabaña de Miguel por equivocación. El viento golpeaba en su contra y aunque no había tantas calles para perderse, se perdió. Pidió ayuda a una pareja de militares. Era la cuarta vez que se cruzaba con uniformados y comenzaba a comprender qué había llevado a Miguel a elegir esa ciudad-frontera como hogar.

Tampoco la ayudaron mucho. Ningún punto de referencia, nada que sobresaliera a sus ojos: las casas eran homogéneamente largas y, revestidas de zinc, más parecían contenedores apiñados. Todo demasiado junto, demasiado encima.

Este lugar no tiene perspectiva, pensó, y luego, con un poco más de rabia, gritó:

—¡Estas casas no deberían existir!

La puerta de Miguel estaba cerrada con llave.

—¿No se suponía que Punta Arenas era *tan* seguro? —le dijo en cuanto entró.

Él permaneció callado junto al marco y volvió a poner doble llave. Bajó el volumen de las noticias e invitó a su hija a tomar asiento.

Permanecieron un rato callados y sin mirarse, como si no se conocieran tanto y esperaran al tercer amigo de ambos que los unía. Ella se distrajo inspeccionando las paredes, aunque al mirar con tanta intensidad desenfocaba. Supo, eso sí, que sobre la mesa de la cocina había varias bolsas y tres diarios abiertos. También que la bosca estaba prendida, hacía mucho calor.

—Todavía te comes las uñas —señaló Miguel de pronto y con un tono tan inexpresivo como su mirada, fija en las manos de su hija.

Ella las observó también. Su padre estaba en lo correcto: parecían cercenadas por un roedor sistemático. Aun así, la información la desconcertó por un momento. No es que no supiera que se comía las uñas —lo sabía desde los siete años—, pero lo había olvidado por completo. Cerró los puños enseguida.

¿Eso era de lo que quería hablar con tanta solemnidad?, ¿que en veinte años no había podido solucionar su mala costumbre más obvia? Iba a preguntárselo, estaba dispuesta a empezar una pelea sin sentido. Y si no lograba convencerlo de que ella era una persona hecha y derecha, al menos le sacaría en cara que parecía un viejo loco con ese parche de cinta aislante cosido al suéter. Podía decirlo, casi tenía la responsabilidad moral de hacerlo.

¿De eso se trataba?, pensó a continuación. ¿Iba a tener que discutir con su padre para obtener un poco de intimidad, una señal de reconocimiento?

La situación le recordó las noches de matemáticas, cuando ella y sus hermanos resolvían los ejercicios con que Miguel los entrenaba. A su padre le importaba la educación de sus hijos, y eso significaba que debían ser buenos con los números. Antes de comenzar, mantenía los cuadernos azules muy cerca suyo, como si se tratara de una pequeña torre de fichas, su única e invaluable apuesta, y luego escribía siete jeroglíficos para cada uno.

Así se sentía Marcela, otra vez frente a un ejercicio imposible de resolver. ¿Miguel alcanzaría a percibir su olor a cerveza? Su papá, a quien jamás había visto borracho en la vida. Tan sobrio y severo que era triste.

Él buscó su cajetilla y, tras botar aire, dijo:

—Hola, Tita, ¿cómo te baila?

Marcela entrecerró los ojos. Pese a la confusión, le fue imposible no sonreír.

—Me perdí en el camino. Pero ahora estoy bien. ¿Y tú?

El padre acompasó la cabeza de un hombro a otro con indecisión.

—En la mismita —dijo, y tosió para adoptar un tono más serio—. De eso te quiero hablar.

Se lo explicó fumando caladas profundas, igual que cuando corregía los ejercicios de matemáticas, sin dudar y como si fuera un problema muy simple. Marcela fue cerrando el ceño a medida que el relato avanzaba, pero no lo interrumpió. Esperó a que terminara y todavía un poco

más, para asegurarse de que no estaba bromeando.

Su padre tenía a un náufrago escondido en la pieza.

Respiró profundo para asimilarlo, pero no buscó un cigarro con ansiedad. Era curioso, pero después de todas las sorpresas que se había llevado en la última semana, el problema en el que estaba metido Miguel no le causó una impresión tan grande. Tal vez porque el chino estaba ahí, acostado en la cama a unos cuantos pasos. Lo observaron de pie junto a la puerta.

—Pero... ¿está vivo? —preguntó ella.

El hombre estaba absolutamente quieto, con ese tipo de inmovilidad que contagia el ambiente y que la hizo sentir igual de petrificada.

—Es serio, Marcela —advirtió él, bajando la voz.

—Lo pregunto en serio. Se ve muy joven...

—Es muy joven —afirmó su padre meneando la cabeza.

—¿Cuántos años tiene?

Miguel se llevó un dedo a los labios y le indicó que salieran.

Le contó el resto en el patio. Lo que sabía por los casos antiguos y de lo que se había enterado por las noticias. El capitán del calamarero («¿Un qué?», «Un barco que pesca calamares») dio aviso de la ausencia de tres tripulantes a las ocho de la mañana y para el mediodía ya habían encontrado a dos hombres flotando en el mar, muertos. Los barcos chinos tenían fama de explotadores, así que probablemente se fugaran por los maltratos a bordo. Buscarían al tercer tripulante durante cinco días más, pero el almirante a cargo afirmó que las posibilidades de encontrarlo con vida eran muy bajas.

—«Tendientes a cero» —lo citó Miguel con Julia echada a sus pies.

—¿Sabes cómo se llama?

—Lee no sé cuantito.

—¿No era seria la cosa?

El padre chasqueó la lengua.

—Es un nombre muy complicado. Prefiero decirle chinito.

—«Chinito»... ¿Es de China siquiera?

Miguel chupó el cigarro y respondió con el humo todavía en los pulmones:

—Es de Corea.

—¿De Corea del Norte?

—¡Qué voy a saber yo!

—Pues más te vale que averigües —lo retó Marcela. Luego negó con la cabeza e intentó otra vez—. Lo digo porque algo sé, y no me imagino a alguien de Corea del Sur trabajando en esos barcos. ¿Esclavitud, dijiste? Son una de las diez economías del mundo. —Sacó su celular para corroborar la información—. La undécima.

—En todos los países hay pobres.

Marcela levantó las cejas y expulsó el humo hacia la oscuridad.

—¿Y qué vas a hacer?

Miguel se encogió de hombros.

—Lo que estoy haciendo.

—¿No será mejor llevarlo a los pacos o a los marinos?

—No mientras el calamarero siga aquí.

—Pensé que confiabas más en los milicos.

El padre no respondió.

—¿Y después?

—Ya veremos después.

No hablaron más sobre el asunto, se fueron a dormir. Aparte de una pequeña pelea por la repartición de la cama que Miguel ganó (Marcela ocuparía su pieza y él dormiría en el living), lograron dejarlo así: suspendieron las dudas sobre el coreano y las hostilidades mutuas. Un alto al fuego frágil, pero tan ingenuo como necesario.

Marcela abrió los ojos con la luz del sol. Aunque afuera parecía las dos de la tarde, el radioreloj de la pieza marcaba las cinco y diecisiete de la mañana. O sea que su insomnio al revés había empeorado. Pero como esta vez tenía una buena excusa (había leído algo sobre que el encuentro del magnetismo del Polo Sur y las corrientes solares afectaba el sueño), no sintió la desolación habitual: salió por la ventana para fumar el primer cigarro del día y dar una vuelta.

Había bolsas de plástico retenidas en todos los alambres de las cercas, y aunque algunas flameaban al viento cual guirnaldas blancas, la sacaba de onda ver tanta basura en un paisaje natural que armonizaría a la perfección con el refugio de su mente: otra vez Diego.

Tuvo que alejarse bastante para dejar atrás los neumáticos, botellas de Coca-Cola, baldes y hasta una hawaiana algo sucia, pero en buen estado. Dio un breve vistazo al interior de un invernadero y camino arriba escuchó a los pájaros saludando el alba. Se oían menos confundidos que ella con el sol brillando a esa hora, y la mugre humana —¿o era que el canto de los pájaros siempre sonaba alegre?—. La luna todavía se dejaba ver. Justo en paralelo al sol: ambos redondos y enormes, como en el dibujo de una carta del tarot. A lo lejos divisó unos caballos.

Uno de pelaje marrón dormía con los ojos abiertos y la pata arriba. Los otros dos pastaban. Marcela se acercó a ellos con las manos abajo y esperó con una actitud relajada y amigable que ganara su confianza. El de manchas dio el primer paso. Tenía la cabeza completamente blanca y la nariz de un rosa pálido. Sus ojos despigmentados le daban un aire enfermizo y hermoso. Ella se quedó quieta mientras el caballo la olfateaba y disfrutó el calor que desprendía. Cuando él quiso un poco más, Marcela se dejó girar dócilmente hacia la izquierda. Entonces le habló dulce:

—¿Cómo estás?, ¿cómo estás, bonito? Qué pestañas más largas y lindas que tienes.

Cuando sintió que le había dado su consentimiento para hacerlo, acarició su cuello con seguridad. Pasó su mano por la crin y admiró la expresión inteligente de su rostro con palabras dulces. Estuvo un buen rato recorriendo el lomo según el sentido del pelo y rascando por debajo de la cabeza. Cuando el caballo aguzó el labio superior y retorció el cuello de placer, Marcela le dio unas palmaditas más secas y dijo:

—Voy a montarte.

El animal la observó con sus ojos pálidos.

—¿Y qué me vas a dar a cambio?

—¿Qué quieres? —preguntó ella con desconfianza.

—Un reloj de oro.

Ella soltó una risita y volvió a las caricias.

Unos minutos después, iban los cuatro prado arriba. Marcela en medio de los caballos, recibiendo su calor corporal y cantando el último tema que más le recordaba a Diego: *Cuando alguien grande se ha ido. Estamos a salvo por un momento.*

Había pensado que los animales buscaban agua, pero se detuvieron a pastar sin más, en un terreno idéntico al anterior. Se despidió de ellos con una inclinación de cabeza y prometió que no volvería sin el reloj de oro.

Julia fue a recibirla a los alambres de púa, sin ladrar. Cuando estuvieron al interior del patio, presionó el cuerpo contra sus piernas.

—Otra facilita —le dijo acariciándola.

Antes de volver a la pieza, rodeó la leña amontonada y fue hasta la ventana en que dormía el náufrago. Se agachó y acercó la cara al vidrio.

La cortina estaba tan vieja que casi era transparente, así que pudo ver al coreano con claridad. No estaba en la cama, sino sobre una frazada en el suelo: sentado en sus rodillas y con la espalda bien erguida. Tenía los ojos cerrados y se veía igual de quieto que la noche anterior, aunque esta vez no parecía muerto.

Marcela se preguntó qué estaría haciendo, o si hacía algo, y entonces la cola de Julia comenzó a golpear el zinc de la cabaña. Le indicó a la perra que se alejara y cuando se giró a la ventana, él ya tenía los ojos abiertos. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero no se alejó. Adoptó una actitud relajada, tal como había hecho con los caballos, y asintió para mostrarle que no había de qué preocuparse. Esperó a que él se acercara un poco más. Lee permaneció inmóvil.

Las flores de la cortina se veían más oscuras sobre la isla de su cara, y una manchita de agua en el vidrio se superponía sobre sus ojos. Marcela mojó la manga de su chaqueta con saliva y la limpió. Se miraron a través de todo aquello, un momento más.

* * *

Salió de la casa mientras Miguel preparaba el desayuno. Compró los diarios de la ciudad y los leyó junto a un espresso doble. Ambos dedicaban la primera plana a la fuga de los tripulantes. En la portada aparecían dos bolsas para cadáveres en el piso y una foto del barco. Se llamaba *Melilla 201* y, tal como había dicho su padre, parecía una prisión flotante.

Además de lo que había contado Miguel, se enteró de que ese día entregaban el examen tanatológico de los marineros fallecidos y que el calamarero había quedado con prohibición de zarpe. Copió los nombres de los tres fugados en su libreta:

Yusril Agam Darmawan, 24 años. Indonesia.

Joshua Yahaya Sueb, 27 años. Indonesia.

Lee Jae-yong, 25 años. Corea del Sur.

Fue hasta la morgue y se hizo pasar por una periodista de Santiago. Aunque la declaración oficial estaba programada para el mediodía, el fiscal apareció recién a las tres de la tarde. Leyó el acta de autopsia ante un grupo pequeño de periodistas: cuatro más Marcela.

Asfixia por sumersión como causa de muerte, escribió ella en su libreta.

Sin presencia de alcohol o drogas en la sangre.

No se registraron golpes ni heridas de armas blancas o disparos.

Ausencia de globos oculares y erosiones en los cuerpos producto de la fauna marina local.

Intentó recolectar más información con los periodistas, pero el único que le entregó un dato nuevo fue el mesero de la pizzería donde almorzó.

—Pero si son presos —le contó—. Los ponen en esos barcos como castigo, para que cumplan su pena. Tienen buenas ideas esos chinos, nosotros deberíamos imitarlos.

Marcela también anotó eso en su libreta.

Antes de volver pidió una última copa de vino y hojeó la investigación de su primer día: no parecía mucho. Globos oculares, asfixia y erosiones.

Mientras caminaba memorizó los nombres en su cabeza.

—Yusril y Joshua —dijo frente a la puerta. Antes de golpear escuchó la risa campechana de Miguel.

Esperó un momento.

—¡Mira el cachiporra! —oyó que decía a continuación.

Una vez dentro, comprobó que solo estaban él y el coreano.

—¿Te perdiste de nuevo? —preguntó Miguel.

Ella le dirigió una mirada tan ofendida que casi pareció que le picaban los ojos.

—¿Qué te sirvo? —dijo el padre yendo hacia la cocina.

En la mesa había tazas y una cesta de pan vacía.

—¿Unos huevitos? —insistió Miguel.

—Recién almorcé.

—¿A esta hora?

Marcela no respondió.

—Pero acompáñanos con un tecito que sea —pidió mientras llenaba la tetera con agua.

Ella pasó a la pieza y se quitó la chaqueta haciendo ruido como para que se escuchara desde la cocina. Ya sentada a la mesa, dijo:

—¿No te parece que hace un poquito de calor?

—Es que recién puse leña en la bosca —respondió él haciéndose el desentendido. Luego apuntó al coreano con la cabeza y puso cara de lástima.

—Yo lo veo bastante bien.

—¡Sí!, hoy amaneció mucho mejor —exclamó acercándose a la mesa para dar unas palmaditas cariñosas en los hombros del coreano—. «Agua corriente sana a la gente.»

Marcela parpadeó un par de veces como respuesta.

—Bueno, bueno —se apuró a decir el padre—, que no he hecho las presentaciones oficiales... —Fue a instalarse al medio de ambos y, todo ceremonioso, procedió—: Chinito, esta es mi hija Marcela.

—No te entiende, Miguel.

—¿Cómo no?, si hemos estado conversando toda la tarde! —aseguró y luego se dirigió al coreano—: Marcela vive en Santiago, pero llegó ayer por la mañana, justo después de que te encontráramos a ti.

Hablaba modulando bien cada palabra y lento, con una lentitud cálida. El coreano hizo una inclinación con la cabeza.

—¡Viste! Si es vivaracho, como todos los chinos.

—Es coreano, papá.

—¡Ah!, ya sé. Si es de cariño. Él entiende.

La hija meneó la cabeza.

—Marcela —se presentó extendiendo una mano hacia Lee.

Él bajó la vista y se puso de pie con dificultad. Medio encogido, hizo una reverencia con los brazos pegados al cuerpo.

—Es que es más tímido con las mujeres —explicó Miguel con picardía—. ¿Hace cuánto que no veías a una chiquilla? —bromeó mientras lo ayudaba a sentarse.

Marcela mantuvo sus ojos sobre el coreano, con desconfianza, aunque no era nada personal, ella miraba así a cualquier persona que conociera por primera vez. Se dio cuenta de que tenía puesta la ropa de Miguel y que olía a su padre. También a algo nauseabundo. Lee debió darse cuenta de que lo observaba porque sus párpados se movieron inquietos. Ella se preguntó si la recordaría de la mañana.

—¿Por qué tienes una bosca, en todo caso? —le discutió a su padre, a continuación—. ¿No se supone que aquí les subsidian el gas?

Miguel ignoró su comentario.

—¿Y?, ¿qué hiciste hoy? —quiso saber, ya sentado a la mesa.

—No mucho.

—¿Dónde fuiste?

—Anduve cerca del cementerio...

—Bonito, ¿no? Es monumento nacional —soltó él con orgullo.

—No entré.

—¿Ah, no? —continuó Miguel sin abandonar su jovialidad.

—No.

—¿Y qué hiciste entonces?, ¿fuiste al monumento ovejero? Está cerca.

—No, papá. No vine a turistear.

—¿Y a qué viniste entonces?

—¿Qué? —exclamó ella abriendo mucho los ojos.

—Nada, nada, es una broma —aseguró él y alargó el brazo para darle unas palmadas en la mano. Marcela permaneció absolutamente glacial al contacto.

—Y tú, ¿ya pensaste en algo?

—¿Algo sobre qué, hija?

—¡Sobre qué va a ser!

Miguel desvió la mirada hacia Lee.

—Tómese el tecito, que se le va a enfriar —y como el coreano no le entendía, hizo el gesto con las manos.

Lee bebió con lentitud y los ojos clavados en el hombre que tenía a un lado.

—¡Que es cómico! Lo hubieras visto en el almuerzo. Nunca había visto a alguien comer con tantas ganas.

—Ya po, Miguel. Tómalo en serio —lo regañó ella—. Hay cincuenta marinos buscándolo.

—Sí, y van a seguir por cinco días, pero en el mar. Nadie va a venir a meterse aquí.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Deja que se recupere primero, Tita —dijo Miguel con tono serio por primera vez. Hizo una pausa para retomar su optimismo—. Ya iremos viendo cómo avanza la cosa.

—Hoy me contaron que los tripulantes de esos barcos son presos —se apuró a decir la hija.

—¿Quién te dijo esa tontera?!

—¿Porque Miguel Vargas lo sabe todo!

—Esas son historias de vieja cahuinera.

—Me lo dijo un hombre joven.

—Peor aún.

El coreano comenzó a toser y Miguel se giró hacia él y le sobó la espalda diciendo «Ya, ya».

—Solo quería saber si estás consciente de que es ilegal.

Él hizo como si espantara a una mosca con la mano, una mosca pesá.

—Podrías preguntarle si quiere una ducha. Yo creo que le haría bien.

—Sí, a todos —confirmó él, encogiendo la nariz para transformar las pesadeces de su hija en una broma común, y agregó una sonrisita de victoria.

Marcela tampoco se creía eso de que los tripulantes fueran presos. Al menos no con el entusiasmo que le demostró a su padre. Solo buscaba aportar más antecedentes y, de paso, molestarlo un poco.

Para salir de dudas, pasó el segundo día de su «investigación» revisando el archivo de *La Prensa Austral*. El caso que llenaba más páginas era del 2009. Esta vez sí se trataba de chinos. La dueña de un restaurán llamado Arco Iris había hecho de traductora para la policía y los periodistas. «Nos encerraban en cuartos oscuros y sin comida», citaba la noticia, aunque advirtiendo que la mujer apenas se las había arreglado con el dialecto de los tripulantes.

Un recuadro pequeño informaba que ninguno de los dos presentaba antecedentes criminales o causas judiciales pendientes y que serían deportados al salir del hospital.

Sacó fotos con su celular y copió lo más relevante en su libreta.

Miguel tenía razón, y aunque la avergonzara aceptarlo, ella se sentía más tranquila.

Su investigación había avanzado un poco, pero ya no sabía cómo seguir.

* * *

Siguió despertando con los primeros rayos del sol, pero esa madrugada fue diferente. Después de esperar a que Julia se presentara a su cita, golpeó el vidrio de la otra ventana e invitó al coreano a salir con ellas.

Él ya estaba vestido y, una vez afuera, Marcela se quedó mirándolo con curiosidad.

—¿*Jet lag* o el magnetismo del polo como yo? —preguntó.

Él hizo una reverencia breve como saludo. Ella indicó colina arriba con la mano.

Caminaron de espaldas al mar y con la cabeza gacha. Callados, pero sin que el silencio resultara incómodo. Al menos Marcela lo disfrutaba, y sentía que el coreano también. Por supuesto, era un problema de idioma, pero tenía la impresión de que tampoco hablarían tanto si pudieran entenderse. Quizás se debía a la idea que tenía de los asiáticos como personas reservadas y taciturnas.

Levantó la cabeza para ver su rostro y confirmar la realidad, pero él iba un par de metros delante. Tan cómoda se sentía que la había adelantado sin que se diera cuenta. Julia tampoco estaba, pero en vez de buscarla llamó al coreano.

—¡Lee! —gritó pronunciando su nombre tal como lo hacía al decir Bruce Lee.

Él se dio la vuelta enseguida.

Sí, pensó Marcela. Era todo un asiático. Y también se veía más saludable que ayer y parecía... —acortó la distancia para examinar mejor su rostro— parecía... absolutamente sorprendido de estar vivo.

Ambos bajaron la cabeza y reanudaron la marcha.

El cielo estaba nublado y por los tonos naranjas y rosas de las nubes, Marcela pensó que más parecía un atardecer. Corría el viento habitual, pero no hacía frío, y ella continuó el camino imaginando de qué hablarían si pudieran hacerlo.

De nuevo no llamó... empezaría ella con aire melancólico. ¡Qué linda era su risa!

El otro día vi una serie que me dejó pensando... contestaría quizás él, sí, eso diría y con un tono práctico. Nunca he estado seguro de si uno nace de cierta forma y ya es así para siempre o te conviertes en eso que eres con el tiempo. Porque conozco a muchas personas que se criaron igual que yo, pero ahora somos totalmente distintos.

Bueno, la vida es muy larga.

Depende.

Como sea, se apuraría en responder Marcela. Cualquiera de las dos opciones es una maldición.

Hoy amaneció muy temprano. ¡Apúrate!

¿Dónde vamos?, preguntaría ella con cansancio.

Supongo que en algún momento se acabará el camino.

Y entonces Marcela, sin saber por qué, se sentiría triste.

Antes de llegar a ningún sitio, se encontraron de frente con un zorro y ambos se detuvieron al mismo tiempo.

Era un zorro gris muy pequeño y enseguida apareció un segundo, aunque de tamaño adulto y pelaje más asilvestrado. El zorro grande se interpuso entre sus miradas, desvergonzadamente maravilladas, y el zorrito pequeño. Después de poner cara de rudo, levantó una de las patas traseras como si fuera a mearlo. La escena hizo que ambos observaran con todavía más curiosidad, pero como no terminó por caer orina, comprendieron que solo intentaba protegerlo, y que ellos debían irse.

Fueron hacia unos arbustos que estaban cerca. El coreano se sentó apoyando el peso en los tobillos y Marcela con las rodillas pegadas al cuerpo. Medio escondidos por las ramas, espionaron los juegos alegres de los zorritos.

Ella recordó su visita a la morgue y se preguntó si el coreano sabría lo que había sucedido con sus dos compañeros.

Joshua y Yusril. ¿Creería que seguían vivos?, ¿que lo esperaban? Pensó en cómo decírselo, pero aun si hablara coreano, sería difícil.

—Corea del Sur... —dijo al final.

Lee se giró hacia ella.

—Heavy los coreanos... ¿O no? A un amigo le gustaban las películas coreanas... Vimos varias juntos y siempre eran heavy. Bien trágicos pa sus cosas, bien alegóricos. Transmitían una sensación... no de terror, pero inquietante. ¿Es por lo de las dos Coreas? Lo que más me llamaba la atención eran las calles. Al menos en las películas que vi eran unas callecitas muy angostas y

planas. Sin desnivel para la vereda o cuneta, una pura calle lisa y gris que siempre bajaba o subía doblando por una esquina. Sí, lo único que marcaba el límite entre la vereda y la calle, y la vereda y las casas, era una línea blanca pintada en el piso. Me costaba mucho entenderlo. Digo, en Chile no son así... —comentó justo cuando el zorrito pequeño encajaba su mandíbula en el cuello del asilvestrado con astucia.

Marcela entrecerró los ojos.

—Los zorros casi nunca se dejan ver de día. ¿Será porque aquí la noche dura tan poco?

Suspiró y se giró hacia el coreano. Él la miraba con atención.

—¿Y? ¿Te gusta Punta Arenas?

Lee desvió la mirada hacia la maleza. En su boca se delineó algo que parecía una sonrisa. No una sonrisa involuntaria, sino contenida.

—Pero no seas tan duro, si algo tiene... —dijo Marcela soltando una risita. Meditó unos segundos—. El viento —agregó afirmando con la cabeza—. Nadie podría negar que es un viento interesante. ¿Oyes qué fuerte se escucha?

Volvió la vista al frente, hacia los zorritos, que ahora daban saltos espectaculares.

—También le gustaba *Evangelion* —agregó Marcela como si no hubieran dejado de hablar en todo ese rato—. A mi amigo... Diego, se llama. Veíamos los capítulos almorzando. Todos los domingos. A los dos nos llamaba la atención un sonido bien raro que siempre ponían de fondo, al principio de la serie, o cuando mostraban la ciudad tranquila. Era un ruido molesto. Bueno, no sé si molesto, pero como estridente. Buscamos en internet y en un foro decía que eran cigarras, que en Japón las cigarras solo se escuchaban en los veranos, pero como el Segundo Impacto había causado cambios en el clima, en el mundo de *Evangelion* siempre hacía calor. Por eso el sonido era constante. A nosotros nos sorprendió mucho, porque pensábamos que el canto de las cigarras era más dulce. Creíamos eso por una canción, una canción argentina bien famosa... Y nos gustaba mucho. Cuando fuimos a mochilear al norte fue como nuestra banda sonora.

Suspiró.

—Me acordé por el ruido que hace el viento... Yo sé que Japón es otro país completamente diferente, y no quiero ofender, pero ¿se escuchan así de fuerte las cigarras en Corea?

Él volvió la vista hacia ella. Marcela no supo si todavía estaba flaco o si es que sus mejillas solían ser así, como sin carne. Su párpado inferior, en cambio, era muy abultado y la inclinación de su hueso nasal tan profundo que estaba casi al mismo nivel que sus pómulos y ojos. Por cómo miraban, parecían querer hacer una pregunta.

—Diego era mi pololo —explicó recogiendo unas piedras del suelo—. Nos conocimos estudiando Cine, hace como cuatro años. Íbamos en el mismo curso, aunque yo era mayor porque había estudiado otra cosa antes. En esa época, Diego se vestía con polerones negros y tenía el pelo decolorado. Como rubio, pero más blanco. Yo usaba un montgomery azul marino y un morral de cuero de hombre. Había varios «personajes» en el curso. Uno se vestía de terno, otro usaba faldas escocesas y una compañera llevaba unas cadenas gruesas de ferretería colgando. Yo los encontraba ridículos, pero supongo que también estaba representando un papel con mi uniforme. Tenía veintitrés y era la mayor del curso. También, la más arrogante. Y eso es mucho para una carrera como Cine, en donde todos querían llamar la atención o demostrar lo especiales que eran. Igual tiene sentido, ¿cómo nos habríamos atrevido a estudiar una carrera sin trabajo seguro si no nos hubiéramos creído el cuento? Yo era la típica alumna que se toma muy

en serio y había visto todas las películas de Bergman, onda sabía decir «salud» y «te amo» en sueco... Total, que hablaba mucho en clase, como si estuviera tomándome un café con el profesor. A algunos compañeros les caía pésimo y otros me admiraban. Es que eran más chicos... Diego, Diego era callado. No por tímido, sino por inseguro. La primera vez que hablamos fue gracias a *In the Mood for Love* de Wong Kar-wai. La segunda en un carrete que organizamos en mi departamento. La fiesta era de los ochenta. Una fiesta temática, ¿puedes creerlo? Así de entusiasmados estábamos con la idea de ser universitarios.

Marcela sonrió para darle a entender el chiste. Lee la observaba fijo.

—¿Tú eres tan callado por tímido o por inseguro? —soltó con tono burlón, como si necesitara mostrale los dientes después de tanta confesión.

Los labios de Lee estaban entreabiertos, entreabiertos y partidos, solo eso. Pese a vestir la ropa de su padre, ya no olía como él, o quizás es que no estaban lo suficientemente cerca.

—No te preocupes, tampoco te dejaría hablar mucho si supieras español...

Ambos volvieron la vista hacia adelante. Uno de los zorros se acercó por detrás del arbusto para ver si seguían ahí. Ella lo saludó entre las ramas y el animalito jugó a esconderse otra vez. Se asomó y huyó.

—Antes yo no era así, pero ahora soy así —dijo Marcela como si pensara en voz alta. A continuación, y con más seguridad, retomó el hilo—: En ese carrete no conversamos mucho con Diego, pero al poco tiempo nos hicimos amigos. Primero fuimos amigos, muy buenos amigos.

* * *

Miguel cerró el diario y se quedó mirando la estufa a leña, hipnotizado por las llamas, pero sin llegar a pensar en el fuego.

—Casi nada, o sea que ya dejó de ser importante —dijo—. Y el Emilio vuelve en cinco días... Va a estar difícil mentirle, o sea, mentirle bien. —Respiró profundo y botó el aire de a poco por un lado de la boca, como una locomotora—. A ver, a ver... ahora tengo... que... —siguió diciendo en tono cantarín—. ¿¿Dónde fue que dejé mi cuaderno?!

El coreano lo miraba con curiosidad desde la mesa. Miguel quiso explicarse, explicar que no le hablaba a él, que hablaba solo, porque generalmente estaba solo y se había acostumbrado a hacer eso, a hablar solo, y que todavía no se acostumbraba a tener visitas en la casa, pero que...

—No pesques a este viejo loco —dijo al final—. Y se me toma toda esa leche, que a mí no me gustan na los malcriados.

Puso la tetera para un segundo mate y dio vueltas por la cabaña buscando su cuaderno y repasando en voz alta las tareas del día. Escribió un mensaje para Marcela. Sacó la hoja y se la entregó a Lee.

—Para la Tita —dijo—. Tita —repitió, y dibujó una melena alrededor de la cara con sus manos y señaló un punto en lo alto, a diez centímetros de su cabeza. Por si no entendía, agregó una mueca de disgusto. Tita: mujer, alta, enojona.

Lee asintió con gravedad, como si hablaran de un tema muy serio o profundo.

Miguel soltó una risita.

—¡Que eres cómico! —comentó por enésima vez. Todo lo que hacía Lee le parecía cómico, como si fuera un dibujo animado. Pero si el chinito lo entendiera, ¿se ofendería como decía su hija?

Su mirada era muy penetrante, pero no parecía mirarlo a mal. Descartó la idea y fue por el diario que leía antes. Lo extendió sobre la mesa.

—Tu barco —le explicó apuntando la fotografía que acompañaba la nota.

Lee observó la foto con la misma emoción con la que había visto su taza de leche hacía un minuto.

—Ya le dieron permiso de zarpe.

Para darse a entender hizo un barco con una servilleta y lo alejó de ellos por el aire.

—Adiós —agregó—. Chaíto, ¡sayonara!

¿Eso era chino o japonés?

Lee permaneció en silencio, sin dar señales de entender o de no entender.

Fue por el calendario e indicó el día en que habían despertado en esta parte del mundo.

—Veinte de diciembre. Hoy. Zarpa hoy.

Para informarle a qué hora, señaló el mediodía en su reloj.

—¿Qué te parece? Algo menos de qué preocuparnos.

Se quedó esperando la reacción de Lee con una amplia y esperanzadora sonrisa, pero el muchacho se limitó a asentir una vez con la cabeza.

—¡Uy! ¡Tanta algarabía! No vaya a ser que despiertes a la Marcela.

Lee siguió con la mirada levantada hacia él, casi sin parpadear.

—¿No me estarás agarrando para el fideo, oye? —dijo entrecerrando los ojos.

El coreano dirigió su atención a una mosca que aleteaba cerca de la mantequilla. De un momento a otro, quedó completamente absorto en sus piruetas aerodinámicas.

—Igual nos va mejor que con el traductor ese...

Buscó su caja de herramientas y anunció que se iba a trabajar en la pana de un barco holandés. «Euros», dijo subiendo y bajando las cejas.

Ya junto a la puerta, hizo una pequeña reverencia con el cuerpo todo tieso.

—¡Nos vemos, *kompadre*!

—¡Bye bye, *kompadre*! —respondió Lee.

Pasó la mañana a un par de metros del edificio de la Gobernación Marítima, sintiéndose a sus anchas mientras daba apretones de mano firmes y esbozando la sonrisa confiable que todos conocían.

Cuando volvió con comida china (iba a guardar la sorpresa del sushi y los palitos de madera para la cena de Navidad), Lee seguía sentado en el mismo lugar. Aunque tampoco parecía incómodo o aburrido. Seguro necesitaba estar así de quieto por varios meses, pensó Miguel.

—¿Y la Tita?

El coreano le extendió una hoja: «Fui a la isla de los pingüinos. Marcela».

Eso lo enfureció. Se suponía que debía quedarse a cuidar al chinito. No se lo había pedido explícitamente, pero resultaba bastante obvio.

Refunfuñó mientras preparaba la mesa para el almuerzo: dos platos y tres cajitas de aluminio.

—Mejor así, ¿cierto? —dijo a Lee guiñando un ojo.

Él observó el chapsui de pollo con dudas.

—Cómale, cómale —lo invitó él y probó de su plato soltando un «mmm» de delicioso.

Así lo hizo el muchacho, pero al poco de masticar le empezó a escurrir saliva por la boca. Miguel no alcanzó a preguntarle qué le pasaba cuando ya estaba con arcadas y devolviendo lo que había alcanzado a tragar, el desayuno y probablemente la cena de la noche anterior.

—Bote todo no más —intentó tranquilizarlo Miguel, mientras le sobaba la espalda con la mano—. No se preocupe y bote todo. Con confianza. Eso, con confianza.

Pareció que iba a desmayarse y le hizo tomar el jugo de sobre. Lo llevó a la pieza y limpió su boca con un paño húmedo. Su lengua daba pequeñas sacudidas en un pozo de saliva. Parecía más corta, como la de un pájaro, la lengua de una catita. Estaba muy pálido.

—¡Las reflautas! —dijo Miguel y articuló una gran sonrisa para animarlo.

El coreano todavía parecía asustado.

—Ya pasó. Es algo bueno. Quiere decir que el cuerpo está mejorando —repitió con el aliento contenido.

Una vez en la cocina soltó todo el aire. Fue directo a examinar el vómito. La sustancia era oscura y densa, pero no había sangre. Un vómito normal, unos temblores normales, una cara pálida normal.

—No hay sangre —susurró.

Cuando Lee abrió los ojos, Miguel seguía en la pieza: sentado frente al escritorio y con la cabeza gacha sobre la concha de un equipo electrónico. A la mano, varias piezas y cables de colores. Colgadas a muro, algo así como el museo de las herramientas. Lo vio acomodarse los lentes y rumiar algo. Bajo la luz fría, sus manos probaron distintas posibilidades. Su rostro tenía una expresión estricta y algo conspirativa, feliz.

Lee bostezó y fue hasta él.

—¿Qué talca? —dijo Miguel tan concentrado en lo que hacía que ni recordó lo del vómito. Ocho segundos después cayó en la cuenta y dio un salto—. ¡¿Estás bien?!, ¿despertaste hace mucho?

El coreano apoyó la cara en la esquina de la mesa. Había recuperado el color, ese particular tono de piel moreno-pálido que Miguel ya conocía.

—¿Te suena? —preguntó levantando el equipo—, ¿había alguno así en tu barco?

Lee abrió los ojos y observó el aparato. Parpadeó dos veces.

—¿Eso es un «no» o un «sí»? —dijo con una risita—. ¿Seguro que estás bien?

Le cedió su silla, fue por otra y siguió con su trabajo. Al poco andar, escuchó que el muchacho contenía la respiración tal como hacía él a veces.

—Estos que parecen edificios se llaman circuitos integrados o chips —explicó señalando con la punta de su lápiz—. Tienen varias funciones y entre más grandotes son pueden procesar cosas más complejas, como los computadores.

Lee apuntó la pieza más pequeña. Entonces Miguel abrió uno de los cajones y hundió la mano en un caos de dispositivos y terminales. Levantó un puñado al azar, entre resistores, diodos y bobinas. Todos diferentes, pero igual de diminutos.

—¿Te gustan las cosas chiquititas? —preguntó tanteando los dispositivos con su pulgar—. Parecen bichos. Con antenas y patas largas.

Se los entregó como si se tratara de un puñado de dulces.

—Claro que si quieres aprender, tenemos que empezar por lo básico.

Se giró hacia el notebook y abrió la ventana con el traductor. Escribió un párrafo largo y luego hizo clic en el botón de «Oír». La voz femenina y digital que traducía al coreano habló sin parar y, cuando por fin se calló —hasta ella parecía cansada—, ambos se echaron a reír.

—Qué habrá dicho la mujercita esa... —comentó Miguel levantando las cejas, entre preocupado y divertido—. En fin, a estos se les dice «jumper». Pero, en el fondo, son como cualquier cable, o sea, que conducen electricidad. Tienen un código de color para ordenar sus funciones. El código es estándar, aunque los japoneses a veces se mandan las partes como quieren. Por ejemplo: el rojo es para el voltaje, el negro para la tierra, que es la fuente de electricidad. El blanco es un conductor neutro.

Mientras hablaba iba mostrando cada elemento con la punta de grafito.

Lee apuntó la mesa con el índice.

—¿Qué? —preguntó Miguel y le pasó su lápiz.

El muchacho volvió a indicar la mesa y la placa.

—¿Quieres saber por qué son de este tono? —dijo y escribió «verde» en el traductor.

Lee asintió una vez. Miguel se rascó la cabeza.

—En el caso de la placa, esa parte se llama capa de soldadura. Se supone que es así por las resinas que protegen el circuito, para la humedad y el polvo, pero una vez me dijeron que eran verdes porque no cansa tanto la vista y se reduce la posibilidad de error.

Escribió todo eso en Google Translate.

Miguel se dio cuenta de que al coreano le picaban los dedos por tocar el saliente del condensador, pero dejó que comprobara lo que ocurría por él mismo.

Una chispa saltó cuando Lee hizo contacto con su índice, pero el grito parecía más de susto que de dolor.

—Esa es otra cosa importante —explicó Miguel cuando dejó de reír y enseguida pinchó su brazo—. Nosotros también somos buenos conductores.

Dio vuelta al condensador y le mostró el ícono del rayo que advertía alta tensión. Lee tenía el dedo en la boca.

—Pero no te preocupes, hasta yo me olvido a veces —dijo mostrándole las cicatrices de sus dedos como prueba—. Es bonito igual, ¿sabes? Porque hay un tipo de información que solo se puede transmitir con las manos. De eso va este trabajo.

Se quedó mirando al coreano un momento.

—Me imagino que un barco es mucho más peligroso... Pero aquí también hay que estar atento.

Buscó un cuadernillo y un lápiz.

—Mejor hagámoslo así. Mientras yo avanzo en esto, te voy explicando y tú anotas.

Lee afirmó dos veces con la cabeza.

—La idea es ingeniárselas.

Su tono y forma de explicar no eran los más pedagógicos, pero se esforzó por hablar despacio y traducir lo imprescindible. Mientras avanzaba fueron desapareciendo las palabras y ganando terreno los números.

—Así podemos estar más tranquilos —afirmó.

* * *

Esa madrugada caminaron más que de costumbre, hasta alcanzar unos pastizales completamente amarillos.

Marcela había llevado un termo con mate y una frazada. Mientras la extendía al pie de la loma, Lee se quedó mirando alrededor con desconcierto.

—No creo que esté seco por el verano —comentó ella—. Debe ser amarillo por naturaleza.

El pedazo de mar que alcanzaban a ver parecía más alto que los techos de la ciudad, como si fuera a precipitarse sobre ellos. Julia estaba lejos, con los perros de los vecinos, y también alcanzaban a distinguir un grupo de animales del mismo color de la llanura.

—Guanacos. Se supone que son familiares de los camellos. En el norte también hay, pero como son domésticos se llaman... llamas —explicó Marcela y soltó una risita en forma de jadeo.

Lee la miró sin comprender, por supuesto, y ella no agregó nada más hasta que el coreano suspiró.

—Un suspiro es un beso contenido que se piensa y no se da. —Pese a la coquetería de la frase, lo dijo completamente desanimada. Y también suspiró—. O eso decía Diego, mi ex.

Sirvió mate para ambos. Su bombilla estaba mala y tuvo que explicarse por medio de mil gestos para que Lee entendiera que debían compartir la calabaza.

—Perdón por mi inglés —dijo después de beber un poco—. No me manejo tanto como debiera, o como hago parecer... Igual tú tampoco sabes, ¿o sí?

Lee volvió a suspirar.

—En verdad, soy una pobre tramposa atrapada —continuó con aire rigurosamente confesional y triste.

Lee afirmó con la cabeza y ella medio sonrió.

—Ah, y también soy cruel. O eso me dijo Diego cuando terminamos. ¿Cómo era? «A todos nos han herido, Marcela. Todos vamos con el corazón roto y una pistola cargada. Pero tú, tú eres de las que disparan. Eres cruel.» —Enseguida hizo el gesto de una pistola con la mano y se disparó en la sien. Dejó caer el brazo, los hombros y la espalda.

El coreano levantó las cejas. Como otras veces, pareció que estaba a punto de soltar algo, pero no dijo nada.

—Diego me pateó por infiel. Porque le fui infiel durante seis meses. Las fechas son importantes —aclaró—. No fue deliberado, pero empecé poco después de que no quiso seguir viviendo conmigo. Supuestamente no tenía plata para el arriendo, así que yo también le di mis excusas cuando me descubrió. Le eché la culpa a la cocaína. Una mentirita blanca... —agregó con más ánimo—. Aunque ni yo me lo creí, era como si le estuviera confesando que me había dado besos conmigo misma... Diego se burló diciendo que de dónde iba a andar jalando si con un porro quedaba pa la cagá. Pero es que son drogas bien diferentes —le dijo como rogándole su apoyo.

Él asintió con la cabeza otra vez.

—Igual aprendí. Digo, a usar mejor las drogas. En cuanto a mi educación sentimental, sigo de repitente, o peor, congelada, como en Ingeniería y Cine...

Volvió la mirada hacia adelante. La pandilla de perros de Julia husmeaba cerca.

—¿Qué drogas consumen en Corea? Por las películas parece que toman mucho, demasiado.

Intentó recordar el nombre de la bebida, pero solo se le vino a la cabeza el destilado japonés.

—Sake —probó.

«Ni idea», leyó en la cara de Lee, o tal vez estaba fingiendo, porque ¿cómo no iba a entender la mímica de empujarse una botella? Se quedó mirándolo de reojo.

—La verdad es que fui infiel porque teníamos problemas sexuales. O sea... No es que lo hiciéramos mal, pero yo necesitaba hacerlo más veces. Obviamente, eso se lo expliqué de la forma más sutil posible, pero Diego igual se puso a la defensiva. Así empecé y después, nada... cuando eres infiel una vez, luego solo sigues haciéndolo. Es que es muy difícil detenerse. Yo creo que se parece a escapar.

Se dio cuenta de lo raro que sonaba decirle eso a una persona cuya circunstancia era literalmente la de un prófugo, pero era cierto que venía pensándolo hace mucho. Volvió la mirada al coreano.

—¿A ti te pasa?, ¿sientes que ya no vas a poder detenerte?

Él abrió un poco los ojos.

Ella lo imitó.

Ambos sonrieron.

—Bueno, y ya que estamos con las sinceridades, la verdad verdadera es que lo hice porque no podía renunciar a hacerlo. ¿Entiendes? Renunciar a conectar con una persona. Cuando conoces a alguien y sientes que conectan de una forma tan increíble que te da vértigo. Parece que nunca se va a volver a repetir y juras que esa noche va a cambiar tu vida, que esta vez sí es cierto, y hablas sin parar, de absolutamente todo, y sientes como si fueran las únicas dos personas en el mundo, o como si abrieran un portal a otra dimensión que no es real. Y claro, a veces estás tan curado y drogado que realmente parece un sueño. Pero tampoco es que mate el encanto, porque sabes que no es una ilusión, lo sientes.

Hizo una pausa porque se estaba entusiasmando demasiado.

—Lo hice porque me gustaba coleccionar esas conversaciones. Como cuando alguien te empieza a hablar del sistema de regadío en Egipto de la nada. Es extraño y chistoso... o la forma en la que hablaban, porque uno cree que está conversando de cualquier cosa y, un segundo después, todo se vuelve realmente serio y profundo, y es bacán darse cuenta, es como un regalo, una sorpresa, una estrella fugaz, y que te gusten las palabras que elige, el tono. «Soy optimista porque creo que puedo cambiar las cosas que no están en mis manos», me dijeron una vez. Otra frase que se me quedó grabada fue ese argumento para la infidelidad: «Lo hago porque lo quiero todo», dijo él. Sonaba bien, convincente, algo que yo hubiera creído, pero igual le respondí: «O quizás quieres muy poco lo que tienes». Y también era genial cuando te mostrabas letras de canciones mutuamente, onda pegados al compu y todos sublimes, como leyendo poesía. O cuando te gustaba su sentido del humor; como encontrar a un partner en la comedia, un bandejero. Porque esa es otra forma de seducción, ¿o no?, de calentarse. Recuerdo haberme despertado totalmente desorientada y haber visto un pequeño banderín vietnamita colgado en la lámpara del techo, casi puedo verlo ahora... Claro que no le conté ninguna de esas cosas a Diego. Y de todas formas lo único que le importaba saber era si las personas con las que me había acostado lo conocían. Me insistió tanto que terminé dándole un par de nombres. Después los buscó en Facebook y estaba tan enojado... «Ni siquiera son bonitos», dijo.

Marcela volvió a suspirar.

—Pero es que no lo hacía por ellos. Lo hacía por mí, ¿cachái?, porque podía ser una persona diferente con cada uno. Como que me hice adicta a eso, a cambiar.

El viento sopló con fuerza y ella esperó que se llevara sus palabras.

—Y además fue una especie de investigación. Quería saber qué se sentía. Estaba pegada con *Mad Men* en esa época y me creía Don Draper. Quería ser un hombre infiel. Quería hacer algo como eso sin sentir culpa. O darme cuenta de lo poco que importaba. Diego siempre se contenía, pero se notaba que le atraían otras personas. No se las comía, pero se enamoraba, lo que para mis parámetros platónicos representaba una falta todavía más grave. Lo hice para sacarme sus ganas. Como una especie de sacrificio, bueno, un sacrificio es mucho, pero te juro que en el fondo siempre sentía que lo estaba haciendo por amor. Para entender que no se trata de corazones grandes o pequeños, sino de voluntad.

Lee la escuchaba con los ojos muy abiertos. ¿Estaría tratando de decirle que estaba de acuerdo o le pedía que descansaran de todo eso un poco? ¡Ya basta de tanta conversación sincera y profunda!

Ella le pidió la calabaza con mate.

—Ya ves, al final todo se mezcla con todo... ¿Qué piensas tú? —preguntó precisamente porque él no iba a contestar.

Un pájaro trino por encima de su cabeza y ellos levantaron la vista al cielo.

Soju, recordó ella de pronto. Así se llama lo que toman en Corea.

Cuando lo dijo, Lee tampoco pareció entender, así que lo escribió en su libreta.

Soju.

«¡Aaahh!», expresó él con el gesto de su mentón y le pidió el cuaderno.

소주, escribió.

—*Soyu* —dijo.

—*Soyu* —repitió Marcela.

Dos sonrisas, y a falta de alcohol, chupar la bombilla del mate por turnos.

Marcela vio que en la otra página de la libreta estaban los nombres de los tripulantes muertos.

Pensó cómo contárselo.

En una hoja en limpio dibujó dos figuras humanas en horizontal y unas olas encima.

Mar, agregó al final. *Sea.*

Él dejó de sonreír mientras leía. Miró hacia el grupo de guanacos amarillos que comían de la hierba amarilla.

¿*Dónde estamos?*

¿Estaría preguntándose eso?

—Parece el desierto —dijo.



Joshua y Yusril

Mar

sea

**UN DÍA EN EL MELILLA: pesca nocturna,
amanecer, línea de factoría, colación, tarde
en cubierta y otra vez la noche.**

El calamar agoniza sobre las tablas. Aún mantiene su color, similar al óxido que recubre el barco, pero cuando Lee Jae-yong lo toma, no se detiene a observar las células pigmentadas que respiran por su piel, ni el patrón curioso que compone. Su cuerpo es una superficie blanda y escurridiza que la mano decapita de un solo corte. Los tentáculos dejan de oprimir y lo que brotaba desde dentro del animal se apaga. Ahora parece goma blanca, dos mitades que él tira a una canaleta estancada por más presas. Va por el siguiente. Y no hay ninguna parte del cuerpo que no le duela y su ropa está húmeda desde el día anterior. Escucha la máquina de pesca: cada elemento responde a un ritmo particular y los ruidos van ahogándose entre sí. A todos ellos se une también el sonido del mar y de la noche, pero —piensa Lee— el sonido del mar y la noche se unen con amabilidad y se extienden en todas direcciones. Es de madrugada, y la luna parece un trozo delgado de uña.

Su tarea consiste en recoger los calamares que caen fuera de la canaleta. Sería una tarea fácil si el piso de cubierta no se encontrara plagado de ellos, y Kang no estuviera a cargo. En ese preciso momento grita algo. «Perro», repite, y debe estar diciéndoselo a Yusril, porque Yusril es musulmán y, para ellos, es de los peores insultos. Lee mira de reojo, sin dejar de recoger calamares: el contramaestre golpea a Yusril en la cara, lo levanta por las axilas, lo empuja y lo vuelve a levantar. Grita un par de cosas más; algunas en coreano y otras en indonesio. Se acomoda los lentes de sol en la nuca y, con nuevos ojos en el pelo, va hacia el puesto de vigilancia. Su nombre es Kang, pero la tripulación lo llama Silbidos. Ya arriba de la plataforma prende un cigarro y se cruza de brazos. Pronto, y sin esfuerzos, ajusta el balance de sus piernas al vaivén del *Melilla 201*.

Fue el señor Mun quien enseñó a Lee a hacer rendir el cabeceo del barco a su favor. También lo ayudó a vomitar una cantidad incontable de veces, sobre todo al principio, cuando ni en sus peores borracheras se había sentido tan mareado. Aparte de Lee y los oficiales, es el único otro coreano a bordo y ha navegado en buques tangoneros, palangreros y calamareros. Todos lo conocen como «Chamán».

La línea de sedales, desde donde Lee la observa, se precipita perfectamente vertical sobre la superficie del océano, y a ritmo constante, como una cortina de lluvia automatizada. Una lluvia que baja y sube. Los calamares se desprenden del anzuelo en el giratorio y antes de deslizarse por la parrilla disparan chorros oscuros. Durante un tiempo, Joshua y Lee se obsesionaron con juntar restos de tinta. El Chamán les había explicado que en algunas especies contiene una sustancia similar a la de las drogas sintéticas, pero al final no pudieron comprobar ningún efecto. El señor Mun dijo que estaban locos y Yusril ni siquiera se atrevió a oler la bolsita cuando Joshua le ofreció.

Joshua y el Chamán trabajan en la factoría. Yusril sigue en la parrilla doce, reparando la máquina. Lee recoge los calamares que lo llevan hacia él. Una vez a su lado, hace espacio en la canaleta y descarga el balde más lento de lo que debería. Yusril tiene los ojos amoratados, pero eso fue por un golpe anterior, otro puñetazo de Silbidos. No le dirige la palabra. Confía en que su proximidad deslice un «¿Todo bien?» y con el tono despreocupado que a él le gustaría —porque una de las cosas que ha aprendido sobre Yusril es que no le gustan las muestras de compasión—. Comparten pieza junto al Chamán, Joshua y seis tripulantes más, todos de Indonesia. El señor Mun le traducía sus conversaciones en la camareta y así se fue enterando de sus vidas y conociendo el sonido y significado de las palabras. Ahora ya puede entender casi todo y responder cuando le preguntan alguna cosa, aunque Lee prefiere estar callado, o más bien: le gusta escucharlos a ellos.

Yusril tiene veinticuatro años y siempre es el primero en levantarse. Lee ha visto fotografías de su esposa embarazada y de su hijo pequeño. Lo ha oído hablar de Kampungku, la aldea en que nació, y ha imaginado los campos de arroz en los que trabajaba su abuelo —que en su mente son como los de Corea— y los frutos hinchados y espinosos de los árboles de jaca. Y el hogar de Yusril, con las bolsas picadas que siempre lamenta no haber cambiado antes de partir, o el techo que quizás no aguante este invierno. Cuando todavía no sabía que «mojado» significa «limpio» para los indonesios, creía que el baño y la cocina de Yusril tenían problemas de cañerías. Lo mismo con el río que pasa cerca de la casa, y que no es una corriente de agua sino de basura. Yusril vivía ahí con su propia familia, sus padres octogenarios y su hermano mayor, el dueño de la tierra. Gracias a él fue que pudo subir al *Melilla 201*. La agencia que lo contrató exigía dejar los títulos de una propiedad como «garantía».

Joshua contó que además tuvo que pagar mil setecientas rupias. «Nunca pensé que firmar un contrato podía ser aún peor», dijo. Lee apenas leyó el suyo, pero no le habían exigido ninguno de esos requisitos. «Es por lo mismo que nos retienen la paga», le explicó el señor Mun después. «Para que no se nos vaya ocurrir escapar.»

—¿Escapar?, ¡cómo! —insistió Lee, pero el señor Mun se negó a seguir hablando del asunto y en cambio le aconsejó que, por su bien, no comentara las condiciones de su contrato con el resto.

Todavía está junto a Yusril cuando Silbidos grita su nombre. Lee da un salto y levanta la mirada como un par de orejas apocadas. El cigarro cuelga de la boca del contramaestre con aire hostil —un gesto forzado que no lo intimidaría si no supiera que de verdad podía pegarles por nada—: le ordena ir más rápido con el mentón.

Observa la cara inexpresiva de su compañero una vez más. No se le ocurre otro gesto para darle ánimo, pero se consuela pensando que la inflamación por el golpe, al menos, mantendrá un poco de calor en su cara.

Las tablas vibran bajo sus pies y los músculos de su pantorrilla izquierda ya amenazan con un calambre, le cuesta articular los dedos por el frío. La canaleta rebosa en calamares. Le gustaría poder hundir la mano entre sus cuerpos viscosos y brillantes. Algunos ya parecen pedazos de hule blanco, pero muchos siguen con vida. Sus ojos redondos, más grandes que los de los humanos, se maceran junto a aletas y ventosas. Los mantos se expanden con ansiedad mientras se succionan mutuamente y, sin embargo, no parecen completamente confundidos. Es como si intentaran acariciarse. Manoseos torpes y besos con los ojos abiertos, igual que

preadolescentes jugando a tocarse. Lo que realmente intentan es asesinar. Los calamares son depredadores y tienen tentáculos fuertemente musculados y un pico en el centro de su red con el que despedazan a sus presas y cometen canibalismo. Todo se lo ha dicho el Chamán. Y también que son los animales con la cabeza en los pies más evolucionados y que su temperamento es tan fiero que hasta con los tiburones se agrandan.

Esa tarde en que la cocina no abrió y ninguno de los cuatro —Joshua, Yusril, el Chamán y él— pudo dormir por el hambre, el señor Mun les habló sobre su camuflaje: «Nosotros los vemos en sepia porque están a punto de morir, pero son los maestros del disfraz. Pon al punki más extravagante al frente y el pies con cabeza te hace el diseño y los colores a la perfección. También cambian los tonos para comunicarse, sobre todo en el apareamiento», agregó guiñándoles un ojo. «Se juntan al amanecer y nadan haciendo formas raras y tan rápido que parecen fuera de control. Su bailoteo salvaje...»

Les contó lo que venía después con ayuda de sus manos: extendió las palmas al centro y fue describiendo el balanceo precopulatorio de la pareja haciéndolas flotar muy cerca.

Hambrientos como estaban, y uno junto al otro en el pequeño y oscuro espacio que compartían en el piso, siguieron su mímica con atención.

«La hembra pone cara de que no pasa nada, pero es ella la que dirige por dónde van», afirmó aleteando suavemente con sus dedos, tal como hacían los calamares al extender sus ocho brazos y dos tentáculos.

El tono de su voz hizo que acercaran sus cabezas, mientras sonreían inquietos y acumulaban sudor en la bolsa de los ojos. «No llegan a abrazarse. Pero el juego de persecución puede durar más de una hora. Y si el macho se acerca demasiado...», dijo casi en un susurro y dejándolos en suspenso por un instante.

«¡Ella se aleja veloz como un rayo!», gritó separando una de las manos de golpe.

Joshua y Lee dieron un saltito y luego los tres se quedaron en silencio, con un poco de vergüenza, hasta que el Chamán soltó una carcajada fuerte que contagió a todos. Estaban cansados, pero rieron con nuevas energías y la risa les llenó los estómagos hasta el turno siguiente.

Deben haber pasado un par de horas, piensa Lee, porque los calamares por fin descienden hacia la factoría. A unos pasos está el viejo Qiang. Es uno de los cinco chinos del barco y lo primero que le cuenta a cualquiera que se le acerque es que fue el único hermano de su familia en sobrevivir a la gripe asiática del 57. Con la luz de las lámparas tan cerca de su cara pareciera que no tuviera dientes. Claro que Lee ha visto que todavía le quedan unos cuantos, bien manchados por tabaco. La línea de lámparas funciona a gas de mercurio y el Chamán dijo que con la energía que gastan se podría iluminar un pueblo entero. «Es que los pies con cabeza le temen a la luz, por eso suben de noche. Y así nosotros los engañamos con las lámparas. Es justo en el límite de luz y oscuridad por donde bajan los anzuelos.»

Lee no puede verlos, pero cientos de calamares se refugian bajo el *Melilla* en este instante. En cubierta, en cambio, solo trabajan cuatro hombres. Lee es uno de ellos y se aguanta el dolor en la planta de los pies y en las pantorrillas. Mantiene su mente ocupada, porque se supone que así pasa más rápido el tiempo, y la llena de lo que ocurre alrededor: la boca de Qiang, que parece un agujero negro, aunque él sepa que solo le faltan tres premolares, la punta de la paleta

izquierda y dos caninos. Como tiene la idea de que son los caninos dientes extraordinariamente resistentes —además de los más bellos—, no deja de sorprenderle que le falten precisamente a Qiang, el viejo más fuerte que haya conocido. Luego piensa: ojalá me hablara, ojalá pudiera escuchar la voz de alguien. Con un par de palabras bastaría para que el tiempo pasara más rápido y alejaría el miedo de dormirse. A otros tripulantes les ha pasado. Él lo ha visto con sus propios ojos y también ha escuchado historias. Como esa vez que el aparejo hizo añicos el cráneo de Clavo Vasíliev y el señor Mun tuvo que limpiar los trocitos de cerebro repartidos por la cubierta, mientras se dirigían a Lyttelton.

«Tienes que mantenerte con miedo», le advierte siempre el Chamán. «El miedo es lo único que va a mantenerte con vida. Y si te olvidas de él, debes llamarlo. Tienes que acariciarlo, acariciar el miedo.»

La última vez le ocurrió a Joshua, mientras trabajaban en la cámara factoría. Apenas se durmió unos segundos, pero bastó para que la cinta mecánica tomara su mano. Entonces vinieron los gritos, aunque más que expresar dolor, pareció como si buscara despertar de una vez por todas. Los dedos se veían horribles y Joshua los observaba con la boca abierta y luego se los enseñaba a Lee y Yusril, como esperando que ellos le explicaran cómo era posible que un cuerpo sólido alcanzara tal forma bajo las condiciones físicas de la Tierra.

Volvieron a verlo en el turno de la tarde y con una férula postapocalíptica de su autoría. No perdió los dedos, pero se le cayeron las uñas y, durante los almuerzos, Lee se quedaba con la mirada fija en el arco blancuzco sobrepuesto a la carne. Por experiencia, sabía que las uñas tardan medio año en crecer, y pensó que las de Joshua le servirían para medir el paso del tiempo.

Solo los oficiales conocen las fechas y las horas. Entre los tripulantes hay disputas, y con las jornadas de trabajo todo se ha vuelto confuso. Según sus cálculos, van cerca de ocho meses de navegación. Por el Pacífico, eso es irrefutable. El Chamán dice que ahora flotan en mar peruano, pero solo el capitán y el oficial Yoo bajaron a puerto la última vez. «El Pacífico es el mayor océano de la Tierra», dijo también el señor Mun, y que pronto irán en dirección sur.

El timbre de la sirena da su primer aviso y Lee piensa que tiene hambre. Lo recuerda, en realidad, porque siempre está hambriento. Palpa la costra cerca de su boca. La sal reseca donde se acumula sudor y a algunos la cáscara blanca les crece por debajo de la barba. Los tripulantes van asemejándose al barco, piensa Lee. Y el barco se está pudriendo. La eslora mide ochenta y cuatro de sus pisadas y ha visto la marca de fabricación: 1966. Suena al año de alguna guerra y la inscripción, oxidada por completo, parece una lápida.

Silbidos le ordena arreglar la línea de la parrilla siete. No grita ni gruñe, pero es como si lo hiciera. Él se quita los guantes, aunque con los rotos que están casi no hay diferencia (los guantes son otra forma de calcular el tiempo. Se supone que entregan un par cada dos meses y ya van en los terceros). Sube a la parrilla casi sin darse cuenta y examina la polea con las manos increíblemente frías y tan blancas como los calamares muertos. Después de retirar el alga atascada, avanza tiritando hasta el final de la carretilla. La vibración de la plataforma le recuerda el trampolín de Mong. Las veces en que saltaron juntos. Un calzoncillo blanco por traje de baño y un temblor tierno en la barriga. Entonces no tenían nada mejor que pasar varias horas nadando en el mar.

Al menos tengo recuerdos de él, se dice. La parrilla vuelve a crujir y Lee mira hacia abajo: pequeñas olas reventando. La plomada se suelta de sus dedos y los anzuelos fosforescentes caen siguiendo un patrón de verde, rojo y azul. Brotan nuevas burbujas. Lo que está más lejos, el océano. Lo que está más cerca, el agua.

Distingue la sombra del cardumen rondando. El señor Mun le contó que la superficie terrestre estaba a once mil kilómetros de profundidad, pero que bastaba con descender mil metros para que la oscuridad fuera completa. ¿Puede ser algo más oscuro que la oscuridad completa? Lee piensa en ello una vez más. Resulta increíble, luego no. *Quien toca el tambor tiene un solo fondo*, recuerda, y entonces el barco toma una ola grande. La parrilla responde en pequeñas y rápidas oscilaciones. Él pierde el equilibrio y cae sobre la plataforma. Lo recorre un temblor frío y recuerda lo único que es importante recordar: que debe tener miedo. *Los dedos durmientes gangrenan, las uñas se caen*. No mires hacia abajo, retén el miedo en tu pecho. Respira.

En cubierta quedan menos calamares por recoger y los cebos comienzan a subir sin presas. Pronto amanecerá y como Silbidos no se ve ni a babor ni estribor, Lee apoya las manos en las rodillas. Baja la cabeza y permanece en esa posición tomando absoluta conciencia de que está descansando. Algo viscoso se desliza a través de su cuerpo. Quema y él no quiere moverse. Lo preferiría incluso a echarse en el suelo. Estar quieto. Justo así. Catorce segundos después, y despojado de cualquier tipo de voluntad, continúa con su recolección. El mar también se va ordenando y, estén vivas o muertas, todas las cosas que lo rodean saben que la noche está a punto de terminar. Las cucarachas. Ellas pueden sentirlo y ahora van muy campantes por las tablas limpias de calamares.

El gas deja de correr por las lámparas y cuando los motores y su ruido se apagan, solo queda el rumor de las poleas girando. Las parrillas se elevan hasta quedar verticales, y aunque el barco no queda completamente en silencio o completamente a oscuras, la sensación se le parece mucho.

El timbre anuncia el fin de ese turno. Lee deja colgar sus brazos y un cansancio nuevo se suma al resto de sus dolores corporales. Observar el cielo no requiere ningún esfuerzo. El cielo es la otra mitad del único paisaje a la vista, uno frío y neutral. Su mirada se acerca al muro enrejado de carretillas y ve del otro lado. El horizonte está por amanecer y la superficie del agua, completamente lisa. El capitán Park le contó que ese tipo de marejada lleva por nombre Espejo, y aunque no es un término muy creativo, resulta asombroso ver al mar así de liso.

Kang se acerca y le pasa un balde con agua. Todos limpian sin hablar y luego viene otro timbre largo. Sirenas, piensa Lee. Qiang se encargará del resto. Yusril ya va hacia la factoría. Lee va tras él, pero antes de bajar por las escaleras, aplaza una vez más su cuerpo, porque su cuerpo también es su trabajo, y gira la cabeza para ver el sol: sube desde el oriente y está un poco más lejos que ayer.

Vuelve la vista hacia el barco y siente lástima por las plantas de sus pies. El pasillo es estrecho y huele a oscuridad marchita, a calamares desmembrados.

El día recién empieza y la jornada continúa.

* * *

Cuando llegan a la fábrica, el oficial Yoo duerme apoyado en la mampara. Ni Yusril ni Lee se atreven a despertarlo. Eso supondría hacerlo enojar a él y al resto de los trabajadores, que aprovechan para avanzar sin presión. El Chamán les dirige una mirada como saludo y baja la cabeza. La cicatriz de su mejilla se tensa y se marca con profundidad, como si respirara a través de una branquia. Un minuto de descanso más y Yoo se da cuenta de que están ahí. Se despereza lento y les indica su lugar en la cadena: a Yusril lo envía a la zona de pesaje y a Lee a eviscerar.

El turno de la fábrica está compuesto por veintidós hombres: uno pegado al otro y distribuidos por ambos lados de la banda metálica con forma de U. El techo les rozaría la cabeza si no trabajaran encorvados y al repetir el mismo procedimiento, sin descanso y lo más rápido que pueden, rumian cosas para sus adentros. Para Lee, el grupo siempre tiene un aire más primitivo que industrial, como si el objetivo fuera mantener el calor y protegerse.

Se hace espacio entre dos cuerpos tibios, sujeta al primer calamar por los ojos y hunde el cuchillo. Un tiempo para cortar los tentáculos, otro para empujarlos —hacia adelante y por separado—, tres para voltear y cuatro para dividir cabeza de cuerpo. El hombre a su izquierda se encarga de arrancarles la piel. Sabe que es Riz Hidayat porque no lleva guantes. También es de Indonesia, pero no se junta con sus compatriotas como la mayoría y hace grupo aparte con su hijo Joe. Aunque, a decir verdad, la comunicación entre ellos tampoco es muy fluida. Joe trabaja en el otro turno y, cuando logran pasar un tiempo juntos, se sientan en cuclillas y se dedica cada uno a lo suyo: Riz a rascarse la cabeza con las dos manos y Joe a limpiar la gorra de béisbol que usa hasta para dormir. Nadie sabe mucho sobre ninguno de los dos, pero se cuentan todo tipo de historias: que Riz vendió a su hijo por un televisor cuando tenía seis años; o que lo obligó a subir al *Melilla* porque Joe era adicto a la heroína; que Joe es mudo por la quemadura de su cuello.

En la que más cree Lee es en la que asegura que Riz era un bayao y que podía aguantar la respiración por catorce minutos bajo el agua sin otro implemento que su arpón de caza. Tal vez se debe a que asocia su desprecio por los guantes de seguridad con la pesca desnuda de los bayaos, y porque sus dedos son rugosos, y al manipular los calamares se adhieren como los de un anfibio. Le gusta pensar que está adaptado naturalmente para habitar cerca del agua y que no necesita armazón.

Despellejar el manto no le toma ni tres segundos a Riz: sujeta por las aletas, desliza su índice cortante por la dorsal, lo da vuelta y jala hacia abajo retirando toda la piel de una vez.

Entre un corte y otro, Lee se da cuenta —después de todo ese tiempo trabajando juntos recién se viene a dar cuenta— que jamás ha escuchado a Riz hablar. Ha oído distintas versiones de su vida, sabe que sus dedos tienen tanto filo como su navaja y está seguro de que su sangre es fría como la de las ranas, pero no conoce el sonido de su voz. Se pregunta qué debería pensar sobre eso. Si es extraño o normal, considerando su nueva rutina, y que ni él mismo oye su voz durante gran parte de la jornada. ¿Cuántas horas quedarán para el almuerzo?, eso es lo que se pregunta a continuación. La comida es más importante, muchísimo más que escuchar la voz de alguien o la suya. En cubierta logra hacerse una idea del paso del tiempo con el sol y las estrellas, pero en la factoría casi no tiene puntos de referencia. Observa de reojo la canaleta que viene desde afuera. Sigue a tope, pero puede que del otro lado la fila de calamares no sea tan larga. No, no debe ser muy larga, se anima, y corta una cabeza. Deben quedar unos quince minutos a lo más, repite mientras reparte cada trozo. El señor Mun le enseñó que la única forma

de aguantar es confiar en que solo quedan unos pocos minutos de trabajo. «Es como cuando te dan una paliza», aseguró. «Si piensas que falta mucho, tu mente se viene abajo y el cuerpo no resiste. Así que tienes que mentirte. Tienes que convencerte de que ya se va a acabar.»

Sí, quince minutos, repite Lee. Flexiona las rodillas, acomoda su postura y busca a Yusril en pesaje. Su frente está perlada y se mueve con tal lentitud que es conmovedor. Lee no está seguro de que Yusril sea su amigo, pero ha escuchado cómo rechinan sus dientes al dormir y lo que dice entre sueños. *Daya Nokir*. Una vez lo oyó repetir eso. Él no sabía qué significaba, pero al despertar las palabras seguían frescas en su mente. Se lo preguntó al señor Mun y él a Yusril.

«Energía nuclear», respondió, ¿por qué?

Después de escuchar la explicación, Joshua rio como un niño al oír los nombres para los genitales por primera vez. Rio con burla genuina mientras Yusril escondía sus grandes paletas en una sonrisa nerviosa y paciente. Porque Yusril es un ser paciente. Discreto y asustadizo como un molusco. Pero no es así por timidez, sino por orgullo. Lee conoce bien ese tipo de soberbia y también conoce un poco a Yusril.

Joshua está tres puestos más allá. Cepillando la materia prima con el ojo derecho cerrado. Porque ahora «duerme como las focas». Esa fue la medida de seguridad que tomó para no perder más uñas.

Lo que más le gusta de Joshua es que siempre parece que hablara de lo más asombroso e interesante que haya ocurrido nunca en la faz de la Tierra, o como si estuviera empeñado en demostrarte que el mundo es un lugar hermoso. Y en parte te convence, aunque sea solo por el tono de su voz.

Joshua tiene veintisiete y les contó que como su madre trabajaba de niñera en Arabia Saudita, casi no recuerda su rostro. También suele alardear con las amantes que tenía aparte de su esposa, pero nadie se cree una palabra de lo que dice. Siempre anda tonteando y haciendo preguntas extrañas, como: «¿Si fueras ciego, andarías por la calle con los ojos abiertos o cerrados?».

Ya no usa su férula postapocalíptica y su humor no ha decaído con ninguno de los castigos de Kang. Lee tiene la impresión de que ningún golpe podrá moldearlo o dejar una huella de desconfianza en sus ojos. En Yusril, por el contrario, el resentimiento se condensa día a día. Lo que todavía no tiene claro es si va a hacer de él un hombre duro o debilitarlo más. Yusril es el primero en despertarse y quien se preocupa de llevar las mantas a cubierta y vaciar las botellas con orina. Ya no sangra por la nariz, pero sus ojos siguen amoratados.

«Yusril», dice Lee para escuchar su voz por primera vez en la jornada. «Yusril, Joshua y el señor Mun.»

El Mayor le grita que se apure. Él afirma con la cabeza y ve el dedo gangrenoso que asoma por la abertura de su guante. Aunque siempre anda de mal humor y mandando, «El Mayor» no es un apodo, sino su nombre. En Bali existen cuatro nombres para los hijos y dependen del orden en que nazcan. Al primogénito lo llaman «El Mayor»; al que sigue, «Segundo Nacimiento» o «El del Medio», y así hasta «El Último» o «Cuarto Nacimiento». Lee preguntó al Chamán cómo lo hacía una familia con cinco hijos, pero él se encogió de hombros y dijo que todavía no le tocaba conocer ninguna.

Lee solo tiene medios hermanos, y la otra pregunta que se le vino a la cabeza era qué nombre le habrían dado a él si hubiera nacido en Bali. ¿«El Mayor» o «El Último»? ¿Habría tenido derecho a uno de los cuatro nombres o existiría uno especial para los hijos fuera del matrimonio? De niño había sentido las diferencias, pero al menos en Corea se había salvado de ese lío de nombres. Vuelve a meditarlo ahora, mientras desliza los tentáculos lo más rápido que puede.

A su derecha se encuentra la antítesis de El Mayor en carácter: Nesto. Nesto el suave, el de muñecas ligeras. Sus ojos son muy pequeños y sus orejas, no digamos grandes, sino protagónicas, así que incluso con la mirada fija da una buena sensación: es como ver a un koala sonreír. Su tarea en la serie es lavar los calamares, aunque más parece que se preocupa por darles un baño tibio y hasta el chorro de agua salpica sin violencia. Al afeitarse muestra la misma preocupación y delicadeza. La máquina pertenece a Qiang. Vieja y algo oxidada como él, es la única que ha resistido el tiempo y la brisa salada. La arrienda a cambio de un puñado de tabaco, té u otra regalía, y cuando Nesto la ocupa no necesita ni paños o un metal que refleje su cara. Se afeita de memoria y en donde sea que haya encontrado a Qiang. Una vez sentado en el suelo, procede a humectar su cara con masajes circulares y una loción hidratante a base de su propia saliva. Al principio resultaba un poco chocante para Lee, pero la sincronía y elegancia con que distribuye baba y rasura a dos tiempos son realmente fascinantes. Además, la capa de saliva está lejos del brillo grotesco de la grasa animal y más cerca de la estela plateada de un caracol.

Inspirado por Nesto es que Lee se preocupa por dotar de levedad a su siguiente tiro. La cabeza cercenada del calamar se desliza con gracia hasta Jueves y da en el centro de su palma abierta. Por supuesto, el detalle pasa inadvertido para Jueves, cuya mirada es la expresión exacta del agotamiento. Y eso a pesar de sus pestañas, que son las más largas, negras y onduladas que haya visto Lee desde sus años en el jardín infantil (es que cuando alguien tiene pestañas bonitas, no puedes dejar de verlas). Jueves es filipino y ellos le dieron su apodo, porque siempre que alguien preguntaba qué fecha sería, él contestaba con ese día de la semana. Lee desconoce el motivo, pero le gusta, porque los jueves eran sus favoritos, sobre todo las noches. Sus pestañas, que invitan a sonreír, hacen que le caiga tan simpático como a todos, incluyendo lamentablemente a Silbidos, que cada vez que se emborracha intenta toquetearlo y abusar de él.

El *Melilla* da un remezón brusco. Acostumbrados a las marejadas, los operarios reaccionan sin miedo a la sacudida. Pero a medida que el barco sigue cabeceando —cada vez con mayor intensidad—, y que los motores bajo sus pies más que vibrar parecen toser, el clima laboral cambia. Es cierto que algunos no se enteran o no les importa, lo que viene a significar lo mismo, u otra forma de decir «lo malo se acaba y empieza lo peor». Pero también pueden verse algunas quijadas tensas y varios cruces de miradas. Hay un tercer grupo que opta por volcar su ansiedad a la cadena de producción y trabaja con más ganas, como si de su esfuerzo y energía dependiera que el buque siga a flote, o como si creyeran fervientemente que vida y muerte son una misma cosa.

Dos corrientes chocando, piensa Lee, y es lo único en lo que cree por un rato: el miedo. Lo olvida cuando Nesto derrama un chorro de agua dulce sobre la mesa. Ellos aprovechan que el oficial Yoo otra vez duerme para precipitarse sobre la superficie y rescatar lo que pueden. Lamen la mesa hasta la última gota y de sus bocas ahora cuelgan hilos azules largos y densos; sangre de calamar.

Decapitado no se aguanta y bebe directo del chorro. Cuando Lee vuelve a levantar la cabeza, lo ve alejarse con tres bandejas a cuestas. Arrastra los pies y, como acaba de mojarse, no secreta el esputo que suele colgarle de la nariz. Es filipino como Jueves, y lo suyo en la cadena es el almacenamiento y la cámara a veinte grados bajo cero. De ahí su propensión a la flema y que siempre ande con parka. Además de esas cualidades, es capaz de quedarse dormido cuando lo desee, y ya que no disponen de mucho tiempo libre, lo hace en los lugares más reducidos e incómodos imaginables. Su único requisito es subir el cierre de la parka hasta el cuello y meter brazos y cabeza bien adentro. Así las cosas, apodo, parka y cámara de frío alcanzan su sentido completo en un único hombre. El tronco descabezado ha asustado a más de uno en la ducha, pero a menos que los oficiales anden cerca, nadie lo despierta.

La cámara de frío tiene espacio para quinientas toneladas y se necesitan entre quince y veinte días de faena para completar su capacidad. Cuando eso ocurre, los visita un buque contenedor. Y casi pasaría por un día libre si no tuvieran que participar en el traslado o no estuvieran tan hambrientos. Las provisiones las trae la misma embarcación, pero la comida escasea desde antes.

Una vez que pasaron dos días sin comer, Lee no pudo resistir. El Chamán intercedió por él ante los oficiales y lo llevó a descansar. Durante el tiempo que estuvo consciente, supo que el señor Mun lo cambió de posición varias veces, boca arriba y boca abajo, y que después invocó a un *Sahae-no-sé-cuantito* y recitó oraciones. También sintió calor en su pecho y recuerda haberlo visto aplaudiendo con una corona en la cabeza, pero es probable que fueran alucinaciones, tal como con los címbalos que oyó vibrar suavemente.

Al despertar, la habitación seguía desierta y él estaba tapado con varias mantas. Se sentía más repuesto, pero con una sensación de vacío, ya no en el estómago o en otro órgano; era un vacío nuevo que lo hizo sentir muy solo en el mundo. A su lado encontró una vela consumida y la fotografía de un altar con arreglos de frutas y tambores con forma de reloj de arena.

Ya no se acuerda hace cuánto ocurrió. Parece que fue hace mucho tiempo y también hace muy poco, como pasa con algunos sueños. La realidad es que sigue en la fábrica, de pie. No es una pesadilla, sino su único recuerdo. Sujeta un calamar por los brazos y lo corta en tres partes. Algunos pies con cabeza llegan vivos hasta sus manos y otros siguen succionando en la canaleta. Sus ojos son más grandes que los ojos humanos, piensa otra vez, y están llenos de rencor. Lee secciona sin rencor y se pregunta si será verdad que intentan devorarse. ¿Acaso la venganza surge por osmosis? ¿Cuáles serán hembras y cuáles machos? Señora calamarda, ¿está ahí? Observa la canaleta abarrotada. «Quince minutos y se acaba», repite, y luego se regala un instante para admirar su última incisión. No es la primera vez que ocurre, pero tampoco pasa seguido: se trata de un corte bastante limpio. No digamos perfecto, pero lo ha hecho realmente bien y se siente orgulloso. Quizás no sea una victoria para contar, pero se promete que va a recordarlo.

Alcanza a suspirar antes de que llegue a sus manos la siguiente presa, y la siguiente, y la siguiente, y la siguiente. Huele a humo y sabe que viene del Almeja. Allá está, sellando mientras fuma. Todavía le falta un mechón de pelo por el golpe que le dio Silbidos con una de las bandejas de metal. Hasta entonces, Lee no sabía que pesaban siete kilos y que Kang también abusaba sexualmente de él. Es indonesio y aunque tiene varias características peculiares —entre ellas, un coqueto lunar cerca de los labios—, no tiene idea del porqué de su apodo. Sea como sea,

siempre disfruta escucharlo. Cuando trabajan callados y alguien lo llama a gritos «¡Almeeeeja!», es la dicha máxima. Aunque no sea recíproco, se alegra de que el Almeja exista. Y no es que le haya hecho la vida imposible o que se burlara de él como otros, pero su desprecio es bastante evidente.

Aunque las tensiones entre Lee y la tripulación han bajado, la mayoría sigue muy consciente de su presencia: de lo que hace o deja de hacer para demostrar que merece respeto. Porque todavía no lo consideran uno de ellos. Su nacionalidad, su juventud, acaso algo en su mirada, son indicios inequívocos de un pasado mejor —al menos en comparación con sus vidas—. Y en el *Melilla 201* esas ventajas, por viejas y supuestas que sean, se castigan.

Él fue cuidadoso y, al principio, evitó relacionarse con sus compañeros. Aceptó la sospecha, las burlas y los golpes. Obedeció callado y demostró tal sumisión que hasta él mismo se sorprendió. Si su abuela lo hubiera visto —ella, que solía hablar pestes de los inmigrantes del sudeste asiático—, no lo habría creído. Y aunque persevera en su nueva actitud, ya no le importa demostrar nada. A su propio pesar, es uno de ellos.

De pronto, una cascada de hielo cae sobre la mesa metálica. Es el viejo Qiang quien la vierte sobre los calamares. Mientras despedaza las rocas grandes con su cuchillo, el resto se lleva cubos a la boca para saciar la sed. Si Qiang bajó a la fábrica es porque afuera el sol brilla con la fuerza del mediodía y eso significa que no deben quedar muchos calamares por procesar.

Ahora es cierto, ahora sí que sí. Solo deben quedar veinte minutos para sentarse a comer. Treinta minutos tal vez, pero nada más. La idea hace salivar a Lee. El oficial Yoo sigue durmiendo de pie y él toma un último cubo de hielo y succiona. El frío templó las ampollas del interior de su boca.

La presencia de Silbidos roba su atención. Acaba de entrar a la factoría y lo que menos quiere es ganarse un golpe suyo. Todas las espaldas se encorvan un poco más y el ritmo de producción se intensifica. Kang también puede notarlo. Y lo disfruta. Deambula entre los grupos observando con detalle y se relame los labios de forma desagradable. Pero que Kang esté rondando por la factoría también significa algo bueno. Pronto echará un vistazo a la cámara de almacenamiento y dará la señal a Yoo. Y en los próximos veinte o treinta minutos solo correrán restos de tinta y sangre azul por la canaleta, agua con sal. El primer grupo empezará con la limpieza. Algunos van a bostezar y otros trabajarán con más ganas. Pero todos caminarán con apatía hacia el comedor, como cualquier obrero al final de una jornada. Mientras se acerquen a la comida, olerán el petróleo dulce y experimentarán la resistencia de la corriente oceánica bajo sus propios pies. Entumidos, pero sintiendo aflojar los latidos en sus pechos, en sus pulgares y en el cuello, oyendo el clip clap de sus pisadas en las pozas del pasillo. Por ese breve instante van a pensar que el dolor solo es otra de las cosas que se encuentran a disposición, algo común y simple. Sin control, como el mar. El dolor se repetirá ola a ola y ellos apoyarán la cabeza en el metal y palparán formaciones invertebradas. El pasillo estará en penumbras, aunque sea mediodía.

Silbidos grita. No suena a coreano, ni a mandarín ni a javanés, pero debe ser una orden, o un insulto, y realmente no importa tanto lo que diga, todos comprenden que quedan cientos de calamares por procesar.

* * *

El comedor huele a grasa y a orina de ratas. Los grupos están bien diferenciados: la mesa más larga reúne a once filipinos, la segunda a ocho indonesios, Lee y el señor Mun. Unos cuantos más comen sentados en cuclillas y los chinos, como es usual, en cubierta. Cuando llegaron, los cuencos de estaño ya estaban empotrados a la mesa. La comida, fría. Arroz y pescado, como siempre, aunque las raciones parecen más pequeñas que ayer y el arroz es una masa pegajosa que sabe a arena. Del pescado es mejor no imaginar mucho. Además de los cuencos y los palillos, sobre la mesa también relucen varias cuchillas. El Chamán comparte su pote de kimchi con el grupo y la botella de agua se la pasan de mano en mano. El líquido tiene el mismo tono óxido que recubre al *Melilla*, pero ellos beben con ganas. Por encima del tintineo metálico de los palillos, del murmullo perezoso de los comensales y otros sonidos de deglución, Kim Gun Mo canta la tonada noventera que lo hizo tan famoso: «Tú y mi amigo se convirtieron en dulces amantes / Lloré diciendo que no podía ser / Pero tuve que abandonar mi amor y mi amistad». La música viene del celular de Yoo. Kang sigue el ritmo silbando.

Waktu berlalu, bukan?, dice Joshua. Significa algo así como «El tiempo pasa volando, ¿no?», y lo dice cada vez que se sientan a comer, por lo general acompañado de un suspiro largo y dramáticamente desolador.

Tu mierda fue la que pasó volando el otro día, responde El Mayor entre dientes. No siempre escoge esa fórmula, pero el objetivo de ridiculizarlo y el tono de amenaza son los habituales.

El resto menea la cabeza o ríe por lo bajo. Nesto dice:

Lo que es yo, nunca había estado tan cansado...

Hoy es Nesto, pero tal vez mañana sea Salivas el que lo diga. Y también, como en cada almuerzo, todos asienten cabizbajos.

Una vez tuve que caminar más de cien kilómetros cargando a mi abuela Citra. Eso sí que fue cansancio... aporta Joshua.

¿No has escuchado que es peligroso mentir y comer pescado al mismo tiempo?, dice El Mayor para molestarlo, y se limpia los dedos en la camisa.

¡Es verdad!, replica Joshua. Para el terremoto del 2004. Quizás no eran cien kilómetros, pero caminé toda la noche. Desde la mezquita Baiturrahman hasta Panas.

Como respuesta recibe caras de tedio y murmullos de disgusto, que igualmente le exigen continuar con su anécdota.

Lee tiene la mirada fija en el borde sucio del cuenco con arroz. Mientras escucha, siente el peso muerto de sus piernas. La historia de Joshua no parece ir a ningún lado y El Mayor lo interrumpe. Dice que él conoce una mucho mejor y, como era de esperar, incluye mujeres. Es uno de los temas preferidos del grupo, especialmente en su variante sexual. Siempre terminan haciéndose bromas sobre lo que estará haciendo la esposa de alguno con el vecino. Lo usual es que solo provoque risas y una que otra mirada desafiante. Pero de vez en cuando la conversación sube de tono y termina en una pelea o, lo que es peor, alguna confesión vergonzosa.

Cambia la mirada a los dedos de Nesto, que arman un tabaco con un filtro usado. Lee creía que los coreanos eran los más fumadores del continente, pero bastó un día en el *Melilla* para salir de su error. Joshua contó que fumaba desde los siete años y el señor Mun le explicó que en este caso no se trataba de otra de sus exageraciones. Dijo que allá las cajetillas no valían casi nada y

que las tabacaleras son muy poderosas. «Los indonesios son como los ratones de laboratorio de la industria. Prueban todos los productos nuevos y miden las secuelas en tiempo real. Pero son unos cigarros deliciosos, ¿no?»

De las manos de Nesto, Lee pasa al pescado. Antes de llevarse el trozo gris a la boca, entrevé algo moviéndose dentro de la carne. Espera hasta que la larva asoma la cabeza. Es tan pequeña como un grano de arroz y al retirarla con las uñas, sus pies ínfimos patalean de modo infantil. Bueno, piensa, en cierta forma es un bebé, y también se pregunta en qué irá a convertirse en el futuro, cuando sea un insecto hecho y derecho.

Aparta un trozo pequeño de pescado y deja a la larva-bebé sobre él. Se lleva lo que queda en los palillos a la boca. El bolo alimenticio es más saliva que carne y mastica lento. Mientras traga, cierra los ojos para oír el idioma javanés.

Una cosa que le encanta de los indonesios es esa forma que tienen de hablar, tan pero tan expresiva. No es por el tono de voz o los gestos —aunque aportan en el mismo sentido—, sino como si únicamente pudieran comunicarse a través de «lo categórico» y/o «apasionado». Hasta para los «¿Cómo estás?» triviales responden algo rotundo, o sea que tampoco se trata de que sean exagerados: lo importante es el nivel de compromiso con el asunto a tratar. Cuando Lee les contestaba con alguna frase escueta o tibia, se lo quedaban mirando confundidos. Era como si no supieran cómo seguir el diálogo: «Pero... ¿te gusta o no?», «¿Quieres hablar de esto o cambiamos a otra cosa?». Es cierto que a veces carecen de precisión —al menos para su gusto—, pero lo compensan con resolución e intensidad.

El Mayor sigue con su historia. Dice algo sobre el puerto de Tauranga y el señor Mun lo corrige. A Lee le gusta más cuando el Chamán habla javanés que coreano. Es como si entendiera perfecto el ímpetu del idioma y al hablarlo se transformara en una persona diferente. Sí, le gusta mucho más su personalidad cuando habla en indonesio y además su voz suena clara, como si la proyectara desde el estómago. En cambio, el coreano siempre le sale carrasposo, de la garganta.

La discusión se abre y todos dan su opinión. Lee continúa con los ojos cerrados. Distingue algunas voces, aunque más por los tics lingüísticos que por el tono. Ese que habla ahora es Iko, por sus característicos «¿Quién sabe?» al principio y/o final de cada frase. A veces la muletilla es lo único que él puede retener de su conversación, pero le gusta que el principio de incerteza, o la imposibilidad de una única explicación, prime en cada uno de sus comentarios. Luego habla el Jajá. Lo llaman así porque es incapaz de decir más de dos palabras sin añadirle un «jajá». El tic varía entre una risita alegre y un «ajá» de aprobación, pero en la mayoría de las ocasiones no aporta ningún sentido a lo que dice, y hasta cierto punto resulta irritante. Nesto concluye el asunto con su «*akhirnya*». Lee no ha logrado asignarle un término exacto en coreano, pero la palabra parece expresar que algo puede ocurrir, que existe una gran probabilidad de que suceda, pero sin perder por eso un componente de asombro significativo: «Cuando un arcoíris se forma, yo siempre estoy sorprendida», recuerda Lee con los ojos cerrados.

Los indonesios huelen a anís. Es por los cigarros que fuman y, al principio, sus sonidos y aroma lo hacían marearse.

Ven, cariño, dice El Mayor junto a otras palabras que Lee no reconoce. Entiende eso sí el gesto de un beso apasionado. Es el remate de la anécdota y toda la mesa ríe. Él también, porque la mímica de El Mayor es realmente graciosa y las palabras pasan a segundo lugar. El humor es

un idioma común, ha concluido en los últimos meses. Es mejor cuando se trata de bromas internas que él puede entender, pero son necesarias, las bromas.

El Chamán meneaba la cabeza, aburrido del temita.

Otra cosa que une al señor Mun y a él es que ninguno tiene una esposa esperando en puerto y por eso son blanco de todavía más chistes. El padre de Lee —un evangélico fanático que siempre estaba en el bar o a la salida de algún *mall* vociferando contra el diablo— decía que los hombres se hacían *Baksu* para ocultar que eran gays. Lee no ve el problema en eso y tampoco le molesta cuando los indonesios los molestan con el romance entre ambos, o los cuatro, por Yusril y Joshua. Además, pese a las burlas, casi todos piden ayuda al Chamán con las cartas para sus esposas.

«Siempre pongo canciones viejas o rezos a diosas», le confesó el señor Mun. «¿Qué van a saber? Si es que las cartas llegan...»

Lee nunca había conocido a hombres, y hombres mayores, que hablaran tanto sobre mujeres o se preocuparan por ese tipo de asuntos. Debía ser cosa de la mar. Porque así se referían los marineros al océano, como si fuera algo femenino.

Bobby cuenta un chiste verde y las risas que provoca parecen dejarlos exhaustos, porque nadie más habla. En la mesa se impone un silencio somnoliento, de miradas ociosas, que Lee también disfruta. Desde el cuello le sube un hormigueo agradable. Uwais se sujeta de la mesa para eructar. Le escurre sudor gris por la frente y las mejillas. Siempre está hablando de comunistas, de lo mucho que los odia o de cuántos mató su padre y cuál era el sabor de su sangre. Porque eso hacía después de matarlos, se tomaba la sangre de los comunistas. Joshua está a la derecha de Uwais y se escarba los dientes con un pedazo de uña que guarda especialmente para el cometido.

¿Tú sabes de dónde sacan los mondadientes los chinos?, suelta Joshua cuando nota que Lee lo espía.

El Chamán golpea la mesa con los nudillos para avisar que Kang se acerca. Ya en la cabecera, Silbidos arrastra su mirada sobre el grupo. Parece evaluar quién merece un buen golpe, pero al final afloja el semblante y desiste de cualquier acción. También se ve cansado. Entrega la nómina y un lápiz a Mun Nam Joo.

—La comida ya está —dice. No mira a nadie en particular, pero todos saben que se dirige a Lee. Él asiente.

Mientras la lista pasa de mano en mano, Silbidos fuma y fija la vista en Yusril. En sus ojos se asoma cierta fascinación, algo morboso y despiadado; casi parece sonreír. Yusril come con la cabeza gacha, pero Lee puede sentir que está tenso. Cuando todos han firmado, Kang apaga su cigarro en el cuenco con arroz de Joshua. Lo hace con lentitud extrema y sin apartar la vista de Yusril, que, tras el grito ahogado de su compañero, se ve obligado a levantar la vista hacia el contraamaestre.

Joshua se pone a maldecir cuando Silbidos está lejos.

¿Quién sabe si el cigarro le da su sazón?, comenta Iko.

Imposible que esté más asqueroso, agrega Salivas.

Yusril le ofrece su arroz a Joshua.

¡*Konyol!*, suelta El Mayor. Significa algo peor que «hijo de puta», y arruine o no la comida de alguien, lo repite cada vez que Kang deja la mesa. Antes de que Uwais abra la boca, Lee ya sabe lo que va a decir.

Como si firmar nos sirviera de algo...

Nota las miradas sobre él cuando se levanta. No solo vienen de su mesa: los filipinos murmuran, Jericho Rosales se cruza de brazos y Kaye lo examina de arriba abajo.

En la cocina, Joe, el hijo de Riz, le entrega la bandeja.

El menú de hoy incluye un jarro con agua cristalina, sopa miso con tofu y cebollín flotando; kimchi de rábano y una olla grande con la que parece ser la mejor versión que ha preparado Joe de un bibimbap. El cerdo huele delicioso y Lee llena sus pulmones con el vapor caliente de la carne.

Cuando vuelve al comedor ya nadie se fija en él o en la bandeja con comida. Algo cambió y los tripulantes se cruzan de mesa con la misma confusión y exactitud con que un encendedor pasa de mano en mano durante una noche larga. Humo flotando cerca del techo y un enredo de idiomas. Aunque más que conversar, los hombres parecen olerse entre sí. «¡¿*Kumustá kompadre?!*», le dice Jueves al pasar. Cerca de su mesa ve a Whong Navarro hablando con El Mayor. Por sus rostros da la impresión de que conjuran. Navarro le pasa una bolsa sucia por lo bajo, una excusa vieja. Silbidos le grita que se apure. Lee recuerda la larva-bebé y su gracioso pataleo. Ya en el pasillo, Kang lo agarra del cuello y dirige sus pasos hacia la cámara de capitán.

El capitán Park conocía la vida de la mayoría de los tripulantes, y la primera vez que Lee llevó su almuerzo, preguntó sin rodeos: «¿Cuál es tu historia?, Lee Jae-yong».

El muchacho bajó la vista. Pese a hablar el mismo idioma, fue incapaz de dar con una respuesta convincente.

Park masticó una pieza de atún crudo y siguió con otra cosa. Tenía una forma extraña de hablar: lenta e hiperconsciente, aunque sin sonar dramático o autoritario. En todo caso, difícil de parodiar.

—Debo confesarte, Lee Jae-yong, que no siempre he disfrutado comer en compañía. Pero en ese tipo de trabajo... Ya sabes, uno está demasiado presente. La soledad es excesiva, terrible de verdad... —dijo con su voz suave. Luego volvió la vista al plato y escogió una nueva pieza de sashimi—. ¿Sabías que los atunes mueren sin dejar de nadar? ¿Te parece algo digno de honra, Lee Jae-yong?

Lee tuvo la sensación de que al capitán le divertía decir su nombre.

—Está pasado —agregó Park, quejándose del atún. Bebió un sorbo de soju y siguió hablando con su tono seguro. El tono de alguien que no ha pedido muchas disculpas en su vida, pensó Lee.

Aquel almuerzo, como los que siguieron, fue Park quien sostuvo la conversación. Le mostró una foto de su esposa e hijo en el Central Park, como le hizo saber, y también que quería que el chico estudiara en una universidad norteamericana; que para eso se estaba «esforzando».

Un *padre ganzo*, confirmó Lee.

Al menos uno de los rumores que se contaban sobre el capitán era cierto. Porque del televisor de cuarenta pulgadas o el aire acondicionado que supuestamente tenía en su recámara, él no vio ni sombra. Su pieza era infinitamente más cómoda que las del resto de la tripulación, pero además de una cafetera y una mesita de vidrio con distintas marcas de soju, no encontró ninguno de los artículos de lujo con los que sus compañeros fantaseaban. Lee también se decepcionó un poco. Con mirar el *Melilla* desde cierta distancia hubiera bastado para comprobar que no había espacio para una suite. Aunque claro, a bordo la perspectiva escaseaba tanto como la comida y el descanso.

De todas formas, la pieza-oficina del capitán estaba muy bien organizada. Parecía que nada sobraba o hacía falta, y gracias a esto y a la luz cálida de la tarde, alcanzaba cierta refinación. Lo mismo ocurría con Park, con pocos recursos lograba un muy buen aspecto: rostro bien humectado, flequillo angular y un polo azul de manga larga con un cocodrilo en el pecho. Cuando se dejaba ver por cubierta siempre vestía un chaleco de plumas en el mismo tono. Hacía pensar más en un ingeniero amante del *running* que en un capitán de barco, menos de uno tan oxidado como el *Melilla*. Debía estar cerca de los cincuenta y sus gestos eran tan delicados como su figura. Cuando se refería a los países del mundo que conocía, siempre mencionaba el hotel donde se solía alojar. Hablaba como si fueran viajes de placer y no una pequeña tajada por los días de puerto.

Al final de la tercera comida le regaló un cartón de cigarros de marca indonesia. Dijo que su gente era sanguinaria, pero que tenían el mejor tabaco.

Lee agradeció y negó con la cabeza al mismo tiempo.

—Por favor —insistió él, extendiendo el cartón, y su tono dejó claro que no tenía opciones—. Si no te gustan, también pueden servir como moneda de cambio.

Para el quinto almuerzo, le entregó seiscientos dólares en billetes de cincuenta. Correspondía al cincuenta por ciento del sueldo por dos años en altamar. El contrato estipulaba que sería entregado una vez que se cumplieran catorce meses de trabajo, pero cuando Lee intentó negarse, el capitán le pidió que se ahorrara las excusas.

—Es tu paga. No lo consideres un regalo, considéralo una excepción.

Mientras Lee prepara la mesa, Park trabaja en su computador. Silbidos espera vigilante hasta que el capitán le pide que se retire. Al muchacho le ordena tomar asiento cuando termina de servir el soju. Sin apartar la vista de la pantalla, pero con su tono cordial de costumbre.

—Si gustas, puedes servirte un trago —dice enseguida.

Él afirma con la cabeza. Sabe que no puede negarse y además quiere sentir el sabor del soju. Espera a que el capitán termine de beber para tomar y se gira hacia un lado cubriendo el vaso pequeño con ambas manos. El alcohol hace que resienta las heridas de su boca, pero disfruta del calor que baja por su garganta. Entonces recuerda eso que dijo el señor Mun: «De todos modos, ¿qué significa descansar? Si me dieran a elegir, preferiría una botella de soju a un colchón seco».

Aprovecha que el capitán está concentrado en el computador para estirar el cuello y masajearse las pantorrillas. A la molestia habitual de su tobillo izquierdo se suma un dolor punzante en la espalda, justo sobre la cola. Intenta concentrarse en su inmovilidad: el hecho de que los rayos que filtra la persiana caigan sobre sus piernas. Escucha al ventilador ronronear, pero es el sonido de las teclas lo que va adormeciéndolo. Huele a carne y a humo de cigarro, a

anís y madera lacada. Los párpados le pesan como una bandeja de siete kilos, pero alcanza a ver la superficie metálica de la olla con comida, ennegrecida en lugares muy específicos. Y las cenizas del cigarro de Park, que no terminan de caer, crecen como una uña larga, se inclinan como un tallo. Siente la ropa húmeda separarse de a poco de su piel. No hace frío ni calor.

Abre los ojos y da un salto por el miedo de haberse quedado dormido.

El hombre que está frente a él lo saluda con una reverencia corta. Prende un nuevo cigarro, levanta su vaso a modo de brindis y bebe todo el líquido de una vez. Pide otro; los brazos de Lee se mueven siguiendo su voluntad.

Inclina la cabeza para indicarle que beba también.

Así lo hace. El soju lo despierta por segunda vez.

El capitán aleja la silla del escritorio y busca una postura más cómoda. Se quita el reloj y lo esconde tras el notebook.

Lee observa la bandeja que está a un lado. Queda bastante comida y se le hace agua la boca.

El capitán dice algo y Lee vuelve la vista hacia él.

—Que qué edad tienes —repite Park con el mentón apoyado sobre sus dedos.

—Veintitrés años, señor.

—Sí. Eso dice la ficha que llenaste. Claro que te ves muchísimo más joven. Supongo que siempre te lo dicen. —Gira la cabeza hacia el techo y entrecierra los ojos buscando una cifra—. Yo diría que como mucho tienes veinte.

—Tengo veintitrés años, señor —vuelve a mentir Lee.

El capitán sonríe y hace una breve reverencia con la cabeza. Ahora apoya las manos en el escritorio. Una sobre otra, como se las tomarían unos novios pudorosos.

—En la ficha también indicaste que no fuiste a la universidad, pero que tu servicio militar está en regla.

Lee afirma con la cabeza.

—¿Y qué animal eres?

—¿Cómo? —pregunta él sin entender.

—Tu animal en el horóscopo chino.

—No sé, señor.

—¿Cómo no vas a saber? —dice ladeando la cabeza—. A ver, ¿cuándo naciste?

Lee se demora un poco, pero lo recuerda.

—1990.

—Caballo de metal, entonces —afirma Park enseguida. Entrecierra los ojos e inclina la cabeza hacia un lado y otro, como si sacara cálculos—. Mmm... Es que sabes, Lee Jae-yong, hay algo que no me cuadra. ¿Cómo es que un muchacho como tú, con su servicio militar al día, pero sin experiencia en barcos, y nacido bajo el signo del caballo de metal, decide tomar un trabajo como este? Digo, hemos contratado un par de coreanos antes, pero nunca tan jóvenes. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—No mucho, capitán.

—¿Tan mala era tu situación que no pudiste conseguir un trabajo en tierra firme?, ¿te metiste en algún problema con usureros?

Él niega con la cabeza.

—Lo que quiero preguntar, Lee Jae-yong, es: ¿por qué estás aquí, en el *Melilla 201*?

Lee guarda silencio.

—Un amigo me habló de estos barcos —responde por fin—. Pero ahora... creo que estaba equivocado.

Park vuelve a sonreír. Se inclina hacia atrás y entrelaza las manos sobre el pecho. El cocodrilo verde queda a medio hundir bajo su brazo.

—¿Quién estaba equivocado? ¿Tu amigo o tú?

Lee baja la vista.

—¿Eres igual de evasivo con el Chamán? Lo conozco bien, ¿sabes? Desde hace muchos, muchos años.

Lee no lo sabía y no le gusta escucharlo.

—¿Te cae bien porque es un fugitivo?

—No entiendo, capitán. ¿Por qué me hace todas estas preguntas? ¿Estoy haciendo mal mi trabajo?

Park gira la cabeza hacia la ventana y se queda pensando. Al volver la vista hacia Lee, dice:

—Quizás ya lo sepas, pero en esta industria no es usual que se le permita rezar a la tripulación musulmana. Claro que ni a mí ni a mis oficiales nos parece... —Hace una pausa y piensa mejor lo que quiere decir—. No nos parece que esté bien.

Lee no se cree una palabra, y algo debe traslucir su rostro, porque el capitán se apura en decir:

—Soy el primero en lamentar cualquier tipo de exceso. —Al suspirar, el cocodrilo de su polo asoma un poco más—. El contraamaestre Kang, por ejemplo. Ya sé que es muy caricaturesco y bruto. Pero no es fácil dar con alguien que hable chino, indonesio y filipino. Y ha aprendido él solo, no te creas. Siempre dice: «Capitán Park, es que algunos nacen para ser clavos y otros para ser martillos». —Ríe con su propia imitación—. ¿Tú qué crees?

Lee está a punto de decir algo.

—Pero piénsalo bien, es una metáfora bastante astuta. Sobre todo viniendo de Silbidos. ¿Te has fijado en la hermosa cola de caballo de los martillos? Y de todas formas, no es más que una herramienta...

—El contraamaestre Kang es un abusador —dice Lee sin poder contenerse.

—Bueno, al menos ya estás soltando algo...

Park sirve más soju para ambos. Brinda para invitarlo a beber.

—Probemos otra vez —dice luego—. ¿Podrías decirme en qué lugar estamos justo en este momento?

—Cerca de aguas de Perú, señor.

—«Cerca de aguas de Perú» —repite Park pronunciando «Perú» mejor que el muchacho—. ¿Y cómo es que sabes eso?

—El último puerto por el que pasamos quedaba ahí.

—Vuelvo a hacerte la misma pregunta.

—Es lo que dicen todos.

—Bien. Suponiendo que la tripulación está en lo correcto, saber que estamos «cerca de aguas peruanas», ¿aclara en algo tu idea sobre dónde nos encontramos exactamente? ¿Sirve siquiera mencionar el nombre de ese país, «Perú»? ¿O precisa más el asunto que decir, por ejemplo, aguas «argentinas» o «chilenas»?

Lee no responde.

El capitán suspira y se pone de pie. Va hasta la ventana. Aunque su postura es impecablemente recta, no se ve rígido. Con la mano izquierda abre las hojas de la persiana. Observa por aquel espacio tan pequeño con detención, para ver sin ser visto, como si allá afuera hubiera otra cosa además de las olas.

—Vivimos en un mundo dominado por el sentido de la visión —dice sin volverse—. Bajo el imperio de los signos. En Busan siempre me siento un poco abrumado. Hasta las cruces de las iglesias son de neón, ¿te has fijado? Brillando como cualquier cartel de barbacoa...

Lee parpadea.

—Lo que quiero decir es que la gente solo presta atención a aquello que puede ver. A lo que tiene brillo, si prefieres. Pero nosotros aquí, en medio del océano, somos completamente invisibles. Prácticamente no existimos para el resto del mundo.

El capitán inclina la cabeza hacia su hombro, como si de pronto se pusiera triste.

—Pero a mí me gusta pensar de otra forma. —Ahora se gira hacia Lee—. Según el artículo ochenta y siete de la Convención, la altamar está abierta a todos los estados. La libertad se ejerce bajo las condiciones fijadas por dicha Convención, entre las que se incluye: libertad de navegación y de sobrevuelo; libertad de tender cables y tuberías submarinas; libertad de construir islas artificiales y otras instalaciones; libertad de pesca y de investigación científica, etcétera, etcétera. ¿Comprendes? No existe delimitación. Andar es libre en todas direcciones.

Park entrecierra la mirada. No la dirige hacia Lee, sino a algo a su espalda.

—Considerando su naturaleza jurídica, la altamar representa un patrimonio de la humanidad. Pero para mí, eso es lo mismo que decir que no pertenece a nadie. —Fija la mirada en los ojos del muchacho—. Ese es el lugar por el que navegamos en este preciso momento, Lee Jae-yong. Aguas de nadie. Muchas cosas han cambiado en este mundo, excepto esa.

Va hasta el escritorio y toma lo que queda de soju.

—¿No te parece que es una condición maravillosa? Esa nada...

A Lee no le parece que sea una pregunta y no responde.

—Todo tiende a hundirse apenas ha estado ahí —dice el capitán con una nueva y animada sonrisa.

—No le entiendo, señor.

—Navegar —insiste—. Así se siente navegar, ¿todavía no te das cuenta?

Esta vez parece que realmente necesita su respuesta, pero él no dice nada. Entonces Park niega con la cabeza varias veces, casi a punto de perder la paciencia si no diera con un mechón de su pelo. Juega con él. Respira profundo y busca algo entre sus pensamientos. Tras cerrar los ojos, dirige una sonrisa mansa a Lee.

—Será una tarde agradable para los trabajos de cubierta.

Da un último trago de soju y se dirige otra vez hacia la ventana.

—Supe apreciar este paisaje desde mis primeros días en la marina. Como puedes imaginar, no soy una persona de muchos adornos. Me basta con una línea divisoria y los matices que otorga la claridad o la penumbra. La mayoría de los marineros lo pasan por alto o se aburren con los años. Pero no creo que eso sea posible en mi caso. Su visión no me cansará jamás.

Acaricia sus muñecas y guarda silencio por unos minutos.

—Está bien —dice a continuación y afirma con la cabeza—. Lo entiendo. Quieres mantenerte firme y eso está bien. Es natural en estas condiciones y, además, es propio de tu edad, sea cual sea. ¿Tienes hambre? —pregunta girándose hacia él—. Yo casi no probé la comida. Si la quieres es tuya.

—Muchas gracias, señor, pero no —responde Lee enseguida.

—Puedes irte entonces —dice Park volviendo a las órdenes.

El muchacho saca un trapo amarillo de una bolsa transparente y limpia el escritorio.

—Me retiro, capitán —dice con la bandeja en las manos.

Park realiza una pequeña inclinación con la cabeza.

—Quería hacerte una oferta —agrega—, pero me doy cuenta de que no estás preparado. Tal vez ninguno de los dos lo esté. Aunque déjame decirte una cosa más; las preguntas que te hice... No es que me importe qué fue lo que te trajo al *Melilla*. Hace tiempo que dejé de verme en lo que hago, ¿sabes? Quizás deberías hacer lo mismo. ¿A quién te propones asesinar ahora? ¿No sería mejor preocuparte por tu condición actual? Este presente. A la larga, te sorprenderá lo fácil que es enfrentar ciertas cosas, sobre todo cuando estás lo suficientemente cansado.

* * *

Lee avanza por el pasillo en penumbras y se detiene. Silbidos no está y sabe que tiene que hacerlo ahora: coloca la bandeja en el suelo y se arrodilla a comer. Los sabores le provocan punzadas en los ganglios y bajo la lengua, pero lame el recipiente hasta sacarle brillo.

Encuentra a Silbidos silbando. Es una melodía alegre, el jingle de una marca que Lee nunca termina por recordar. Luego escuchan otra cosa, antes de llegar al comedor.

—Putos filipinos —dice Kang, y empuja a Lee hacia adelante—. Dejas todo limpio y en su lugar.

Cuando Lee lo ve, siente una presión en el pecho. Es una pelea, pero no se parece a ninguna que él haya visto antes, es decir, resulta imposible determinar quién se enfrenta a quién. O, si es que existe alguno de estos bandos, cuál gana y cuál pierde. Y lo más probable es que no importe en lo más mínimo. El comedor ahora huele a ácidos estomacales y sudor de hombres exhaustos y locos. Lo único que permanece en su sitio son las mesas fijas a las tablas. Cerca del techo vuelan todo tipo de cosas y la riña, sin un núcleo, se reparte horizontal a través de nudos hechos de partes humanas y en permanente recambio.

Lee todavía está con la bandeja en las manos, a salvo. Pero por su respiración agitada y el miedo —otra vez junto a él—, siente como si ya estuviera ahí dentro. Acaso sea la única forma de hacerse a la idea y aceptar lo que de un modo u otro está por ocurrir.

Busca al Chamán. No se ve, porque de que está recibiendo y repartiendo no tiene dudas. Comprueba su estado como último aplazamiento: débil, muy débil. Y ya sabe que el humo caliente va a enfermar sus pulmones. Agarra bien la bandeja y avanza absolutamente seguro de que va a perder, lamentándose a futuro y en retrospectiva, casi con nostalgia, como pensando: Alguna vez hubo un camino seguro a casa.

El piso está resbaloso y se mantiene atento a lo que podría desestabilizar su tobillo, a las marejadas que golpean los costados del *Melilla*. Encuentra a Salivas Foix y al Almeja intercambiando golpes con oficio, y tras ellos, a un número indeterminado de marineros dándose

puñetazos al azar. Al único que distingue es a Jueves, o al menos la parte de su cabeza que emerge risueña cada tanto sobre la masa de cuerpos. A medio camino —la intención de Lee, su noble y cándido propósito, es llegar a la cocina, lavar los platos y retirarse milagrosamente después de guardar todo— encuentra a Decapitado y Rosales. Comparten un cigarro mientras gesticulan para cubrir las dificultades idiomáticas y ambientales. Aunque parecen muy tranquilos, esquivan de forma coordinada los golpes fugados y empujan a cualquiera que se les acerque mucho. Del otro lado, distingue a Joshua, boca abajo en una mesa. Va hasta él e intenta que vuelva en sí. Joshua le tira manotazos para evitar una nueva paliza.

Saya, Lee, dice él para tranquilizarlo. Lee. Saya Lee. ¿Kama *Baik*?

¡Lee!, grita Joshua y sonríe con los dientes ensangrentados. Se cuelga de su cuello y lo besa en mejillas y boca. ¡Lee!, repite una y otra vez, increíblemente feliz de verlo.

Él intenta preguntar qué pasó, pero su indonesio falla por los nervios. ¿Yusril?, ¿*Dimana* Yusril?, insiste para saber dónde está su compañero.

Yusril. *Sina*, Yusril, responde Joshua y apunta hacia el lavadero.

Ambos miran en dirección a la cocina, pero ahí no está Yusril.

Joshua se lleva una mano a la frente y palpa lo que comienza a transformarse en un chichón verdusco. Escupe y vuelve a hablar y gesticular sin freno. Parece borracho y huele a algo que a Lee le revuelve el estómago.

El coreano niega con la cabeza y le pide que lo espere ahí, que no se mueva.

Joshua dice que sí, pero también repite «¡Galáctico!» y se golpea la palma con el puño, ansioso por ajustar cuentas.

En la cocina hay cuerpos tirados a babor y estribor, y unos cuantos espectadores de pie protegiéndose tras ollas, sartenes y unos cuchillos carniceros enormes. Algunas caras siguen la pelea expectantes, otras se mantienen atentas a las bajas con la esperanza de una tregua momentánea que les permita largarse. No parece que vaya a suceder pronto y tampoco hay oficiales a la vista. El botellazo que le dan a Bobby en la frente lo hace detenerse: suena tan hueco y duro que hace eco en su propio cráneo. Entonces cae en su estupidez, en lo idiota que ha sido al seguir la orden de Silbidos pudiendo tirar la bandeja y marcharse desde el primer instante. Pero qué le va a hacer, ya está ahí y lo mejor es ahorrarse el disgusto. Todavía tiene que regresar y probablemente necesite algo más que una autocrítica como consuelo.

Escondido en la cocina encuentra a Joe Hidayat. Presiona una camisa empapada en sangre contra su boca y afirma la gorra de béisbol que cuelga sobre su rodilla, manchada de rojo justo sobre las letras que forman el nombre «Alaska».

Su padre está de pie un poco más allá y desnudo de la cintura para arriba. Empuña la navaja hacia Lee, pero más que hostilidad, sus ojos revelan comprensión. Como si quisiera decirle: *No es que sean violentos, es que son salvajes.*

Él levanta la bandeja para demostrarle que no tiene ninguna intención más que cumplir ridículamente con la orden de Kang. Mientras lava, escucha a Joe llorar y siente compasión. Siente lástima. Como si fuera varios años mayor, o como si él mismo no hubiera llorado con desconsuelo semejante durante los primeros meses, antes de dormir y al despertar, con las duchas frías y hasta frente a otros marineros. Oye otra voz. Aunque es áspera por naturaleza, se nota que se esfuerza por sonar suave. «Va a estar bien», dice. «No te preocupes. Ya vas a ver que va a

quedar como nueva.» Pertenece a Riz Jang y se refiere a la gorra de béisbol de su hijo. Intenta animarlo y, por fin y en tan penosas circunstancias, Lee descubre a qué suena su voz. Y es mucho más de lo que esperaba. Es tosca y cariñosa a la vez, absolutamente triste.

Una vez que termina de guardar, vuelve al comedor. El flujo de la pelea es más denso y avanza hacia la puerta, como para dejar bien en claro que no hay salida posible. Algunos aprovechan para limpiar ingenuamente el suelo. Lee va con ellos y da un último vistazo: el Almeja sacando un cuchillo y el viejo Qiang gritando: «¿Y tú crees que me voy a echar atrás por eso?»; Nesto enrolla un tabaco en un oasis de calma. Retraído como un caracol, tan dueño de sí mismo y de su pausa. Frente a él, Joshua es lanzado de un lado a otro como una polilla acosada por una mano, la cabeza de Jueves que vuelve a asomar entre los cuerpos.

Lee suspira. Sabe lo que tiene que hacer, pero no quiere. «La próxima vez tienen que verte pelear», le advirtió el Chamán después de la última riña. «No puedes dejarlos creer que no vas a defenderte. Sé que sabes cómo y ahora tienes que hacerlo aquí.»

Da un paso al frente. Pese a los gritos que sueltan los hombres, puede oír el murmullo de las olas. El mar esconde criaturas submarinas todavía desconocidas. Bajo la superficie terrestre, donde la oscuridad es absoluta, se devoran unos a otros desde el principio de los tiempos. Ríndete, se dice Lee. Todos tus amigos están en problemas.

No llega a darse cuenta de lo que hace cuando ya está lanzando un puñetazo. Alrededor se escuchan insultos en malayo, chino y tagalo, se está más tibio. Recibe dos codazos en el estómago y uno en las costillas; es arrastrado hacia babor con el tumulto. Mira en todas direcciones buscando al Chamán. Le tiemblan los labios, las piernas y los puños, pero el miedo ha desaparecido. Joshua pasa a su lado con la lengua afuera y expresión de foca durmiente. Cuchillas brillando por lo alto y el señor Mun un poco más allá, cerca de la puerta de salida. Avanza hacia él como puede y está a menos de un metro desdibujado, cuando recibe un codazo justo en el puente de la nariz. Cae al suelo y todo amarillea. La impresión del golpe se extiende por las articulaciones que conectan sus huesos, y a eso se suma el impacto contra la madera. Sigue despierto, aunque duda que valga la pena. No puede pararse y tampoco quiere hacerlo, lo que desea es permanecer para siempre ahí, mudo. Pierde su entidad, ahora es la expresión mínima, y solo está seguro del aire que entra y sale de sus pulmones, de los latidos de su corazón. Ve una orilla con otra orilla; figuras que se corresponden: lo que se hunde no tiene otra intención que encontrar su apertura. Arriba, un techo. No tiene ninguna opinión sobre eso. Él es el techo. Algo nubla su vista. Sigo en el mismo lugar, dice, y se queda pensando en eso largo rato. Los latidos de su corazón, ya no les teme.

«No te vayas abajo», dice una voz.

La voz lo levanta, acaricia su frente y sus ojos. Vuelven los ruidos, de a poco, y la luz. El señor Mun lo abraza por las costillas.

—No te vayas abajo, querido —repite, y ahora suena al Chamán. Sonríe—. ¿Qué te parece?

Lee lo mira confundido, tanto que jamás lograría preguntar por qué un número de individuos considerable elige, libremente, padecer de esa forma.

El señor Mun se encoge de hombros.

—No significa nada —dice—. ¿Puedes salirte solo? Yo tengo que quedarme un rato más. Si te vas por mi derecha, yo te cubro desde aquí.

Su resistencia surge más del abandono que de la valentía, pero logra acercarse a la mesa que el Chamán le indicó. Dos segundos después, una oleada de cuerpos le cae encima. Todavía no se acaba, está en el suelo otra vez. Alguien le pisa la mano. Él se apoya en un cuello que encuentra al paso y está a punto de levantarse cuando lo toman por la cabeza y lo hacen rebotar una vez más contra las tablas. Abre los ojos y extiende las manos hacia adelante. Avanza a manotazos, de rodillas y a rastras. Encuentra una banca a la que aferrarse y suelta un pequeño grito de dolor.

Ahora está de pie, con la frente apoyada en la mampara. Intenta convencerse de que se encuentra bien. Su respiración es amarga y seca. Mientras jadea, siguen entrando hombres a la riña, y en medio de todo, el Chamán reparte golpes como enajenado. Luce exhausto, pero pelea bien y se nota cuánto lo disfruta.

Lee recuerda lo que dijo el capitán sobre él.

Un fugitivo, repite y siente curiosidad por saber qué sabe de él. Después piensa: ¿quién va a parar esta pelea?

En medio del caos, el señor Mun sonríe.

Encuentra a Yusril durmiendo con la navaja entre las manos. La pieza huele a fermentación y tiene un aspecto orgánico. Unos pocos rayos de luz se cuelan por los agujeros del latón que cubre la ventana. Lee siempre piensa lo mismo cuando la ve, que parece como si la hubieran ametrallado.

Yusril despierta de un salto. Lo mira con los ojos bien abiertos, pero sin empuñar la navaja hacia él. Se observan unos segundos, como dos animalitos en alerta.

¿Estás bien?, pregunta.

Lee inclina la cabeza. Todavía no llega a averiguarlo.

Extiende la manta y se sienta a su lado. Al lamer la comisura de la boca, sabe a sangre.

Hay dos cuerpos más en la habitación, tiemblan acurrucados.

¿Viste a Joshua?

Lee afirma con la cabeza, pero el gesto de sus ojos da a entender que no es algo bueno. Se quedan callados, escuchando el aire que entra y sale de sus pulmones. Sin esperanzas.

¿Qué pasó?, pregunta Lee al rato, y sin ganas.

No creo que alguien sepa..., explica Yusril con el mismo desinterés.

Él se frota las manos para sacarse la sangre pegoteada.

Uwais entra en la habitación y se arroja al suelo. Le falta todo un mechón de pelo en la nuca. Yusril toma la navaja y se echa hacia atrás.

¡Dahh!, dice bostezando.

Bye, bye, dice Lee.

Permanece sentado unos minutos más, sin pensar en nada.

Con la energía que logra reunir, se quita las zapatillas y los calcetines. Palpa las llagas de las cavidades de sus dedos, no parecen mejorar. Saca su cuchilla y la deja cerca. El cabeceo del barco hace que se deslice. Pero así podrá arrimarse a Yusril, que siempre está más calentito.

Suspira exhausto, curiosamente no siente dolor.

El *Melilla* sigue navegando hacia el sur y Lee recuerda la conversación con el capitán. Busca la fotografía en su billetera. Observa a la mujer con el niño en brazos y al hombre que la abraza: Lee Jae-yong. Respira profundo y arranca la cabeza de su amigo. Guarda ambas partes

por separado. No se siente más tranquilo.

Oye el ronquido de los hombres. Trino de pájaros ahí arriba y una cosa pequeña e inquieta en algún rincón de la pieza, la sangre bombeando hacia el puente de su nariz. Hace frío, pero la manta no está tan inmundada y tiesa como las de otras habitaciones. Es gracias a Yusril. Los chinches dejaron de molestarle hace mucho.

* * *

Cuando despierta, ya sabe dónde está.

Antes —al principio— siempre se sentía desorientado y no recordaba la jornada anterior en el barco, ni haberse dormido abrazando un chaleco salvavidas roñoso. La confusión duraba unos segundos, pero era una sensación agradable, como cuando de niño amanecía al revés del futón. Y también era una especie de consuelo. Por un breve instante, todavía podía ser que estuviera en Busan, en la casa de su abuela, y que de pronto fuera a escuchar a su padre discutiendo en la cocina. Podía ser que descansara en su pieza, donde la ventana daba a un pasaje cerrado y ensombrecido, sin vista a la costa siquiera.

Supo que iba acostumbrándose a los hechos cuando empezó a abrir los ojos antes de tiempo, sin necesidad de las sirenas. Entonces se quedaba inmóvil mirando lo que habían escrito otros tripulantes en las paredes. Antes de que Yusril le explicara qué decían, eran un montón de líneas ondulantes o rayones, y en parte sigue siendo así. Porque solo puede entender y hablar en indonesio a través de los sonidos. Las letras en el metal siguen siendo dibujos aislados, tan específicos o únicos como la mano que los trazó. Si sabe lo que significan es porque de tanto observarlos ha terminado por aprenderlos de memoria: «Me faltan cincuenta», «Bliss no para de llorar», «Un brindis por las malas juntas», «Recuerda volver a la escuela», «(deberías haberlo pensado antes)», «¡Idiota!».

Al memorizarlos, lo que intentaba hacer era robar su voz; la forma que tienen de explicar su situación con palabras sueltas y simples. Pensó que le servirían para contarse su propia historia, tal vez así sonaba a verdad.

Ahora no siente nada, simplemente despierta y está ahí. En el *Melilla 201*. Lo de su derecha es Joshua y lo de su izquierda, el señor Mun. El techo resquebrajado no luce siniestro y el ruido de los motores no oprime su pecho. Él es otro y esa es su vida, ni siquiera debe recordárselo. Y, sin embargo, sigue impresionándole el cambio radical que ha experimentado su personalidad. Cuando abordó no entendía realmente lo que estaba haciendo. No pensó que una vez en altamar no podría escapar ni decidir nada. Y aunque jamás se hubiera creído capaz de soportar algo como eso, lo cierto es que no necesitó tanto tiempo para acostumbrarse.

Cierra el puño para comprobar que los dedos aún se mueven. Mira alrededor. Hace un calor húmedo y no parece que sus compañeros vayan a despertar pronto. El aliento del Tortuga silba siguiendo esa melodía que ha terminado por asociar con un sonido silvestre. Está a sus pies, desnudo y con el pene colgando flácido. Una costra roja cubre la mejilla de Bobby. Abraza a Uwais y las piernas de ambos están enredadas con las de Iko *Quién sabe* Agung. Con las zapatillas puestas parecen tres primos exhaustos tras un día de travesuras. Salivas Foix está a medio vestir, con el ojo derecho pegado y supurando.

Lee se pregunta cuántas horas habrá dormido. Siempre parece muy poco, pero al menos tiene baba seca en la boca. Eso significa que fue de buena calidad y, además, ¿qué significa descansar, de todas formas?

Yusril entra en la habitación. Lleva el pelo mojado y se ve especialmente enérgico, aunque quizás sea por el contraste con los cuerpos caídos de alrededor.

Buenos días, le dice en su propia lengua y en voz baja para no despertar a nadie.

La sirena da su segundo aviso. Lee se toma las piernas y entonces el dolor comienza a tomar forma. Tiene ganas de gritar, pero lo que hace es acariciar los dedos y la planta de sus pies. En cubierta examina las heridas. Palpa volúmenes desiguales en su cabeza y apenas resiste tocar el puente de la nariz. Claro que si la inflamación fuera tan grande como sugiere su tacto, Yusril habría dicho algo, o eso espera. El dolor le hace recordar a Mido. Cuando llegó al Munba con el rostro vendado.

—Rinomodelación sin cirugía —precisó ella mientras fumaban en el descanso.

—Suenan a magia...

—Pues no lo es —dijo Mido y rascó con cuidado por encima de la cinta color piel entre sus cejas.

—¿Duele mucho?

—Mmm... imagina que te inyecten algo así como pegamento industrial y que después lo moldeen encima con los dedos.

—Pero ponen anestesia, ¿no?

—Donde yo me lo hice eran un poco «rústicos»... Pero conseguí un buen precio.

El armazón de bandas tiraba hacia arriba y respingaba la punta hasta el extremo de formar una simpática nariz de cerdito. Lee rio por lo bajo.

—No va a quedar así —aclaró ella con tono defensivo.

—¿Ah, no? A mí me gusta.

Mido le sonrió.

—Claro que no —dijo y dio una última fumada—. La idea es que se vea natural.

Natural, repite Lee tal como hizo aquella vez.

Vuelve a palpar su inflamación.

Nada puede ser peor que pegamento industrial solidificando en tu nariz, piensa para darse ánimo.

Hay tres hombres en la fila para bañarse y materias residuales de todo tipo adornando el rincón: bilis; manchas de orina; pelos largos, gruesos y delgados; desechos biológicos y sustancias dudosamente humanas —aunque, como diría Iko: «¿Quién sabe?»—; colillas de cigarros; un cepillo de dientes sanguinolento y con cara de arma blanca tirada al paso. Es como una fuente de los deseos, pero al revés, piensa Lee, y aprovecha de escupir también. El gargajo carmín parece fresco y revisa si tiene algún diente flojo. Siguen bastante firmes. Se enjuaga la boca con agua de mar esperando que el ardor signifique desinfección. La división metálica que tiene al frente le devuelve el reflejo de alguien parecido a él. Ladea la cabeza para exponer las mejillas a más luz. Es un cambio mínimo, pero afecta a sus emociones de media tarde.

El capitán lo sabe, se dice, aunque la idea surge más como una evidencia que como una conclusión. Sigue con la mirada fija, pero ya no le preocupa la imagen que revela. Una sensación agradable lo ronda, un buen recuerdo: aquello que soñaba antes de despertar. El señor Mun le

había dicho que llovería en dos días y en el sueño ese día era sábado, pero todavía no caía una gota. Lee se enojaba mucho y enfrentaba al Chamán por su error. «Mira por la ventana», decía él sonriendo. Era la ventana de la pieza de su abuela. La sensación de correr la cortina vuelve de nuevo a su mano: el tejido grueso y suave, su peso vertical. También vuelve la humedad gris y la sorpresa y serenidad que lo embargó en el sueño: afuera llovía.

Cuéntame si alguna vez te levantas y miras por la ventana. Y si lo hicieras, ¿qué hay ahí?

Otra vez Mido.

Distingue un hilo de semen dentro del balde con agua. Al echárselo encima, no recuerda cuánto le dolía el frío al principio —tampoco lo que es secarse el pelo o prender una estufa, ver las hojas temblar—. Ni siquiera recuerda que ese no es un baño, sino un espacio bajo techo. Solo se fija en la rata aplastada en el rincón. Las tripas salen por una abertura y su piel rugosa y traslúcida le hace pensar en un condón usado.

Puede ver a Joshua y al señor Mun formados junto a Yusril —de espaldas a él y de frente al sol—, un espacio libre entre el Chamán y Joshua, abierto a la luz y la brisa. Dice algo sobre la buena suerte, ese vacío. El mar continúa inamovible al fondo, firme en su negativa a revelar el recorrido, avance o retroceso de la embarcación en cualquiera de los puntos cardinales. Lee se dirige hacia ellos, sintiéndose mucho más ligero que cuando despertó, con esa liviandad que da caminar con los bolsillos llenos de billetes. Sigue siendo el mismo día y ese espacio libre es para él. Su grupo lo espera.

El oficial segundo, Kim Young-min, pasa lista. Resulta extraño verlo fuera de la sala de máquinas, pero debe estar en cubierta como refuerzo. Aunque no se ven caras hostiles, las consecuencias de la pelea saltan a la vista. Tal vez el cansancio supera cualquier deseo de ajustar cuentas y, además, Silbidos se pasea con la tabla para azotes entre sus hombros. Todos se dan cuenta de que faltan dos tripulantes: Joe Hidayat y Janno Gibs.

El sol es igual a una esfera mágica de *Dragon Ball*. Está bajando, pero todavía concede calor, y mientras los filipinos se quitan la parte de arriba de la ropa, los indonesios extienden sus paños por las tablas de cubierta. Cada uno a su tiempo levanta las manos y susurra: «*Allahu akbar*». En los próximos minutos, los hombres nacidos en Indonesia extenderán cabezas y manos sobre el suelo, van a ascender y descender como el oleaje, con sus espaldas salpicadas de sol. Mientras el resto se distribuye, la quietud de los fieles prevalece en el ambiente. El Chamán lo llama la leche del atardecer, y dado que rezan cinco veces al día, también está la leche del alba, la del mediodía y la tarde, la leche tibia por la noche. A menos que estén en cubierta —y no es algo que pase seguido—, ningún indonesio está seguro de realizar sus oraciones a la hora y orientación adecuadas, pero se ponen de acuerdo, y para Lee esa es otra forma de medir el paso del tiempo. *Alá oye a quienes lo alaban*, se escucha por lo bajo, junto al chapoteo del agua. El pequeño banderín coreano apenas flamea.

Estuvo buena la pelea de ayer, dice Joshua y lanza unos ganchos al aire.

Fue hoy, lo corrige Yusril meneando la cabeza. Se acerca a saludar al Chamán como si fuera un lunes por la mañana.

A ti no te fue muy bien parece..., se burla el señor Mun, y ofrece su cajetilla al grupo. Todos están ansiosos por fumar, como si se tratara del primer cigarro del día. El primero de un lunes por la mañana.

¿A mí?, responde Joshua con ofensa extrema. Por poco y hago tragar arena a varios.

El señor Mun le da con el puño en la cabeza.

Joshua suelta un grito exagerado.

Al menos tuvieron que bañarse por las heridas y nadie va tan hediondo, opina Yusril mientras toma un cigarro.

El Chamán se coloca sus lentes. Distribuye los cubos con anzuelos. Prende la máquina y apoya el brazo encima. Mientras espera que el motor se caliente, el cigarro se le consume en la boca. Su iris está orlado con venitas rojas, pero no parece malherido.

Riz pasa cerca a torso desnudo. Su piel es tan fina como la película de los párpados: le cuelga de los brazos y se pliega en su estómago. Todos se fijan en las ampollas y heridas de su espalda. Va con los hombros encogidos, pero al llegar a popa se encarama en el mástil de un salto. Ellos se quedan mirando cómo despliega la vela negra.

Al Jiang chico sí que le tocó duro, dice Joshua mientras prepara las poteras. *Le dieron, y no consejos*, agrega con su mejor imitación de la WWF.

Yusril vuelve a negar con la cabeza.

¿Pero lo vieron? Yo estaba ahí cuando intentaron meterle un vidrio roto por la boca, insiste con horror y fascinación.

¿Y de dónde iban a sacar un pedazo de vidrio?, pregunta Yusril.

¿Por qué no está en cubierta entonces?

Janno Gibbs tampoco está.

Parece que lo encerraron, comenta Joshua. Y por cómo peleaba se lo tiene bien merecido, sí, señor. Además, con los filipinos descabezados, vamos a ser los dueños del *Melilla*.

Todavía tienen al comandante Romeo...

¡Pfff!, ese desapareció al primer mangazo. Ni las ratas arrancaron tan rápido.

Ahora sí que tienes una pelea para contar, ¿no?, se burla el Chamán y oprime la reversa en la máquina.

He estado en varias, se defiende Joshua.

Fue mucho, desaprueba Yusril. Aunque libró de la riña, sigue con el contorno de los ojos morados por el golpe de Kang.

Mucho es un exceso, lo corrige el señor Mun con ese tono suyo, serio e impostado. Y no fue un exceso, ha sido justo.

Yusril se encoge de hombros.

No me gusta pelear a menos que esté peleando.

Lo dejan ahí y se abocan a sus tareas. Joshua y Lee se encargan de despeinar los sedales. El Chamán se dedica a las máquinas, va y viene con aceite y herramientas. Yusril ordena los aparejos, cabos y amarras con el mentón escondido, dulcemente melancólico. Permanecen juntos y callados, con más somnolencia que concentración. Al rato se acerca el oficial Yoo. Trae una botella con agua y una caja de cartón. En el interior hay cinco pastelitos de marca Lotte. Toman uno cada uno —ya han comprobado que están vencidos, aunque, por suerte, no hace mucho— y comen, ahora sí, con gran concentración.

Cuatro marineros malheridos con sus magdalenas. A Lee se le antoja una imagen bastante ridícula, como si fueran unos estudiantes de paseo.

El oficial toma el pastelito que sobra y se lo mete entero a la boca. Cuando está por tirar la caja al mar, Joshua le pide que se la regale.

—¿Para qué? —le pregunta Yoo en coreano.

El Chamán traduce.

Para guardar mis cosas, responde Joshua al señor Mun, y este transmite sus palabras a Yoo.

—¡Qué tantas cosas vas a tener tú! —le grita el oficial con la boca llena de migas, mientras amenaza con arrojar la caja.

El Chamán le ofrece un cigarro a Yoo como pago.

Él tira la caja al suelo de mala gana y toma la cajetilla que le extiende el señor Mun. Se lleva un cigarro a la boca y otro más que deja tras la oreja. Para satisfacer sus deseos, hace una bola con la cajetilla vacía y la arroja al mar.

Ya con las manos vacías, le pregunta al Chamán cómo le fue en la pelea.

A Lee y Yusril todavía les queda un poco de pastelito. Joshua relame el envoltorio, atento a la conversación de Yoo y el Chamán. Aunque no entiende una palabra, afirma cada tanto como si estuviera muy de acuerdo con lo que dicen.

Lee se queda mirando las cejas de Yoo. Las manchas negras de tintura le hacen recordar a su padre, o más bien a Corea en general y esa extraña forma de vanidad de algunos viejos. El tono quejumbroso de su voz también le hace pensar en un anciano y, aunque habla en su idioma, pronto deja de prestar atención a lo que dice. Se concentra en su ritmo, chirriante e intermitente. Es como oír una radio que pierde señal y se confunde con otras, y Lee se mantiene atento al ruido gris igual que si condujera por una carretera: esperando que las ondas le digan algo sobre su ubicación en el planeta.

Joshua le da un codazo en las costillas y se muerde los labios para contener una risita. También está pensando algo y se acerca para compartirlo.

Ya sé lo que te gusta, coreano, ya te descubrí. Pssshhhhhshhhh, suelta demostrando el regocijo que le produce. No te gustan las palabras, dice hablando más bajo, como si le contara un secreto. Lo que te gusta son los sonidos.

Lee finge que su indonesio no da para entender.

Joshua tira un manotazo para decir que no le cree.

El oficial termina de fumar y anuncia su partida con nuevas órdenes. Aunque el océano es un basurero enorme, se esfuerza por lanzar el cigarro con precisión. Todavía quema cuando va por el aire y su luz roja describe una parábola perfecta.

El sol cuelga cerca de la línea del horizonte. Luce algo tenso, como si temiera que el hilo que lo sostiene fuera a cortarse. Hacia adelante, la estela tornasolada de la superficie parece aceite para freír, hierve.

Lee siente la camisa pegada en los hombros. Ya casi termina con los anzuelos, el tobillo sigue doliendo. Joshua y Yusril están sentados en cuclillas, con el culo a pocos centímetros de las tablas. El Chamán en lo suyo, muy complacido de darles la espalda a ellos y al resto del mundo. Los sobrevuelan aves marinas, y sus sombras trazan solitarias formas circulares. Las sombras de los pájaros: algo en lo que Lee jamás había reparado en tierra, por las calles, y que por eso

mismo todavía le parece, a estas alturas del viaje y sus condiciones, inmensamente bello. Jericho Rosales y el comandante Romeo baldean cubierta a unos pocos metros. Rosales tiene el pelo largo y lacio de una niña rica. Es amistoso, pero Lee no quiere que le caiga bien. «Si lo dejas, te va a cagar», le advirtió el señor Mun. Nesto también está cerca, cosiendo el ancla de capa. Bobby llega a sentarse junto a él. Le pregunta si está bien, si necesita algo. Lee, como siempre, se fija en lo bonito que son sus labios.

Nesto agradece su preocupación.

Es que yo tengo como un don servicial, explica Bobby.

A mí me rige la luna, responde Nesto.

Cerca de popa, divisa al Almeja escupiendo, a Jueves barriendo con sus lindas pestañas y a Salivas reparando una lámpara con ayuda de Kanye Abad. El tatuaje que tiene Foix en la costilla parece una mancha verde, pero reconoce la imagen del Cristo y la rosa en los omóplatos de Abad. Lee respeta al primero porque jamás se calla ante los abusos de los oficiales, pero Kanye es una persona horrible y nunca va a tener su simpatía.

Nesto y Bobby ahora hablan de trabajo. Sus opiniones al respecto difieren, pero por el tono de sus voces se nota que hacen primar el entendimiento mutuo y la avenencia: Bobby reconoce que Nesto es Nesto y Nesto acepta que la experiencia de Bobby es diferente a la suya. Como consecuencia, Bobby experimenta la relación de cada uno con su entorno y Nesto propone que las ideas de Bobby hacen de Bobby un fragmento de él, porque, a fin de cuentas, Bobby no es la totalidad de Bobby. Una vez establecido aquello, se dedican a analizar el desempeño y las particulares conductas de algunos de sus compañeros en el *Melilla* y, por supuesto, pronto encaminan el diálogo hacia los chismes.

Bajan la voz cuando Uwais pasa delante y lo siguen con la mirada. A continuación, comentan su mal aspecto tras la pelea.

¡Como pollo crudo o pato mareado!, comenta Joshua, que al parecer también ha estado escuchándolos. Examina la manga de su camisa, acartonada por la sangre, y la humedece con saliva.

El Chamán va a sentarse entre ellos y Nesto.

Joshua aprovecha que Yusril limpia las lámparas con aire ausente y le mete una mano por debajo de la camisa para hacerle cosquillas.

Yusril lo aparta dándole golpecitos.

¡Ay!, si es por jugar, replica Joshua. Luego vigila que no haya oficiales cerca y se despereza de buena gana. ¡Galáctico!, dice.

Es una de sus palabras favoritas, «*Galáctico*». Lee está de acuerdo: casi nunca los dejan subir a cubierta y la tarde está perfecta. Parpadea para demostrar su aprobación como hacen los indonesios, un «sí, se está muy bien arriba. ¡Galáctico!». Al colocar la plomada, observa a Yusril de reojo.

Él también responde a su mirada, y ambos bajan la vista.

A Lee le gusta cuando pasa eso, y a veces le gusta Yusril.

¿Qué es lo que más extrañan?, pregunta Joshua de pronto. Además de la familia y hacerlo con una mujer.

Yusril suspira profundo.

Mango, responde con ilusión.

¿Mango?!, exclama Joshua, como si fuera lo más extraño que hubiera escuchado en su vida.

¿Qué?, me gustan mucho.

Mango, repite Joshua para sí, como comenzando a entender su profundidad. ¿O sea que cuando vuelvas, vas a ser «el azote de los mangos»?

Si es que volvemos..., dice Yusril con una voz neutra.

¡Claro que vamos a volver! Y lo primero que voy a hacer es llevarte a una feria. Al menos va a ser más fácil que conseguirte *energía nuclear*...

¿Y qué sería lo que más extrañas tú?, «don experto en nostalgias».

¡Don experto en nostalgias!, ¡ja! repite Joshua, y también parece como si fuera lo más gracioso que ha escuchado en la vida.

A ver, ¿qué es lo que extrañas?

Joshua bosteza abriendo mucho la boca.

No sé, dice. He pensado mucho... pensado, pensado, pensado. Pero no se me ocurre algo en especial.

¿Nada?

Mmm... A veces me acuerdo de una cosa. Cuando me acuesto. El colchón de mi cama tenía un pequeño orificio en el borde, justo a la altura de mi cabeza, y yo siempre lo tocaba cuando me dormía, sin darme cuenta. Ni siquiera sé si me daba una buena sensación tocarlo, me imaginaba que el colchón tenía una herida.

Rasga el aire con su índice para mostrarles.

Pero ahora que ya no puedo hacerlo, me he pillado buscando un hoyito en la manta varias veces. Cuando ya tengo el dedo en posición y me doy cuenta de que no está, siento algo. Siento como que me falta sentir algo. Pero no sé si es porque lo extraña...

Yusril lanza una sonrisa burlona a Lee.

Madre mía..., dice y meneas la cabeza con gracia. ¿Y tú?

Lee lo sabe, pero todavía se siente culpable por extrañar, o más bien, siente que extrañar es lo que se merece. Elige encoger los hombros.

Joshua hace el gesto de acordarse de algo levantando el índice y comienza a buscar en sus bolsillos. Después de darse vuelta entero, da con la bolsa plástica. Desata el nudo. Al desenvolver aparece una nueva bolsa. Repite la operación y coloca un celular en su mano. Lo muestra a sus compañeros como si se tratara de una joya, una perla. Es precisamente un Nokia con forma de almeja y la melodía futurista que hace al encender le trae a Lee recuerdos del pasado. De su época como estudiante de secundaria, cuando la vida era absolutamente normal, aunque no se diera cuenta.

Once de noviembre, dice Joshua y suelta otra risotada. ¿No es genial? Hoy es el día once del mes once.

Pensaba que ya estábamos en diciembre.

Mi preciado celular comprueba que te equivocas.

A Lee también lo desconcierta. Según sus cálculos, solo habían pasado cinco meses, no siete.

Tú sabes de esas cosas de las estrellas, Chamán, ¿qué día crees que es hoy?, pregunta Yusril.

No me interesa, responde él y se levanta a buscar un tarro.

Yo no creo que sea noviembre, insiste Yusril. ¿Hace cuánto que no lo prendías? ¿No se desconfigura o algo así?

No que yo sepa. Pero está a la hora.

¿Y cómo sabes qué hora es?

Joshua hace una mueca de impaciencia.

¡¿Que no ves el sol?! , dice apuntando hacia el horizonte.

Para sorpresa de todos, el sol ya no está.

¿Ves?, dice Yusril.

Todavía queda luz, o sea que no es de noche.

¿Tu celular da la hora o dice cuándo es de día?

Lee se queda mirando en dirección al sol. Aunque ausente, la luz todavía refleja allá arriba, en el cielo. Entiende que la observación de un universo priva al otro de su existencia, pero le gustaría hacer como la luz del sol y flotar en dos lugares al mismo tiempo. Cierra los ojos y percibe la claridad que lo rodea. Cuando los abre, el Chamán está reparando unas poteras de espalda a ellos, empieza a cantar.

Es que se ve lejos cuando no estás ahí, asegura la voz de Nesto, a unos metros.

«Las estrellas todas las noches aparecen en el cielo. Todo está bueno», dice Joshua, y para Lee suena como si lo hubiera leído en una galleta de la fortuna. O quizás su indonesio ha vuelto a fallar. Yusril también comenta algo con su voz tímida, pero él prefiere dedicar su atención al canto del Chamán.

En el centro hay un árbol doble.

Nueve muchachos están corriendo detrás de él.

Van con espíritus blancos y negros.

Quien toca el tambor tiene un solo fondo.

De pronto, lo asalta una sensación extraña, una duda. ¿Pasó en la realidad?, ¿el Chamán dijo que iba a llover en dos días o eso también era parte del sueño?

La oscuridad va apropiándose de los contornos y a lo lejos aparecen las primeras naves. Las manos de Lee realizan el trabajo con independencia de sus pensamientos y estos se reproducen junto a la melodía del señor Mun. En el mes once, ideas sueltas y pasajeras. Dirige la mirada hacia el poniente. A lo lejos, el pasado. La noche ahí lleva varias horas y cada extremo del horizonte ofrece una perspectiva: de un lado nubes disgregadas; del otro, y en paralelo, los rayos de una tormenta.

¿Alguna vez piensas en ti mismo como en un marinero?, escucha que dice la voz de Joshua. Recibe un suspiro largo y cansado como respuesta.

Lee puede oír las olas, abajo. Suena a algo hueco, como si el agua filtrara en una piscina durante una tarde ociosa. Solo entonces nota que el *Melilla* se ha detenido.

Quizás sea buena idea, dice la voz de Yusril. Este no va a ser el trabajo de nuestras vidas, pero ¿cuánta vida tenemos?

—Dirás «cuántas» —lo corrige el Chamán por segunda vez en el día y en coreano, así que Yusril no llega a enterarse.

Lo que es yo, cuando vuelva quiero ser salvavidas.

¿Salvavidas?, repite Yusril. Levanta la cabeza y mira el océano como si se tratara de un monstruo.

El Chamán retoma su canto:

Todo lo que hago está bordado con el mismo hilo.

Quien toca el tambor tiene un solo fondo.

¡Lee!, grita Joshua mientras se acerca abrazado a Yusril. ¡Futu!

La cámara del celular arroja un destello de luz que lo deja ciego por unos segundos. Pero tiene la sensación de haber sonreído.

La penumbra se asienta, comienza a ponerse más fresco. Ahora están rodeados de cientos de barcos calamareros y no se avizora ningún horizonte. Marineros gritan de una nave a otra. Algunos se acercan por las parrillas para estrechar una mano o intercambiar algo. Lee no alcanza a oír lo que dicen, pero suena a palabras amistosas.

¿Quién crees que es más inteligente?, pregunta Joshua. ¿Los calamares o los pulpos?

A Yusril el sudor le resbala desde la frente hasta el bigote. Observa a Joshua como si la respuesta fuera evidente.

Lee se echa a reír.

No por la pregunta de Joshua. La verdad es que ni siquiera está seguro de comprender lo que dijo y es bastante probable que pase más seguido de lo que cree: que toda la comunicación en que fundan su compañía no sea más que un gran malentendido. Pero los ojos amoratados de Yusril... es que parece un mapache, un mapache o un ladronzuelo. Un mapache ladronzuelo de esos de internet. Se ve tan gracioso, y es lo único real.

¿Qué?, dice Yusril con la expresión de un mapache travieso.

Lee no puede parar de reír.

Ellos lo observaban confundidos.

Cuando el televisor se prendió, Miguel ya tenía los ojos abiertos. Descruzó los brazos, se calzó el pantalón y bajó el volumen a cero. No le interesaba el matinal, sino cronometrar su mañana con el reloj en la pantalla y acompañarse con las imágenes en movimiento.

Ya había visto que la puerta de Marcela estaba abierta.

—¿Tita? —preguntó.

No hubo respuesta. Entró a la pieza y recogió la ropa del suelo. Lo hizo meneando la cabeza y soltando gruñidos, pero realmente no le importaba. Ordenó su cama en el sofá y fue a la ducha. Por si el muchacho quería afeitarse, dejó una toalla limpia a la vista, las tijeras que usaba para cortarse el pelo y una *gillette* nueva.

Golpeó la puerta de Lee y entró. Otra vez estaba acostado directamente en el suelo, aunque esta vez parecía dormir. Con su hija había discutido: si lo hacía por la costumbre coreana o por la costumbre del barco; él creía en lo último y no le gustaba. Dio dos aplausos secos desde el marco.

—¡A despertarse! —anunció.

Puso agua en la tetera y fue por leña para la bosca. Al volver prendió la radio y se quedó escuchando de pie. Nada. Hizo fuego y limpió la mesa de la cocina con un trapo.

—¡Ya pues, chinito! —gritó, mientras distribuía los individuales.

Lee apareció cuando estaba picando la palta.

—¿Cómo amanecemos hoy día? —preguntó con su tono entusiasta de las mañanas.

Esperó a que Lee hiciera la breve reverencia que tanta gracia le hacía y luego le dio unos golpeitos en la espalda con la mano limpia.

—Mejor, mucho mejor —dijo caminando hacia la cesta con verduras.

Lee fue tras él.

—¿Te gusta el tomate con cebolla? —dijo pasándole los ingredientes. Buscó la tabla de picar en el horno.

—Cuidado con los dedos —le advirtió por la espalda y, tras comprobar que lo hacía bien (aunque Lee tuviera cincuenta años, lo supervisaría de la misma forma), afirmó con la cabeza. Prepararon lo que quedaba en silencio, ni despacio ni deprisa, y pese a los rodeos por el pequeño espacio de la cocina, casi sin mirarse. También, como todas las mañanas, Lee se acercó al refrigerador para ver el calendario que sostenían dos imanes de sandía.

—Veintitrés de diciembre —confirmó Miguel mientras retiraba el pan del tostador.

No tuvieron que avisarse que ya estaba listo: se sentaron a la mesa a un mismo tiempo y con la disposición de ánimo del trabajo concluido, con el hambre de las primeras horas del día.

—¿Sabes algo de la Tita? —dijo, acercándose el azúcar.

Lee lo miró con los ojos somnolientos.

—Debe haber salido por la ventana, porque yo no la escuché.

Mezcló la hierba y el muchacho también la mezcló.

—En fin... ¿Qué tienes planeado para hoy? —preguntó con tono burlesco, pero realmente esperó unos segundos para ver si le contestaba. Luego sonrió y pasó a prepararse un pan con palta y tomate.

Comieron escuchando las voces de la radio por encima de sus cabezas y viendo a los conductores mudos de la televisión. Concentrados principalmente en lo que bebían, que es lo más importante del desayuno, y sintiéndose satisfechos, no tanto por la comida en sí como por saber que siempre hay tiempo para desayunar.

—¡Ah! —soltó Miguel con irritación exagerada cuando ya casi habían comido todo—, se me olvidó poner las facturitas.

Fue por los pasteles y los dejó junto a Lee sobre un plato celeste.

—Son las que te gustaron el otro día. Pero también compré estas con mermelada de calafate. Es un fruto de aquí —agregó rascándose la cabeza—. Dicen que el que come calafate, vuelve a Magallanes.

El muchacho digirió los sonidos del hombre y luego observó el platillo. La facturita nueva que se llevó a la boca no pareció gustarle tanto como las de crema pastelera.

—Es raro igual, pero se supone que hace bien para la salud.

Miguel bebió el último trago de su mate y soltó un «Así es la cosa...» suspirado. Intentó mirar a Lee disimuladamente, pero enseguida tuvo que sonreír porque el coreano también lo observaba. Parecía que siempre lo estaba mirando. Recordó algo y luego rio para sus adentros. Como Lee tenía cara de querer saber qué le hacía tanta gracia, pasó a explicárselo:

—Es que contigo es tan fácil la cosa. El Gonzalito siempre me reclamaba esa cuestión de chico. Decía que por qué no podíamos hablar temas más «profundos».

Levantó ambas cejas con teatralidad.

—Es mi hijo mayor, el que estudió Biología. Total que ahora nos llevamos la mar de bien. En cambio con la Tita... Era mi regalona, pero ya ves tú, ni luces.

Separó la silla hacia atrás para introducir la sobremesa.

—Eran tan chistosos de chicos. Hubo una época en que yo dormía en la pieza de los chiquillos y la Carola en la matrimonial con la Marcela. En la noche, cuando estábamos todos acostados, empezaban a molestarnos. A mí me decían al oído: «Ya, papá, a ver, diga: me gusta el *hardcore*». Yo lo decía y los pillos se mataban de la risa. De la otra pieza la Carola decía: «Amo a Tom Yorke». La casa era chica, así que no había ni que gritar, pero eran puras modas que les gustaban a ellos y que nosotros no entendíamos... Esa pelea con la Carola duró varios meses. En el día casi no hablábamos, pero todas las noches nos llevábamos diciendo tonteras de una pieza a la otra.

Miguel se quedó pensando un momento y soltó una mezcla de tos y risa cansada.

—La tontera... —dijo para sus adentros, sacudiendo la cabeza.

Levantó su taza y preguntó si quería más mate.

Lee afirmó con la cabeza varias veces.

Sirvió para ambos y volvieron a quedarse en silencio.

—A ver, di *harcor* —le pidió Miguel al rato.

Lee lo miró fijo y parpadeó.

—*Haaaar cooor* —insistió—. *Harcor*.

El que rio esta vez fue Lee.

Miguel iba a comenzar a levantar la mesa cuando escuchó una noticia sobre el calamamarero en la radio. Fue a subir el volumen dando saltitos y se quedó escuchando hasta que el conductor pasó a otra cosa.

Una vez frente al muchacho, volvió a subir las cejas. Esta vez, sin ánimo. Y algo debió entender Lee, porque su cara se ensombreció.

—No es nada malo —dijo forzando su tono optimista. Por lo que podía ver, el chico entendía las inflexiones de la voz. Se trataba de sus compañeros: la embajada de Indonesia aún no lograba contactarse con la familia de uno de ellos y la gobernación no sabía qué hacer con el cuerpo. Iba a ir por el computador para traducirle, pero optó por contárselo después, cuando no tuviera el estómago lleno.

Le dio unos golpecitos en la mano como disculpa y fue por el otro mapa turístico que le quedaba. Lo extendió en la mesa y pasó a explicar:

—Nosotros estamos aquí —dijo marcando con una equis en medio de una zona verde—. La plaza de Armas y el centro por acá.

Quería prender un cigarro, pero en cambio se sentó junto a él y le habló mirándolo a los ojos:

—Cuando sea seguro, vamos a ir a dar una vueltecita, ¿ya?

La mirada de Lee lo hizo sentir nervioso y volvió a dirigirla al mapa.

—Aquí vive la señora que prepara las facturitas. Celeste se llama y es la esposa del patrón de la lancha en que te pillamos. También te los voy a presentar más adelante, aunque el viejo brujo se enoje. Son personas buenas. Ligeritos de sangre. Uno tiene que estar atento, porque siempre están tirándote una talla y hay que saber contestar igual de rápido. Emilio se llama, ¿te acuerdas? Fue el primer amigo que hice aquí. O sea, cuando llegué por segunda vez, después de separarme de la Carola, aunque bueno, en esa época todavía no creía que era definitivo... Me vine con la excusa de tener un mejor trabajo para la familia, que igual era cierto, porque las cosas estaban muy difíciles en Temuco. Pero, en el fondo, lo que creía era que aquí sí podríamos ser felices. Cuando hice el servicio militar, el sargento Mogliw siempre nos hablaba de que Punta Arenas era muy seguro y que tenía tiempo para estar con sus hijos y cosas así... Total, que nada salió como yo tenía pensado y entre medio conocí a Emilio. Es decir, primero conocí a Celeste, la dueña del restaurán Chiloé. La primera vez que entré, todos se giraron a verme, como en esas escenas de vaqueros. Me miraron de pies a cabeza y casi pareció como que iban a tomar sus armas de la mesa. Pero no eran pistoleros, eran pescadores. Por suerte, la Celeste me lo hizo más fácil. Para el café siempre se sentaba a acompañarme y era tan simpática que hasta la invité a salir. Viste que yo también tengo lo mío... El día de la cita, Emilio me estaba esperando con una botella de fernet y, por su cara, me di cuenta al tiro de qué iba la cosa y cuál era su relación con la dueña del Chiloé. «No tomo fernet», le expliqué yo y él me respondió que por esa misma razón lo había pedido. «Si quieres quedarte en Punta Arenas, esto como mínimo», soltó, y aunque lo dijo con un tono duro, sonó más a consejo que a amenaza. Total, que terminamos por caernos bien y al final de la noche Emilio prometió presentarme a todo el mundo y ayudarme con trabajo. El apretón de manos fue lo suficientemente firme como para saber que cumpliría con su palabra y a la semana ya tenía varios pololitos. Celebramos la buena racha con fernet: Emilio, Celeste y yo. Los tres nos hicimos amigos y jamás me preguntaron qué hacía en Punta Arenas tan solo.

Tomó aire rápido y evitó la mirada de Lee para seguir con otra cosa como si nada.

—Mi otro compadre es el Juan Carlos. Me ayuda cuando los trabajos son muy grandes, es como mi socio. Claro que con él la cosa es distinta: primero vamos al choque y después nos reconciamos. Él te puede ayudar a... —iba a agregar «conseguir pololitos chicos», pero sintió que sonaba demasiado ingenuo y al final optó por—: Bueno, ya veremos en su momento...

Dobló el mapa y se lo extendió al muchacho.

—Para ti.

Él volvió a hacer una reverencia antes de aceptarlo.

—Tan ceremonioso que me saliste, oye —bromeó y le dio unas últimas palmaditas en la espalda antes de ponerse a recoger la mesa.

Lee se levantó para ayudarlo.

—También tengo que mostrarte los billetes y explicarte cuánto vale cada cosa para que no te hagan tonto. —Caminaban hacia el lavadero—. En cuanto al trabajo, lo importante es que nadie te diga «haz esta hueá», sino que tú te las busques y veas cómo hacerlo.

Antes de abrir el grifo, Miguel volvió a mirarlo. Tenía una expresión seria en los ojos. Como si intentara decirle: hay una forma de hacer las cosas y es esta.

* * *

Ocurrió la madrugada del 24 de diciembre.

Marcela apoyaba la espalda en la cúpula de una *pick up* que habían encontrado en el pasto. Lee descansaba en el techo, con las piernas cruzadas y Julia olfateaba el aire sobre sus patas traseras.

—Perdona por despertarte —dijo Diego desde el otro lado de línea.

Fue lo primero que dijo y Marcela, de tan sorprendida y emocionada, no acertó a responder que no se preocupara, que estaba en pie hace rato.

—Me siento mal —continuó él tras un breve silencio—. No sé qué hacer. No sé qué hacer, Marcela. ¿Puedo ir a verte?

—Diego... —intentó explicarle.

—Déjame ir. Por favor. Estoy mal. Estoy muy mal y no sé qué más hacer. Te lo suplico.

—Gus —insistió, y ambos se dieron cuenta de que lo llamaba por el sobrenombre que había elegido para él cuando estaban juntos, y que, dicho ahora, aquella manifestación explícita y rutinaria de su afecto sonaba rara. El apodo tenía una historia, nerd y melosa, como casi todos los apodos que se ponen las parejas y que en su caso incluía las declinaciones en latín mal aprendidas por Diego en un curso general que habían tomado juntos. Y durante el breve lapso de tiempo en que ella tardó en agregar lo siguiente, esa y otras historias que compartían se acercaron a revolotear alrededor de las ondas electromagnéticas que permitían la comunicación. La nostalgia hizo que su cuerpo se tensara de pronto, pero la sensación fue agradable—, estoy en Punta Arenas. Vine a pasar la Navidad con mi papá.

Diego no respondió.

Marcela tampoco supo qué agregar y esperó por lo siguiente mirando a Lee que, por su parte, observaba pájaros con el largavistas imaginario de sus manos. Antes de que sonara el celular, hacían eso: disfrutar las ráfagas de aire y mirar aves. Ella había apuntado hacia arriba

para decir: «aguilucho» y «cometocino», «algún tipo de cometocino, creo».

Escuchó el eco del aire arremolinando en la línea y también algo más. Supo que Diego lloraba.

—Marcela. Ayúdame —dijo él al final.

—Sí, pero primero tienes que calmarte —le pidió ella con un tono más serio, menos romántico—. ¿Estás empastillado?

—Sí, o sea, las tomé en la noche, pero me desperté como a las cuatro de la mañana y no he podido dormir.

—Ya, tranquilo. ¿Haces algo importante hoy? ¿Una reunión con algún ministro?

—No —rio él.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. ¿Te das cuenta? No pasa nada si no duermes bien una noche, después lo recuperas con una siestecita. —Ahora hablaba haciendo uso del razonamiento más simple, con su tono de voz más convincente y suave—. Cuéntame qué pasó.

Diego volvió a quedarse callado.

En Punta Arenas comenzaba a lloviznar: una gota cayó cerca de su labio y otra en su índice.

—¿Aló? —Marcela alejó el celular y vio que disponía de una rayita de cobertura y treinta minutos para volver a la casa de Miguel. Lee la miraba mientras acariciaba a Julia. Ambos la miraban, en realidad.

—¿Gus? —insistió, y pudo escuchar su respiración agitada—. No tengas vergüenza. Sabes que puedes contarme lo que sea —y no lo decía por decir. Realmente se sentía preparada para oír lo que fuera que iba a contarle Diego.

—Es por la Vicenta —tanteó él.

Marcela apoyó la cabeza en la *pick up*. En el cielo, completamente nublado, creyó ver la vena de una fisura. Comprobó que en realidad no estaba preparada.

—Estábamos juntos... ¿Lo sabías?

No sintió como si le enterraran la punta mellada de un vidrio en el corazón porque, francamente, no era así de dramática, pero por un instante se le hizo muy difícil poder respirar.

—No, no lo sabía, Diego —dijo con tono de aclaración, pero esforzándose por seguir sonando atenta y cariñosa.

Diego tardó algo así como un minuto en volver a hablar. Un minuto que en ese contexto se sintió como cinco —cinco minutos de los largos—, y ella pudo ver que Lee hurgaba en la tierra con los dedos y cómo dos hormigas subían sin miedo a su mano y empezaban a recorrer el sendero ilimitado entre sus dedos. Las vio chocar entre sí un par de veces y también alcanzó a pensar que las hormigas siempre parecían dibujadas.

—¿Qué pasó? —le invitó a contarle ella, con un poco menos de paciencia.

—Volvió con su esposo. Cuando me desperté estaba muy angustiado y revisé mi mail. Yo lo sentía, ¿cachái?, tenía una mala sensación y revisé el correo y me había mandado un mail para contarme que iba a volver con él. Que me quería mucho, pero que no podía estar conmigo. —Hizo una nueva pausa y luego, más afligido, preguntó—: ¿Qué voy a hacer, Marcela? No sé qué hacer. Me presentó a todo el mundo. A todos sus amigos y conocidos. Todo el «mundillo». Todos me vieron con ella y ahora me siento tan ridículo. No voy a poder soportarlo. Todos van a pensar que soy patético y van a saber que me abandonaron. Me duele mucho... —Siguieron más frases desmoralizadoras como esa, entrecortadas, y cada vez más angustiantes.

—Pero Diego —dijo Marcela y con una voz todavía más dulce—, ¿cuánto estuvieron juntos?

—Un mes. Un mes y algo.

—¿La querías mucho?

—No sé, tampoco alcanzamos a conocernos tanto...

—¿Entonces? —Ahora su tono era el que usaría un padre para tranquilizar a su hijo—. ¿Qué eres?, ¿el quinceañero de una película gringa de los noventa? Sabes que eres más fuerte que eso. Has superado cosas más difíciles.

Él no respondió.

—Y, además, a nadie le importa. No te preocupes por lo que va a pensar la gente. A todas las personas les han roto el corazón. No es nada nuevo, ni nada de qué avergonzarse.

—Sí —dijo Diego—. Sí, es verdad.

—¿Estás en la casa de tu mamá?

—Sí.

—Prepárate una leche caliente y ve alguna serie chistosa.

—Sí. Tienes razón. Eso voy a hacer —agregó más animado.

Ambos se quedaron en silencio.

—¿Todo va a estar bien, cierto?

—Sí, Gus. Todo va a estar bien. Llámame si necesitas hablar de nuevo.

—Gracias, de verdad —y antes de despedirse murmuró—: ¿Cómo voy a superar esto?, ¿cómo voy a superar esto?

El ritmo aludía a un coro bien conocido por los dos, y, desde el extremo sur del continente americano, Marcela sonrió.

Después de cortar, se sintió triste y contenta a la vez. Notó que le dolían la mejilla y la nariz por el frío. Lee miraba con curiosidad.

—Era Diego —explicó. Iban varios paseos de madrugada y supuso que el conjunto fonético de «Diego» ya debía sonarle.

—Creo que me doy cuenta... —¿Estaría Lee mirándola de esa forma?, o era más un «¿Lo extrañas?».

Las hormigas todavía paseaban por su mano y ella acercó la suya para que cruzaran de un continente a otro.

—Tienes la mano muy fría.

Cayeron nuevas gotas y ambos miraron hacia las nubes.

—El tiempo cambia muy rápido aquí.

Caminaron deprisa. Julia iba delante y sus colores se confundían con los de la maleza. Abajo había piedras y se escuchaban al pisar. Las ráfagas de viento eran espeluznantes y arremolinaban en sus oídos, el pelo de los tres humedecía por la lluvia y el sudor, se apelmazaba como si condujeran una moto sin casco. Claro que Marcela apenas era consciente de todo eso. Su mente se abocaba exclusivamente a seguir la letra de aquella canción que solían cantar con Diego, pensando qué tan adecuado sería ahora que en su dúo musical ella fuera Neil Tennant y él, Dusty Springfield.

Vine aquí buscando dinero

(Tengo que tenerlo)
Y terminé yéndome con amor
Ahora me dejas sin nada
(No puedo aceptarlo)
¿Cómo voy a superar esto?
¿Cómo voy a superar esto?
Te compré tragos, te traje flores
Leí tus libros y hablamos por horas
Tantos tragos todos los días
Las flores más bonitas. Entonces dime
¿Qué he, qué he, qué he hecho para merecer esto?

Llegó empapada, pero no se cambió la ropa ni se secó el pelo. Fue directo hacia el notebook. En el chat había varios mensajes de Diego. Frases cortas sin mucho más contenido que la manifestación de la angustia absoluta. Recibió un par de pequeñas descargas eléctricas en su pecho al leerlos y, por unos segundos, tuvo la esperanza de que intentaba comunicarse con ella otra vez, pero no.

Ya sabía que en Facebook no encontraría ningún mensaje de él, pues lo tenía bloqueado desde que terminaran, pero la defraudó no encontrar ninguna notificación. Algún amigo o amiga que le preguntara, preocupado, dónde estaba. Antes de viajar a Punta Arenas quiso borrar su perfil. «A veces uno sube una foto o una canción pensando en un receptor muy específico, pero en este momento, de verdad que no quiero contarle ni una mierda a nadie», se había dicho. Igual no lo cerró y ahora podía cerciorarse de que en realidad a nadie le importaba.

Bueno, sí había un mensaje, pero era de Jaime, así que casi no valía: «De verdad quieres que arriende tu depa? Si sigue tan sucio como la última vez que lo vi, va a estar difícil... ¡Ah!, y Feliz Navidad anticipada. Saludos a tu padre!».

Pasó el resto de la mañana en cama, con la mirada fija entre las manchas del techo y el celular. Pensando, intentando descifrar qué significaba lo que Diego le había dicho. Luego, convenciéndose de que no debía hacerse expectativas, repitiendo el mantra de que nunca llegas a conocer realmente a las personas y a la vez luchando contra sus sentimientos de superioridad y su cinismo. El concepto de «Vicenta» se interpuso entre una cosa y otra: el hecho de que era menor que ella; que no era tan bonita —tan bonita ni inteligente como ella—; y que tampoco tenía talento —no el talento que tendría Marcela si hubiese dirigido una película, o sea, que solo era una cuica bien conectada—, y, sobre todo —lo más horrible de todo—, que siempre había sospechado que a Diego le gustaba.

También comprendió que debía dejar de atormentarse. Hurgó en los buenos recuerdos y remató todo su caldo de cabeza con la frase de ese poema de Cummings (que había conocido gracias a la canción de Björk) *Acepta toda mi felicidad* y la promesa de dejar el alcohol. Lo haría por Diego. Utilizaría el amor que le quedaba como un impulso, no iba a desperdiciarlo.

Entonces volveré mi rostro, y oiré un pájaro / cantar terriblemente lejos en las tierras perdidas.

Para cuando su padre la llamó a comer, seguía desmoralizada, pero aún con esperanzas de que Diego volviera a llamar.

* * *

Emilio lo esperaba en su mesa de siempre: la primera a la derecha, pegada a la ventana. Desde fuera, Miguel pudo ver que había dejado la gorra de chilote guardada para usar su boina roja. Sobre la mesa: una botella de fernet tres cuartos llena.

—Capitán —dijo al extender su mano.

Emilio respondió poniéndose de pie y se la estrechó con un apretón fuerte y largo. Antes de decir nada, llamó a su esposa.

—¡Miguelito! —exclamó Celeste y le dio un abrazo apretado—. Qué bueno tenerte por acá —agregó como si no se hubieran visto hace apenas unos días.

—Aquí estamos otra vez.

—A ver si puedes calmar a este viejo cascarrabias —le pidió con familiaridad—. Llegó tan pesao que ya quiero que se vaya de nuevo.

—Por ella que me perdiera en el Estrecho y no volviera nunca.

Celeste fue hasta él y acarició su barba áspera de capitán, dando unos tirones maliciosos.

—¿Viste? Yo creo que te anduvo echando de menos.

Emilio enarcó las cejas.

—¿Vas a servirte algo para comer? —preguntó alejándose de su esposo.

—No, muchas gracias —respondió Miguel. A continuación, miró de reojo la botella de fernet—. Solo un vaso y una Coca-Cola, si no fuera mucho pedir...

El capitán emitió un gruñido.

—Al tiro te lo traigo. Yo no sé cómo este puede tomar el fernet solo...

—Antes no decías lo mismo —replicó Emilio.

—Es que hoy anda de gaucho —se burló Miguel.

—¿Vas a llevarle unas facturitas a tu hija también? —gritó Celeste de camino a la cocina.

—No, todavía me quedan.

Ninguno de los hombres habló hasta que la bebida llegó a la mesa y el capitán sirvió nuevas dosis para ambos. Una vez realizado lo principal, levantó su vaso a modo de brindis. Miguel también levantó el suyo, pero no llegaron a chocarlos.

—Así que la Tita anda por acá... —empezó Emilio, y antes de que Miguel pudiera responder nada, agregó—: La Celeste insiste en que vengan a cenar con nosotros hoy. No tienes que responderme, solo es un mandado.

—El capitán de los mandados que le dicen...

Emilio esbozó una sonrisa falsa.

—¿Y...? —agregó enseguida.

—Nada, llegó de sorpresa. La mismita mañana en que ustedes se fueron. Menos mal que estaba en la casa...

Emilio afirmó con la cabeza.

—Menos mal... —repitió con ironía—. ¿Todo bien? —quiso saber, esta vez con tono de intriga.

—Sí, hace tiempo que no pasábamos una Navidad juntos, o sea, hace tiempo que no nos veíamos —respondió Miguel eludiendo la verdadera pregunta del capitán. Con el fin de seguir evitando el tema, bebió y saboreó su fernet todo lo despacio que le permitieron sus manos y

espíritu inquieto.

—Me refiero al otro asuntito.

—Ah, sí. Bien, supongo...

—No lo han encontrado.

—No, no lo han encontrado. Ojalá esté bien el chinito ese.

—Sí, claro... ¿Y cómo será posible que aún no lo encuentren si lo dejaste donde acordamos?

—Sujetaba el vaso con tal determinación y firmeza que, aunque no bebió de él, pareció como si lo hubiera hecho.

—Bueno —empezó Miguel, y antes de seguir dio un vistazo alrededor. La pintura verde de las paredes que siempre lo hacía sentir tan cómodo, esta vez hizo el efecto contrario, como si le dijera: «De la misma forma en que me conoces a mí es como Emilio te ve a ti»—, pasó que Urgencia estaba lleno y tuve que dejarlo un poco más lejos. En los terrenos vacíos que están a la vueltecita del hospital.

Emilio lo miró como si dijera «¿terrenos vacíos?», ¿«vueltecita?».

—¿Estaba despierto? —preguntó.

—Semi.

—¿Y lo dejaste ahí tirado?

—¿Qué querías que hiciera?

Emilio guardó silencio y lo observó con desconfianza patente.

—Está bien —declaró bruscamente al cabo de un rato.

—Los chinos zarparon hace unos días. Por las noticias, parece que no dieron mucha información.

—¡Qué van a decir esos! —exclamó Emilio. Enseguida bajó la cabeza y tomó lo que le quedaba de fernet con aire lúgubre, y así mismo rellenó los dos vasos.

Miguel bebió al acto, como si le hubieran ordenado hacerlo.

—No tienes de qué preocuparte —dijo después.

—Mejor pa ti.

Quiso responderle algo como: «¿Hace cuánto nos conocemos?» o «¿No confías en mí?», pero solo acertó a tomar otra vez. El combinado le supo insoportablemente dulce.

—Lo único que te digo —aseguró Emilio, volviendo al tema con un tono tan educado como implacable— es que me preocupa el chico Onofre. Es un bocón, sobre todo cuando se cura.

—O sea casi siempre —comentó Miguel con una risita hueca.

El capitán ni siquiera sonrió.

—A mí el que me preocupa es tu sobrino.

—¿El Toño? Mira, viejo copuchento, si le caíste mal deberías estar agradecido de que no hizo nada por disimular.

—Yo siempre estoy agradecido.

—Bien —concluyó el capitán desafiante. Antes de decir lo que de verdad le preocupaba, meneó la cabeza—, no quiero molestarte, Miguel. Sé que actúas de buena fe y que yo no lo habría hecho mejor, pero...

—«Pero» —repitió él con aire divertido.

—Hubiera sido mejor dejar todo como estaba. Entiendes que no rompimos ninguna maldición, ¿cierto?

—¡Qué maldición ni qué ocho cuartos! Ya empezaste con tus brujerías... Y, de todas formas, una cosa no quita la otra —agregó para no quedarse sin responder a su comentario.

—Esperemos que sea así —dijo levantando su fernet.

Miguel lo imitó y esta vez sí que chocaron los vasos.

—¿Cómo fue la pesca? —preguntó para cambiar de tema. El capitán se lo contó y luego siguieron hablando del trabajo que había tenido cada uno en los últimos días.

—¿Otra? —propuso Emilio una vez que se terminaron la botella.

—Me están esperando, viejo borracho —dijo él, y buscó su billetera en el simpático bolsito de poliéster que siempre cargaba.

—Ni se te ocurra.

—Se me ocurre —replicó Miguel dejando tres billetes sobre la mesa.

—Van a quedar ahí.

—No es problema mío. —Se puso de pie y levantó un brazo para despedirse de Celeste.

El capitán lo acompañó hasta afuera. Miguel iba a sacar su cajetilla, pero él se le adelantó con fuego y todo. Al realizar una breve inclinación de cabeza para agradecer, cayó en la cuenta de dónde venía el gesto, y tuvo que aguantarse la risa. Emilio no pareció notarlo.

—¿Y tu santa madre? —preguntó el capitán tras soltar una bocanada grande de humo.

—Ahí está, ¿por?

—¿Hace cuánto que no vas a visitarla?

—Varios años ya, ¿de dónde tanto interés?

—No sé, estando tu hija aquí... Se me ocurrió que sería buena idea reunir a toda la familia. Un par de días en el campo no le hacen mal a nadie.

Miguel fumó con el rostro inclinado y esperó un momento antes de responder.

—Mira las ocurrencias tuyas...

—¿Qué puedo hacer sino aconsejar a un amigo perdido? —dijo Emilio abrazándolo por el costado.

—Que te traiga muchos regalos el Viejito Pascuero.

—Lo mismo digo.

Varios segundos después se soltaron.

—Y piensa en lo que te dije. Es en serio —y su tono sonó bastante serio—. Ya sabes lo bocón que es ese...

Miguel espantó el aire con la mano y dio media vuelta. Mientras se alejaba siguió negando con la cabeza.

* * *

Marcela se dejó caer sobre el sillón y observó hacia la cocina sin interés: Miguel preparaba la cena navideña con una ansiedad sumisa que no le quedaba. Lo suyo era la ansiedad despótica, se dijo, y pese a todo, la prefería. Al estirarse mecánicamente por un cigarro percibió una tensión sobre su ceja. Tiró hacia arriba tres veces y más lento de lo usual, como si buscara recordarle explícitamente que todavía la acompañaba.

El día ya iba por los cinco millones de años. En la tarde se había forzado a salir con el pretexto de comprar regalos. Imaginó que una breve inmersión en el consumismo navideño, hacer lo mismo que todos habían dejado para última hora, le daría el sentido de normalidad que necesitaba. No funcionó. Las tiendas del centro estaban cerradas siendo apenas las tres de la tarde. Con la voluntad que le quedaba, levantó la mano para detener un colectivo, pero el conductor fue tan increíblemente amable —cambió la ruta para dejarla más cerca de la Zona Franca, bajó la tarifa para ahorrarle cambiar un billete de cinco mil y le habló de las tiendas más económicas y también un poco de su rutina tras el volante—, que se bajó todavía más irritada. El lugar tampoco desbordaba en compradores y si no hubiera sido porque la explanada era enorme, habría tardado menos de quince minutos en hacerse de los regalos. Volvió en micro y fue colina arriba sin batería en el celular, sin música ni cigarros, pero repitiendo de memoria, a modo de rezo: *Porque la razón de que yo odie a la gente y me apoye en esta ventana es el amor, ¡amor!, y la razón de que me ría y respire es ¡oh, el amor! y la razón de que no me caiga en esta calle es el amor*. En el trayecto se miró en el espejo roto que esperaba por el camión recolector desde que ella llegara a Punta Arenas —tenía la impresión de que la basura no iba a dejar de perseguirla fuera donde fuera— y también se atrevió a saludar al viejo de la casa naranja que espiaba por la ventana todas las tardes. Tomó una foto al cartel «Se Arrienda» de una cabañita revestida de zinc en amarillo lima.

Su ceja tiró hacia arriba otra vez. Lee estaba a su derecha, sentado sobre el banquito de su padre y consagrado a su pasatiempo favorito: observar la nada. De fondo se escuchaban villancicos. El *ropopompom* llegaba con interferencia, como si no fuera obvio que se encontraban lejos del camino que lleva a Belén, de cualquier camino: enrostrándoles su absoluto aislamiento.

La música venía del minicomponente, pero Marcela tardó un par de canciones en darse cuenta de que era el viejo equipo de su infancia.

Cuando los padres de Diego se divorciaron, a él le pegó más duro de lo que esperaba. Confundido por la situación, le preguntó a Marcela cómo había sido su experiencia, qué había sentido. «Es que no se separaron de un día para otro. Nunca lo supe bien. O sea, ahora lo sé, pero no es que se hayan sentado con nosotros para explicarnos qué pasaba.» Reconoció que había un par de momentos significativos, pero que si los ubicaba en la línea de tiempo de su familia, tampoco se podría inferir algún tipo de coherencia.

Observó el equipo de cerca, como si se tratara de una reliquia arqueológica extraterrestre. El verano en que su padre se la había llevado pertenecía a ese grupo de «momentos significativos» y se vio obligada a recordar.

En esa época, Miguel ya llevaba un par de años en Punta Arenas, pero lo único que marcó la diferencia tras dos semanas de visita fue que partió de regreso con el secador de pelo y el minicomponente. Lo que Marcela pensó entonces fue que tenía sentido: se trataba de dos objetos eléctricos y su padre era electricista. Es decir, tenía más sentido que si se hubiera llevado un par de ollas o un juego de sábanas. En parte, esa conclusión la dejó tranquila y, en parte, prefirió guardar sus emociones para el *Kid A* de Radiohead.

Entonces no podría haberlo expresado con claridad, pero lo que había sentido era lástima: lástima de que las pertenencias de su padre se redujeran a tan poco, una radio y un secador.

Frente al minicomponente Aiwa, recordó otra cosa: con el tiempo, cuando la rutina volvió a su regularidad, la ausencia del equipo se transformó en un problema para la parte de la familia que vivía en Temuco (o sea, todos menos él) y ella tuvo que donar su radio portátil al living. Así que, finalmente, tampoco pudo escuchar *Kid A* tanto como quería.

En los demás compartimentos del estante —que seguramente había fabricado Miguel— también había fotos individuales de ella y sus hermanos. Calculó la jerarquía afectiva según la distribución espacial, pues había una, y observó las figuritas de madera que también decoraban el estante. En realidad no parecían adornos, en el sentido de que no transmitían la autoridad de ocupar un lugar como los adornos regulares. Tal vez fuera porque al ver las marcas en la madera daba la impresión de que podrían seguir siendo talladas hasta desaparecer. Algo así como si el estante estuviera adornado con frutas: tarde o temprano iban a pudrirse y dejar de existir. O quizás fuera por el contraste con el minicomponente, bien instalado en el centro y que gracias a los arreglos de Miguel perduraría hasta el final de los días.

Aiwa, leyó una vez más, como si sopesara su precio en la vitrina. El primer visto bueno de su padre a una compañía japonesa.

No supo qué sentía al ver el equipo —eran demasiadas emociones para diagnosticar un efecto representativo—, pero pensó: separarse sale caro, o más bien: por eso los cuicos lo hacen como si nada y a nosotros nos cuesta tanto.

Ya que la cena se componía de tres cajitas de sushi, los pensamientos de Marcela volvieron a invocar al espíritu de Diego. Con él había probado los rolls cuando empezaban a ponerse de moda, y con quien había jugado —entrenado y competido— para alcanzar destreza con los palillos. Sonrió, en cualquier caso. Luego pensó: (1) Esta noche es como cualquier otra noche. (2) De haber estado en Santiago, tendría al frente una bandeja de plástico idéntica a esta. (3) O sea que también estaría acabada.

Comieron en silencio, indiscutiblemente incómodos, sin arreglo navideño, pero con villancicos e interferencia. Al menos todavía no se hace de noche, pensó ella. Al menos los palitos de madera no hacían ruido, ni estaban solos.

—Así es la cosa... —soltó Miguel al rato.

Después de darse por vencido con los palitos e ir por cubiertos, trajo el notebook y con ayuda del traductor pasó a explicarle a Lee por qué había comprado sushi. Él parecía tan confundido como si estuviera explicándole cuál era la importancia histórica de una cazuela, aunque, claro, tomaba los palitos con habilidad. Por *Oldboy*, la hija sabía que los coreanos usaban palillos de metal, pero desistió de decir algo.

En un nuevo esfuerzo por parecer animado, Miguel pasó a explicarle qué significaba la fecha de Navidad. Marcela sí intervino esta vez. Por otra película (aunque no recordaba el nombre), estaba en conocimiento del gran porcentaje de evangélicos en Corea del Sur, y así se lo dijo.

Miguel ignoró el aporte y continuó con su explicación.

La hija los espío de reojo. Tuvo la sensación de que algo había ocurrido entre ellos. La inquietud pasó rápidamente a convertirse en evidencia: ella era un estorbo. Pero tampoco supo bien qué sentir al respecto.

Lo más sensato hubiera sido abrir los regalos antes de tiempo e irse a acostar lo más pronto posible, pero esperaron las doce junto a la bosca. Afuera, el cielo transmutaba a un tono púrpura. Dentro, tres personas intentaban sortear el tedio con una segunda botella de vino.

Lee fue quien más regalos recibió. Artículos básicos como una chaqueta, unos jeans, calzoncillos, calcetines, un jockey, unos lentes de sol (todo esto de parte de Miguel) y una mochila (de parte de Marcela y según lo acordado con su padre).

Agradeció con varias reverencias breves. La excesiva seriedad con que ordenó la ropa hizo reír a Miguel, aunque esta vez la carcajada sí que pareció impostada.

El padre le regaló a la hija un sobre con dinero —la cifra usual más el reajuste del año— y un silbato. No iba envuelto y era rectangular, bastante grande, de madera. Al soplarlo, sonó como la bocina de un tren.

—¿Lo hiciste tú? —preguntó ella sin demostrar mucho interés.

Él respondió con un sí más cerrado que simple.

Miguel abrió su regalo sin el entusiasmo infantil que solía expresar en esas ocasiones.

—Qué elegancia... —soltó al examinar el Zippo dorado y la cajetilla de cigarrillos con letras chinas—. También sin la chispa necesaria.

—Los encontré en la Zona Franca —comentó ella casi en un susurro.

—Y justo que me había propuesto dejar de fumar... —Miguel vio cómo se le caía el rostro a su hija y agregó—: «Mi propósito del dos mil trece».

Ella lo recordó: todos los años, a pocos días de que se acabara diciembre, su padre se abocaba a cumplir la promesa de dejar de fumar. Soltó una risita porque se suponía que era un chiste viejo de la familia, pero hasta no reaccionar hubiera sonado más festivo.

Se miraron directamente por un segundo y luego bajaron la cabeza.

Miguel abrió la cajetilla y le ofreció uno a Marcela.

—Te saco unas piteadas.

—Ricos —opinó él después de probarlos.

Ella acomodó la postura en el sofá.

Fumaron en silencio. Miguel paseó la vista por las paredes de madera como si no las conociera de memoria. Marcela observó la foto en que aparecía con el suéter negro de hombreras militares que usó religiosamente de los quince a los diecisiete. Lee mantuvo la mirada fija en el cenicero de conchita. Tomó el cigarro después de que el padre lo dejara inclinado y de que la hija no mostrara intención de fumar.

—¡Bah! —soltó Miguel con una voz que, para como venía desarrollándose la noche, sonó inusualmente animada—. Mire el guapo...

El coreano curvó suavemente la boca y dio un par de caladas.

Volvieron a quedarse callados un rato largo.

—Otra Navidad que se va... —dijo Miguel, y pese a que sonaba a cierre de la celebración, prendió un nuevo cigarro.

Sigue sin pasar nada interesante, pensó Marcela.

—¿Tienes fotos viejas para ver? —propuso.

—¿Qué? —preguntó el padre, confundido.

—Nada.

—¡Cresta máquina!, no he llamado a los chiquillos —se preocupó Miguel.

—Ya deben estar durmiendo, con lo canutos que están... —opinó Marcela con malicia, y pasó a beber el vino que quedaba en su vaso.

Su padre miró más allá de su hombro sin dar señales de haber escuchado.

Ella se puso ansiosa y dijo lo primero que se le vino a la cabeza para llenar el silencio:

—Conocí a un guardaparques en la isla de los pingüinos.

—¿En la isla Magdalena?

—Eso.

—¿Un guardaparques?

—Así me dijo que se llamaba el cargo.

Silencio.

—¿Y?

—Era un viejo —aclaró—. Me dijo que cuando los gringos se acercaban mucho, los pingüinos se ponían agresivos y atacaban.

—Se tiran de panza —agregó Miguel.

—Sí, son chistosos. ¿Vas seguido?

—Nunca.

—Ah.

—Mmm.

—También me dijo que no eran tan monógamos como pensaba la gente —añadió Marcela dos minutos después.

—¿Quién?

—Los pingüinos.

—¿Quién te dijo?

—El guardaparques.

Silencio, o más bien, villancicos.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿La gente piensa que son monógamos? —soltó el padre tras un minuto y medio.

—¿No sabías?

—No.

—No es que la gente lo piense porque sí.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Por qué entonces?

—Los documentales, supongo...

—Ah...

—Me contó, el guardabosques, que los pingüinos viajan desde Brasil y que llegan al mismo nido durante siete años. La pareja.

—¿No era guardaparques?

—¿Qué?

Miguel bostezó.

—Nada, que sigas contando.

—Mmm.

—Ya, pue.

—Nada, iba a decir que si en el viaje la hembra se enferma, el macho se busca a otra.

—¿Y si el macho se enferma?

—No le pregunté.

—Será igual la cosa.

—Porque el reino animal es feminista...

—¿Ah?

—Nada.

—¿Y qué otra cosa te contó?

—Que vive ahí por seis meses, el guardaparques.

—¿Solo?

—No, también están los pingüinos —respondió ella sin sarcasmo.

—¿Y en qué se entretiene?

—Los pesa, los mide, los cuenta...

Miguel volvió a bostezar.

—¿Está solo con los pingüinos?

—También están las señoras que hacen el aseo y estudiantes que llegan por temporadas.

Marcela era consciente de que estaba omitiendo la parte en la que el guardaparques le había pedido su número de teléfono. Volvieron a quedarse callados.

—¿Y no se te tiró al dulce o intentó algo más? —preguntó Miguel cuatro minutos después.

—No.

—Guardaparques... —dijo Miguel para sí. Enseguida, y a propósito de nada, anunció—: Estaba pensando que podríamos ir a pasar el Año Nuevo con la Carmen.

Marcela se largó a reír.

—¿De qué te reí?

—De qué va a ser...

—¿Qué te parece?

—¿Qué me parece qué?

—Que pasemos el Año Nuevo con la Carmen —repitió el padre con impaciencia.

—¿En serio quieres que vayamos al campo? —preguntó la hija, riendo otra vez.

—Sí —y esta vez la afirmación sonó más simple que cerrada a continuar el diálogo—. Hace tiempo que no voy a ver a esa huasa.

Marcela contrajo las cejas, toda la cara, en realidad.

—No viajé dos mil kilómetros para...

—Lo vamos a pasar bien.

—Si quieres ir al campo, anda, yo me quedo aquí.

—¿Dónde aquí? —preguntó el padre con curiosidad.

Se miraron fijo por seis segundos.

—En tu casa, ¿dónde más?

Esta vez fue Miguel el que adoptó una expresión triunfante.

—O puedo arrendar algo, si tanto te molesta.

—¿O sea que tu plan era quedarte aquí? Yo pensaba que habías venido a verme.

Marcela se dio cuenta de que todavía tenía el silbato en una mano, y que lo apretaba con fuerza. Sintió que su ceja tiraba hacia arriba.

—No sé aún —dijo, pero sonó absolutamente segura de sus dudas.

Antes de que Miguel pudiera sonreír —o levantar una ceja— se escucharon voces humanas desde el exterior: niños y adultos, felices.

Ambos buscaron a Lee con la mirada.

El coreano tenía el cigarro de marca china en la boca. Aunque seguía con la vista en la conchita, no parecía que su mente estuviera en otra parte, o abstraído. Su presencia, más allá de que se encontrara a unos pocos metros, era algo muy patente.

Esperaron a que las voces se alejaran. Por la radio sonaba «Rodolfo el reno» en una bellísima versión italiana, pero ninguno se dio cuenta, *il povero triste Rudolph dal naso rosso*.

Marcela observó a Miguel con frialdad: su barba tenía canas, las arrugas verticales de las mejillas estaban oscuras y la frente iba tomando terreno capilar. Más allá de lo físico, ahora parecía sinceramente desesperado y ella sabía lo que de verdad le estaba pidiendo y por qué.

—El barco ya se fue. ¿No se suponía que ahora ibas a entregarlo a la Gobernación?

—¿A entregarlo? No es na un regalo de Navidad, oye.

—Sabes que no me refiero a eso.

Miguel negó con la cabeza varias veces.

—¿Qué, te encariñaste? —preguntó ella levantando las cejas.

—No quiere volver a Corea.

—¿Cómo sabes tú? ¿También se lo preguntaste en español?

—Ya le expliqué que nos íbamos al campo y está muy entusiasmado.

—O sea que soy la última en enterarse.

Miguel botó el humo y se quedó pensando con la cabeza medio ladeada. Sus ojos dieron un pequeño salto, como si recordara algo. Entonces miró a Lee y buscó en su billetera.

—No es un regalo de Navidad —dijo dirigiéndose al coreano—. Se me había olvidado pasártelos...

El coreano observó la identificación y la foto que le extendía como si no supiera qué hacer con ellos. Afirmó con la cabeza y se los guardó en el bolsillo sin mirarlos siquiera.

* * *

Lee ya esperaba afuera cuando Marcela pasó a buscarlo; sentado sobre sus talones y vestido con la ropa nueva, la gorra y los lentes. Acariciaba el lomo de Julia.

No vagaron por la colina. Él señaló la ruta caminando a paso rápido y en bajada hacia la ciudad. Caía una lluvia ligera que casi no mojaba. El suelo estaba húmedo, de un color azulino y el sol aparecía y desaparecía tras las nubes. Marcela lo siguió a distancia de una sombra, y la sombra también existía y se apagaba.

Cuando cruzaron la frontera que los protegía de la ciudad, ella se detuvo y lo llamó.

—¿Qué pasa? ¿A dónde vamos?

Se observaron con un charco de agua de por medio.

Marcela pensó que se veía extraño con la ropa nueva. No es que la de Miguel le sentara mejor, pero ya se había acostumbrado. Con los lentes puestos seguía pareciendo un asiático: un asiático con lentes oscuros y jockey. Solo faltaba agregar un mostacho para completar el disfraz de fugitivo. O tal vez lo que le pasaba es que había dejado de verlo como un extraño, y ahora, con esa ropa, esos lentes y esa seguridad al andar, parecía alguien distinto.

Julia movió la cola con impaciencia.

—¿Nos acompañas? —le pidió Marcela, pero la perra no los siguió. Arriba, la luna apenas se distinguía entre las nubes.

Intentó seguirle el ritmo a Lee. Se mantuvo atenta a su actitud y sus gestos, a los asomos de seguridad y de indecisión. El camino fue muy confuso, lleno de vueltas largas y rodeos, pero no se encontraron con nadie. Resultaba bastante obvio que el coreano elegía ir por calles chicas, pasajes residenciales en donde todos dormían. Iba muy concentrado y parecía como si contara sus pasos; a través del cristal oscuro ella vio que cerraba los ojos, que intentaba recordar el camino, ajustándolo a la realidad, reordenándolo.

Marcela ya no se preguntaba dónde iban, sino cómo lo había planeado, cuándo. ¿Lo habría ayudado Miguel? ¿Sabía de sus paseos de madrugada? No, con lo preocupado que estaba por sacar a Lee de Punta Arenas, resultaba improbable que lo ayudara a vagar por ahí.

Entonces se dio cuenta de que ella misma no sabía dónde estaba, que no conocía esas calles, ni al hombre que la guiaba. Aflojó el paso hasta detenerse. Lee no lo notó e incluso pareció apurar el ritmo. Ella lo observó alejarse y desaparecer tras una esquina. Volvió a sentirse perdida. No era solo una desorientación espacial —o atmosférica por el viento, el rocío o el sinsentido climático de Punta Arenas, del mundo entero—, y tampoco tenía que ver con Diego. Era algo muy dentro suyo, un «me perdería de pie» que no daba para cantar, porque solo evidenciaba abandono; algo sucio y triste. Al volver la vista del otro lado, pudo distinguir la última corrida de unos bloques blancos. El cementerio. Resultaba curioso que la única señal reconocible fuera justamente un lugar lleno de cadáveres, ¿o sería que al bordear los treinta cualquier cosa resultaba simbólica?

Tomó aire con más resignación que asombro y fue en la dirección del coreano.

Cuando dio con él, ya no llevaba lentes ni gorra. Tampoco zapatillas.

Marcela supo que ya había estado ahí, y fue a sentarse a la cuneta del frente, entre dos autos estacionados.

Lee no se volvió a verla y tal vez ni siquiera se dio cuenta de que había llegado. Continuó en lo que estaba: contemplar el edificio que tenía delante con los brazos pegados al cuerpo.

La arquitectura desentonaba con el bosquejo residencial. El techo, por ejemplo, seguía la forma de una M inclinada que hacía pensar en una fábrica, en el dibujo icónico de una fábrica. La fachada estaba pintada con los colores de la bandera de Magallanes —azul y amarillo— en sus tonos más chillones.

Una elección singular para una morgue, opinó Marcela.

Lee juntó las manos en modo de rezo y comenzó a realizar unas inclinaciones pronunciadas, con la espalda recta, pero transmitiendo cierta ingravidez.

Ella sabía que los otros dos tripulantes estaban ahí dentro: Joshua y Yusril. Así que supuso que lo que Lee hacía era una especie de despedida. Pero viendo nada más que su espalda y la repetición de posturas, le fue imposible imaginar qué emociones experimentaba o cuál era su

relación con los dos indonesios.

Marcela pensó en las cuencas de sus ojos vacías. *Ausencia de globos oculares y erosiones en los cuerpos por la fauna marina*. No en un sentido morboso, sino en el espacio cóncavo; como los agujeros de una carretera que ya nadie usa o los cráteres de la luna; la posibilidad de hundirse en aquellos huecos, esa sensación. Parecía extraño que siguieran ahí, a la espera de algo más, de ser llenados.

Lee se sentó sobre las rodillas y extendió los brazos hacia adelante justo en el momento en que el viento se transformó otra vez en una presencia notoria. Porque el viento en Punta Arenas era como una voz en offy ahora formaba ondas delgadas sobre las pozas del suelo. El agua resplandecía por los rayos que asomaban detrás del edificio: las nubes retrocedían hacia la costa, dejaba de llover.

El coreano se puso de pie y realizó una última reverencia. Fue por sus cosas y luego por Marcela. Extendió su mano para ayudarla a levantarse.

Ella vio sus párpados lisos y algo en la cuenca de sus ojos. Podría haberse tratado de una mantarraya, una criatura que permanece bajo la superficie, rondando.

Marcela se lo explicó apuntando el muñeco del Viejo Pascuero a medio entrar por una ventana. Buscó apoyo en la valla de madera del terreno vecino y en la reja del cementerio. Calculó la distancia sentada sobre el muro y saltó hacia el interior.

—Jo, jo, jo —dijo cuando Lee aterrizó de su lado.

Él le respondió con una sonrisa.

La piel de su cara estaba seca y más pálida que de costumbre, como si fuera puro hueso, pero se notaba que en otro tiempo había tenido una piel muy bonita.

Primero merodearon por los blocks blancos con nichos. Marcela le explicó que eran como las viviendas sociales de los muertos y que se parecían al edificio en que ella había vivido con Diego. Iban fumando, y cada tanto se acercaban a algún cubículo que les llamara la atención.

La mayoría incluía fotos de los difuntos, algunas en blanco y negro, muy antiguas. Después de encontrar tres retratos de hombres usando el bigote cepillo de dientes, dijo:

—Parece que Hitler estuvo de moda por aquí.

Hizo el saludo nazi con la mano para que entendiera. No supo si la seriedad de Lee significaba que no entendía la referencia o desaprobaba las bromas con los muertos, o el nazismo («¿Sabías que Hitler era tauro?, “posesivo en sus relaciones afectivas”, aunque según el año, también puede ser aries. ¡Sorpresa!»). Lo que sí pareció gustarle fueron los autos de carreras que adornaban la sepultura de un chico muy joven, fallecido en 1998. Además de las miniaturas había cedés de grupos de cumbia villera, o eso creyó Marcela por el estilo de los músicos. La palabra «dezcansa» en el epitafio estaba mal escrita, pero en vez de reírse o hacer alguna broma, se sintió extrañamente apocada, como si algo en ese error tuviera que ver con ella.

Dos esqueletos de cipreses marcaban la frontera de los nichos. Parecían quemados a propósito y justo después venían las tumbas a suelo. Los estilos de sepulturas revelaban las modas de la época, las nacionalidades y el poder adquisitivo de los finados. Entre mausoleos y construcciones pomposas que incluían esculturas con querubines y arcángeles armados, dieron con una tumba muy sencilla cuya inscripción ambos parecieron entender:

In Loving Memory of my Beloved Husband. May 27, 1911.

¿Otro marinero? La bóveda a tierra era de granito oscuro y el único adorno, un tarro de metal pintado a la rápida. Sin flores ni tristeza.

En la plaza central estaban las obras arquitectónicas de los verdaderos ricachones, pero como cruzaron corriendo y medio agachados, apenas sí les dieron un vistazo.

Las calles del cementerio tenían nombres de flores y estaban flanqueadas por dos filas de unos simpáticos cipreses con forma de hongos. Fueron por la avenida Tulipanes, en donde los sepulcros, en su mayoría blancos y con cruces en diagonal, brillaban como si la pintura todavía estuviera fresca. Hacia el mar se podía ver una sombra que debía ser la isla de Tierra del Fuego, y se quedaron mirando cómo volvían las nubes, hacia ellos y con una bandada de pájaros a la delantera.

En la esquina que limitaba con el muro encontraron una estatua de metal rodeada con cientos de placas de agradecimiento. La escultura representaba a un niño indio vestido con taparrabos. Era corpulento y sus proporciones respondían a la de una raza de gigantes. Del cuello le colgaban guirnaldas, rosarios y amuletos. Marcela leyó el epitafio:

*El indio
desconocido
llegó desde las
brumas de la duda
histórica y
geográfica yace
aquí cobijado en el
patrio amor de la chilenidad
“eternamente”.*

Las comillas finales le hicieron gracia y quiso contarle el chiste a Lee: mostrarle los irónicos deseos patrios de eternidad, pero se contuvo. “Eternamente”, ¿qué sabía ella de los indígenas de la Patagonia, de todas formas? En la universidad había visto un documental sobre su genocidio y los zoológicos humanos en Europa, pero los sentimientos que le habían producido estaban más cerca de la nostalgia que de la rabia.

Él se había acercado a la escultura y tocaba su mano, una mano enorme y pulida por el desgaste de miles de parroquianos con mala suerte. Marcela sacó su celular.

—¡Lee! —lo llamó y tomó dos fotos.

No fue el retratado quien se sonrojó, sino la retratista: en sus mejillas brotaron dos soles rojos.

Ella también se acercó y tocó la mano para que el Indio desconocido le trajera suerte.

Lee ahora observaba las placas con agradecimiento y Marcela se las leyó en voz alta: «Gracias indiecito por los favores recibidos». «Gracias indiecito por haber hecho que mi madre sane pronto». «Gracias indiecito por escuchar mi súplica».

Siguieron por el pasaje Margaritas hacia la entrada principal. Cuando se encontraron con una cabina de seguridad, a unos diez metros de distancia, buscaron abrigo en el interior de un ciprés —Marcela recién comprendía que todos esos árboles europeos trasplantados en la región tenían una función práctica— y observaron al guardia desde ahí. Era un anciano, pero demostraba que seguía bien en forma al dominar con la cabeza una pelota imaginaria. Tras unos

minutos de práctica ficticia lo vieron prepararse un té y sentarse en el escritorio para leer el diario. Cada vez que bebía un sorbo de la taza, levantaba la vista hacia el frente. Miraba fijo, como los que están en sus propios pensamientos.

—Diego se irritaba conmigo —dijo Marcela de pronto.

Aunque seguía observando al viejo, supo que Lee se había volteado y que ponía atención a las formas que creaba con los labios.

—Cuando hablábamos de cosas que nos gustaban o que nos parecían interesantes... y como nos creíamos la raja, casi siempre estábamos hablando de eso. O sea, siempre estábamos discutiendo por eso. Diego se exasperaba mucho y decía que yo era petulante, que lo miraba como si fuera inferior. Y claro, yo siempre mantenía la calma y le respondía que no me echara la culpa de sus inseguridades. —Al terminar soltó un suspiro desanimado.

Lee la imitó. Dentro del ciprés estaban muy cerca y su aire le hizo cosquillas en el cuello.

Marcela se giró para observarlo también: una media sonrisa en la boca y los ojos entrecerrados.

Volvieron la mirada hacia el viejo casi al mismo tiempo. Sostenía la taza en el aire con la cabeza inclinada, tan inmóvil como los angelitos que custodiaban los sepulcros.

—Igual, siempre me ha pasado lo mismo —continuó Marcela y con su tono también intentó decirle que no podía hacer nada por evitar ser arrogante—, pero nunca quise competir con él. Todo lo contrario: lo admiraba mucho.

Durante el tiempo que calló para elegir mejor las palabras, el guardia siguió en la misma postura, sin moverse ni un poco.

—Para mí era tan evidente que, de los dos, él era el que tenía talento, talento innato, del de verdad. Yo solo era cinco años mayor y había leído y visto más cosas. Nunca se lo dije con esas palabras, pero siempre lo estaba alentando. Porque se venía abajo muy fácil... Los últimos dos años que estuvimos juntos tomaba somníferos para poder dormir y antidepresivos para despertar.

Marcela negó con la cabeza, como si se hubiera equivocado de camino.

—Pero nunca se acordaba qué edad tenía yo ni que me cargaba ver tráilers —lo dijo con una voz risueña, pero hubiera sonado falso en cualquier idioma—. A él le fue mejor que a mí. Se ganó un fondo audiovisual antes de terminar la carrera, que terminó, y ahora está trabajando en su primera película. ¿Será verdad que quería herirlo un poco con lo de las infidelidades? —meditó como si recién lo estuviera descubriendo—. Pero yo igual era exitosa, ¿sabes? Me iba bien... quizás no en el mundillo del cine, pero había logrado algo, te juro que sí.

Lee se acercó hacia ella y puso las manos alrededor de su oreja como si fuera a contarle un secreto. Estaban frías y el aliento de su voz le puso la piel de gallina. Sus palabras sonaron tan cálidas como el aire que salió por su boca: no supo el significado de ninguna.

Siguieron espionando al viejo desde el rompevientos un rato más. De estar mirando hacia adelante en absoluta inercia, cayó sobre el escritorio como si hubiera perdido el conocimiento.

—¿Habría muerto alguien alguna vez en un cementerio? —preguntó Marcela divertida—. Yo creo que sí.

El guardia recobró la postura con un salto y miró su muñeca. Después salió del pequeño cubículo y fue en dirección a ellos. Cuando se agachó para abrir un grifo los saludó con la mano. Ambos inclinaron la cabeza como respuesta. No parecía sorprendido con su presencia espectral y se dedicó a desenrollar la manguera. Ellos aprovecharon que bajaba la vista para desaparecer.

Antes de salir, les llamó la atención una última sepultura. Iba en roca y tenía un ancla de metal enorme. Marcela leyó la inscripción en voz alta:

Al capitán Adolfo Andresen

1863 - 1940

Que hizo flamear en la isla

*Decepción la bandera chilena en
señal de soberanía.*

—Isla Decepción... —releyó divertida—. Ahí deberíamos irnos nosotros.

Lee levantó la vista. Ella vio que sus labios eran delgados, que el puente de su nariz presentaba una pequeña desviación y que sus ojos brillaban más que nunca. Aunque no sonreía, parecía alegre.

—Tiene que ser luego, sí, antes de que se gentrifique...

Miguel estaba en pie, preparando el auto para el viaje. Al ver que Marcela y Lee se acercaban hacia la casa, colocó las manos en la cintura y exclamó: «¡Bah!».

Marcela supo de inmediato que estaba molesto. Y, por lo mismo, se preocupó de caminar hacia él con soltura.

—¿Y ustedes? Yo los hacía durmiendo... —preguntó con el mismo tono de comedia, pero evitando la mirada de su hija.

—Fuimos a mostrarles nuestros regalos a los vecinos —respondió ella con descaro.

El padre cerró la boca: ignoró el chiste y se tragó las aprensiones.

—A todo el mundo le gustó la chaqueta —insistió Marcela, y para molestarlo alisó la tela por el hombro de Lee con un gesto coqueto.

El coreano parecía confundido, pero respondió a su comentario inclinando la cabeza.

—Yo creo que salimos en una hora —dijo Miguel dirigiéndose a nadie en particular y evitando aún la mirada de Marcela.

—¿Quieres que le explique algo con el traductor?

—No, gracias, primero quiero que me ayude con unas cosas del auto.

—Ok.

—¿Pero podrías armarle el bolso? No es mucho... —le pidió con una frialdad que Marcela juzgó innecesaria.

—Claro —aseguró la hija, con una sonrisa de oreja a oreja.

Miguel la observó de reojo. Era una mirada de sincera desconfianza que Marcela conocía bien, pero que hace mucho no veía. Solía usarla con su madre, y se suponía que ella la había heredado; eso de mirar en diagonal y con recelo (o así le había sacado en cara Diego varias veces).

Aunque sintió una punzada en el pecho, no bajó la vista.

Miguel abrazó a Lee por los hombros y se lo llevó en dirección al Chevrolet.

«Nos vamos al norte», escuchó decir a su padre y supo que no quería quedarse sola.

Habían pasado diecinueve días, apenas tres semanas, y su pieza era un caos. Jamás imaginó que tendría que armar el bolso tan pronto y, mientras recogía su ropa, agradeció resistirse a comprar todos esos autorregalos de Navidad en la Zona Franca. No quería caer en el cliché de

«viajar liviana», pero qué le iba a hacer, la mochila de verdad pesaba un montón, y como iban dándose las cosas, lo más práctico sería dejar los libros y la mitad de la ropa.

Cuando fue a la otra pieza y vio el computador de su padre encendido supo cómo había dado Lee con la morgue. Aunque no fue únicamente para comprobar su teoría que revisó el historial de búsqueda. También afloró la sospecha. Un ¿por qué no les había pedido ayuda? ¿O por qué rehuía ser traducido por la vocecita de la versión coreana de Google y usaba el notebook a escondidas?

Encontró varias notas sobre el *Melilla 201* en la prensa de Punta Arenas y webs coreanas. Hizo clic sobre estas últimas. Una sola terminó por cargarse (copió el resto a su correo). El sistema operativo también fracasó en su traducción del coreano, pero parecía un portal de noticias. La fotografía de Lee cargó por bloques lentos, como si fuera 1999, y sin embargo, se trataba de él: con el pelo decolorado a rubio y acaso todavía más joven, con un peso normal, pero indudablemente él.

Leyó el nombre al pie de la fotografía: «Yu Ji-tae».

También encontró el de «Lee Jae-yong», aunque bajó la imagen de otro hombre, asiático, pero completamente diferente. Por las dudas, volvió a la foto de Lee, el primer plano frontal parecía tomado para un carné de estudio o algo igual de serio que eso, y supuso que si la habían elegido era porque la nota también debía tratar un asunto serio. Malas noticias, pensó, y entonces el motor del auto la hizo saltar del susto.

Salió con las dos mochilas a cuestas y sin procesar la información que acababa de descubrir, o que creía que acababa de descubrir. Entre la huida al campo, la mirada de reojo de su padre y bueno, todas esas madrugadas sin dormir bien, se hacía difícil pensar con claridad.

Lee esperaba sentado en el auto. Tenía los lentes de sol puestos y miraba en su dirección. No era solo un asiático con lentes, era Lee, el rostro al que se había acostumbrado en los últimos diecinueve días. Por eso es que había podido reconocerlo de inmediato en la noticia y aunque se tratara de una foto antigua. Ahí estaba la cara que conocía, y, sin embargo, algo había cambiado, de nuevo parecía una persona distinta, algo así como un viejo desconocido.

—¿Vas con nosotros, entonces? —preguntó Miguel, a su lado.

—¿Qué? —repuso ella. Tenía ensayado responder con una frase sarcástica del tipo «Cómo voy a perderme las entreteniciones del campo de la abuela», pero estaba realmente descolocada.

—Que si vienes con nosotros.

—Sí —respondió brevemente.

—¿Andas con tu carné de conducir? ¿Podrías manejar un tramo?

—Sí —dijo y se quedó en silencio—. No hay problema.

—¿Estás segura?

Ella asintió sin decir nada.

—Necesito cruzar la frontera a pie con él y que tú nos esperes del otro lado —explicó Miguel con naturalidad, como si le estuviera pidiendo preparar sándwiches para un paseo.

—¿La frontera?

—Es la única forma de salir de Punta Arenas.

—¿Pero es legal? —preguntó Marcela con una ingenuidad tal que hasta Miguel se sorprendió.

—Hay varios pasos y además aquí la cordillera es diferente. ¿Crees que puedas? —insistió —. Es un tramo corto.

Ella volvió a decir que sí con la cabeza.

—También tenemos que llevarnos a Julia. ¿Tú estás lista? Compramos algo por ahí para comer. Espérame en el asiento del piloto y te explico todo.

La hija permaneció inmóvil un momento más.

—¿Cómo pensabas hacerlo sin mí? —preguntó cuando Miguel iba hacia la puerta.

—Poniéndole el doble de ganas —dijo él con seguridad.

Seguía siendo muy temprano cuando partieron, pero el tiempo ya había cambiado. Las nubes se desvanecían en franjas delgadas y ondulantes, como una gran explanada de cultivo. Y parecía un cielo más adecuado para el atardecer, pensó Marcela una vez más. Ella iba al volante. Miguel quiso que practicara antes de pasar por la aduana, y aunque había puesto un casete de José José para «amenizar el viaje», no dejaba de darle instrucciones y señalar sus descuidos. Por el retrovisor Marcela solo veía un bulto de frazadas, así que no pudo obsesionarse con el rostro de Lee, o cual fuera su nombre. Julia iba muy civilizada sobre sus patas traseras.

—No es necesario apurarse —le advirtió su padre al notar que estaba ansiosa por pasar al bus que tenía al frente.

Ella observó el anuncio con pingüinos de la ventana trasera: una mamá pingüina, un papá pingüino y una cría pequeña. Se abrazaban con ternura humana. ¿Sería una familia real o extras publicitarios? Esta es una buena idea, se dijo. Miguel no lo haría si no, si no fuera buena. ¿Por qué las nubes y el cielo parecen tan fuera de lugar? Él luce diferente hoy. Las mañanas siempre son difíciles.

—Mira las banderas —indicó su padre—, allá.

Marcela siguió su índice sobre el techo de dos edificios, una bandera de Chile y una de Magallanes flameando en direcciones opuestas.

—Cosas que pasan en Punta Arenas...

Se dio cuenta de que no la impresionaba tanto como Miguel esperaba, que no sentía como se suponía que debería sentir.

—¿Será un mal presagio?

Él la miró como si no entendiera.

—Donde vamos no corre tanto viento —dijo—. En la siguiente doblas en U.

La hija afirmó con la cabeza por enésima vez. Sostuvo el volante con ambas manos y procuró concentrarse en nada más que el camino.

Una vez que llegaron al campo de la abuela, el Chevrolet quedó en pana.

El camino de entrada iba ceñido por árboles altos y arbustos, pero aunque era de noche, Miguel encontró el sendero que conectaba con la casa sin problemas. Marcela, Lee y Julia esperaron en el auto: antes de desaparecer entre las ramas, vieron cómo se detenía a recoger un puñado de murtillas con entusiasmo infantil.

—Vamos a tener que ir a otro lado —dijo al regresar, y muy serio.

—¿Qué?, ¿por qué? —preguntó Marcela.

—Están los carabineros adentro.

—¿Los pacos?, ¿qué? ¿Están buscando a Lee?

—No. Preguntaron por ti.

—¿Por mí?, ¿por qué me buscarían a mí?

—Eso es lo que vas a tener que explicarme —replicó Miguel con tono sombrío. Entrecerró los ojos hasta que ya no pudo contener la risa.

—No me parece chistoso.

—¡Feliz día de los inocentes!

—Eso funciona hasta las doce del día.

—¿Ah, sí?

Marcela negó con la cabeza.

—¿Otra broma? —preguntó cuando el auto no partió.

—Parece que me salió el tiro por la culata —dijo él, todavía con humor. Marcela volvió a negar con la cabeza.

Bajaron para ir por el camino secreto.

—¡Que todavía no hagan una entrada como la gente! —se quejó Miguel mientras les abría el paso.

La Carmen veía el noticiero de la medianoche con un solitario sobre una bandeja.

—¿Quién es usted? —preguntó a Marcela—. Se parece a una nieta que tuve.

—¿Hace cuánto que no cambia la receta de los lentes? —respondió ella esperando que su comentario funcionara como pacto de tregua, y le dio un abrazo.

—Ah, ya, eso mismo —replicó la abuela, pero le golpeó la espalda con cariño.

—Nos quedamos en pana, Ana López —contó Miguel.

Escuchar el primer nombre de su abuela removió la memoria de Marcela con fuerza, con todavía más fuerza que cuando percibió el olor a gallina en el patio.

—¡Cuéntate una nueva! Ya te he dicho que cambies ese auto tuyo por una camioneta Toyota.

—Como si la tuya estuviera muy buena. ¿De cuándo que no la sacas a dar una vuelta?

La abuela tiró un manotazo como respuesta.

Miguel dijo que presentaría al chinito al día siguiente. Marcela se excusó de ayudarlo a empujar el auto, y de saludar a sus tíos, y fue a instalarse a la pieza del segundo piso. Había que subir desde la cocina, por unos escalones angostos, y agachar mucho la cabeza. Era la antigua pieza de su padre, y donde se quedaban cuando iban de visita y todavía eran una familia. Al ver las tres camas juntas, recordó la broma que solían hacer con el cuento de Ricitos de Oro y que ella siempre se cambiaba de la cama que compartía con su hermano chico a la del Gonzalito. También que había dormido con Diego ahí, un verano hacía dos años.

Cuando fue a preparar la pieza de Lee, lo pilló inspeccionando el sistema de ganchos de las cortinas, hecho con taps de latas.

—En mi casa de Temuco había uno igual. Diseño con factura Miguel Vargas... Va a quedarse en la casa del Mingo, como siempre —explicó mientras estiraba la primera manta—. Se hace el chistoso, pero odia a la Carmen porque le pegaba, porque le sacaba la cresta. Su papá murió muy joven y quedó medio idealizado en su cabeza. Aunque quizás es cierto que era un hombre bueno.

Levantó la cabeza hacia Lee, que seguía parado en el mismo lugar.

—A nosotros nunca nos pegó, mi papá —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Qué se te perdió? —gritó la abuela.

Marcela fue a echar un vistazo. Por la luz fría y ruidosa que salía de la pieza supuso que la tele ya no transmitía señal.

—¡Estoy buscando unas frazadas! —se apuró a decir.

No hubo respuesta.

Lee se rascó la cabeza como solía hacer Miguel.

Ella se llevó un dedo a la boca para explicarle que tenía que guardar silencio y enseguida soltó una risita.

—Como si hablaras mucho... —dijo en voz baja. Fue hasta él y se inclinó hacia su hombro—. No te preocupes, no puede levantarse de la cama.

Por la mañana comprobó que todo seguía igual a como ella lo recordaba. La casa se estaba hundiendo por un costado y las tablas de madera iban pintadas de verde agua. Dentro no había mucho polvo, solo el necesario para añadir un toque solemne. El pequeño troll morado continuaba echado hacia atrás en la vitrina y el único artículo nuevo —y por nuevo se entendía fabricado después del 2000— era la cocina a leña, que de todas formas tenía un diseño anticuado. La llama servía para cocinar y para proporcionar calor, así que siempre estaba entrando alguien de la familia a alimentarla.

Era un terreno de veintidós hectáreas. Junto a la ventana de la habitación de la Carmen estaba su Toyota roja. Nadie más que ella podía manejar la camioneta, pero igual debían lavarla cada tanto, porque se veía impecable. Unos metros más allá estaba la casa del tío Mingo y, formando una medialuna, seguían la del Lalo y la de la tía Gegé. La pesebrera sobrevivía a duras penas y el corral del fondo ya estaba vacío. Después de la bodega con la comida para los animales y los cajones de abejas, el terreno descendía en varias hectáreas sin trabajar, y al final de todo eso se encontraba el río que tanto le gustaba. Una colina sembrada con soya y avena protegía a la familia de la carretera. El gallinero estaba en el patio trasero de la casa principal, pero las gallinas andaban sueltas por todos lados.

Lo primero que hizo Miguel fue ponerse una chupalla de paja. Luego anduvo de aquí para allá silbando y estudiando qué cosas necesitaban un arreglo en la casa de la abuela. Resultaron ser bastantes. Por las tardes se entretenía con el motor del Chevrolet. Lee lo seguía a todas partes y ayudaba en lo que necesitara. Hasta Julia parecía muy bien adaptada: no habían vuelto a saber de ella desde que se bajó del auto y los otros perros del campo le olfatearon el trasero.

¿Y Marcela? Marcela amaba el campo, pero eso no significaba que amara a la familia a cargo. Así que se dedicó a resguardarse en el interior de la casa de su abuela, a quien también evitaba. Algo que, por suerte, no resultaba tan difícil. En primerísimo lugar, porque a Carmen no le gustaban las visitas.

Se sentaba bien erguida, con su cabello blanco, corto y mustio. Peinado hacia atrás como si hubiese resistido una gran tormenta y bien sujeto por horquillas negras, su único y más vistoso accesorio de belleza. Por su mirada quedaba muy claro que se trataba de una mujer que solo había pisado la faz de la Tierra con botas o a pie descalzo. Y también que era capaz de prescindir de cualquier otra cosa que no fueran sus dos piernas. Incluso, y sobre todo, de seres humanos. Pese a sus ochenta y siete, y cinco hijos paridos, conservaba la mayoría de los dientes, y aún se podía vislumbrar en su rostro algo de fuerza física, o su expresión severa lo simulaba a la perfección. Llevaba varios años postrada y hacía tiempo que no administraba el campo, pero seguía atenta a la producción de las cosechas y los animales. Y aunque funcionara solo ornamentalmente, mantenía vivo el clima aleccionador de antaño; tanto para advertir que aquello era suyo, como para recordar que todavía no estaba muerta. O sea que seguía mandando a sus hijos. Que ellos la tomaran o no en cuenta de la puerta para afuera era harina de otro costal. Estaba, eso sí, mucho más delgada. Clavículas y omóplatos sobresalían en su blusa gris como las pendientes de una montaña rusa, una peligrosa.

Para Marcela, lo más duro de pasar tiempo con la familia —y con esa rama en especial— era afrontar el hecho de que compartían los mismos genes. Pese a las barreras que había construido para forjar una individualidad distinta —y mejor—, siempre encontraba algún hilo que la ataba a ellos. Los canales que unían los rasgos de personalidad no eran tan fáciles de seguir como al comparar mentones duros o frentes demasiado amplias, pero de todas formas se sentían como un escupo directo a la cara. Podía justificar a su abuela por haber quedado viuda tan joven y, hasta cierto punto, admirar su esfuerzo y coraje: una mujer dura en un mundo de hombres, capaz de valerse por sí misma. Además, realmente quería la tierra y los animales. ¿Pero del resto? Sus tíos todavía trataban a los mapuche de «indiecitos». Eran hombres ignorantes y flojos, de dientes feos e insensibles con respecto a la naturaleza en la que precisamente vivían. Alcohólicos. Torpes y violentos por defecto; codiciosos, pero no ambiciosos. Serviciales y lastimeros en apariencia, y, para colmo, finalmente del todo serviciales y lastimeros.

«Son como perros», le había explicado a su amiga del liceo hacía varios años. Al final de las vacaciones que pasaron ahí, su tío Mingo, que en ese entonces estaba cerca de los cuarenta, puso el broche de oro cuando se presentó con una camisa limpia y una caja de chocolates Vizzio en las manos. Su amiga no entendió por qué estaba tan enojada. Para ella solo era tierno, ridículo e inofensivamente tierno.

Para el saludo protocolar, el Lalo evaluó a Marcela de arriba abajo con una mirada pastosa. Luego levantó una ceja, apuntó a Lee con el mentón y preguntó si era su pololo.

Ella respondió lo que habían acordado con Miguel: que era alumno de intercambio y su compañero de departamento. No mencionó a Diego ni aclaró estar soltera. Pero se esforzó por hablar con un tono más resuelto de lo habitual.

Él pasó su lengua por dentro del labio inferior como un orangután y se rascó la barba. Las arrugas de sus ojos tenían una sombra oscura, pero Marcela lamentó que no se viera tan viejo. Lo suficientemente acabado como para tenerle compasión.

La bienvenida de su esposa fue todavía más fría. Casi inculminatoria. Y para Marcela fue imposible mantener la misma fortaleza que con su tío. Por suerte, la Karen llegó justo a tiempo y espantó la incomodidad con un abrazo largo.

—¡Qué bueno verte, prima! —dijo. Era hija del tío Mingo y se llevaban por un año.

El Mati la saludó escondido tras las piernas de su madre. La Karen lo había tenido a los dieciocho, así que debía tener unos siete años. Le mostró el auto de carreras que tenía en la mano y dijo algo con los grititos agudos que solo podía entender su madre.

—Se lo regaló tu papá —tradujo la Karen. Después de saludar a Lee, la tomó del brazo con intimidad y los invitó a comer.

El entusiasmo de su prima la desconcertó un poco; desde que dejara su departamento, era la primera persona que parecía realmente feliz con su visita.

El almuerzo fue un lío de cortesías embarazosas y culpas mentales. Karen la trató con demasiada admiración y respeto, y Marcela no supo si lo que la avergonzó fue no ser capaz de retribuir con la misma consideración —no es que la mirara en menos, pero, por lo bajo, creía que le faltaba inicitiva— o decepcionar sus ilusiones. Después de eso, fue que decidió no volver a salir de la casa de la Carmen. Como su padre se negó a que la familia cambiara sus planes del 31 por ellos —advirtió que si no hacía cada cual lo que tenía pensado, él mismo se restaría de la celebración—, volvieron a pasar la segunda festividad de diciembre juntos y solos. Es decir, ellos tres más la apatía de la abuela, sin arreglarse ni cambiarse de ropa.

Miguel no intentó explicarle a Lee qué festejaban: «Año Nuevo, eso todo el mundo lo entiende».

Los primeros abrazos fueron cruzados, mujer con hombre y hombre con mujer, aunque sin mucho ánimo. Brindis no hubo, pero vieron los fuegos artificiales en la tele hasta que la Carmen los echó de la pieza, lo que sucedió pronto.

A la una ya estaban acostados.

2014. Marcela pensó que sonaba a cifra cualquiera, a una cantidad poco específica: la oficina de un edificio grande o un número de vuelo fácil de olvidar. Cerró los ojos con fuerza para obligarse a dormir. Y lo logró, casi enseguida y sin darse cuenta. Así de memorable fue la primera noche del año.

* * *

Miraba por la ventana cuando Carmen la llamó.

Antes había estado masturbándose en la cama. Desde que llegó al campo se masturbaba con mayor frecuencia. Dos o tres veces al día, como si la casa de su abuela, con su aire restrictivo, mojigato y polvoriento la incitara todavía más. Sentía que no había culiado con nadie en mucho tiempo, pero en realidad no había pasado tanto. Calculó un mes y medio. Era probable que tantos

acontecimientos alteraran su percepción. O quizás es que ya no había correos románticos o despechados para escribir. Mientras chupaba lo que quedaba de un durazno, observó las copas de los árboles oscilar a lo lejos. Su estadía en Punta Arenas había sido breve, pero por cómo iban las cosas, el viento no la iba a soltar por un buen rato.

Abajo, Miguel, Lee y sus tíos rodeaban el auto. Hacían circular mate y aguardiente con una ranchera de fondo. Marcela los envidió. Ella solo podía mirar a través de ese vidrio, como el fantasma de las navidades (porque en realidad era el espíritu quien deseaba una cena pobre y un abrazo real). Y, de todas formas, con una mueca de apatía en su rostro. Simula bien por si los de abajo llegan a alzar la vista y la pillan tan quieta y extraña. *Algo está pasando afuera y yo no estoy ahí*. Ni la masturbación ni el durazno le quitaron la ansiedad, y tampoco hay correos románticos o despechados por escribir. «Me falta un sentimiento más real», cantó bajito. «¿Y qué es real...? Solo tú.» Se ve tan estúpida con el corazón en la mano. El estómago lo tiene hueco e inapetente, la ventana ni siquiera se puede abrir.

—¡Chiquilla! —gritó otra vez la Carmen.

Su abuela le pidió que escribiera una carta. No precisamente una carta de amor, pero, vaya, qué sorpresa le había dado. Años que no recordaba que solía hacer eso: escribir cartas para la familia, desde currículos hasta tarjetas de Navidad y pasando por todo tipo de documentos notariales. Primero, porque tenía buena letra y, después, porque escribía bien. Cuando en sexto básico se ganó la beca Presidente de la República, impresionó a todos con el discurso que leyó en el liceo. Su madre hasta lloró y mostró una copia a cada miembro de la familia. En ese tiempo todavía luchaba por dar evidencias de la legitimidad de su matrimonio a la Carmen. La estrategia no funcionó como esperaba, pero sus tíos empezaron a requerir de su ayuda como redactora.

—De la municipalidad quieren hacerme una estupidez de reconocimiento —explicó la abuela con irritación—. Yo les dije que, por si no se acordaban, estoy postrada y que no podía ir a recibir ni una cosa. Pero igual quieren una carta de agradecimiento. Agradecimiento, ¡ja! —soltó subiendo la voz, tan indignada como si la estuvieran forzando a compartir sus tierras.

—Encantada la ayudo, pero no se agite tanto.

—Tú pon lo que quieras, a mí me importa un comino.

Además de trabajar en la carta —porque se tomó muy en serio el encargo—, comenzó a salir de la casa de Carmen y participar en las labores del campo. Con Año Nuevo o sin él, había mucho por hacer; los ciclos de la tierra y los animales no se detenían.

Fue su prima quien la invitó a cosechar papas. «Como cuando éramos chicas», dijo, y Marcela recordó cuánto disfrutaba hacerlo. A diferencia de la Karen, para quien era y sería siempre una obligación, ella se lo tomaba como un juego, una actividad recreativa más de su campamento de verano.

Todavía realizaban la cosecha de forma manual y su prima le sonreía cada tanto, como para cerciorarse de que estaba bien, que se divertía y seguía siendo un juego. La tía Gegé era la que recogía más rápido. Equipada de sus brazos fuertes, su pintora —ese delantal tipo vestido que ella conocía desde la infancia— y los mosquitos que revoloteaban entre sus piernas.

Le entregaron parte de la cosecha como pago y, de a poco, el campo volvió a ser un lugar familiar para Marcela. Sin perspectivas prometedoras, pero con la certeza del presente.

Los días que vinieron se alimentaron casi exclusivamente de tubérculos, en todas sus formas. Por las mañanas solo debía encargarse de meter al horno las tortillas que la tía Gegé había preparado la noche anterior. Miguel les llevaba leche cruda cada tanto.

—De las vacas de doña Luisa —les explicó maravillado, la primera vez—. Que todavía siga viva esa señora...

—Hierba mala nunca muere —comentó Marcela.

—Hasta la hierba mala ayuda a limpiar el aire, ¿sabías? —dijo él, y la hija no entendió qué quería decir, o por qué parecía tan enojado con ella. A Lee le dedicó un «Muuuuu» amable que buscaba explicar que la leche estaba recién ordeñada. Antes de hervirla le ofreció un trago.

Él soltó un «Ooh, ooh, ooh» después de beber.

Hace unos días que había empezado a comunicarse por medio de interjecciones como esa, «Huh» y «Uhm» muy musicales. Enseguida apuntó el azúcar.

—Sí, es más duuuuulllllce —dijo Miguel, como si intentara explicarle el sonido de la palabra. Lee afirmó con la cabeza varias veces y luego puso cara de estar memorizando.

Marcela pensó que parecía mucho más animado que en Punta Arenas y, también, que no pasaban un rato a solas desde su última salida al cementerio.

Aunque los gallos la despertaban a las seis en punto, en el campo amanecía con normalidad y ya no tenían la excusa de las corrientes solares para salir a escondidas. Además, Lee siempre estaba con Miguel y sus tíos, que era justamente lo que Marcela quería evitar.

Y, por supuesto, también estaba el descubrimiento sobre su verdadera identidad.

Yu Ji-tae. Justo cuando comenzaba a conocer a Lee, cuando creía que empezaban a entenderse —no es que sus intercambios fueran conversaciones, pero se comunicaban, estaba segura de que se comunicaban y que podían hacerse una idea de qué le pasaba al otro, o que preguntar no habría hecho la diferencia—, venía a enterarse de que en realidad era otra persona.

De los links que había copiado en su correo no pudo enterarse de mucho. También eran noticias: una investigación policial que parecía más confundida que ella y que, además, Google se empeñaba en traducir a una especie de poesía vanguardista. Si algo era claro es que todo había empezado con un robo a un karaoke coreano, «*norebang*». El robo había salido mal, tan mal que había terminado en asesinato. Pero no estaba segura si Lee Jae-yong era el homicida o la víctima. En cualquiera de los dos casos, el Lee que ella conocía no era ese.

Para alejar cualquier duda, buscó la identificación en las cosas del coreano y la comparó con la foto de la noticia. Era cierto que ese tipo de imágenes nunca eran completamente fidedignas, y que tenía algunas manchas de agua, pero ¡por Dios!, qué tan racista podía ser su padre como para confundir dos rostros así de distintos. Seguro veía a todos los asiáticos iguales. Bueno, lo cierto es que ella también había justificado lo joven que se veía con el prejuicio de que los asiáticos siempre tenían cara de adolescentes. Pero al menos se había basado en los actores de las películas coreanas. La excusa la hizo sentir peor.

¿Ese hombre sin cabeza de la foto sería el verdadero Lee? ¿Y quién era la mujer con el niño? ¿Su familia?

Comenzó a observar más detenidamente a Lee —a Yu Ji-tae—, y con eso se obligó a pasar más tiempo con Miguel y sus tíos mientras intentaban arreglar el motor (aunque por los avances escasos, más parecía una excusa para no trabajar en el campo).

Sí, confirmó: Lee se veía completamente recuperado. Había subido un par de kilos y seguía tan quieto y callado como siempre —el «siempre» que ella conocía—. Solía contemplar el motor apilado en el suelo como si se tratara de una columna de piedras zen. Con las manos colgando, pero absolutamente dispuesto, ya fuera que se necesitara una herramienta, un vaso de agua o una afirmación de cabeza. Ella había creído que su docilidad extrema se debía a su trabajo en el barco de calamares, y, bueno, también a sus ideasprejuicios sobre los asiáticos. Pero ahora se daba cuenta de que el silencio lo ayudaba a ocultar quién era realmente.

¿Quién era!, porque tampoco se parecía mucho al coreano rubio de la noticia. ¿Qué decía de él ese pelo decolorado de antes? ¿Sería solo una moda y él era de los que seguían las modas? ¿Cómo podía ser que ahora vistiera esa ropa aburrida que le había regalado Miguel?

Estaba pensando todas esas cosas cuando notó que el Lalo tenía la mirada fija en ella. No era la única en el grupo que espiaba.

Se escondió tras el libro que había traído, pero no pudo ocultar que le temblaban las manos.

* * *

Una mañana que Miguel y sus tíos fueron a Toltén, Marcela invitó a Lee a recoger huevos.

El gallinero era una casucha a medio derrumbar, hedionda y plagada de plumas y pulgas en suspensión. Salieron transpirados y con un solo huevo.

—Ahora viene la parte difícil —anunció Marcela subiendo las cejas.

No le dirigía la palabra hace mucho y le supo raro escucharse. Intuyó que para Lee también era extraño y ambos sortearon la incomodidad observando aquello que los rodeaba, tal como habían hecho en sus paseos de madrugada: los animales, las distintas tonalidades de la hierba y los arbustos que podían absorber y que al final parecían su único tema real de conversación.

La búsqueda requirió que se internaran en un pantano de arbustos y cachureos: ahí era donde escondían las gallinas sus huevos. La impronta pendenciera de un gallo asustó un poco a Lee, pero Marcela los espantó con seguridad.

—Hubieras visto a los pavos. Esos sí que eran brígidos... —explicó—. Me acuerdo de uno que le pegaba patadas a las camionetas si se acercaban mucho a los nidos. ¡Patadas!

Una gallina que caminaba con aires muy diligentes los hizo detenerse. A su espalda iba una docena de encantadores polluelos.

—Pero no son tan inocentes como parecen —aseguró ella cuando reanudaron la búsqueda—. Se comen cualquier cosa que uno les tire. Incluso carne de pollo.

Observó el perfil del coreano y probó con algo menos escalofriante: Diego, su tema habitual. Tampoco tuvo el efecto que esperaba y volvió a quedarse callada.

—Yu Ji-tae —soltó de pronto.

Él disminuyó el ritmo hasta que se detuvo.

—Yu Ji-tae —repitió Marcela y fue hasta él para mirarlo más de cerca—. ¿Así te llamas? ¿Yu Ji-tae?, ¿lo estoy pronunciando bien siquiera? —insistió con un tono más duro, y ya que Lee no decía ni hacía nada lo tomó por el brazo. Tenía ganas de sacudirlo, pero solo pudo sostenerlo sin fuerza en un gesto ridículamente delicado, que no transmitía lo que quería pedirle. Estaba tibio, su brazo, y su mirada parecía más abierta y distante que nunca, sin confirmaciones o negativas, nada que dijera Yo.

Lee retiró la mano que lo sujetaba. No fue un gesto brusco, pero Marcela sintió vergüenza, como si fuera ella la que estuviera ocultándole algo. Y en parte era así, siempre era así. Supo que se sonrojaba y agachó la cabeza. Continuaron por otro camino.

—«Supongo que no pregunté porque no quería saberlo» —dijo al rato, tras recordar un correo de Diego.

Encontraron el primer nido en las ramas de un árbol muy alto y otro cerca del riachuelo.

Lee soltó uno de sus «Ooh, ooh, ooh» y ella le preguntó qué quería decir.

—¿Es como un «mmm» de interés o un «ya» seco de atención?

El nido tenía seis huevos, pero Marcela tomó tres.

—Pa que siga sacando pollitos —explicó.

* * *

Volvieron a saber de Julia para el asado al palo. Empezó al mediodía y la perra se presentó junto a su nueva pandilla cuando la carne estuvo lista, a eso de las cuatro. Después de recibir un trozo, fue a echarse sobre el techo del auto de Miguel. Dio un bostezo, apoyó la mandíbula en las patas y observó con tedio cómo todos se emborrachaban en el bajo mundo.

Algo similar hizo Marcela. El carrete olía a humo y a grasa de animal escurriendo. Por los parlantes del equipo sonaban las rancheras que se sabía de memoria y algunos hits nuevos. También había una pista de baile. El tío Mingo no había soltado a la Karen, y la tía Gegé con su pelo teñido de carmín —ese rojo que no le queda bien a nadie a excepción de Rihanna— daba saltitos cortos junto a su sobrino. Cerca de las nueve todavía quedaban algunos invitados: vecinos o parientes —la frontera era difícil de delimitar en esa zona—, gente vieja en general, y algunos extraños que aseguraban conocer a Marcela desde la época en que creía que todos los hombres del mundo se llamaban Gonzalito.

Las cortinas de la pieza de la Carmen seguían abiertas.

Como siempre, vigilando, pensó Marcela, como si no estuviese haciendo lo mismo. Seca. Seca. Seca.

Pasó una media hora más a solas con sus pensamientos hasta que llegó el esposo de su prima a acompañarla. Lo único que sabía de él eran los chismes que contaba su abuela: que era pobre, machista y con apellido mapuche (su abuela dijo «indio» y después de que Marcela la corrigiera y murmurara un «No sea igual de ignorante que sus hijos» se pusieron a discutir hasta el punto que la nieta amenazó con no escribir la carta y la abuela con echarla de su casa. Unos minutos después se reconciliaron).

El esposo de la Karen resultó ser un hombre realmente interesante. Más allá de su trabajo con el camión de fletes, lo que realmente le gustaba eran las flores. No era de la zona, como Marcela había creído, sino de Parral, y su familia tenía plantaciones de claveles, crisantemos y azucenas.

—Es que las plantas me dan vida —dijo—; ir caminando hasta el foooondo y verlas... Como que me dan ganas de comer. No sé explicarlo mejor, pero es igual a cuando me dan ganas de comer, esa vida.

Marcela asintió deslumbrada al catálogo de flores, con sus cuidados y función ornamental. Le pareció bastante obvio por qué se llevaban tan bien, O SEA, eran los únicos excluidos del carrete. Si toda fiesta era un ritual, sus pescuezos habían tenido suerte de que ya hubiera un cordero sacrificado, pensó ella mientras se esforzaba por disimular que no recordaba su nombre.

Su prima se les unió justo cuando él le enseñaba fotos de los cultivos. Y tras sus pasos llegó el Mati, que de inmediato comenzó a tirar de su mano para que volviera al baile.

—¿Por qué no invitas al Mauro? —propuso la Karen, y Marcela se preocupó de retener el nombre en su cabeza.

El niño titubeó un momento. Era de ver que la relación con el esposo de su madre todavía se encontraba en evaluación.

Mauro cooperó accediendo como si se tratase de un gran honor, y probablemente lo era.

Al verlos partir, Marcela se dio cuenta de que todavía nadie la sacaba a la pista. Pero en vez de quejarse, dijo:

—Matías, Mauro, Miguel y Marcela, pucha que se repiten las emes en esta familia.

—Y el Shaguito —la corrigió su prima.

Aunque hacía mucho que no lo escuchaba en boca de nadie, era cierto: el primer nombre de su papá era Santiago, no Miguel. Se lo había cambiado antes de que ella naciera, tras la muerte de su abuelo, y los únicos que seguían llamándolo así eran sus tíos cuando querían molestarlo.

Marcela asintió con la cabeza y estuvo a punto de hacer un chiste oscuro sobre la coincidencia de que su padre y Lee hubieran elegido otro nombre. Se quedó mirándolos como si lo hubiera hecho, con un gesto entre divertido y sombrío, tal como cuando extrañas a alguien.

La Karen volvió a preguntarle por su moto y la vida en Santiago. Esta vez, sin embargo, pudo darse cuenta de que su interés no se debía a ninguna pseudoadmiraación. A ella la moto le daba igual, solo quería darle un poco de conversación.

Rápidamente sobrepuso el asomo de vergüenza y respondió a todas sus preguntas de buena gana. Entre una cosa y otra, su prima le confesó que estaba embarazada. Indicó el vaso con Fanta en su mano para probar que era cierto.

—Siempre pasan cosas, ¿no?

La gran sonrisa que tenía preparada la Karen para su respuesta se redujo a una media luna perpleja.

—Quiero decir, ¡felicitaciones! —agregó Marcela y puso una mano sobre su hombro.

El gesto seguía sintiéndose demasiado rígido e insistió:

—Si tú estás feliz, yo también. Me alegra mucho, de verdad. Disculpa, es que no sé, a veces me cuesta imaginar el futuro.

Karen sonrió genuinamente esta vez y le dio un empujón cariñoso.

—¡Zah! —dijo.

«Todavía es secreto», le susurró al despedirse con un abrazo apretado.

Le alegró saber que su prima la consideraba digna de confianza, pero el sabor amargo volvió una vez que se quedó sola. Ese saberse injusta, ese creerse la protagonista de la serie, más compleja que el resto de los personajes.

Igual por los parlantes comenzaba a sonar Juan Gabriel, así que aprovechó su estado de ánimo para interpretar la letra con un desconsuelo que le hiciera el peso: una pena de calidad, tan ingenua como caprichosa.

*Yo nunca, nunca había llorado, y menos de dolor,
Y nunca, nunca había tomado, y menos por un amor.*

Miguel seguía hablando con el Lalo. Era gracioso verlo con esa actitud de disculpa frente a su hermano mayor y escucharlo forzar el tono ahuecado; pese a sus críticas y a que fuera él mismo quien se hubiera desterrado, delataba su anhelo por pertenecer a este lugar.

—Pero, Shaguito... —dijo Lalo con esa mezcla de cariño y subestimación con que solía tratarlo. Estaba echado hacia atrás, con los brazos cruzados y ojos burlones.

Marcela buscó malos pensamientos en su mirada. ¿Seguían ahí?

Algún día estaría lo suficientemente viejo, pensó. O muerto.

Un poco más allá, el tío Mingo desvariaba borracho y absolutamente convencido de que Lee entendía todas las tonteras que decía.

—Había una mula de tiro... ¿Tú sabías cuáles son las mulas? Es la cruce entre una yegua y un burro. También se puede cruzar un potro y una burra, pero cuando se cruza una yegua y un burro, la mula es infértil. O sea que no se puede volver a cruzar, la pobre... —dijo, y se largó a reír a mandíbula batiente.

Lee lo imitó y rio con la misma energía.

Marcela sirvió más vino en su vaso y se acostó en el pasto para contemplar las estrellas esparcidas por aquí y por allá.

—Juimos así no más, a la buena de Dios... —escuchó que decía Mingo ahora. Debía estar hablándole de sus aventuras a caballo para la procesión de la Virgen.

Siempre era lo mismo. Un segundo sonaba convincente e ingenioso y, al siguiente, indeciso y afligido:

—En la cual, amargo y triste... con esa desesperación de querer llegar...

—Ir a la buena de Dios... —repitió Marcela para sí.

—¡Minguito!, ¡Tita! —los llamó Miguel—. Arrejúntense pa acá.

Solo quedaban ellos cuatro y su padre les ofreció los últimos trozos de carne para mejorar la oferta.

El tío Mingo dijo que sabía mucho mejor que en la tarde, y luego preguntó por qué «el chino» no comía.

Padre e hija cruzaron una mirada, y tal como habría dicho la abuela Carmen: no hubo contestación.

Miguel quitó la parrilla para transformar las llamas en una fogata: acomodó las brasas y agregó más leña. Removió la mezcla y sopló.

—El pez más grande se come al más pequeño —escuchó que explicaba Mingo.

Seguía empeñado en conversar con Lee y le hablaba con tanto entusiasmo que salpicaba vino por la boca.

—No le entiende —dijo Marcela, aunque sin intención de molestarlo.

Mingo, que era ostensiblemente el más borracho del grupo, la miró con indignación y pasó a pelarla con el coreano: que siempre se había creído superior, que los miraba en menos, que pensaba que era más inteligente por titularse de ingeniera.

—Anda acostarte mejor será —intervino Miguel, pero no quedó suficientemente claro a quién se dirigía.

Por suerte, Domingo estaba realmente borracho y enseguida olvidó lo que estaba diciendo para ir a subir la música y cantarles Juan Gabriel a todo pulmón:

Te pareces tanto a mí...

Que no puedes...

Que no puedes engañarme.

¿Cuánto ganas? ¿Quién te paga por mentir?

Padre e hija contemplaron el espectáculo meneando la cabeza. Era sabido que cuando le daba con el Divo de Juárez terminaba llorando a moco tendido. Claro que esta vez el ritmo mordaz de sus caderas y la gesticulación melodramática y altanera de las manos le quedaban bastante bien.

—*Inocente pobre amigo* —le cantó Marcela a Miguel cerca del hombro, con tono malicioso.

Después de que el Mingo se fue a dormir, solo quedaron ellos tres y durante los primeros minutos se dedicaron únicamente a escuchar los camiones que pasaban cada tanto por la carretera, a lo lejos, y más cerca, el sonido de las llamas y troncos al quemarse. La luna se acabó por un ratito, y de cierta forma, todos abajo suyo —sin ella el bosque estuvo muy oscuro—. Aparte de eso, parecían a gusto, como si no hiciera frío ni hubiera tantos zancudos molestando.

—No pesques a ese —empezó Miguel.

—No lo pesco —replicó Marcela, y aunque era cierto, tras unos minutos, igual dijo—: ¿Te da vergüenza que no haya terminado Ingeniería?

—¿Qué?

—¿Por eso no les has contado que me cambié a estudiar Cine hace como cinco años? Y que, por cierto, tampoco terminé.

—El Mingo estaba borracho, Tita.

—¿No se supone que dicen la verdad?

Su padre la observó por un momento y luego dirigió su vista al fuego. Marcela resintió el calor de las llamas en su propio rostro y se dio cuenta de cómo cambiaba la atmósfera entre ellos. Tomó un trago largo de vino y esperó alerta el ataque de la hora de las melancolías.

—Todavía no me acostumbro a verte fumando... —volvió a empezar Miguel.

—¿Ah, no? —soltó ella preocupándose por sonar incuestionablemente desinteresada.

—Sé que no te gustaba que yo lo hiciera. Ponías esa cara tuya... Era como si estuvieras en presencia de algo tan bajo que ni siquiera valía la pena indignarse.

—CorrecTita...

—Sí, con la Carola nos reíamos, pero era muy difícil estar a tu altura, no defraudarte.

—Fumar no tiene que ver con ser correcto o incorrecto —afirmó Marcela con demasiada seriedad.

—No me refiero a eso.

—¿A qué, entonces? —protestó la hija, y enseguida lamentó no poder contenerse de picar el anzuelo.

Miguel aspiró su cigarro con apetito. Soltó tres anillos de humo y botó el resto en una nube compacta.

—Siempre que sueño con ustedes, contigo y los chiquillos, los veo como si todavía fueran niños chicos.

El comentario no enterneció a Marcela, sino que la puso a la defensiva, más a la defensiva que antes —el antes de hace unos minutos y el que arrastraba desde su primer desayuno juntos en Punta Arenas—. Su mirada se cerró otro poco y volvió a resentir el tic en la ceja.

—Mi mamá está asustada porque te quieres separar —soltó como respuesta.

Miguel se la quedó mirando en silencio. Por la expresión de su rostro, se notaba que comprendía por qué su hija sacaba el tema y, al mismo tiempo, revelaba su absoluto desconcierto, un «conozco este pueblo, pero ni idea cómo llegué».

—Me contó hace unos meses. Histérica.

Él quiso saber qué pensaba y Marcela se encogió de hombros.

—Nada —dijo, y sonó bastante convencida de que algo como eso fuera posible—, llevan más de diez años separados.

El padre afirmó con la cabeza y agregó dos leños nuevos a la fogata.

—¿Qué más?

—¿Qué más de qué?

—¿Qué más te contó? ¿Algo sobre nosotros?

Marcela dudó un segundo, y entonces Miguel empezó a justificarse diciendo que solo quería hacer el papeleo legal y que no iba a dejar de depositarle «su plata».

—Está bien, papá —lo cortó ella cuando notó que comenzaba a internarse en temas más íntimos. Pero él continuó, dijo que siempre había creído que volverían a estar juntos, que la Carola terminaría dándose cuenta de que era lo mejor, o que, al final, cuando ya fuera vieja, no le quedaría otra.

—Me costó mucho tiempo entender que no iba a pasar —insistió, aunque sin sonar abatido—. Y ahora que lo sé... me gustaría vivir en correspondencia con la realidad.

Observó a su hija directo a los ojos.

—Y tú deberías hacer lo mismo, Tita. No sé qué fue lo que pasó en Santiago, pero tienes que dejarlo atrás.

Marcela levantó las cejas con asombro.

—Qué caradura —comentó.

El padre esquivó la crítica dirigiéndose a Lee.

—¿Cómo lo estamos pasando? —matizó dándole unos golpecitos cómplices en la espalda.

—¿Por qué se separaron? —exigió saber ella, y fue bastante obvio que, más que interés, buscaba una pelea.

—Nosotros teníamos problemas graves, Marcela, cosas irreconciliables.

—Es tan complicado que todavía no sabes qué pasó de verdad, ¿cierto? —se burló la hija.

Miguel suspiró.

—Nos separamos porque la obligué a abortar y ella perdió el útero.

Lo que siguió, la historia de infidelidades previas de su mamá, fue tan desagradable que a Marcela le dieron ganas de taparse los oídos, tal como una niña de cinco años y, en parte, así se sentía.

—Tú también tuviste tus cosas... —le reprochó.

—Nunca he dicho lo contrario, y después de eso tuvimos una buena temporada, pero no pasó un año hasta que todo empezó otra vez. Ni siquiera tuvo que decirme que se había quedado embarazada. Una mañana la vi levantarse de la cama y... no es que estuviera más gorda, era... Pero tuve tiempo para pensarlo. No me volví loco enseguida, pude decidir que no iba a pasar por lo mismo de nuevo.

—¿De nuevo? ¿Pasó con alguno de nosotros?

—Casi se me muere, Tita —siguió él—, la Carola, casi se muere. Y ahí sí que me volví loco. Hay semanas enteras que tengo borradas, que no me acuerdo, y entonces el Chicho...

—Por eso te fuiste a Punta Arenas. —Sonaba a conclusión, pero no como si quisiera compartirla con su padre; se lo estaba diciendo a ella misma.

—Sí, eso pasó después —confirmó Miguel con aire pensativo e hizo una pausa como si tuviera que sacar cálculos por primera vez—. Tienes razón, aunque en esa época yo no veía las cosas con tanta claridad... Lo único que pensaba, al menos al principio, es que no iba a poder soportar la culpa. Pero lo hice y volvimos a intentarlo. Yo traté, la Carola y yo tratamos, y luego, cuando las cosas empezaron a ser normales, volví a sentirme patético y a odiarla por eso. Supe que todo iba a pasar de nuevo. Y que sería peor. Por eso me fui a Punta Arenas: no quería matarla, ¿entiendes? Y yo podía hacerlo, Tita. Podría haberlo hecho sin detenerme a pensar, porque tenía un arma.

Marcela sintió que su cara se ponía tensa, pero en realidad no estaba sorprendida. Era más como si de pronto volviera la imagen de un sueño muy antiguo, esa sensación; como recordar algo que de todas formas jamás había existido.

—¿Por qué no me lo contaste antes?

Eso fue lo que objetó a su padre. No dirigió su enojo al hecho en sí, lo que la decepcionaba era que no hubiera sido honesto con ella.

—No sé... —respondió Miguel, algo confundido—. Supongo que no habíamos pasado tanto tiempo juntos, o solos.

Al decir esto, ambos dirigieron la mirada a Lee. No estaba sentado donde creían y el padre se levantó para buscarlo.

—Allá —dijo Marcela—, en los cajones de abejas.

Pareció que Miguel iba a ir por él, pero terminó sentándose junto a su hija.

—Quiero que sepas que me arrepiento hasta el día de hoy —admitió, y en su voz no había rastro de alivio. Tampoco de dolor—, si te lo conté es...

—¿Porque querías hacerme daño?

—No me estoy justificando contigo. Solo intentaba...

—¿Por qué no podías ser como todos los papás normales y hacer que no pasó nunca?

—Bueno, Tita, querías saber, ¿o no?

Marcela se lo quedó mirando fijo, con los labios apretados. Estaba enojada, pero la ira no se dirigía únicamente a Miguel, también sentía rabia con ella misma, tal vez por su incapacidad de responder a la pregunta.

Entonces escuchó dos camiones por la carretera y giró la cabeza instintivamente en su dirección. Pese a la hora, iban cargados, o eso intuyó ella por el sonido.

Al bajar la vista, encontró los pies de Lee. Desnudos y a menos de un metro de distancia. No le pareció una imagen extraña, no tanto como al ver su rostro. Observaba el fuego en cuclillas, solo en sí mismo, pero lo bastante expresivo como para comunicar sus pensamientos. Marcela no tuvo que confirmar que las llamas flameaban alto, advirtió el mensaje en su mirada, y decía: lo que sea que venga, viene a arder.

* * *

Decidió que pasaría el día afuera. De lo posible, perdida.

Fue por el sendero que bajaba hacia el río, convencida de que lo que le había contado su padre no le importaba y que avanzaría sin detenerse. Igual paró a tomar la foto de un ulmo que conocía de chica y mantuvo la necesidad urgente de ir a contarle a Miguel que fue Diego quien le enseñó a fumar. Como si la discusión hubiera tratado de eso, y con ese complejo que entra cuando se te ocurre algo para responder demasiado tarde. Necesitaba explicarlo; que había empezado a fumar como un juego —igual que todo en su relación—, pero que al poco tiempo se hizo adicta. Quería defenderse diciendo que en su adicción era incondicional —fiel—, porque solo podía comprar Lucky.

«Tu papá es un hombre bueno», le comentó Diego después de conocerlo, y Marcela había sentido orgullo, no de su padre, sino de ella misma, porque así era como funcionaba: su aprobación debía extenderse hacia la hija.

¿Cómo se sentía ahora, entonces? ¿Por fin desengañada?

De verdad no le importaba ni un poco que sus padres hubieran sido infelices juntos, pero era triste darse cuenta de que siempre lo había sabido.

Mientras el camino ascendía, se propuso odiar a Miguel por lo que le había hecho a su mamá. Tampoco funcionó. Pese a la rabia, seguía culpando a la Carola o, más bien, a la institución del matrimonio en general, a las familias. ¡Los padres casándose!, más parecía que intentaban ser criminales, que buscaban una forma de ser prófugos, de liberarse de sus vidas mediocres por medio de un delito terrible: el amor.

¿El amor? Cuando alcanzó la cima, respiró profundo.

El paisaje que la rodeaba no podía ser más reconfortante, y no le sorprendió encontrar a Lee sentado sobre el tronco muerto al que ella se dirigía.

Julia estaba junto a él, tan serena y noble como siempre. Tomó una foto de ambos.

La perra fue hasta sus piernas y la miró con cara de «¿Mmm?».

Lee no advirtió su presencia hasta que ella corrió su mochila para sentarse. Entonces le dedicó una sonrisa de aliento y volvió a lo que estaba: disfrutar la cuenca verde de abajo.

Marcela entrecerró los ojos y contempló el paisaje con actitud más codiciosa. Permanecieron un buen rato entregados cada uno a sus pensamientos, recibiendo los rayos del sol y el aire fresco en la cara. Satisfechos, acaso agradecidos.

—Ese de allá es el mañío —dijo ella de pronto, y apuntó con la mano hacia el este—. Alerce con uñas, también les dicen así. Es por las hojas. Pinchan —y para explicarlo, pellizcó la mano de Lee.

Se miraron un momento.

—Debe ser uno joven, porque tiene forma de pirámide. Con los años se ponen más chascones. Ah, pero mira, allá hay varios. ¿Viste que se parecen un poco a los sauces? De aquí los vemos chiquititos, pero deben pasar los quince metros. La madera es barata y de buena calidad. O sea, vale como tres veces más que el pino, pero no es de las caras caras. Y esos que se ven bien ordenaditos son eucaliptos. Están en todas partes, en realidad. ¿Ves? Acá también y ahí. Es por las forestales. «Desiertos verdes», les dicen, porque... bueno, no es que haya mucha vida. La tierra se pone mala y no se pillan muchos pájaros o bichitos.

Lee tenía la mirada fija en unos árboles con forma de quitasol. Unos quitasoles enormes.

—Ah, claro —dijo Marcela—, esas son araucarias. Los mapuche las llaman pehuén y para ellos son muy importantes. Sí que lo parecen, ¿no? Los mapuche, ellos son... son las personas que estaban en esta zona desde el principio, en el Wallmapu. Antes de que llegara la familia de mi abuela, antes de que llegaran los españoles, de que llegara nadie. No les gusta andar escapando como a nosotros —agregó con una risita—. Prefieren quedarse. Bueno, en realidad es más complicado que eso... Porque los sacaron, o sea, siguen haciéndolo. Mmm... es algo así como lo que los japoneses les hicieron a los coreanos, la ocupación japonesa, pero totalmente diferente. O sea... Lo que quiero decir es que estas son tierras ancestrales. Se supone que el pehuén convivió con los dinosaurios, de hecho, los troncos son como placas y se parecen a la piel de los dinosaurios. En la cordillera hay bosques puros. Son gigantes, pal pico, y la tierra es más como la arena.

Lee se giró hacia Marcela.

—Parezco obsesionada con el temita, ¿cierto? Siempre hablando del amor...

Avanzaron unos tres kilómetros. Al principio siguiendo el sendero formado por las huellas de las camionetas, luego, abriéndose paso a través del prado, con la hierba cubriéndoles las rodillas y los gritos de los queltehes por encima de sus cabezas.

Más abajo encontraron las vacas de la Carmen. Aunque Marcela estaba bien acostumbrada a ellas, no dejaban de ser unos animales inmensos, con unas cabezas inmensas y unos ojos igual de grandes, redondos y negros. Masticaban con pereza enigmática, tal como debía ser la expresión de las criaturas mitológicas, y olían a algo dulce.

—Cuando era chica me sabía los nombres de todas. Estaba la Michelle, la Paloma, la Emiliana...

Lee parecía increíblemente excitado de verlas tan de cerca, es decir, si se consideraba el breve muestrario de matices emocionales que ella conocía.

—¿Que en Corea no hay vacas? ¿Solo tienen campos de arroz?

Dejaron la ladera y se internaron en el bosque. Julia estaba esperándolos bajo un manzano y ellos se detuvieron para comer y descansar un poco. Había varias manzanas tiradas alrededor.

—El postre —propuso apoyando la espalda en el tronco—. Si hubiese traído un cuchillo podría haberte dado a probar las nalcas...

Marcela buscó el vino y los sándwiches que había traído. Lee también buscó algo en su mochila, parecía cargada, pero ella se fijó en el bocado envuelto en servilletas.

—¿Y eso? —preguntó sorprendida.

Era un pastel de arroz del tamaño de un puño. Se lo extendió para que probara. Aún estaba tibio y en su interior descubrió zanahoria, apio, sésamo y ¿mermelada de mosqueta? Sabía delicioso y abrió mucho los ojos para demostrar que le gustaba.

Comieron escuchando a los pájaros. El descanso olía a corteza, a hongos y hierba húmeda. También los acompañó el zumbido de los bichos del suelo y el de los bichos voladores. Más lejos, ladridos de perros y el ruido constante de una motosierra. Lo que se dice sonidos humanos, no oyeron ninguno.

—Diego también tenía el pelo decolorado —le dijo Marcela cuando terminó con su sánduche.

Levantó la mirada hacia el coreano y estudió su rostro una vez más. Estaba más moreno y los ojos tenían ese destello cristalino tan suyo, como si estuviera drogado con un químico hermoso. También descubrió que tenía los dientes amarillos. No como una taza de té vieja, pero lo suficiente como para no haberlo notado antes. Cuando descubría que los dientes de los hombres que le gustaban eran feos, dejaban de interesarle. ¿O era al revés y al no sentirse atraída comenzaba a ver detalles desfavorecedores? Como fuera, con Diego jamás le ocurrió.

—Tenía los dientes muy grandes y con un espacio coqueto entre las paletas. Pero no es que esté cegada por amor, eran bonitos de verdad. Hasta el profe de Teoría del Cine se lo dijo. «¿Te hiciste tratamiento de ortodoncia?», le preguntó de la nada frente a todo el curso. Diego se puso rojo de la vergüenza. Y obvio que se había hecho. ¿Cómo tiene los dientes tan perfectos si no?

Le supo extraño volver a hablarle a Lee con soltura y lo observó de reojo para ver qué cara tenía. Él se dio cuenta e imitó su mirada exagerando la desconfianza.

—Igual tú te ves bonito con los dientes amarillos... —replicó para pasar a mostrarle los suyos abriendo la caja de vino.

—El que canta es un chincol —dijo después de que él bebiera—. Se supone que son buenos padres, onda, los mirlos, unos pájaros negros que parecen cuervos, van a dejarles sus crías pa que los cuiden y ellos no se dan ni cuentan... ¿te suena conocida la historia? —agregó con una risita triste.

Lee le extendió la caja como si entendiera que la necesitaba para seguir hablando. Ella bebió un trago largo.

—Es el sonido más típico, por eso lo cacho, pero el Miguel los conoce casi todos y también se sabe los nombres. Siempre me decía: «Todos los pájaros tienen su canto. Desde el más grande hasta el más chiquitito».

Suspiró y volvió a empinarse la caja.

—Mis tíos son así —murmuró a continuación, y sonó como si se estuviera disculpando. Después le contó la historia del tío Mingo y su amiga del liceo. Con tono rudo, uno que nadie más que ella podía entender—. Son como perros.

Él le pidió un trago, como nervioso por la confesión que se aproximaba.

—Una vez conocí a un hombre que tenía una teoría sobre el olvido amoroso —dijo Marcela para cambiar de tema—. Decía que para calcular cuánto te ibas a demorar en olvidar a alguien, debías dividir el tiempo que habías estado con esa persona por la mitad. O sea que me queda un año y siete meses para dejar de extrañar a Diego... A veces pienso que es mucho y, otras, que es muy poco. Es raro, ¿sabes?, porque durante los cuatro años que estuvimos juntos, yo siempre tuve muy claro que él no me amaba, pero creía que yo iba a quererlo para siempre.

Lee prendió un cigarro y se quedó mirándola con un «mmm» largo que se escuchaba aunque no abriera los labios.

Marcela recordó su debate mental de hace unas horas y quiso preguntarle cuándo empezó a fumar. ¿Habría partido por amor, como ella? En cambio dijo:

—Es que es difícil crecer estando enamorada... Cuando tienes veinte no eres nadie. Todo es expectativas y sueños. Mucho bla bla, puras proyecciones. Pero luego te haces grande. De un año a otro y sin darte cuenta. De la nada, eres una persona con una realidad palpable, y la gente a tu alrededor comienza a darse cuenta de que en verdad no eras quien decías ser o que tampoco te alejas tanto de esa que decías que no serías nunca. Solo eres tú, con tus promesas y odios de siempre, alguien que no ha conseguido mucho.

Exhaló nuevamente, como para dar el tema por finalizado, pero la sensación de alivio que esperaba no llegó.

—No es verdad —dijo sacudiendo la cabeza—, no es verdad. Otra vez lo estoy evitando, otra vez intento engañarme. ¿Sabes lo que realmente pasa? Que abandonas tus sueños. Yo siempre había perseguido algo, quería hacer películas y supe exactamente en qué momento lo dejé ir. No es como si me hubiesen estafado, fue una decisión a conciencia, y por eso mismo dolió un montón, dolió demasiado, tanto que pensé que nada podría ser peor, que terminaría por volverme insensible o que lo olvidaría, pero duele hasta ahora, no se ha detenido.

Lee bajó la mirada hacia la mata de hierba con la que jugaba. Por su postura y el modo tan delicado con que acariciaba el pasto, debía entender que ella hablaba de algo triste.

—Ese amor era lo más valioso que tenía y quería hacerlo bien, te prometo que quería hacerlo bien...

—사랑을 위해 싸운다는 건 삶을 위해서 싸우는 거거든 —dijo Lee como para consolarla.

Ella reclinó la cabeza en su hombro y le pasó una de las manzanas.

Vio sus dientes amarillos mordiendo desde cerca y que abría mucho los ojos, con sorpresa y auténtico placer.

Marcela asintió con la cabeza. Parecía cansada de hablar.

Se quedaron así un rato, escuchando el sonido de los animalitos en el bosque hasta que el viento empezó a soplar con fuerza. El sonido de las hojas fue en aumento y ellos se separaron para levantar la vista hacia las ramas.

—Coke —dijo Lee mirado aún hacia arriba—, Coke —repitió e hizo el gesto de abrir una lata de bebida. La llevó hasta su oreja y escuchó como si se tratara de una concha vacía.

—Sí —confirmó ella, recobrando el ánimo—, suenan como las burbujas de una Coca-Cola. Aunque sonreía, Marcela pudo darse cuenta de que estaba nervioso.

—¿Qué? —preguntó, entrecerrando los ojos.

Él bajó la cabeza con timidez.

—El otro día estuve investigando sobre Corea. Es una península, ¿no? En un foro que encontré, alguien decía que se sentía como estar en una isla. Porque de un lado solo tienen mar y del otro Corea del Norte, que nadie puede cruzar y que es peor que el agua. De Chile dicen lo mismo. Es un lugar común, pero a mí me encantan los lugares comunes. No sé si lo has sentido, pero este es un país largo y flaco: por el norte está el desierto, por el este la cordillera, por el sur la Antártica y en el oeste el Pacífico. O sea que es mucha distancia, muchas fronteras naturales y

siempre he pensado que si uno toma los dos extremos y los une formaría una isla. Nos parecemos en algo, ¿ves? Los dos somos isleños. Ah, bueno, y también está la intervención de los gringos y el experimento neoliberal. Claro que en eso coincidimos con casi todo el mundo... «Coke».

Lee estaba a punto de responder, cuando Julia comenzó a ladrar y salió corriendo. Marcela la siguió con la vista hasta que se perdió entre unos maquis.

Al volverse hacia Lee, él tenía la mano extendida en forma de saludo.

—Yu Ji-tae —dijo.

Sonaba distinto a como lo había pronunciado ella hace unos días, pero supo que era su nombre.

—¿Cómo? —preguntó haciéndose la que no entendía y con una sonrisa en los ojos.

Él repitió su nombre.

—*Yu ji-teé* —pronunció Marcela esforzándose para que sonara similar—. Un placer —agregó y le estrechó la mano para moverla de arriba hacia abajo con exageración.

Todavía con las manos tomadas, se miraron a los ojos un momento más.

—Y entonces, ¿qué edad tienes? —No esperó su respuesta. Fue a tenderse al sol y prendió un cigarro.

Lee se echó junto a ella con torpeza. Aunque su cuerpo se mantuvo algo rígido, pareció disfrutar del calor tanto como Marcela, y también que allá arriba, en el cielo, las nubes apenas se movieran.

—Está lindo el día —susurró, y no lo dijo por decir, de verdad extrañaba comentar el tiempo con él—. ¿O solo te gusto cuando estoy triste? —preguntó usando el coro de esa canción que se le vino a la cabeza. Cantó un poco y entonces, cuando Lee hizo que sus dedos se entrelazaran, sintió una descarga eléctrica subiendo por la espalda. Fue como recibir un correo que esperaba hace mucho.

Lo bueno es que para estas cosas no se necesita hablar, pensó, y se giró hacia él.

—¿Va a ocurrir?

Él respondió acercándose un poco más.

En el primer intento chocaron con los dientes y rieron nerviosos. Probaron de nuevo y estuvieron descubriendo qué forma les iba mejor hasta que ambos se dieron cuenta de que comenzaban a disfrutarlo, es decir, que dejaban de esforzarse, o más bien, que había dejado de importar que se esforzaban, incluso mientras abrían los ojos y se quedaban mirando sin separar los labios, o cuando Marcela pensó que parecían dos peces y soltó una risita, y aunque las manos todavía les quedaran un poco incómodas y no supieran dónde ponerlas o cómo acariciarse: siguieron dándose muchos besos. Luego, de pronto, Lee perdió el ritmo y pareció tenso otra vez. Se volteó para retirar una piedra que debía haberle estado molestando en la espalda y acomodó su postura unas siete veces. La abrazó, pero fue como si imitara un gesto que no entendía bien y terminó apartándose en seco.

—No es necesario que hagamos nada —propuso ella con ternura—. Podemos darnos besos. O conversar.

Él se levantó para sentarse sobre las rodillas.

—*Ramyon* —se apuró a decir con la voz temblorosa, y luego hizo una reverencia hasta tocar la tierra con su frente.

Marcela lo observó confundida.

—*Ramyon* —repitió.

A ella le dio la impresión de que estaba pidiéndole permiso y que iba a seguir diciendo esa palabra si ella no demostraba su consentimiento de alguna forma.

Afirmó con la cabeza y dijo: «Lamión, Lamión, sí».

Él le mostró sus dientes amarillos en una sonrisa y volvió a acercarse.

Julia dio un par de vueltas alrededor mientras estaban en ello, pero casi no se dieron cuenta, porque lo que realmente les preocupaba era que Lee parecía demasiado ansioso. Apenas alcanzó a sacarse los pantalones, y antes de que Marcela pudiera subirse encima, saltó un chorro blanco sobre su estómago. Era bastante y la humedad se expandió por su polera.

—No te preocupes, yo también soy precocita.

Cuando volvieron a echarse en el pasto, él habló por medio de una señal casera, como si quisiera decir: «Intentémoslo de nuevo». Luego bajó y le separó las piernas poco a poco. La desvistió con cuidado y la besó por el interior de sus muslos y detrás de su rodilla. Marcela no solía sentirse muy cómoda con el sexo oral —porque nunca se lo hacían bien—, pero parecía que Lee sabía lo que quería y lo dejó seguir. Se dejó llevar, y no supo bien cómo pasaron de una cosa a otra, pero de pronto él estaba tocando sus pezones y luego volvieron a estar muy cerca, y más, más cada vez, enseguida, o al mismo tiempo, ella estaba en cuatro, con las manos y las rodillas sobre el pasto; supo esto, y también que Lee le metía los dedos: uno primero, luego dos y solo uno otra vez. Usó su lengua en dirección ascendente y sentir el culo húmedo la calentó aún más, de boca al suelo, antes de comenzar a gemir, alcanzó a ver que el cielo se desplegaba hasta muy abajo, sin nubes ni gradación, como una cartulina escolar celeste.

Después de que Marcela acabó, se quedaron abrazados en una cucharita muy cómoda, con insectos volando cerca. Con su boca tan cerca del cuello de Lee, pudo confirmar finalmente cómo era su aroma, y le gustó, tanto que le volvieron las ganas de hacerlo. Pero también la complació que el deseo se quedara entre sus piernas; un olor nuevo y un deseo nuevo al que estar abrazada por un rato.

Julia se echó a sus pies y pronto se quedaron dormidos.

Abrieron los ojos con el sonido de un disparo.

Aunque estaban bastante lejos, siguieron bajando. Ella lo deseaba y, además, tampoco parecía que dejaran un camino largo a sus espaldas: el terreno estaba abierto en todas direcciones y resultaba difícil adivinar algún punto de partida.

Al llegar al río, Marcela se quitó toda la ropa y hundió los pies en el lodo. Polvo acuático: el lodo respiró sobre sus talones, y ella supo que tenía miedo, que lo hacía con cuidado, todo el que era capaz de reunir para no hundirse en los recuerdos.

Lee siguió hasta el barquito encallado y se sentó a esperar. Así fue por un rato, permanecieron aislados en la distancia, pero seguro que a ambos les gustó el sonido del agua tanteando entre la maleza.

Aún desnuda, fue a sentarse junto a él. Dentro de la barca había un pez diminuto flotando en una poza sucia. Estaba muerto.

—Tú eras marinero, ¿no? —preguntó ella y dirigió la vista hacia el río.

Era consciente de que había otros sonidos ahí también —mosquitos, patos rapeando a lo A\$ap Rocky y el croar de una rana solitaria—, pero el murmullo del agua absorbía toda su atención.

Apuntó los diversos fenómenos de la superficie. Luego dijo:

—Olas, espuma, orilla.

Tomaron vino, pero tampoco lograron ser los de antes. Ella se abrazó a sí misma, con un poco de frío y un poco de vergüenza. Al ver los rastros de lodo en sus piernas, volvió a recordar.

—Una vez se me pegó una sanguijuela —dijo limpiando las manchas oscuras con sus dedos—. Yo era chica y estaba con el Lalo. No sé por qué, seguramente me pidió que lo ayudara con algo y después yo me metí en el río. Cuando le mostré la sanguijuela, él me dijo que conocía un remedio, y lo hizo ahí mismo: se bajó los pantalones y me meó en la pierna.

Hizo una pausa antes de seguir. Botó aire y respiró profundo, como para darse valor.

—Todavía puedo sentirlo, el pichí estaba tibio y me dijo que tenía que mirar cómo lo hacía. La sanguijuela cayó, pero el Lalo siguió de pie... ¡No puedo decirlo, por la chucha! ¡Por qué no puedo decirlo! Pensé que iba a ser más fácil si te lo contaba a ti, se supone que si lo cuentas, después no duele tanto, pero mierda, no me sale. Palabras de mierda. ¡Vida de mierda!

Lee le dio un empujoncito en el hombro. Dijo algo en coreano y le ofreció lo que escondía en su puño.

Era una piedra blanca con manchas verdes.

Al verla más de cerca, Marcela se dio cuenta de que en realidad estaba cubierta de una especie de alga-hongo. Todavía seguía húmeda.

—Una piedra con vocación de cuesco de durazno —dijo.

Hizo como que iba a darle una mordida y luego la lanzó al río con toda su fuerza.

No es que quisieran quedarse así de quietos o así de callados. Solo permanecieron atentos a las ondas que la piedra propagó por la superficie del agua, ya lejos de donde había caído y más cerca de la barca. Tan atentos que pareció que estuvieran viendo algo extraordinario, o como si creyeran que el río intentaba comunicarse con ellos.

Fueron bordeando el río. Sin llegar a verlo por la maleza, pero atentos al sonido de su corriente. Arriba, el cielo pálido y la luna pálida. Abajo, las flores silvestres como en llamas, fosforeciendo con todo antes de irse a dormir. Lee se acercó a un árbol que tenía brotes fucsias en forma de campana. «Un secretito de la Carmen», le explicó Marcela. «Latué se llama, o palo de brujos.» Se supone que los efectos son similares a los de la belladona. Sacó hojas y bayas, y las fue reduciendo con los dedos en la boquilla del vino. «Pa sentir otra cosa, porque borracha estoy casi siempre...»

Bebieron la mezcla en cuatro tragos. El contraste de las copas de los árboles con el atardecer —púrpura y verde— los hizo detenerse a suspirar varias veces. Pero cuando dieron con el puente de madera, ni siquiera se lo pensaron. Mientras cruzaban, Julia les ladró desde la otra orilla.

—Deberíamos enamorarnos —propuso Marcela—. Así tendríamos una excusa para escapar.

No volvieron a dirigirse la palabra. Caminaron en silencio, observando cada cual lo que le interesaba, con la oscuridad pisándoles los talones. Un caballo colorín salió de la nada y galopó hacia ellos con el claro objetivo de embestirles. Una vez que estuvo cerca —tanto que se agacharon cerrando los ojos—, desvió hacia los árboles.

Marcela dijo que probablemente se trataba del potro de carrera del que su abuela se había quejado el otro día.

—Los dejan sueltos pa que coman gratis —explicó a Lee con seguridad. Pero bastó que lo dijera para recordar que eso había pasado hace mucho tiempo: que la Carmen se lo había comentado en su última visita al campo, hacía dos años. La sensación fue tan extraña que incluso dudó que se hubieran encontrado con el caballo hace un instante. Y también la hizo recordar que estaban muy lejos de los límites del campo.

Recogió dos piedras por si tenían que defenderse de algo más.

—Metámonos por ahí.

Cuando se hizo completamente de noche, ya tenían la vista acostumbrada a la sombra del bosque. La senda era cada vez más estrecha y las ramas se agarraban a ellos y los obligaban a ir lento. Mientras avanzaban a tientas, los pájaros iban alertándose entre sí sobre la presencia de extraños. Marcela también se preocupaba de hacer bastante ruido y espantar a los animales que podrían hacerles pasar un buen susto. No es que tuviera miedo, pero se parecía demasiado a una pesadilla. Un tronco enorme les cortó el paso, pero fue gracias a él que dieron con caminos nuevos y pudieron distinguir un bosque hundido, a lo lejos. Se lo quedaron mirando un rato, con el corazón dividido entre la euforia y la quietud, y, de cierta forma, fue lo que los empujó a seguir, incluso cuando el follaje bloqueó el camino o la oscuridad fue absoluta. Hacía frío. Y pequeños animales los vigilaban. Lee iba un poco más adelante y ella pensó —otra vez pensó— que había algo en él que lo hacía ver distinto, más confiado, como si él mismo fuera el camino. Entonces escucharon gritos. Él se detuvo para oír mejor. Giró hacia un lado y otro con su cuerpo salpicado de las manchas de luz que dejaban pasar las hojas: su sombra parecía un holograma, un fantasma virtual perdido en el Wallmapu. Hacia el oeste, solo viento; hacia el norte, el camino de regreso; por el este apareció un perro negro que escondió la cabeza para volver por donde mismo, y desde el sur reconocieron un poco de luz y *¿Tambores? ¿Eso es música?* Lee se abrió paso, Marcela fue tras él y aunque se tomaron de la mano con el objetivo de no perderse, ella lo obligó a entrelazar los dedos. Siguieron la huella del humo y el eco de las voces. Parecían cada vez más cerca, pero la ruta era difícil: ascender y descender suponía el mismo esfuerzo, las piernas picaban. Marcela tropezó y él dijo *cuidado* con la presión de sus dedos. Luego vinieron varios callejones diminutos y arbustos espinosos e indistinguibles a la hora de buscar un punto de referencia útil. No, mejor probemos por ahí: malas decisiones y otra vez de regreso. Antes de perder valor, un sendero amplio y limpio. En el claro, la luna y nada más. Lee se detuvo y casi pareció oler la oscuridad. *Regresemos*, dijo tirando de su brazo. Insectos voladores; zarcillos y roedores alejándose. Un nuevo traspíe. *El 70% de la flora de Chile es endémica*, estoy enamorado, estoy enamorado de ti. *Siempre es como partir desde cero*, continúan. *Sí, es por acá*; por el camino de barro y lo que significa estar indefensos y no ser capaces de manejar y soportar el dolor. Al menos Marcela sabía muy poco.

Lo vieron desde atrás, protegidos por la frontera de árboles: una mujer vestida de negro dando vueltas alrededor de una cabaña. Completamente fuera de sí y con cuatro hombres a la sombra de sus trenzas.

Del otro lado de la casa había un fogón, alguien acostado y un grupo de personas que, no siendo demasiadas, lo parecían al formar ese círculo amplio y uniforme.

Marcela y Lee buscaron un lugar para observar mejor aquello.

—Son mapuche —explicó ella, y ya que resultaba bastante difícil que la escucharan por sobre los cantos y gritos, sin bajar la voz—, las personas de las que te hablé antes.

Escondidos entre las ramas, sienten sus estómagos vacíos, la humedad y el sueño. Es decir, se dieron cuenta de que estaban cagados de frío y hambre, que no tenían nada, que no sabían nada, y que veían algo que no les pertenecía ni un poco, pero aun así permanecieron despiertos, magnetizados por lo que observaban: la mujer fue hasta el fogón y comenzó a llevarse las manos a la boca con urgencia. Cuando un hombre puso un cigarro en su boca, Lee presionó su mano y Marcela se dio cuenta de que todavía las tenían tomadas.

—Es un cigarro corriente, pero da lo mismo qué tipo sea, el fuego es fuego y lo que importa es el humo.

—Ella —dijo Lee levantando ambas manos para apuntar a la mujer—. ¿Qué hace ella? Marcela lo miró con dudas.

—Yo pensé que ya te tenía aburrido de tantas explicaciones y *Perico trepa por Chile*. Él sonrió.

—Pero no te creas, oye, que yo sería así con cualquiera.

Después de que dijo eso, ambos bajaron la cabeza y tras unos segundos, oyeron cómo se partía el corazón de Marcela.

—Es que la luna me afecta mucho...

—Ella —insistió Lee apuntando de nuevo a la mujer, esta vez con su mano libre. Marcela tomó aire.

—Se llama *satún* y es una ceremonia de sanación. La mujer de negro es la *machi*. Es como una sacerdotisa, ¿cachái?, y lo que está haciendo es alejar a los espíritus malignos de la persona que está acostada. Los *wekufes*, que les dicen. Los cuatro hombres que la estaban persiguiendo antes son los *konas*. En el *satún* cada cual tiene un papel que representar y los *konas* son como una especie de soldados.

—¿Y él? —preguntó Lee, señalando a uno de los *konas* que montaba guardia a los pies del enfermo.

Era el único rapado del grupo y también había llamado la atención de Marcela. Sentía como si lo conociera desde antes. ¿Del campo o de Temuco? Quizás del liceo. Pero ¿era que reconocía su cara o que la atraía otra cosa? Porque había algo especial en él, sí, en su actitud, una mezcla de preocupación, curiosidad y diligencia.

—항상 밑에서 쳐다보는 것 같아 —comentó Lee, e imitó el semblante del *kona*.

Marcela estiró el cuello hacia adelante para verlo mejor.

—Álex—dijo entrecerrando los ojos. —Sí, se llama Álex Catrileo.

Lee ejecutó una seña que parecía decir: «¿Cómo sabes?». Ella se encogió de hombros.

—¿Qué significa un nombre, de todas formas? ¿Qué significa un apellido?, Yu Ji-tae.

Él formó un corazón con el índice y el pulgar cerca de los ojos.

—Bueno, entonces, ¿vamos a conversar? —preguntó Marcela, medio confundida y medio exasperada.

—Pero si eso es lo que hacemos, ¿no?

—¿Quiénes?

—¡Quién más!, tú, yo y el resto de bípedos que se nos parecen. Vamos a hacerlo de todas formas, porque hablar es como un río torrentoso, se abre paso con lo que sea. Somos isleños.

—Okeeeey... —se burló ella—. Prosigo entonces, el Álex es el hermano de ese otro *kona*, el de rulos. Fue la polola de él la que los invitó a la ceremonia, porque su primo es el enfermo. El que está acostado sobre esa especie de catre con pieles de oveja. Lo están curando de un mal de ojo. El mal de ojo es cuando... Es una enfermedad más mental, digamos. Cuando todo te empieza a salir mal en la vida, pero no hay una causa clara y entonces lo más probable es que te hayan tirado a los *wekufes*. Una persona que te quiere dañar, obviamente. ¿Te fijaste en la ruda que tiene la Carmen en la cocina? Es para saber si le han hecho mal de ojo. Lo que pasa es que en Chile es muy importante cómo te mira otra persona, el resto. Es pal pico de poderoso, puede hacer que te enfermes.

—No, si ya me había dado cuenta...

—¡Ja! El Álex está nervioso porque es la primera vez que lo invitan a una ceremonia y le preocupa lo que vayan a pensar de él, que crean que es «un hueón mediocre».

—Umm... —soltó Lee, como si conociera bien el sentimiento.

—Es que el rol de *kona* es muy importante y además el Álex no habla *mapudungun* tan bien como su hermano, y toda la ceremonia es en *mapudungun*. ¿Lo alcanzas a escuchar?

Lee dijo que sí.

—Pero parece que son más conceptos que palabras, porque se forma a través de partículas y tiene una métrica muy acentuada. El *satún* empezó como a las cinco de la tarde y lo primero que hay que hacer es saludarse, pero no es cualquier cosa, porque tú no puedes llegar y decir «Hola, estoy bien», tienes que contar cómo están tu familia, tus amigos, tu territorio y tus ancestros. De todo eso depende si estás bien o no, así que los saludos son eternos y abundan las anécdotas y las alabanzas mutuas.

—¿O sea que también les gusta mucho conversar, 듣다?

—¿Oír?

—Oír.

—¡Ajá! El pobre Álex no entendía casi nada, pero igual le dijo a todo el mundo «*Mari Mari*» con su mejor sonrisa. Y después de los saludos vinieron las palabras de los *kimche*, los sabios y sabias. Los mapuche tienen una especie de norma para estas cosas...

—Bueno, en Corea también tenemos nuestras reglas para hablar.

—¿Por eso a veces me tratas de usted?

—Pero poquitas —dijo él—, *nuná* —agregó haciéndose el tierno.

—Así que tu hermana mayor...

Lee le guiñó un ojo.

—En fin, el asunto es que más que bienvenida parece una asamblea, porque habla hasta el último que tenga algo que decir. Todos tienen el mismo derecho a hablar y todos hablaron. «Y hablaron más que la chucha», o eso pensó el Álex, porque estaba todo perdido y a cada rato tenía que pedirle a su hermano que le tradujera y de la manera más disimulada posible. Ahora también le está preguntando, ¿ves?

—Es que el otro hermano se maneja.

—Si po, está más *mapuchado*, en cambio el Álex cree que todo el tiempo lo miran con desconfianza, como pensando: «¡¿Y este *winka* de dónde salió?!». Porque a estas ceremonias no pueden llegar *winka*.

—¿*Winka*?

—Son las personas que no son mapuche. Alguien como tú o como yo. Los hermanos son mapuche, o al menos la mitad, porque su mamá es chilena. Y además no se criaron aquí, sino en Coronel. O sea que jamás vivieron en el campo. Más encima el Álex se fue a estudiar Bellas Artes a Santiago. Ahora vive en el hogar de «Estudiantes de Pueblos Originarios», que es como una beca de la universidad. Ahí comparte pieza con un cabro que lo trata de «*champurria*», porque tiene apellido mapuche y español. Es algo medio peyorativo, no sé si se entiende... Según el Álex, el cabro le tiene rabia de verdad. «Tú no puedes decir que eres mapuche si no sabes cómo se trabaja la tierra», dijo que le decía siempre el cabro. Y también contó que todo el tiempo le anda haciendo preguntas del campo, preguntas específicas, como qué flor indica que ya es la época de los *dengüll*. «Eso de la raza pura es una idea nueva», dijo el Álex que le contestó un día. «Hay fotos de los grandes toquis vestidos con trajes del siglo diecinueve. Yo mismo las he visto, y cuentan que estaban orgullosos de relacionarse con los extranjeros».

»“Pero yo no te estoy hablando del genocidio de los españoles”, contó el Álex que le respondió el cabro del hogar, “te estoy contando de los chilenos, del Estado chileno que nos quitó las tierras. Te estoy hablando de los pacos. ¿Que no te llegó la *notificación* al celular? Ellos quieren matar a un mapuche. Andan buscando a un mapuche. Y esa mierda hace que me duela la cabeza. Hace que mi tolerancia esté muy baja. ¿En qué idioma dijiste la primera palabra que aprendiste a decir? Tenemos que actuar como lo que valemos. Te lo estoy diciendo. Eso es ser gente y yo quiero ser gente, quiero ser mapuche”. Y Álex dijo que el cabro se lo habló con otro tono. Que sonó a rabia, pero a algo más que a rabia, a impotencia, a pena, dijo. Así que él no le respondió nada más. Porque entendía de lo que le estaba hablando aunque jamás hubiera vivido en el campo. Eso fue lo que dijo el Álex que no dijo. De todas formas, la experiencia del hogar en Santiago ha sido espléndida, o en sus propias palabras, “a toa raja”.

Marcela hizo una pausa.

—Lo que pasa es que en el español la ubicación temporal es muy importante, ¿te hai fijao? Es una obligación del idioma diferenciar cuándo sucedieron las cosas: si algo ocurrió antes o si ocurrió después. Pero en el *mapudungun* lo que más vale es la referencia de la información: si lo que sucedió fue algo que viste con tus propios ojos o algo que te contaron.

—Así nos ahorraríamos varias noticias falsas... —comentó Lee.

Ella soltó una risita.

—Pero todo eso que sabes, ¿fue algo que te contaron o lo viste con tus propios ojos?

Marcela no supo qué decir.

—¿Por qué lo sabes? —insistió Lee.

—Porque me gusta estudiar y soy egoísta: creo que el mundo existe solo para que yo lo descubra.

—Y dale con lo mismo... si no eres egoísta, ¡no tanto!

—Gracias.

—¿Y los pacos? ¿Quiénes son los «pacos»?

Marcela iba a explicárselo, pero de pronto la *machi* cayó en trance.

—Eso que está hablando ahora es el idioma para comunicarse con los del otro mundo, por eso parece como hiperventilá. Dicen que incluso ven piedras saltando, y por cómo se mueve ahora, debe ser una presencia cuática.

—Es que en materia de revelaciones sobrenaturales toda prudencia es poca.

—Síííí, parece como si quisiera sacarse un demonio de encima. Ella siente que ahí está la hueá, por eso va pa allá y le hace cantos. Le hace y le hace. Porque no se trata solamente del paciente, ahora en los dos hay enfermedad, ¿cachái? De hecho, el espíritu maligno contagia a todo el grupo, por eso tienen que acompañarlo en la ceremonia.

—¿Nosotros estaremos enfermos también?

—¿Tú dices porque llegamos aquí?

Los gritos de una mujer los obliga a volver al *satún*, que parece en su momento más alto: la *machi* toca el kultrún muy fuerte, y el resto salta y baila al calor del fuego, algunos con arcadas y completamente separados de aquello que los rodea.

—Ahora entiendo, la *machi* es como una especialista del éxtasis.

—Precisamente.

—Lo que buscan es justo ese estado de confusión, ¿no?, como si necesitaran encontrar su lugar en él. ¿Será que los rituales sirven para recordar?

—O quizás es que nunca se está quieto, el pasado. Es bacán porque parece que no hubiera un límite claro entre presente, pasado y futuro, o como si el pasado, el presente y el futuro fueran una misma cosa.

—¡Galáctico! —exclamó Lee—. Ahora solo falta el sacrificio.

—¿Cómo así?

—Es que todo viaje esconde un gran sacrificio.

—¿Dónde leíste eso?

—Me lo contó alguien que conocí en el barco, un amigo.

—¿Tú crees que nosotros podríamos ser otra cosa que lo que somos? —preguntó ella sin dejar de mirar al *kona* rapado—. Yo creo que no.

Lee soltó una carcajada y Marcela se llevó el índice a la boca: «Shhh».

Las pisadas levantan polvo y el temblor se extiende a través de la tierra. Huele a maitén, boldo y quillay. La *machi* camina hacia donde ellos se esconden. Gesticula con las manos para espantar lo que tiene al frente, sufre estremecimientos. Su cuerpo es un vehículo y ya no parece persona, ahora es otro ser y los mira directo a los ojos: *Entre los lingues hay muchas tumbas, escuchan. La bondad es como el agua.*

Los primeros rayos de sol comienzan a colarse entre las ramas mientras los gritos se acallan. El fuego está en las últimas y la luz refleja rostros transpirados.

Cuando parece que la ceremonia está por concluir, una gallina hace su aparición en el grupo. Va picoteando tranquilamente por la hierba hasta que la *machi* se acerca. Un segundo después, la toma por el pescuezo y la degüella ahí mismo.

La sangre brota con fuerza y entonces por fin existe algo así como un adentro y un afuera, o un antes y un después. La mujer distribuye chorros por el suelo y salpica a todo el mundo.

—¡Me quería morir! —dijo Álex Catrileo, con cara de suplicio—. Pero yo ahí, cumpliendo como *kona*, haciéndome el mapuche, mientras el resto corría y gritaba.

Marcela meneaba la cabeza como espantando una pesadilla. De pronto todo se vuelve real. Un sacrificio, no se esperaba algo así ni estaba preparada para verlo. Todavía no recuerda bien qué hace ahí, pero comprende que es casi mediodía y que las ramas ya no los mantienen suficientemente ocultos.

Lee está a su lado, con la mirada fija en el fin de la ceremonia.

Desde su izquierda, ella escucha a un pájaro cantar y, más arriba, el zumbido de un helicóptero. ¿Un helicóptero? Lo siguiente que piensa es que no sabe dónde está, a cuánta distancia del campo de la Carmen o cómo volver. Dolor de cabeza, sed y rasmillones en los brazos.

Oye pisadas a su espalda y vuelve la cabeza hacia las ramas. Por un instante está segura de que se trata de Julia o, más bien, tiene la esperanza de que sea ella y que pueda guiarlos de regreso. Toca el hombro de Lee.

—Tenemos que movernos —le dice y apunta hacia atrás con el mentón.

Él le dedica una inclinación de cabeza breve.

Marcela pensó: «Quizás salir sea más fácil que entrar», pero ni siquiera llegaron a ponerse de pie. Al oír los disparos, lo único que pueden hacer es cubrirse la cabeza con las manos.

Nuevos gritos de pánico, un racimo de lacrimógenas cayendo desde el cielo y policías apuntando con armas. Marcela que tira de Lee hacia el bosque.

No logran avanzar mucho cuando distinguen a otro grupo de uniformados acercándoseles entre las ramas. Más que policías, parecen militares, y Lee sale corriendo antes de que ella pueda decir nada.

Va tras él, y no sabe si el sitio donde se había desarrollado la ceremonia estaba más cerca de lo que había creído o es que corrió demasiado rápido, pero tarda muy poco en llegar. Aunque ahora ya no luce como antes: el fuego ha desaparecido y el único humo que sube desde la tierra es blanco e irrespirable; los gritos de las personas suenan diferente, suenan terrible, estremecedores, y mientras ella mira y piensa todo eso, no llega a decirle a Lee esa idea espantosamente mezquina, pero de vital importancia para ambos: «Esto pasa siempre, esto es normal. No vienen por nosotros, no te buscan a ti». Le dan por la espalda y cae al suelo. Pisan su mano y la patean en el estómago. Marcela grita. El pasto huele a sangre y alcanza a ver pies descalzos y bototos corriendo. Luego ya casi no puede abrir los ojos por las lacrimógenas. Su nariz se congestiona y le cuesta respirar. Esposan sus manos por la espalda y la dejan tirada ahí. Ella se aguanta las náuseas y resiente cada disparo con un escalofrío. Entonces se da cuenta: el eco de las balas, no es un enfrentamiento, y Lee. De todas formas, habría sido imposible decirle que no venían por él.

Vuelve a buscarlo apenas la levantan. Los ojos le arden, pero se esfuerza por mantenerlos abiertos. Lo que ve: policías echando la puerta de la casa abajo y arrastrando a una mujer por el pelo; dos niños tomados de la mano bajo una ventana y más policías entrando a la casa y botando algo que parece harina en la tierra. Del otro lado, junto a un grupo que corre hacia el bosque, cree distinguir a Lee.

Marcela intenta explicar que es un error, que ella no es de ahí, pero el hombre que la lleva por la espalda la golpea en la cabeza.

Antes de que la suban al retén, ve tres, cuatro, cinco tanquetas. También un carro lanza agua y a un adolescente siendo golpeado por dos policías.

En el interior del vehículo hay varias personas. Una de ellas está tirada en medio con los pies y las manos atados. Es una mujer mayor y un hombre con un disparo en el brazo trata de moverla con las piernas. Marcela permanece con la vista baja, aunque se da cuenta de que sus

acompañantes están demasiado consternados o malheridos como para notar su presencia, y debe ser lo que menos les importa en este momento: el hecho de que es una extraña. Algunos hablan entre sí, pero ella no puede entender lo que dicen.

El carro se pone en marcha. Al ruido de los disparos —que no se han detenido—, ahora se sobrepone la música que llevan los pilotos: un tecno noventero a todo volumen.

A su lado, una cara conocida. Es un hombre joven y rapado. Se aguanta las lágrimas y sangra por la nariz.

ANTES DE PARTIR

Lee tiene la vista fija en la A y la D del logo de su hawaiana. Son las únicas letras que quedan, la sandalia izquierda hace tiempo que no existe, el trébol ha perdido las hojas. Van dos días de trabajo sin descanso. Es decir, no hay modo de saberlo; los turnos han cambiado y casi no suben a cubierta. Pero se sienten como dos, y aunque dos no es mucho tiempo en el *Melilla*, debe ser por eso que se distrae más de lo común y sin darse cuenta. Ni siquiera nota cuando deja de olvidar para volver al trabajo, solo pasa de una cosa a otra. Su sentido del gusto es muy débil, pero de lo que recuerda, perderse así, sin más, se parece mucho a pensar en una persona que te gusta. Un trébol deshojado y un me gustas, eso es lo último que piensa antes de perseguir la mancha oscura que se extiende por cubierta. Por un instante creyó que brotaba desde sus pies, de entre las concavidades de sus dedos. Mientras comprueba que su piel está completamente expuesta, contaminada, decide —involuntariamente— ir tras la materia oscura. Desea partir con ella, avanzar hasta el canto de proa. Allí está Lee. Inerte no, quieto. Se da cuenta de que el pozo negro es una sombra, y ahora que lo sabe, puede observar el cielo: la nube es enorme y se extiende como una mantarraya. Él jamás ha visto una, pero sabe que son parientes cercanas de los tiburones, y así avanza la gran nube: esbelta y fusiforme. Sale de la nada. Allá arriba también hay otra cosa. En el mástil, algo enredado. Astasias unicelulares, quizás. Pronto desaparece de su vista la estructura. El barco es el lugar en donde vive y las cosas no van bien. Se siente solo. Aunque lo peor es que todavía recuerda la vida normal: que le gustaba salir y hacer tonteras, que no tenía sueños ni planes, y que siempre aplazaba el momento de volver a casa. Pero en la esquina siguiente no está la playa; ninguna ciudad termina junto a la orilla. El agua es lo general. Aun así, lo observa; al océano. Solo hay dos opciones, pero la toma, y le da pena no poder odiar al mundo. Está mirando la superficie. No las olas, sino la huella del aire, una vez más, con atención y algo parecido al afecto. Sigue empeñado en descubrir qué dirección graba el viento en ellas. Porque a veces parece que va en un sentido y, luego, en el otro. Aún no se acostumbra a eso. Un poco más atrás, al sur de su este, distingue un grupo de ballenas. Le caen tan bien como las marsopas —al desplante de los delfines jamás se ha rebajado— y le gustan los chorros que descargan porque pertenecen a la soledad. Sus colas tienen la forma de una copa de cóctel y están embadurnadas con bloqueador. Quizás yo también estoy desapareciendo, piensa. El Chamán le contó algo sobre los cantos de las ballenas. Dijo que eran «una colección de ecos» y él imaginó una biblioteca de discos vacía. Una vez estuvo en un bar cuyas paredes eran repisas llenas de vinilos. Había muchos extranjeros y él se durmió una siesta de media hora. Isla de la cerveza, así se llamaba el bar. No era de esperar encontrarse con alguna ballena tomando de su cola, o es que cuando los sonidos se transforman en ecos, ¿ya no son los mismos? De todas formas, las variaciones de sus cantos son mínimas, tanto que parece que siempre suena la misma canción. Escuchar a las ballenas se siente como empujar un carrito en el pasillo de los congelados; como oír una canción normal y hermosa. Y si se consideran las dificultades del medio acuático, no es difícil llegar a la conclusión de que sea justamente el oído su órgano más importante.

Hay otro ruido cerca, ahí han estado todo este tiempo Joshua y él. Entonces olvida recordar y vuelve al trabajo. Lo que hace Joshua es rasgar las escamas del pez con su uña larga y lo más molesto no es el ruido en sí, sino su irregularidad. ¿Podrán escucharlo las ballenas o formará parte de su colección de ecos?, ¿les molestará tanto como a él?

El pez es pequeño y plateado, el arquetipo del pez promedio; común en general. Después de muchos días de lluvia —de eso se enteraron todos—, el cielo parece recién salido de la peluquería: un celeste perfecto. El sol brilla como si fueran las cuatro de la tarde y podrá dormir cuando su grupo termine de pescar la comida para la tripulación. La uña larga de Joshua es su nuevo juguete. Se la pasa haciendo ruiditos con ella o acariciándola. Es tan larga que un almuerzo Yusril le preguntó si no echaba de menos sentir con esa capa de piel. «¿No extrañas tocar con esa parte del dedo?», dijo. Parece que fue hace mucho.

¡Concéntrese!, les ordena el Chamán.

El cigarro cuelga de sus labios. No ha parado de fumar desde que salieron de la factoría y su boca está arrugada, pastosa.

No es culpa nuestra que no haya pescados, protesta Joshua.

El señor Mun le da un golpe en la cabeza.

¡Es que es el colmo que no sepan pescar! Miren cómo está la red, les grita mirándolos alternativamente. ¡Que tenga que hacerlo todo yo!

Joshua se soba la cabeza y va a esconderse detrás de Yusril. Va sin camisa. Su pecho es lampiño y la piel está salpicada con pintitas blancas. «Son de nacimiento», les contó como si fuera algo de qué presumir. «Pero al menos los pesticidas no me dejaron tonto», y, como era de esperar, el Chamán dijo: «¿Estás seguro?».

Lo cierto es que las manchas blancas le quedan bastante bien: ya sea por el contraste con su piel bronceada o por su abdomen, porque aunque bajó varios kilos, mantiene la fibra. «Joshua tiene un muy buen cuerpo», ha pensado Lee antes. Hoy no, en este preciso momento Joshua no le gusta nada.

La red sube con una botella de plástico y envases prehistóricos de papas fritas o galletas.

Joshua se acerca a la basura y la examina con intriga.

Yo creía que cuando los dibujos animados pescaban botas era por chiste, dice.

Yusril ríe por lo bajo. El señor Mun devuelve el plástico al mar y da órdenes.

Lee prepara los cebos. En la mano derecha tiene cuatro moretones y en la izquierda seis. También hay manchas púrpuras en sus brazos y piernas. Sus manos están frías, aunque tampoco es que las sienta, únicamente puede mirarlas.

¿Cuál es tu color favorito?, pregunta Joshua sin preámbulos, como siempre. El mío es el amarillo. ¡Por supuesto!

Blanco, responde Yusril.

¡Por supuesto!, lo insta a completar Joshua. ¿Y el tuyo?, pregunta a Lee.

Él decide ignorarlo.

Apuesto que es rojo, insiste Joshua.

¡Por supuesto!, canta Yusril.

¡Por supuesto!, repite Joshua con regocijo. ¿Chamán?, tantea alargando el cuello hacia adelante.

El señor Mun responde en coreano.

¿Cua-cua-cua-cuál?, exclama Joshua.

Lo que dijo el señor Mun es: «Ya cállate, hijo de puta, me tienes hartos».

Lee replica algo entre dientes. Tampoco está de humor, o más bien, se lo quitaron; le descontaron su humor del sueldo. «Lo único que vamos a pescar aquí es un resfriado», ha repetido Joshua como cinco millones de veces. Y ninguna de ellas fue graciosa.

Setki, insiste Joshua para sí. ¿Es azul?, ¿gris?

El Chamán mira hacia el otro lado, hacia lo que él llama sur. El sol está bien alto, casi en el medio.

¡Púrpura! ¿Acerté?

La red trae solo un pez.

¿Y si probamos después del descanso?, propone Yusril.

¿Cuál descanso?!, alega el Chamán, pero igual va hacia el otro grupo de pesca para consultar.

¿Es púrpura?!, grita Joshua mientras se aleja.

Los tres siguen al Chamán con la mirada: primero habla con el comandante Romeo; después caminan juntos hasta el oficial Yoo y esperan que termine de mear.

Cuando ven a Yoo negar con la cabeza, suspiran a un mismo tiempo. Joshua con desilusión, Yusril con cansancio y Lee con fastidio.

Joshua aprovecha que Yoo y el señor Mun están distraídos para ponerse la chaqueta y guardar el pez en su bolsillo.

La comisión, dice, y pone cara de ser muy astuto.

Yusril meneaba la cabeza.

¿Qué?, protesta Joshua. ¡Hoy no nos dieron nada! Además, agrega extendiendo una mano hacia el exterior: la mar provee...

Se queda contemplando el oleaje con una sonrisa de oreja a oreja. Unos segundos después, el brazo cae y se disuelve la media luna de su boca. Suelta un suspiro largo y sonoro.

Me da tanta pena el océano, dice poniendo el énfasis en la palabra «tanta».

¿Pena?, repite Yusril.

Lo digo verdaderamente en serio. Mucha mucha mucha mucha tristeza.

Yo le veo bastante bien.

¡Ahora!, ¿pero y cuando nos vayamos a Marte? ¿Qué va a pasar?!... Cuando todos nos vayamos a vivir a Marte y el mar se quede aquí con toda esta basura y todos estos peces que van a estar deformes de tanta basura. ¿No les da pena?

A ver si nos hacen un favor y te dejan aquí acompañando al mar.

Ahora es Joshua quien meneaba la cabeza, profundamente decepcionado del sistema valórico de su compañero. Vuelve la vista a las olas. Su cara adquiere una expresión grave y desanimada, verdaderamente en serio.

Por un instante, los tres observan las aguas del Pacífico.

Quién sabe si ya no se fueron a Marte, dice Yusril.

Lee se relame los labios. Sal, recuerda. Cuando su abuela colgaba pescados en la loma oriental de Dadae-dong. Los tendía como si fueran ropa y esperaba que la brisa marina los curara. Era un camino largo colina arriba y él además tenía que ayudarla a venderlos en Jabalchi. En el mercado también trabajaba su madre, aunque él apenas la vio un par de veces.

Si todo desapareciera, sería como siempre ha sido, piensa Lee y luego recuerda otra cosa: «¿Has estado solo en un sueño? Pero no respondas sin pensar. Piénsalo bien. Yo lo pensé bien y me di cuenta de que no recuerdo ninguno en que haya estado realmente sola. Me sorprendió mucho y después me sentí un poco triste, como si me faltara algo, un poco de soledad».

La última vez —la última antes de la última— fueron a dar vueltas por el distrito de Haeundae. Comieron sandía y conversaron frente a las vitrinas. Mido habló sobre la felicidad, así que cuando piensa en ella, eso es lo que viene a su memoria. Todavía no tenía el dinero del robo, pero igual entraron a la tienda de golf a probarse el conjunto de Hugo Boss inspirado en *Toy Story*. Cuando imagina cómo irá vestida, esa es la ropa que se le viene a la cabeza. Él se probó unos guantes y, tras practicar su *swing*, realizó un *slice* imaginario impecable. Siguió la bola inclinando su cuerpo hacia el pecho de Mido. El tiro fue muy lejos.

Hoy he pensado gran parte del día en ti. Había pasado mucho tiempo en que no lo hacía. Ahora duermo siestas, ¿sabes? Tú decías que era bueno para rejuvenecer. Esta tarde dormí en el bar Isla de la cerveza. De siete a siete y media, pero dormí profundo. Fue lindo, y estuve todo el día pensando que mañana sería domingo y te escribiría. ¿Crees que hay cosas más injustas de las que merecemos? (eso me gustaría preguntarte cuando escriba). ¿Opinas lo mismo sobre la felicidad? Desperté con hambre, porque no había comido desde el día anterior. Si te soy sincero, este país no es lo máximo. Lo máximo eres tú y la realidad es una. Hay tantas cosas de ti que no alcancé a conocer, pero también puedo quererlas. Es casi lo único que sé. Extrañarte siempre fue bueno.

Un buque se acerca a Lee, Joshua y Yusril. Es un rampero de bandera China y avanza muy rápido. No se ve ningún hombre en cubierta y es realmente enorme, y a su lado el *Melilla* parece un andamio frágil, casi tambalea, o eso cree Lee.

¡Put a que me incomodan los pies!, se queja Joshua.

¿Incomodan?, repite Yusril.

Siento como si me hubieran cosido el pie derecho en la pierna izquierda y el pie izquierdo en la pierna derecha, explica Joshua mientras se rasca la oreja con su uña larga.

A mí me duelen las rodillas.

¿Por qué dijiste eso?, pregunta Lee con irritación.

¿Qué cosa?

Que te «incomodan los pies». Es raro.

¿Ah? No sé...

Sí, claro. ¿De dónde lo sacaste?, insiste y lo empuja por el hombro.

Ya te dije que no sé, solo se me cruzó por la cabeza.

¿Que eres tonto? ¿No piensas las cosas antes de decirlas?

¡Ay! ¡Ya déjate de pensar tanto en las palabras!

Lee se abalanza hacia él con intención de pegarle.

Joshua esquiva el golpe, pero cae al piso. El coreano le grita que se levante y pelee.

Joshua mira a Yusril confundido.

¿Qué bicho le picó a este?

Lee está a punto de arrojarse contra él. En realidad, la rabia empezó sin que se diera cuenta. Pero aunque ahora lo sabe, sigue con ganas de golpearlo hasta que no pueda decir una cosa más. Decide que no hará nada para detenerse. Y está a punto de hacerlo, cuando de pronto ve que algo

se sacude en el pecho de Joshua. Desde dentro de su chaqueta, sobre su piel.

Una mancha húmeda, el arquetipo del pez promedio, común en general. Aletea.

* * *

Otra vez despertaba con una pesadilla. Después de abrir los ojos, lo primero que hace Lee es buscar su navaja: está en su mano. Aprieta con fuerza y espera lo peor. Cuando escucha los ronquidos de Joshua, comprende que soñaba. Se yergue aferrando la cuchilla y observa alrededor: nada extraño, la habitación se mece y, aun en las posiciones más incómodas, todo el mundo duerme. El aire que bota no alcanza para calmar los latidos que golpean su pecho, y lo que experimenta a continuación es el dolor de todos sus músculos, y la tristeza por estar despierto, y el miedo de volver a cerrar los ojos. Joe empieza con su ataque de tos. Es una tos seca y solo se calma cuando Riz le acomoda la gorra de béisbol sobre la cara. Las letras blancas de «Alaska» siguen manchadas de rojo, pero aparte de eso, Joe la mantiene muy limpia. Riz y su hijo llegaron a la pieza después de que ocuparan la suya como contenedor, y en compañía del Viejo Qiang, Ka Wong, Hao y Yin. Habían creído que sería imposible acomodarlos a todos, pero ahí estaban, acurrucados en el rincón más húmedo, o colgando de hamacas improvisadas y sumando sus olores al aroma general de sudor y orina.

El motor del *Melilla* resuena en los oídos de Lee. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que subió a cubierta y extraña ver el mar.

Lee, susurra. Lee Jae-yong. El miedo todavía sigue dentro suyo.

Yusril tira de su pantalón para que se acueste, pero él se queda quieto, incapaz de girarse o reunir las fuerzas que necesita para tomar las mantas, esperando lo peor.

Cuando cierra los ojos, vuelve a pensar en Lee. En realidad, los sueños que tiene con él no son pesadillas; solo lo ve eviscerando calamares en la fábrica o hablando en indonesio, pero no le gusta que lo visite.

Alcanza a ver su nombre en la pared, bajo el de los hijos de Yusril.

유지태

¿Y esas casitas?, preguntó Joshua antes de escribir el suyo, ¿tu novia secreta?

Así se llamaba mi mejor amigo.

¿Se llamaba?

¿Cómo se pronuncia?, preguntó Yusril.

Yu Ji-tae.

* * *

Joshua no había dejado de soltar suspiros.

Estaba limpiando los aparejos en cucullas, con los hombros caídos hacia adelante.

¿Qué te pasa?, preguntó Yusril tras la última expiración de su amigo.

Ay, no sé..., dijo Joshua. Estoy triste.

Yusril se levantó y dio un vistazo rápido al cielo: el pedazo blanco que no es mar. Entrecerró los ojos y también soltó un suspiro.

Es que está nublado..., explicó.

Junto a ellos está Lee. Sentado sobre el revés de un cubo, para cuidar su tobillo. El hambre lo mantiene despierto, pero teme que también termine olvidando eso y cada tanto se obliga a levantar la cabeza. La distracción que le proporciona el océano no produce el efecto de antes, antes cuando era antes con seguridad. Ola a ola se repite sin llevar a nada, ofreciéndose ahí para nadie.

Joshua apoya la mejilla en el hombro de Yusril.

¿Ya dimos la vuelta al mundo?, pregunta.

Todavía no.

Era su primera vez en un calabozo, pero no le sorprendió que el espacio fuera reducido, aun considerando la cantidad de personas: contó diecinueve, entre ellas dos niños. Una de las ventanas estaba sellada con cemento y la otra conectaba a un pasillo exterior que los funcionarios debían ocupar para fumar, porque entraba más humo que luz y olía a cenicero. De ahí venía también el calor y unos pocos sonidos familiares: la chispa de un mechero, mensajes de WhatsApp, palabras en español. Los cables eléctricos colgaban desnudos y un tubo fluorescente no terminaba de encender. En el suelo, aserrín mezclado con barro y, en los muros, filtraciones de agua. Para molestar lo menos posible, Marcela se quedó junto a una gotera de caída metódica pero silenciosa. Primero de pie y alerta, aunque sin llegar a ser despectiva —esperaba—, un rato más en cuclillas y, finalmente, cuando se dio cuenta de que iba a pasar muchas horas ahí, sobre el confort que le permitían sus glúteos. Fue entonces cuando una mujer se acercó para preguntarle cómo estaba. Se llamaba Cristina y su sobrino, Camilo, un chico de catorce años, le mostró las cicatrices por perdigones que tenía en la pierna. También era su primera vez en una celda, pero se veía bastante tranquilo. Mucho más que ella o esa otra mujer que lloraba tan amargamente, aunque sin hacer ruido. Como la gotera, pensó Marcela, y le supo mal enseguida.

La policía iba por alguien cada tanto —a quien llamaban «indio culiao» y/o devolvían con nuevos moretones— y Cristina le contó de los allanamientos: «Llegan de madrugada echando la puerta abajo y nunca presentan una orden. Dicen que buscan armas, pero la última vez se llevaron unos azadones y una caja de fósforos como pruebas, cuando en cualquier casa de campo hay cajas de fósforos. En octubre, una de las lacrimógenas cayó sobre una casa y los niños salieron corriendo hacia los cerros. Estuvieron perdidos como hasta las doce de la noche».

Mientras la escuchaba, Marcela sintió que a quienes les debía una explicación era a ella y Camilo, no a la policía. De cualquier forma, a ninguno de los dos les extrañó que anduviera dando vueltas por el bosque esa mañana, ni que estuviera sola o perdida. Es decir, las dudas se disiparon cuando mencionó a su abuela Carmen. Cristina dijo que conocía bien el campo y a sus tíos. A Marcela le preocupó, pero se contuvo de explicarle que no se relacionaba mucho con ellos.

—¿Qué significa lo que está diciendo él? —preguntó. Se refería a un hombre que murmuraba algo en *mapudungun* desde que los metieran al calabozo.

—Me mataron —tradujo Camilo.

Cristina les explicó a los guardias que Marcela no estaba con ellos. «Es chilena», dijo, y aunque era cierto, se sintió mal al escucharlo. Como si en vez de intentar ayudarla, Cristina estuviera acusándola de un delito vergonzoso.

Marcela tampoco convenció al carabinero y fue deprimente repetir que «no estaba haciendo nada», cuando lo que debería haber dicho era: «Tampoco estaba haciendo nada malo». No se atrevió, y lo peor fue el sentido neutral de sus palabras; darse cuenta de que en el fondo era asquerosamente honesta. «Hacer nada» significaba justamente eso, apartarse sin tomar una opción.

—Estaba con un amigo —esto sí que se arriesgó a mencionarlo—, un hongkonés.

—¿Nombre? —preguntó el policía, como si tuvieran a muchos hongkoneses apresados.

—Wong Kar-wai —respondió ella.

La confirmación de que no habían tomado detenido a nadie que se llamara así, o hongkonés, la tranquilizó e inquietó por igual.

Después de que Miguel viera el rasmillón que tenía en la frente se quejó por casi una hora con el oficial. «No me importa quién cree que tiene la culpa, pero mi hija no está acostumbrada a que la traten así», dijo, y amenazó con llamar a un supuesto amigo coronel que tenía en Temuco. Marcela se encogió de la vergüenza, pero en el fondo la hizo sentir mejor que alguien pidiera explicaciones por toda esa violencia.

—¿Lee está contigo? —le preguntó a su padre de camino al campo.

Él negó con la cabeza. Fumaba su tercer cigarro.

Aunque ya intuía la respuesta, le dolió que Miguel no preguntara qué había pasado. Dolía porque estaba segura de que ya se había hecho una idea del asunto, una idea con aroma a perfidia, o a algo torcido que se emparentaba con su línea sanguínea materna.

—Apenas lleguemos salgo a buscarlo.

Miguel tardó un par de caladas en responder.

—Puedes hacer lo que quieras, Marcela. Solo intenta que no te metan presa otra vez.

Ella tuvo que volver su rostro hacia la ventana. Mientras se esforzaba para que su respiración no delatara sus emociones, distinguió una torre de 3G: era el triple de alta que las de Santiago y contó cinco antenas. Entonces recordó las anécdotas que contaban sus excompañeros de trabajo: que los mapuche los persiguían en las mediciones. «Creen que somos policías y que estamos instalando cámaras», se burlaban. Recordó que también había reído.

Después de saludar a su abuela —que, al igual que sus tíos, creía que había estado acampando—, tomó linterna, binoculares y trotó sendero abajo. Se paró sobre el tronco muerto del día anterior y atisbó el bosque. Las ramas esta vez formaban un muro verde infranqueable y aunque el atardecer lucía tan espectacular como ayer, lo odió por dejarla sin suficiente luz. Llegó al río antes de que anoheciera y observó alrededor con la respiración agitada, sabiendo ya —sintiéndolo muy fuerte en el pecho— que no iba a encontrar a Lee.

Se despertó temprano para continuar con la búsqueda, recordando —volviendo a su libreta de notas para recordar— cuántos días había dedicado la Gobernación Marítima a los rastreos en Punta Arenas: siete. Toda una semana con cincuenta militares desplegados. Pero no miraron en el sentido correcto, se repitió mientras bajaba y subía por el sendero. ¿Y dónde buscaba Marcela? En el campo de su abuela, en el bosque, a través de formaciones densas y confusas, entre lagos, ríos y montañas. Pero aun después de tener la sensación de estar inmovilizada en el mismo sitio por horas, mantuvo su premisa: es tierra firme, no pudo habérselo tragado. Esa misma noche cayó enferma de amigdalitis. Y tal vez fuera por la fiebre, pero se le ocurrió comprar una moto. Con una todoterreno barata podría ir más lejos y rápido. Todavía le quedaba un poco de dinero de la indemnización. La idea rondó por su cabeza mientras se recuperaba y, dependiendo de su estado emocional, brilló por su genialidad o estupidez.

—No te entiendo, Miguel. Todas las cosas que hiciste para ayudar a Lee y ahora como si nada. Tú conoces mejor la zona, deberías acompañarme. ¿Que no estás preocupado?

—Sí, Marcela. Pero estoy más preocupado por ti —dijo él, y como iba vestido con el traje de apicultor, la excusa se vio favorecida por su apariencia inocentona.

—¡Ah, vale!, te lo agradezco mucho.

Él la invitó a sentarse en el pasto con expresión resignada, como diciendo: «Si ya no queda más remedio que discutir, al menos deberíamos hacerlo más cómodos y sin perturbar la jornada de las abejas».

—Ayer fui a buscar el repuesto para el auto, espero que me aguante el viaje de vuelta...

—¿Ya te vas?

—¿Qué me voy a quedar haciendo aquí? —respondió él encogiéndose de hombros—. Me han salido varios pololitos y ya fueron suficientes vacaciones.

—O sea que eso fueron para ti, «vacaciones».

Miguel volvió a encogerse de hombros.

—Yo creo que me regreso a Punta Arenas la próxima semana. Después del cumpleaños del Matías. Tú, ¿qué piensas hacer?

—Encontrar a Lee, ¿qué más voy a hacer?

—Podrías volver a Santiago y buscar trabajo.

—¿Porque de eso se trata la vida, cierto?

—Sabes que no es lo que quiero decir.

—¿Ah no?, explícate mejor entonces, porque no entiendo.

—¿Qué no entiendes, Tita? ¿Que vivo en Punta Arenas hace más de diez años?

—No, si eso lo sé hace tiempo, aunque nunca lo aclaraste cuando te fuiste.

Miguel palpó los bolsillos del traje en busca de su cajetilla. Estaba vacía y ella no le ofreció de los suyos. A falta de cigarros, respiró profundo y soltó. Luego dijo:

—Hice todo lo que pude para ayudarlo, Marcela. Lo escondí allá, lo traje para acá... Estoy seguro de que Lee está consciente de que le teníamos cariño y sé que él también a nosotros. ¿Pero no has pensado que quizás no quiere que lo busquemos? Que si se fue con su mochila y sus cosas, que si no está aquí con nosotros, es porque así lo decidió.

—¿Y dónde va a ir si no habla español?, ¿qué va a hacer? No es que pueda buscar trabajo en el diario.

—Tienes razón en que no va a ser fácil, pero para nadie lo es.

—Es un caso bien distinto, Miguel.

—Claro, pobre Lee... ¿pero qué íbamos a hacer con él? ¿Adoptarlo y pasar las Fiestas Patrias o la Navidad cada cinco años?

—No soy idiota, papá, solo digo que podríamos ayudarlo un poco.

—¡¿Y cómo vamos a hacerlo si se fue?! No eres idiota, eres mi hija y entiendo tus buenas intenciones. Pero tienes que aprender, tienes que entenderlo, Tita. A veces la gente desaparece de tu vida, personas importantes, y no puedes hacer nada. No es algo que puedas controlar. A mí me costó muchos años darme cuenta y fue tiempo perdido, ¿entiendes? Perdí esos años, pero tú eres joven y tienes que volver. Debes hacerlo aun si no tienes un lugar que sea tuyo. Preocúpate por ti misma, que Lee va a estar bien. A veces también pasan cosas buenas y, si lo pensamos, ya ha tenido bastante suerte.

—En lugares extraordinarios pasan cosas extraordinarias, ¿no? ¿Esa fue la hermosa lección que aprendiste en Punta Arenas mientras tu familia estaba sola en Temuco? Gracias, papá, pero no creo que seas el más indicado para darme consejos.

—¡Por favor, Marcela! Solo conociste a Lee porque estabas desesperada. ¿Crees que no lo sé? Nunca hubieras ido a verme si Diego no te hubiera dejado, así que no vengas a echarme la culpa a mí de que no se te ocurriera nada mejor que renunciar a tu trabajo.

Ella afirmó con la cabeza. Tragó saliva y apretó hacia abajo con la garganta para que, fuera lo que fuera que empujaba hacia arriba, no saliera.

—Perdóname, hija —dijo él tras unos segundos. Acercó una mano por el pasto, todavía con el guante de protección, sin llegar a tocarla—, ya sabes que soy muy bruto.

Marcela tosió para aclararse la garganta.

—Está perdido, Miguel.

—No, Tita, no está perdido. Nos dejó, que es diferente.

Una semana después, caminaba al paradero con la mochila al hombro. Su padre partiría en tres días, y donde fuera que se encontrara Lee, iba a quedarse. Vio que tres jotes volaban en círculos justo arriba suyo, ¿es que así de moribunda se veía?

Le quedaban quinientos pesos en efectivo y su plan era tomar una micro interprovincial que la acercara a algún cajero. Mientras esperaba, buscó la foto de Lee en el cementerio. La observó largo rato, intentando no pensar en nada, pero sin lograrlo.

«Todo viaje esconde un gran sacrificio», recordó.

Fue entonces cuando apareció Julia, trotando con la cabeza en alto como un apuesto Simba adolescente o, mejor, una Nala guerrillera. Iba en su dirección y Marcela tuvo la esperanza de que Lee viniera tras ella. Lo sintió en su pecho, muy fuerte, como una premoción. Desde alguna rama, la canción de un pajarito solitario. El viento apenas soplaba.

—No creo que sea necesario decirlo... —empezó Miguel cuando fue a despedirse—. Sabes que no puedes contárselo a nadie, ¿cierto? Al menos por un rato.

—Ni que fueran a creerme... Pero cuenta con eso —agregó, ya que Miguel la miraba tan serio—. Hay otra cosa también... No estoy tan segura, pero puede que Lee esté metido en un problema. Algo grave en su país.

—Ya sé —respondió él enseguida, con sobreactuada indiferencia.

—¿Ya sabes? ¿Qué sabes? ¿Que no se llama Lee? ¿Lo buscaste en internet?

—Esas cosas se notan, pero claro que lo busqué en internet. ¡Quién te crees que soy!

Marcela apretó la boca.

—¿Estará bien dejarlo así?

Miguel se encogió de hombros.

—Ya no es asunto nuestro.

La hija enarcó las cejas y estuvo a punto de contestarle algo, pero ¿de qué iba a servir? Sin importar qué ingeniosa ironía o insulto le gritara, las cosas no iban a cambiar. Ya nos hemos dicho casi todo, pensó, y no parece suficiente.

—¿Nos vemos para las Fiestas Patrias, entonces? —dijo el padre tendiéndole una bolsa con un kilo de papas para el regreso.

Ella meneó la cabeza y ninguno de los dos se movió de donde estaba.

—¿Qué? ¿Ahora toca abrazarnos y ponernos a llorar? —preguntó Marcela.

Miguel soltó la risita contenida que ella deseaba.

Escuchó que algo se acercaba al paradero. Era un camión, y en pocos segundos cruzó frente a sus ojos. Conducía demasiado rápido para ir por un camino de dos vías y para la carga que transportaba: tres remolques con troncos. Lo siguió un camión vacío y tres más a toda su capacidad. Eso era bastante madera para quince segundos y, cuando cayó en la cuenta, no dejó de verlos pasar. Del otro lado cruzó un zorrillo y dos patrullas de Fuerzas Especiales. ¿Y si hubiera buscado un poco más, se preguntó entonces, aunque solo fuera para agradecerle a Cristina y Camilo?

—Chao po, Julia —le dijo cuando ya se acercaba la micro, y la atrajo hacía sí para frotarle el lomo—. Sin ti hubiera sido diferente, oye. Hubiera sido peor... Gracias.

Volvió a ver a Lee por la noche, mientras el bus avanzaba hacia Santiago.

—Diego me llamó hace unos días —le contaba Marcela en el sueño y la sensación de que se quedaba sin aire por la pena fue muy real—. Vamos a vivir juntos, en mi departamento. Yo estoy muy feliz, creo que ahora sí que nos resulta.

Él le dirigía una mirada cómplice, como si entendiera por qué mentía.

Caminaban juntos otra vez, pero no se parecía a Punta Arenas ni al campo, y en determinado momento eso terminaba por irritarla y exigía que le explicara dónde estaban. Se miraban en silencio y Marcela suplicaba: «Por lo menos dime algo». Un instante después estaban frente al mar, en un playa pequeña, blanca o con nieve, de noche. Ella respiraba de ese aire helado. Sin apartar la vista de las olas, decía:

—Así que esta es Corea.

Mientras El Mayor se hurga el oído, desde su cuello salta una pulga.

Detrás oye al Almeja. Lee conoce las palabras, pero el contexto no le alcanza para entender.

Whong Navarro hace gárgaras. Un ruido metálico y obediente. Olor a diésel.

Su atención deambula ociosa mientras Joshua se queda pensando con cara de cálculos: crea una lista con los dedos y abre mucho la boca.

De las palabras de Jueves solo conoce una. Significa algo así como agradecer de todo corazón, casi de rodillas.

Si los seres humanos saltáramos como pulgas... empieza Joshua.

Lee afirma con la cabeza, pero no atiende.

Lo que dicen los filipinos está más cerca.

El comandante Romeo está explicándolo con una sonrisa en la boca.

¿Te imaginas?, continúa Joshua. ¡Mil metros con setenta y ocho centímetros! ¡Galáctico!

Eso mismo, dice Bobby, y Lee también oye el sonido que hace su cuello al crujir.

De Gibbs no retiene nada. Sus palabras no valen la pena, pero la línea roja que ciñe sus uñas llama vertiginosamente su atención.

Aquello sobre lo que están discutiendo los filipinos tiene un tono casual.

Whong Navarro expresa diversas combinaciones: la acción de ocultarse y la de vivir en el sentido de habitar. A Lee le gusta mucho la ese intermedia que suaviza el sonido de las vocales. Todavía no está seguro, pero cree que están hablando de la lluvia.

Salivas Foix utiliza otra forma de la acción, algo así como «dar la impresión de». No dice lluvia, pero señala la cualidad de pura y transparente. Tal vez porque supone que el agua está muy limpia. La perplejidad con que lo dice supone intriga, y no se resuelve.

Kaye hace referencia a la primavera, aunque sin nombrarla.

El comandante discrepa y Janno Gibbs dice «invierno».

Navarro no responde, así que Lee mira sus ojos: es un sí.

Susurros a su espalda con la idea de terminación o final de algo. Una despedida entre Bobby y el Almeja.

Navarro insiste con las acciones. A lo que se refiere es a una mezcla de ser claro y nítido, acaso entrar en ese estado de nitidez.

Lee escucha los sonidos que vienen desde afuera. Deben estar hablando de la lluvia, piensa, porque de hecho, afuera llueve.

Los filipinos se lo quedan mirando.

El agua es agua, le gustaría decirles, pero el frío allá afuera no tiene estación. Este lugar en que vivimos es sin estaciones.

Es lo último que escucha en el día. La jornada comienza y no termina. Tampoco hay momentos buenos, únicamente cansancio. Es de esos días: como si no pudiera ver a nadie, o como si estuviera solo. Resulta imposible cualquier tipo de reacción. Y pasan varios días, o es que la mayoría del tiempo es así. ¿Cuánto tiempo toma mucho tiempo? Ningún comportamiento común para reconocer. ¿O es que cualquiera de las variaciones climáticas dura varios días?, la mayor parte del tiempo, pero siempre lo mismo. Y lo que queda se lo pasa demasiado ensimismado en sus rodillas, que siente congeladas incluso cuando no hace frío. Y también

piensa: la gente siempre habla sobre el clima solo cuando no hay nada más de qué hablar antes que hablar sobre el clima. ¿O es el tiempo? Pero el clima es algo muy importante, quizás lo único importante.

Cuando realmente llueve, debes hablar sobre la lluvia.

Aunque todo tipo de reacción sea imposible, ¿quién podría decir con seguridad que sabe algo más del mundo?

A continuación, abre los ojos. Estoy cansado, piensa.

* * *

Ese día le tocó dormir en el rincón. No bastó con que la manta estuviera mojada, su estómago vacío y los dedos tan agarrotados que casi no podía moverlos; también tuvo que acurrucarse con las rodillas pegadas al pecho y soportar las gotas que caían justo sobre su sien. El golpe era irregular, las gotas cargadas, como de medio litro por gota, y lo que pensó Lee fue: si logro quedarme dormido, soy un genio. Así que cuando abrió los ojos, olvidó por unos segundos aquello que se había colado en sus sueños y abrazó la satisfacción de haberle doblado la mano a semejante incomodidad y de la mejor forma posible: sin darse cuenta. Luego volvió a la sensación que había interrumpido su descanso y que le había hecho saber, ya en el sueño, que algo malo ocurría cerca. Y ocurría espantosamente cerca. Ahora está ovillado en el piso. Al principio le cuesta entender de qué se trata, pero en cuanto lo comprende quiere cerrar los ojos. Frente a él está Yusril con una navaja en el cuello y, cerca de su hombro, la cabeza de Silbidos. Su calva sebosa escama con manchas rojizas y, a medio caer, el peluquín parece una cosa viva, mojada y repugnante. Forcejean.

El alcohol que despiden Kang le hace sentir náuseas y el miedo lo paraliza, un miedo nuevo. Teme por la reacción de Silbidos, pero sobre todo por la de Yusril. Lo conoce lo suficiente como para saber que preferiría que no lo ayudara; que intervenir supondría una traición de su parte y una vergüenza aún peor.

Con Yusril las pruebas de amistad exigen un compromiso de abstención: Lee debía ser cuidadoso, cuidadoso en mostrar desinterés. Si había que preocuparse por algo, que fuera únicamente por alejar cualquier forma de compasión.

¿Qué hacer entonces? Lee no alcanzó a preguntárselo. Tampoco se detuvo a analizar de cuánta fuerza disponía o qué tan entumecidos estaban sus dedos como para moverlos bien, solo lo hizo: intentó quitarle a Silbidos la navaja de las manos.

Kang lo golpea con el mango sin problemas y vuelve a presionar el filo contra el cuello de Yusril. Esboza una sonrisa como advertencia y va subiendo el filo hasta su boca. Presiona hasta obligarlo a abrir los labios y araña sus dientes, las paletas que Yusril siempre esconde al sonreír. Fija el cuchillo en el centro y hace presión hasta que unas gotitas de sangre afloran en las comisuras de su boca. Lee está a punto de llamar al Chamán, de gritar por quien sea, pero Yusril le ruega que se detenga.

Solo son unos ruiditos globulosos, el dialecto de un animal marino de brazos blandos y concéntricos, todo color zafiro. Yusril habla el lenguaje de los animales flor, y aunque Lee jamás podrá traducir sus motivos, acepta lo que le pide. No es un honor ser el silencio de alguien, pero

así como comprende que no va a ser la última vez que dañen a su amigo, también es una oportunidad para que alguien respete su decisión.

La respiración de Yusril empaña el metal, le tiemblan los labios y la voz. Los ruiditos de su voz, los esfuerzos que hace por hablar bajo. Con sus ojos invita a Lee a dejar de ver. El animal flor se cierra.

Dejan que ocurra. Es aterrador, pero no como una pesadilla. Es real y necesita de un periodo medible para que suceda; para que termine y pase y ellos puedan dejarlo atrás. Para que deje de ocurrir. Lee debe aferrarse a esa idea. Porque para que deje de ocurrir, primero tiene que empezar y continuar. Si algún tipo de orden queda en el mundo, es ese: todo principio encuentra su fin. Aprieta los ojos y reprime sus manos, el dolor de sus rodillas. Se grita cosas para no escuchar. Espera.

Quizás haya ocurrido antes, eso es lo que más pena le da.

Abre los ojos con los gritos de otro marinero, las pesadillas de otro hombre. Silbidos no está ahí. Yusril tiene la mirada fija. Solo eso.

Afuera la tormenta sigue y Lee recuerda que su sueño también se había impregnado del sonido del agua filtrando; por el techo y al descender por las escaleras, ese sabor dulce a metal corrompiéndose. Fue un sueño frío.

Separa los dedos de su cuerpo y toca la mano de Yusril. No hay respuesta al contacto, el animal flor sigue cerrado en sí mismo y comienza a babear una sustancia amarilla.

Lee limpia su boca con movimientos bruscos. Tira de su piel en el arrastre y empuja con fuerza hasta palpar el relieve de su dentadura. Lo único que se le ocurre es molestarlo, ser rudo para obligarlo a reaccionar; que llore o que le rompa la nariz. Ojalá llorara, ojalá lo odiara por permitirlo. Pero en la mirada de Yusril no hay rencor ni desolación, sino lo que ha visto siempre: los deseos profundos y tristes de seguir siendo una buena persona.

Yusril lo atrae hacia sí y Lee escucha los latidos en su pecho. Cientos de abejas revolotean dentro. *Anoche, cuando dormía, soñé —¡bendita ilusión!— que una colmena vivía dentro de mi corazón.* Ambos están empapados por la lluvia, pero estar entre los brazos de Yusril se siente como ser abrazado por la arena, por una duna a pleno sol, por las dunas que mejor conoce o, más bien, las únicas que ha visitado. Yusril lo sujeta bien, y pese a todo, se preocupa por él, por no molestarlo con su mentón o la presión de sus brazos concéntricos. *Ahora debemos dormir, intenta decirle. Justo debajo de nosotros hay un sueño y escondidos en la arena, los animales flor sueltan su polen. ¿Sabías que las abejas pueden escuchar?*

Permanecen acurrucados hasta que la sirena llama a formación.

Cuando Joshua despierta, se larga a reír y hace bromas tontas sobre su romance. Como ninguno de los dos parece despertar, se lanza a las mantas con un piquero de tiburón. Abraza a Yusril y acomoda sus nalgas con regocijo exagerado. Finge un runrún soñoliento y a los pocos minutos, de hecho, vuelve a caer en el sueño.

Al volver se sentía tan cansada que tuvo que sentarse en las escaleras. Se quedó ahí varios minutos, como si necesitara de algo más que las llaves para entrar. Miró la mochila y pensó que, como ya estaba lista, sería muy fácil ir a otro sitio. No tenía por qué ser lejos, con un hotel a un par de cuadras bastaría. Buscó alternativas en el celular hasta que comprendió que no podía gastar dinero en algo como eso, sobre todo considerando lo que iba a costarle encontrar un trabajo sin mentir.

Esperó un rato más sentada, consciente de que ya había regresado, pero sin ganas de moverse.

Su departamento estaba a oscuras y tal como lo había dejado cuando se fue: hecho un completo desastre. Café y ducha, se dijo, y saber que muchas personas pensaban lo mismo justo en ese instante la hizo sentirse menos sola.

Cuando se dio cuenta de que le habían cortado el gas y que no habría café ni ducha, miró pacíficamente los azulejos de la cocina, pero cuando el sistema no la dejó pagar los meses de atraso por internet, gritó y pateó como una niña acosada por cyberbullying.

Fue al sillón con una taza del café instantáneo para emergencias. Las cortinas estaban corridas y dio un par de sorbos a oscuras, con la esperanza de percibir un aroma remotamente familiar, como le pasaba de chica al volver de vacaciones y los olores y la disposición de los muebles de la casa parecían nuevos a sus ojos. Le hubiera gustado sentirlo, pero para eso primero debería haber pasado más tiempo en casa, o tener un lugar que se sintiera propio.

Observó el departamento: las cosas que la rodeaban eran ciertamente suyas y, pese al caos, parecía un hogar.

La conclusión no terminó de convencerla.

—Jueves —dijo para infundirse valor, pero le asustó oírse—. Hoy es jueves —repitió para alejar la sensación de eco.

Como no sabía la fecha, solo agregó: «Finales de febrero».

—Es el año dos mil catorce —y de verdad sonaba a que algo había cambiado—. Es mediodía y estoy triste.

Pero en realidad no estaba triste. O, más bien, el cansancio vencía a la tristeza y también a esa sensación de amenaza que la acompañaba desde que pisara las escaleras: la sentencia de una vida inútil, la que había dejado en suspenso al partir.

—Estoy en casa otra vez —se dijo a sí misma y no sintió casi nada.

Dejó la taza en el suelo y se acurrucó en el sillón mirando hacia su pieza. Las lucecitas del wifi brillaban en la oscuridad como los ojos de un gato.

Antes de quedarse dormida, pensó en Lee. Después en su padre, en Diego y otra vez en Lee. Fueron pesadillas, no recuerdos. Y al abrir los ojos fue todavía peor.

Seguía siendo el mismo día.

Eso a través de las cortinas era el atardecer, y por unos segundos no pareció real.

Le quedaba una hora para pagar la cuenta. Bajó con las llaves de su Peugeot para llegar más rápido a Vicuña Mackenna, pero al verla estacionada en el patio común sintió miedo. Pensó: si voy en moto me voy a matar.

Hacía calor en la calle, tanto que parecía un error, suyo por haber regresado, y de la ciudad por estar yéndose al infierno. La luz la hizo despertar a la gente y sus pasos. Tampoco sintió que había algo distinto en esto: todo seguía igual, conocía el camino y no podría perderse: había edificios y casas, micros ahogando la voz de las personas, una oferta de papel higiénico y una tienda de espejos. Antenas disfrazadas de palmeras, luces rojas y verdes. La luna seguía siendo la de siempre, pero, de tan pálida en el cielo, no confundía a nadie. Quería alejar los recuerdos y, al mismo tiempo, le molestó que toda esa gente caminara y siguiera con su vida como si fuera normal, como si nada hubiera cambiado en la de ella. Palomas picoteando restos de comida y sin reaccionar a sus pisadas, colchones en el suelo, rayados con demandas sociales en las paredes.

—Me importa un pico este país —dijo en voz baja.

El mareo comenzó en la sucursal, apenas se unió a la fila de clientes.

Una mujer la miraba fijo, y luego buscó en su cartera para extenderle un pañuelo. Como Marcela no entendió qué trataba de decirle, la mujer tocó su propia nariz. Entonces pudo sentir la humedad, pero después de pasarse la mano por la cara y ver la sustancia roja en los dedos, tampoco comprendió qué era. El miedo le entró al ver el piso, pero no por las gotitas de sangre sino por las baldosas celestes: un peso insoportable en los pies y la sensación de no saber dónde se encontraba. Ahí fue cuando notó que las cejas presionaban sus ojos y entendió que lloraba. Supo que alguien le hablaba desde atrás, pero el dolor en el pecho era demasiado fuerte y no logró levantar la cabeza. La sangre continuó fluyendo de su nariz y al cabo de unos minutos, no supo cuántos, logró utilizar el pañuelo desechable y salir por la puerta con ayuda de dos brazos que eran los suyos.

Caminó llorando hasta que no pudo más y tuvo que sentarse en el suelo, o más bien, de pronto se vio tirada en la vereda sin recordar cómo había llegado. Respirar se hacía muy difícil y también la afligía que no le importara llorar frente a las personas que pasaban por ahí.

Ella pensó: esta hueá es demasiado penosa, estas cosas a mí no me pasan. Levántate y anda a pagar tu puta cuenta. Creo que estoy triste hace mucho, solo que recién empiezo a notarlo.

Igual es chistoso llorar, o sea, físicamente, que te salga agua por los ojos.

Cuando estás llorando, tus lágrimas saben a sal.

Entonces vio las nubes siendo empujadas y pudo percibirlo: el viento que viene desde la costa y que jamás sigue una trayectoria lineal. Sentada bajo la luz del atardecer, la corriente fue hasta sus ojos para anunciar que el otoño se aproxima.

Date cuenta, le dijo, está cambiando. Una gota y otra gota. Escucha y date cuenta. Necesitas llorar un mar.

La relación entre aire y agua se ha vuelto agresiva en casi todos los océanos del planeta. El viento ahí sopla cada vez más fuerte, las olas son más altas.

—Me hace muy feliz tenerte aquí —dice el capitán mientras sirve el té.

Hace mucho que Lee no le llevaba almuerzo y, aunque está lejos de corresponder su alegría, sintió alivio cuando Yoo fue por él a la fábrica. El hambre le hizo dejar sus aprensiones de lado y tomó uno de los pastelitos de arroz y calabaza apenas el capitán se los ofreció. Y lo mismo con el té, que bebió de un solo trago bajo la mirada atenta de Park.

—Y tú... ¿me extrañaste?

Lee levanta la cabeza y él asiente satisfecho.

—Ya ves —continúa—. La producción fue muy intensa las últimas semanas. Gracias a la escasez de atún rojo, el calamar está en su mejor momento. Los cazadores van en declive y, sin depredadores, los bancos han aumentado. Solo tenemos que preocuparnos de llegar antes que los leones marinos, pero todavía queda anchoa y sardina suficiente...

Lee deja de prestar atención a su charla sobre mercadotecnia oceánica y se fija en las comisuras de su boca: una costra blanca se resquebraja por cada articulación fonética. Es una imagen desagradable, y sin embargo no puede dejar de mirar. El sonido de un motor enorme cambia su vista hacia la pequeña ventana. Todavía no está ahí, pero por el ruido que hace, sabe que se acerca y que podrá verlo cruzar el cielo, el pedazo de cielo blanco del que dispone. Está nublado, y a lo ancho es cortado por las bóvedas y cubiertas de varias embarcaciones, cinco a lo menos, que en perspectiva casi pasan por una composición urbana, techos vecinos vistos desde la ventana de otro edificio, en una ciudad cualquiera, o eso es lo que piensa Lee antes de que el avión devore el resto de sus sentidos con su vuelo supersónico. Aparece por fin y es más enorme de lo que esperaba, es decir, está volando más bajo de lo que creía. También es blanco, pero su tono no se parece al de las nubes ni a la costra reseca en la boca de Park. Su forma le recuerda a la barriga de una ballena. Un pájaro enorme, mitad pez. Desaparece. Él jamás ha viajado en avión, pero no le resulta extraño pensarlo.

El capitán retoma su conversación una vez que el ruido se disipa.

—Como te decía —agrega inclinando la cabeza—, el menú marino está cambiando: los calamares reemplazarán al pescado cada vez más. Nuestro rubro prospera y pronto empezarán a mirarnos con otros ojos.

Su tono suena más amenazador que optimista, pero en cualquier caso, no obtiene ninguna reacción de Lee.

—¿Otro *Hobak-tteok*? —pregunta, y además de sacar un pastel, distribuye dos toallas húmedas sobre el escritorio. Con una de ellas se limpia la boca. Las costras blancas desaparecen —. No quiero aburrirte con más excusas. El tiempo pasó y por fin estás conmigo.

Se acomoda un mechón de pelo tras la oreja con delicadeza. Lee no lo había notado hasta entonces, pero Park ahora luce una pequeña cola. La melena no encaja con la idea que tiene del capitán, pero sigue viéndose igual de prolijo.

—Por supuesto, no te cité solo para que comiéramos pastelitos. Hace mucho que necesitaba hablar contigo. De un tema importante.

Lee mastica y traga.

—¿Te parece bien?

—Sí, capitán.

—Te lo pregunto porque estuve dándole vueltas y creo que mi manera de acercarme a ti fue incorrecta. Sé que parezco una persona muy estructurada, aunque nunca ha sido a voluntad. Tú eres desordenado, pero a mí eso no me importa. Algo suelto es algo muy bueno en esos términos. ¿Por qué pensaste que no te respetaba?

Lee tarda un poco en comprender que la pregunta espera una respuesta de su parte.

—No lo sé, capitán Park. No creo haber pensado eso.

—Pues yo sí, y mi primera conclusión es que resulta una suposición muy difícil de contradecir. La segunda es: ¿sirve realmente que yo sea el malo?

Lee se limita a repetir que no entiende. Tose un poco y Park le indica la toalla húmeda.

—Por regla general —dice inclinándose hacia adelante—, intento no hacerme ideas preconcebidas sobre las personas. Pero también es bonito cuando encuentras a alguien que no sabe de algo y, a pesar de eso, puedes ver su instinto: que no tiene razones más allá de lo que siente. Yo tengo pésimas razones para lo que me gusta. Y no estoy pidiendo que te pongas en mi lugar. Sé que nunca me preguntaste, pero podrías haberlo hecho. Yo siempre he querido que me preguntes cosas. Lo que estoy intentando decir es que me gustaría que confiaras en mí; que me lo contaras tú mismo —concluye y le ofrece una sonrisa hospitalaria, de labios abiertos.

Lee no se mueve ni dice nada.

El capitán está a punto de insistir cuando se acciona la radio. Suspira y le pide un segundo con la mano.

Habla en inglés. Lee no entiende lo que dice, pero hasta para él suena rudimentario. Tal vez se deba más al código de comunicación naviero que a su nivel con el idioma, porque la otra voz también rechina tosca. Park descarta utilizar el computador y toma uno de los portaminas blancos. Son de marca japonesa y de tan elegantes casi pasan por un arreglo decorativo en el organizador transparente. Sobre una hoja cuadriculada escribe una cifra. Sus dedos son lampiños y escribe con la izquierda. Park le guiña un ojo, como si estuviera negociando algo por los dos. Tacha la cifra y anota un nuevo número. Tras un breve intercambio, lo subraya con dos líneas impecables. La comunicación se termina. Busca su cajetilla y prende un cigarro. Inclina su cabeza hacia la derecha, con dudas. Examina la cifra otra vez y luego usa la hoja como abanico.

—Nada extraño que no se pueda comprar —explica como si quisiera tranquilizarlo. Corrige su postura y la inclinación de su barbilla—. ¿En qué estaba? Ah, sí, ¿creíste que no te iba a reconocer?

Lee se da masajes en las manos. No es que esté intranquilo, lo principal es evitar un calambre. La garganta le pica y durante todo ese rato ha estado consciente de su tobillo izquierdo. El dolor ya no lo aflige, pero está seguro de tener una lesión. Suplica por un poco de té extendiendo el vaso hacia adelante.

Park se queda mirando sus muñecas temblorosas. Hace un gesto con la boca que parece de pena; también parece sincero.

—Sentí curiosidad por ti desde el principio —continúa como para darle un respiro—. Las mejores relaciones que he desarrollado a lo largo de mi vida han sido con personas que conocí por casualidad y, en tu caso, bueno, la sensación se mantuvo pese a las circunstancias. Es como si nuestro encuentro siempre hubiera dependido del azar, de esa fortuna que nace de la desdicha... El problema de esta clase de trabajo, o más bien, del tipo de gente que encuentra su lugar aquí, es que, independiente del peligro de las faenas, siempre esperan a que ocurra lo

siguiente peor. O sea que nunca están atentos, nunca escuchan. Es como si sus sentidos estuvieran atrofiados... Pero tú no es que seas de otra especie de hombre, es más bien como si todavía no te convirtieras en uno: vas abierto y lo absorbes todo sin esfuerzo ni objetivos; aun con los brazos cruzados, o temblando, permaneces amable a todo lo que se derrama.

Hace una pausa y busca sus ojos. El muchacho siente su mirada, oye su respiración.

—Lee Jae-yong. Llevas el nombre de un hombre muerto —dice y examina la impresión que produce en él con simpatía.

Lee se atreve a pedirle un cigarro.

—Por supuesto, lo que quieras —responde tendiéndole la cajetilla y su mechero—. Quédatelos, por favor.

Lee fuma con ansiedad. Las manos le tiemblan, pero ya no resulta llamativo para ninguno de los dos.

Y no sabe qué responder, su mente está en blanco.

—Me gustaría escucharte —insiste Park— y que dentro de lo posible fueras sincero. No creas que vas a decepcionarme con lo que digas. Como intenté explicar antes, yo no me sentiría decepcionado por ninguna de tus razones. Además —añade sacando una nueva cajetilla y con un tono ligeramente divertido—, me gusta Lee Jae-yong, eso por descontado.

Busca también un nuevo mechero que resulta idéntico al que sostiene el muchacho. Apoya los codos en las manos y deja que el humo suba lento desde su boca.

El coreano termina su cigarro sin decir una palabra.

El capitán suspira.

—Yu Ji-tae, si me permites llamarte así, ¿no te parece gracioso que, contando el océano con la red de cables submarinos que permiten al mundo entero conectarse, sea justamente aquí donde no haya señal? Pero, claro, las noticias no solo navegan por fibra óptica y algunas personas todavía leen en papel. Personas como yo. Debo decirte que durante un tiempo fuiste toda una estrella, sobre todo en el *Chosun Ilbo*. Al principio el caso era hermosamente confuso, pero, lamentablemente, los periodistas terminaron construyendo una tesis bastante coherente de los hechos. Analizaron el papel de tu abuela y el de tu padre evangélico y alcohólico. Bueno, fue él quien más habló con los medios. En el caso de tu madre, aparte de confirmar que jamás había vivido contigo, se negó a dar declaraciones. Por supuesto, eso no impidió que estudiaran a fondo su adulterio. Y también publicaron análisis psicológicos y estadísticas a raíz de tu historia. Todo para entender cómo fue que terminaste como terminaste. Ridículo, ¿no? Mido... ella dijo que la idea del robo fue tuya, que ya estaba lo suficientemente afectada por los acosos del dueño del *norebang* como para contradecirte. Supongo que todo empezó por ella... Después de que intentaste defenderla fue que te despidieron, ¿no? Lee, él...

—Lee Jae-yong era mi mejor amigo —murmura el muchacho.

—Eso ya lo sé —dice Park con indiferencia—. También se ganó un par de portadas. ¿Cómo habían titulado ese reportaje tan cómico? Ah, sí, «El eterno aspirante a pandillero». Según contaban, la Shil Sung Pa lo rechazó en tres ocasiones. ¿Ese era el amigo del que me hablaste, el que «estaba equivocado»? Como sabrás, no pudo hablar a tu favor. Los diarios aseguran que el nombre del asesino es Yu Ji-tae y nadie te vio llorar. Digo, alguien que no sea parte de esta tripulación, en tierra firme.

El muchacho lo recuerda: a Lee en el suelo con una herida en el pecho, justo en el corazón. Pero sobre todo los días previos: lo entusiasmado y feliz que estaba cuando se le ocurrió el plan del autorrobo al *norebang*, y cómo los tres, Mido, Lee y él, se quedaron hasta la madrugada pensando en los detalles. Tal vez fuera gracias a ese recuerdo que vuelve en sí, al impulso que tenía por esos días, y dice:

—¿Han sido injustos con usted, capitán? Cuando alguien te hace daño y tienes que hacer algo al respecto. Entonces se te ocurre una mala idea, pero tu mejor amigo no te dice que es una estupidez, sino que te alienta a hacer algo todavía más estúpido.

—O sea que es cierto que lo querías mucho.

—No es una gran historia —continúa él—. Solo nos equivocamos. Actuamos sin pensar, nada nuevo... Lo que no me calza, para usar sus palabras, es por qué busca comprenderlo. Por qué quiere hacer de confesor, cuando es el capitán del barco. La autoridad máxima en el *Melilla*, ¿o eso de las facultades judiciales está pasado de moda?, ¿siente como si le hubiera quitado algo? Yo tendría que reconocerlo, si usted quisiera. ¿No debería haberme detenido y encerrado en una celda hace mucho? Oh, es decir, ¿es porque todas están ocupadas? ¿Quiere tomar mi declaración? ¿O le pasa como a los otros tripulantes mayores y solo necesita una historia para pasar el rato?

Park entrecierra la vista de golpe y casi ni se nota que lo que hizo fue parpadear. Se acomoda en la silla y, aunque apoya los codos en la mesa, ya no se ve relajado como antes.

—Tienes razón, poco importa lo que hiciste en Busan. Lo fundamental es la decisión que vas a tomar ahora —agrega Park, y por su tono parece que por primera vez tiene que esforzarse para sonar encantador—. Lee Jae-yong, hablamos de alguien que ha dejado de existir, pero eso no significa que Yu Ji-tae pueda esconderse. No si deja pasar...

—¿Cuál es el trato? —lo interrumpe él y Park parece desorientado otra vez; no logra disimular.

—Hay uno —confirma—. Gracias a mi desempeño, en Busan me espera un barco nuevo. Es para ti. Puedes venir conmigo y convertirte en uno de mis oficiales. No se trata de un mejor sueldo o un mejor lugar para vivir, significa que ningún policía va a esperarte en puerto: que tienes una ruta nueva. Sé bien qué buscabas subiendo al *Melilla*. No huir, lo que querías era cumplir el sueño de tu amigo. Ser un marino, vivir su aventura y comprobar en tu propia piel que él podría haberlo hecho: navegar el mundo. Ninguno de los reporteros investigó su relación con la agencia. Y yo puedo ayudarte a que siga siendo así, para mí ya eres él.

—Yo no quiero ser Lee.

—Bueno, quien sea. Lo que quieras, pero conmigo —dice Park sin poder contener su irritación—. Me refiero a una salida. Una apertura. No puedes escapar de algo que necesitas, ¿al menos entiendes eso?

Lee lo observa detenidamente, con verdadero interés.

—Muchas gracias, capitán. Pero no puedo aceptar su ofrecimiento —responde y hace una reverencia tan inclinada que su cabeza toca el borde del escritorio.

—¿No quieres o no puedes?

—Creo que ambas, señor.

Park niega con la cabeza y resopla.

—¿Es porque estás cansado? Puedes tomarte un día libre. Varios, incluso...

—No es cansancio, estoy aburrido.

—¿Aburrido? ¿De mí?

—¿Necesita preguntarme otra cosa? —concluye Lee poniéndose de pie.

Park va hasta él, pero en vez de estrechar su mano, lo sujeta por la espalda para retenerlo. Acaricia su mejilla y se abraza a su pecho.

—¿Qué puedo hacer para conocerte mejor? Yo no le digo a nadie, te prometo que no le cuento a nadie, pero dime qué puedo hacer.

El muchacho también rodea al capitán con sus brazos, pero lo que intenta hacer es sujetarlo, contenerlo, porque parece que su cuerpo se derrama, es como líquido entre sus manos.

—Espero que comprendas que no puedo rogarte, y que tampoco puedo dejarlo así. Si no logré convencerte, al menos debo intentar que te arrepientas. Porque tienes que entenderlo, que nosotros dos somos diferentes, que somos la excepción.

Lee no necesita pensar en ello, es lo único que tiene por seguro: que todos van en el mismo barco, y es un barco pequeño. Pero luego, sin transición, el capitán forcejea y lo convierte en el único al que no se le permite tomar descanso. Otra vez está en la fábrica. Despedazando calamares muertos. Varias voces y el Chamán que se encarga de mantenerlo despierto. Refresca su memoria y la trae al presente. Está a su derecha en la línea de producción. Lee no debe olvidarlo.

—¿Quién trabaja a tu izquierda?

—Alaska —responde Lee, y con eso quiere decir Joe Jiang.

—¿Tu ubicación?

—Latitud sur cuarenta y dos con cuarenta minutos y treinta y ocho segundos. Longitud oeste ochenta con un minuto y quince segundos. Pacífico.

—Bien, pero recuerda sumar treinta minutos cuando te lo pregunte.

—Sí, señor.

—¿Y tu canción favorita?

—No la recuerdo.

—Esa que estabas cantando la otra tarde... Decía algo sobre la chica de tus sueños.

—Sí.

—¿Cómo era? Cántame un poco. Yo te acompaño.

—*Baby, no hay nada más que quisiera hacer, que amarte de pies a cabeza. Porque todo lo que amo se transforma en lo que hago.*

—Sí, esa es —el Chamán se le une y ambos marineros cantan juntos:

Pero si estás buscando a tu chica de ensueño

Nunca seré tu chica de ensueño.

Viviendo en el mundo real,

Buscando a una chica de ensueño.

Tú solo me quieres cuando piensas que estoy mal

Ah, ah, ah, aaaaah...

No creí que me terminarías tratando tan mal.

—Es una canción muy bonita, ¿recuerdas cómo se llama?

—No, señor.

—¿Vas a decirme qué pasó con Park? ¿Por qué te castiga sin descanso ni almuerzo?

—Ya se lo dije.

—Cuéntamelo de nuevo.

Lee lo hace.

—Bien. Ahora dime cualquier cosa, lo que sea que pase por tu cabeza.

—Lee Jae-yong...

—¿Ese amigo que se llamaba igual a ti?

—No.

—No, ¿qué?

—Tenemos nombres diferentes.

—Bueno, cuéntame lo que recuerdas de él.

—Me dijo que tenía que descubrirlo por mí mismo.

—¿Qué cosa?

—Todo.

—¿Todo?

—Sí.

—Pero ¿qué es todo?

—No sé... las cosas buenas y las cosas malas.

—¿Eso dijo él?

—No.

—¿Qué, entonces?

—Fue como una pregunta.

—¿Por qué no lo descubres por ti mismo?

—Eso creo.

—¿Qué más dijo?

—Que él se ganaba su dinero.

—¿Era rico?

—No, pero decía...

—¿Qué?

—No me acuerdo cómo era: «El dinero va y viene» o «Las cosas malas van y vienen».

Pensé que iba a recordarlo.

—Está bien, está bien. Siempre se nos olvidan algunas cosas.

—Me gustaría poder recordar eso.

—No importa.

El Chamán le toca la frente y las manos. Lo refresca con un trozo de hielo.

—Estás ardiendo en fiebre.

—Puedo continuar.

Él desplaza el peso de una pierna a otra. La fábrica está bajo llave, hundida a once mil metros bajo la superficie del mar y los trabajadores siguen rumiando cosas para sus adentros. El presente es una colección de voces, el eco de una señal, y aunque no hay forma de enterarse de qué es lo que dicen, Lee entiende que sus propios pensamientos tienen algo en común con los de todos ellos. Percepción del agua y percepción de la oscuridad. Suspiros subiendo como burbujas, debo muchas disculpas. Ya no puede sentir ni verse las piernas. Tal vez sea jueves. Abajo, una sustancia policromática huele a vísceras de calamar.

Ya, ya, querido, lo llama una voz. ¿Puedes decirme tu ubicación?

Pacífico sur, responde Lee.

Ha dejado de llover. Afuera ya es mediodía, ¿lo sientes?

Afuera, repite él.

Entonces, una pequeña caída.

Las dimensiones comienzan a estrecharse y la visión pasa de quebradiza a brillante. Escucha golpes huecos y comprende que lo que lo sigue es su respiración, que aquello que le impide ver y oír va a dejarlo sin aire. Intenta recordar dónde está: ráfagas de aire, viento nocturno, lo huele. A continuación, el sabor del óxido, la humedad y la madera. Está en cubierta, es de noche, y aunque el mareo y las náuseas persisten, va acostumbrándose a lo que sea que signifique estar despierto. Bajo sus pies, la bandera coreana, con los bordes desgastados. Arriba, las estrellas meciéndose a la par con la embarcación. Alcanza a ver una gran masa de agua por encima de las parrillas, cómo se eleva y queda suspendida. El ruido llega después, mientras es arrojado hacia babor. Antes de que pueda sujetarse, una nueva ola lo golpea, pero por fin está en el suelo. Extiende los brazos y por un instante logra sentir que su cuerpo está quieto y completamente horizontal. Apoya la mejilla en las tablas. Resbala. Y sabe que de nada le sirve recordar que es buen nadador, o que todavía está fuera del agua. Lleva las rodillas a su pecho y deja correr orina tibia entre sus piernas. Tose, escupe, respira. Fuerza la vejiga y resiente el ardor. Pronto se pregunta si el frío va a hacer que muera. Lo piensa largo rato, hasta que consigue apoyar la espalda en la puerta cerrada que baja a la fábrica. Deja de preocuparse por estar bien. Porque entiende que no lo está ni va a estarlo: lo que hace es quedarse atrapado en el brillo de las gotas que humedecen sus pestañas, eso hasta que las parrillas empiezan a descender. Pese al cansancio y a lo importante que es mantenerse lejos del océano, va hasta la orilla para observar el fondo. Pero el mar no parece estar abajo, o atrás, sino arriba y casi a punto de derramarse sobre él. Verlo le transmite una sensación muy rara y tal vez por eso se sienta tan real. Y quizás lo sea. No una gran ola, sino una superficie plana y alta que permanece cerrada mientras el viento barre en un sentido y en otro. Durante la noche, el mar se convierte en una laguna y las plantas acuáticas que ahí viven son como la hierba: tallos tiernos y ondulantes. Solo crecen a esas horas, y aunque dura un momento, los animales suben a pastar. Lee puede ver cómo flotan y se alimentan. Hay ovejas, vacas y bueyes, pero los más hermosos son los cerdos y también son los que más disfrutan divertirse. Van en piaras silvestres sin que la soledad llegue a afectarlos. Ellos prefieren dormir abrazados, y por cada par de orejas que se asoman veinte bucean bajo la superficie. Nadan, nadan, nadan. Lee ve la sombra del cardumen entre los filamentos verdes. Y sabe que las bestias sonríen. Las más hermosas de todas son los cerdos: saboreando antes de tragar, los cerdos jamás pensarían que son mejores que el pasto.

En el extremo opuesto del puente hay una vieja sobre una roca. Más que a su abuela, se parece a la roca y le cuenta lo mucho que le gusta reír mientras siembra en el océano. Después dice: «Te pago dos mil billetes si me traes arena en este vaso».

Él acepta el recipiente y mira dentro. Desde el hueco traslúcido brota la risa de la abuela y una lengua de cerdo púrpura. Lee contiene el aliento y retrocede. Cuando está a punto de caer en la canaleta para calamares, distingue al capitán Park caminando tranquilo, como si diera un paseo. Sobre su dedo índice va un caballito de mar en delicada verticalidad. Tan ligero y

pensativo como una ramita. «Su tema favorito es divagar acerca del amor», escucha que dice el capitán, y entonces corre hacia él. Se inclina a sus pies como si fuera un plato de comida y luego abraza sus rodillas. Quiere suplicar su ayuda, pero de su boca abierta no salen palabras.

Park posa una mano sobre su pelo y baja acariciando su rostro.

—No te aflijas —dice levantando su mirada—. Puedes morir en una dirección u otra, porque tu corazón es afable a todo lo que va y viene.

Lee abre los ojos. Jadea y niega con la cabeza. Intenta gritarle que no quiere morir. Su boca se mueve, pero sigue sin hablar. No se trata del dolor o las palabras, es como si hubiera olvidado cómo hacerlo. ¿Es que ya estoy muerto? Observa alrededor para encontrar algo que pueda nombrar. Las cosas tienen sus formas, pero él no entiende. Nadan, nadan, nadan. *A veces miro hacia atrás y me pregunto si alguna vez dije algo.*

Una cosa pasa cerca suyo. Ahí está otra vez, se eleva por lo alto, en círculos.

—¡Pájaro! —grita—. Pájaro, pájaro, pájaro.

Se llama pájaro, piensa, y luego vienen unos yum, chuss y ays. Don Gaviota aterriza sobre la cima del pequeño mástil en que flamea la luna. Se rasca las plumas bajo su ala izquierda con el pico, tal como lo haría un perro. Dirige la vista a un lado y a otro y, por último, hacia él mismo. El pájaro examina su pecho con ayuda de los dientes incisivos de su pico.

Cuando Lee vio morir a Lee, también era de noche. Él estaba a su lado, tomó sus manos e intentó tranquilizarlo diciéndole que iba a estar bien. «Vas a estar bien», repitió, pero lo único que pudo hacer Lee fue mover los ojos desde su amigo a su pecho y desde su pecho a su amigo, como si intentara decirle: «¿Qué le voy a hacer? Tengo una herida justo en el corazón». Supo que iba a morir y luego tuvo que esperar a que ocurriera.

El muchacho dirige la vista del pájaro a su pecho, tal como hizo Lee. Comprueba que no se ve ningún cuchillo.

Cálmate, se dice. Estás rodeado de mar, pero en tu corazón también hay agua.

Amanece y los crustáceos caminan por encima de sus pies. Avanzan de lado y son blancos porque nunca les da el sol. Si se han acercado a Lee es para ofrecer las caracolas que roban del sur.

Él vuelve al suelo. Apoya el estómago y extiende las manos hacia la cueva que forman dos rocas grandes. Bajo la sombra habitan miles de conchas y piedras pequeñas. También hay jaibas y lagartijas del porte de una uña. Invertebrados, levadura y toda clase de seres diminutos y sensibles que hacen suspirar. Lee toma un puñado de grava y juega con ella hasta que ve pasar a la hormiga zigzagueando sobre la arena. Su trasero enorme es herencia de su madre la abeja, y si camina así de rápido es por influencia de su primo hermano el araña. ¡Un delincuente, el araña! Traficante de drogas, ¡y qué momentos tan gratos han pasado juntos! Cuántas tardes bebiendo de los líquenes, buenos para emborracharse los primos, hijos de la relación abierta entre el hongo y el alga, quienes a su vez descienden de los erizos y cuya estirpe se vincula a la de los primeros *muchachos foca*.

Desde el otro lado, llama su atención el Sol de mar. Antes de que le diera por broncearse, se le podía ver chupando los peñascos con sus miles de dientes. Fue por tomar sol que se puso tan blanco y tieso. ¡Murió blanco! Con la cara blanca y las manos blancas, todo blanco, el primo. Se le olvidó ponerse bálsamo, pero aun así, murió. Aparte de eso, no se desanima. Es por medio de la voluntad que accede al infinito.

Las medusas lo saludan con un gesto de cabeza que entra y sale. Tan formales para sus cosas, de ellas no escucharás palabra. Y un poco más atrás viene la prima Ventolina, ¡años que no la veía! La menor de las hijas del viento, basta que pase una vez para que quede oliendo a princesa. A la bienvenida se unen también las algas. Siempre en el agua, las primas, haciéndose masajes capilares, ¡tanto que les apasiona la peluquería! Lee no termina con sus reverencias cuando distingue a los peces linternas —idénticos no, emparentados—, y un poco más allá, al colosal y solitario camarón. Él no es tu hermano ni tu padre, es tu amigo. Así que solo da consejos o se queja. Los gritos que vienen desde el cielo son de don Gaviota. «Lee», lo llama, «Lee». Un pájaro que vive sin castigos y trabaja para divertirse, igual que su medio hermano el Delfín, que en ese preciso instante hace su aparición. Típico del primo, siempre llegando el último y con aires de lingüista. Lo cierra todo, el muy antipático. No como su cuñada la Ballena, ¡tan solidaria y simpática!, puras cosas buenas, la prima. En eso se parece a la piedra, que, de hecho, ha estado todo ese tiempo ahí tirada, en lo más bajo del infraorden de lo minúsculo y, aun así, tratando de pasar desapercibida. Introvertida y humilde. A la prima no le gusta llamar la atención.

Lee se tiende a su lado, y no pasa mucho tiempo hasta que descubre una concha vacía con forma de espiral. Es muy chiquitita. Acaso la concha más pequeña del mundo y, por eso mismo, imposible de destruir. La sostiene entre sus dedos y observa hacia el interior de su pasillo curvo.

—Ahí me voy a esconder —le advierte a la conchita—. Desde ahora vas a ser mi casa.

Le gusta el tono morado de su pasillo porque es el color favorito de Suni. La última vez que vio a su madre, sacaba anguilas del acuario. Lee sabía que era probable que jamás volviera a verla, pero no pudo apartar su atención de las anguilas. Eran dos y se replegaban sobre sí mismas en el cemento de la calle. A Suni le gusta tratar con anguilas y su color favorito es el tono más pálido de los púrpura.

«¡Lee!», vuelve a gritarle don Gaviota desde el aire.

Y otra vez encuentra a la conchita entre sus dedos.

—Ya sabes ya. Vas a ser mi casa —le repite, y la deja cerca, donde sus ojos la puedan ver.

Aunque visitó a su madre apenas un par de veces, está seguro de lo que haría Suni si presintiera que va a morir: iría hacia la cocina y se pondría a lavar la loza. No se preocuparía por beber agua, gastaría la última gota en dejar todo limpio. Y, sin embargo, ¿qué expresión tendría?

* * *

¡Lee!, grita Joshua al verlo. Agarra su cabeza y le da muchos besos prolongados. Yusril le pregunta si está bien y Joshua complementa sus dudas afirmando que su aspecto es el de esas aves marinas afectadas por la devastadora naturaleza humana: «Parece un pelícano con petróleo», dice. Antes etiquetaban las bandejas de calamar pendientes, y tras la breve celebración y un silencio incómodo, también breve, siguen con el trabajo, que, por suerte, tampoco dura mucho. Pronto arribarán a puerto y, sin más tareas asignadas, van a echarse al pasillo que da a la sala de máquinas para aprovechar el calor.

Mientras el Chamán y Yusril descansan, Joshua no deja de hacerle preguntas a Lee. Para hacerse oír, hablan a gritos. Pero como, a excepción de las tardes en cubierta y algunos almuerzos en el comedor, el ambiente siempre está contaminado por el ruido de diversos

motores, no les resulta raro comunicarse de esa forma.

¿Qué viste?, grita Joshua.

¿Qué vi de qué?!

Cuando estuviste enfermo, ¿CUÁNDO VA A SER?!, agrega subiendo aún más el volumen. ¡Por las caras que ponías parecías poseído!

El coreano dice que no lo recuerda bien.

¿Pero cómo fue?!, grita Joshua y a Lee le da risa lo mucho que abre la boca.

¡Se parecía a estar soñando!, responde. ¡Como soñar en chiquitito!

¿Un sueño?, ¡yo diría una pesadilla! ¡Nosotros pensamos que te ibas a morir!

Perdón, dice Lee, pero los motores se tragan sus palabras.

¿QUÉ?!

¡¡¡DIJE QUE PERDÓN!!!

¡ESTÁ BIEN! ¡El Chamán se encargó de todo con sus brujerías!

Lee asiente con la cabeza y mira de reojo al señor Mun. Sonríe con los ojos cerrados.

¿Tú lo pensaste?!

¿Qué cosa?!

¿QUE TE IBAS A MORIR?!

El coreano cierra los ojos para recordarlo, pero lo único que ve es una conchita de espiral igual de pequeña que sus deseos. Se queda callado hasta que Joshua no aguanta más y lo hace volver tocándole el hombro. Sus tres compañeros lo miran fijo.

¡Sí!, termina por decir Lee.

¿SÍ QUÉ?!

¡PENSÉ QUE IBA A MORIRME!

¿Y?!

¡NO ME MORÍ!

«No me morí», repite Joshua entornando los ojos e imitando su acento coreano. ¡ESO YA LO SÉ!

¡Ya déjate de molestar!, grita Yusril.

¡No es que no quiera contarles, pero no sé cómo explicarlo!

¡Claro, morir debe ser una sensación demasiado inédita!, lo respalda Yusril.

«Una sensación inédita», repite Joshua para sí, aunque solo se enteran por sus labios.

El señor Mun también da su opinión al respecto. Mientras juega con su navaja, grita algo sobre la danza de un dios marino, la tercera de las cosas primordiales y las generaciones pasadas.

Para Lee son frases sin sentido, pero quizás se deba a su convalecencia, porque Yusril responde:

Alá no está aquí, Chamán.

La única función de los dioses, insiste el señor Mun subiendo la voz, ¡ES PROMOVER EL MOVIMIENTO CIRCULATORIO DEL CAOS AL COSMOS, Y DE REGRESO AL CAOS, Y DE REGRESO AL COSMOS, Y AL INFINITO!

El Chamán..., comenta Joshua meneando la cabeza y sin gritar. Ni yo soy tan iluso.

Se quedan mirando la mampara de metal que tienen al frente, callados.

Yusril se acaricia la barba. Lee no recordaba que la tuviera antes de caer enfermo, pero piensa que le queda bien, que se ve muy atractivo.

Joshua se acerca a Yusril, y le aprieta el moretón en el brazo que había estado mirando.

¡¡Ay!!, se queja Yusril, y Joshua se larga a reír.

¡Es que me da risa ese dolor!, se disculpa.

No se dan cuenta en qué momento llega Silbidos, pero de pronto está ahí, gritándoles insultos en coreano. Tiene la cara roja, y aunque gesticula fuera de sí, no parece que haya llegado por casualidad. Quizás porque su mirada está clavada en Yusril, y sonríe de un modo despreciable.

Lee temió que ocurriera otra vez: que se llevara a Yusril o abusara de él ahí mismo. Pero lo que hizo Kang fue agarrar a Joshua por el cuello y tirar de él.

El señor Mun se interpone en su camino y, tras dos puñetazos fáciles, logra liberar a Joshua. El contraamaestre saca su cuchillo y se aleja amenazándolos sin darles la espalda. Ellos no alcanzan a salir de la confusión cuando está de regreso con un rifle en las manos. Entonces obliga al Chamán a ponerse contra la pared y lo toquetea de arriba abajo. Le susurra cosas al oído y luego lo golpea en la nuca. Vuelve a mirar a Joshua. Sonríe y lo toma por el cuello. Aunque este no se resiste, el contraamaestre lo golpea duro, hasta que él mismo queda exhausto. Yusril le ruega a Silbidos que se detenga.

Kang se toma un momento para descansar y vuelve a tomar a Joshua para llevárselo con él. Yusril y el coreano bajan la mirada, sienten cómo se esfuma su calor.

* * *

Pasan dos días, ahora están en el comedor y hay algo extraño en el ambiente: en primer lugar, piensa Lee, no están trabajando. En segundo: pese a las horas libres, los rostros de los tripulantes se ven aún más cansados que de costumbre. Tercero: nadie muestra entusiasmo con el inminente arribo a puerto.

Comen en el suelo.

Joshua sigue callado y, como se trata de él, resulta todavía más penoso verlo con la cabeza gacha y esa mirada monocorde, fija en el trozo de pescado. Esa cara, en la que Lee ha visto cientos de expresiones, en la que cada músculo transmitía una emoción tan diferente como auténtica. Lo peor es que no parece afligida o triste; otra cosa que resulta extraña, y que no deja de inquietar la angustiada imaginación de Lee: ¿cómo es que Joshua nunca puede contener su alegría, pero logra dominar tan bien el dolor?, ¿es que sigue esforzándose por demostrar que el mundo es un lugar hermoso?

Ellos no han conversado sobre qué sucedió (sobre lo que le hizo Silbidos a Joshua tal como se lo hizo a Yusril y a otros marineros), y nadie más parece enterado del asunto: Uwais come haciendo mucho ruido, como si creyera que gracias a los sonidos fuera a alimentarse mejor. El Almeja y Nesto ponen toda su fe islámica en mejorar el sabor: mientras uno se encarga de los rezos, el otro revuelve ceremoniosamente el contenido de los cuencos.

¿Vas a comerte ese pescado o no?, molesta el Mayor a Joshua.

Yusril, dice el Chamán. Pero él ya camina hacia la mesa de los oficiales.

Se ve más alto de lo usual, o convencido, o intrépido, y Lee ya intuye qué es lo que va a hacer, o más bien, por quién va a hacerlo. La tripulación completa lo sigue con la vista y, cuando ya está frente a la mesa de los oficiales, espera lo que demora en prepararse, la respiración de su

ensayo mental y su primer balbuceo.

«Contraamaestre Kang», logra articular Yusril, casi en voz alta.

Silbidos lo ignora llevándose una porción de arroz a la boca y Yoo le ordena que vaya a sentarse. Yusril no se mueve. Permanece comedidamente audaz y repite el nombre del contraamaestre hasta que él levanta la cabeza, con apatía, pero tiene que hacer eso: verlo hacia arriba, tal como se observa a una cascada. Se miran, y es como si Yusril esperara a que los treinta y tres marineros en el comedor puedan confirmarlo. Dice su nombre nuevamente, levanta la mano y le da un golpe a palma abierta.

En la mejilla de Kang florece una cruz rosa, pero su tono pálido resulta tan bello que más que un golpe parece una especie de regalo. Un obsequio para él y para el resto de la tripulación, trae esperanzas, y casi todos sonríen.

Silbidos parpadea. No contraataca ni dice nada, solo parpadea.

Yusril espera un instante antes de desandar el camino. Es un viaje de retorno, pero no parece como si estuviera huyendo. Son pasos tranquilos, como es él, tranquilo e intrépido. Rotundamente franco.

Desde afuera, las olas se escuchan juguetonas.

Lee busca los ojos de Joshua, como si esperara que le dijeran: «Me da risa ese dolor». Él ya va tras Yusril, sacudiendo la cabeza y todo el cuerpo.

El contraamaestre vuelve en sí y se pone de pie: parece decidido a hacer algo terrible y al mismo tiempo sigue inmóvil.

Arréglate el peluquín, dice Yoo por lo bajo.

Algunos ríen. Kang se sienta.

Luego viene un silencio largo, tan largo que Lee termina por darse cuenta de que va dirigido a ellos, a él y al señor Mun.

Idiota, suelta el Chamán, y a continuación se dirige al muchacho: Vamos. A ver si impedimos que lo maten.

Ese ya se mató solo, dice Uwais.

El señor Mun lo toma por la camisa, se lo acerca para olfatear su cara y lo tira.

—¡Vamos! —repite.

Lee sería el único en enterarse: que ocurrió el 5 de diciembre y que ni Yusril ni Joshua sobrevivirían. De modo que ambos quedaron grabados así en su mente: se convirtieron en un refugio conocido y generoso, perfecto y rotundamente franco. «Pero una sentencia de muerte no», se repetiría mirando la forma de las nubes, con viento o sin él, en Tirúa, o más al sur: «Un sacrificio». Años más tarde, cuando aprendiera español, como haría con tanta dedicación, va a preferir llamarlo «oportunidad». Porque descubrirá que eso significa aquella palabra, y eso es lo que ves en el puerto que está frente a ti. Cuando navegas muchos meses en el mar, el puerto es una posibilidad y debes tomarla, incluso si te cuesta la vida.

Fue un jueves.

Ninguno de los oficiales fue por Joshua y Yusril: tras la comida, tuvieron que preparar el fondeo y, antes del anochecer, Park y Silbidos bajaron del *Melilla*.

Lee no pudo encontrarlos, y el Chamán temió que hubieran escapado.

—¿Se puede llegar a la playa nadando desde aquí?

—No sería la primera vez.

—¿Cómo?

El señor Mun negó con la cabeza y le advirtió que ni se lo pensara.

—¿Tú no puedes hacer algo? —preguntó—. ¿Hablar con el capitán a su favor?

—Ya no —dijo él, y de verdad se arrepentía.

Esperaron en la pieza. Lee se esforzó por mantener los ojos abiertos, pero pronto se quedó dormido. En sus sueños vio a sus amigos conversando en la oscuridad de la fábrica:

—Me hiciste sentir muy incómodo, pero lo aprecio —decía Joshua. Fue increíble.

—¡Galáctico! —lo corregía Yusril.

Escucha ruido en la camareta y abre los ojos de golpe. La luz no le permite ver quién está ahí cambiándose la camisa, pero no puede ser la sombra de otro.

¿Yusril?, pregunta.

Con sol o con lluvia, pero siempre soñando, responde su voz.

¿Qué día es?

Día de trabajar, marinero.

Lee todavía no logra ver su cara, pero por su tono, sabe que sonríe.

En cubierta les espera una tarde libre y eterna. El *Melilla* está fondeado en la costa. No en el puerto mismo, pero bastante cerca de la ciudad, tanto, que además de la franja de arena oscura, alcanzan a distinguir las casitas del borde y unos pequeños borrones traslúcidos, algo menos que manchas, y que por su movimiento constante deben ser autos.

El viento es la otra gran novedad. Algo más que frío y golpeando con fuerza, aunque lejos de parecer repentino o dramático, es decir, los tripulantes ya saben que va a durar: que el viento no es una visita, sino el anfitrión. Todos van medio encogidos y con la boca abierta: tan asombrados del nuevo panorama como de la posibilidad misma de sentir asombro, una emoción, algo.

Lee, Yusril y Joshua observan aquella ciudad tan pequeña durante mucho tiempo. De pie en el costado de babor, con las manos refugiadas bajo las axilas, como hipnotizados o estúpidos, felices: techos creciendo hacia lo alto y distribuidos en rectángulos impecables. Renglones grises y salpicones verdes por aquí y por allá.

El señor Mun los llama. Una, dos, siete veces, hasta que logra que lo escuchen.

Van a sentarse junto a él, de espaldas a la baranda de estribor. La canaleta es incómoda, pero las ráfagas de aire no los golpean directo en la cara y todavía ven un pedazo de ciudad.

¿A qué distancia estamos del puerto, Chamán?, pregunta Yusril.

Yo diría que a una milla.

¿Y ahora qué? ¿No vamos a pescar o sí?

Claro que no, esta es una zona económica exclusiva, explica el señor Mun con tono catedrático.

¡Ja! ¿Y cuándo nos ha frenado eso?

Igual no podríamos. Aquí no hay calamares y la noche casi no dura nada.

¿Ah, no?

Solo nos queda esperar, continúa el Chamán, y pasa a explicarles que como navegar por el Estrecho es tan difícil, por reglamento, todos los barcos deben ser capitaneados por un práctico de la Gobernación.

Si tenemos suerte, pueden pasar varios días hasta que llegue nuestro turno.

¿Varios? ¿Cuántos días son varios?

No sé, dos, tres...

¡Y por qué no nos contaste eso antes!, protesta Joshua, y como el viento desordena su pelo en todas direcciones, parece realmente irritado. En realidad, se le ve mejor de ánimo, pero aunque Silbidos no está en el *Melilla*, cada tanto mira de reojo alrededor.

¡Problema tuyo si nunca escuchas!, lo reta el señor Mun.

¿O sea que al final no estamos en Argentina?, pregunta Yusril, girando la visera de su jockey hacia atrás.

¡Claro que no!, afirma Joshua.

Pero si recién dijiste que habías visto una cancha de fútbol y que por eso no podía ser otro país que Argentina.

Seguro que aquí también juegan fútbol... ¿Cómo es que se llama el país que está al lado de Argentina?

Chile, asegura Yusril.

¡Ojalá sea Chile!, dice Joshua con las palmas juntas, todo ilusiones.

Punta Arenas, precisa el Chamán y, sin que nadie se lo pida, empieza a contarles, una vez más, la historia de cuando hizo puerto: Me bajé con el cartón de cigarros y estuve toda la tarde intentando venderlo en la esquina de una plaza. Era un barco japonés, pero había más taiwaneses. Uno en especial...

¿Y cómo lo hiciste para que te entendieran?, dice Yusril después de escuchar la anécdota del taiwanés por enésima vez.

El Chamán se encoge de hombros.

No es que necesitara hablar mucho, eran cigarros...

¿Los vendiste?

¡Claro que los vendí! El problema vino después... cuando fui a comprar comida. Los billetes que me habían pasado eran de mil, y yo pensé: «mil debe ser mucho», pero cuando pagué me dijeron que no alcanzaba para todo lo que yo quería.

O sea que te vieron la cara, se burla Joshua.

Yo también pensé eso al principio, dice el señor Mun con tono seco, pero luego me di cuenta de que quizás no se trataba de los billetes, sino de los cigarros.

¿Porque aquí son más baratos?

El Chamán meneaba la cabeza con impaciencia.

Lo que quiero decir es que los cigarros valían mucho para mí.

O quizás solo te vieron la cara, concluye Joshua.

El señor Mun hace el amago de tirar un manotazo, pero en el último momento se contiene.

Joshua se queda esperando el golpe con los ojos apretados y, cuando los abre, la mueca de susto de su boca se transforma en una línea triste.

Los cuatro se ponen tristes, porque entienden qué asomo de compasión hizo desistir al Chamán. El silencio que guardan parece largo, y también delata lo mucho que desean que Joshua hubiera recibido un buen golpe en la cabeza, como siempre, para hacer como si nada hubiese pasado.

Antes de que se siga poniendo incómodo, Yusril se apura a darle un coscorrón. Se nota que no es ni la mitad de doloroso que los del señor Mun, pero aunque llega con retraso, les alcanza para sortear la inoportuna muestra de cariño del Chamán. O sea que Joshua sigue triste, pero disimula. Los cuatro fingen, y aunque al principio resulta penosamente artificial, siguen esforzándose hasta que termina por parecer auténtico. Lo suficiente para olvidarlo, como han hecho con todo lo demás, y Joshua casi podría haber dicho: «¡Bah!, verdad que yo tenía pena».

No necesitan inventar más: la luz del sol los acompañará hasta medianoche. El oficial segundo duerme una siesta. Tortuga y el comandante Romeo se divierten viendo pelear a las gaviotas por los trozos de calamar podrido que les tiran. Hacen sus apuestas y comentan lo torpes o tramposas que son algunas. El Almeja discute con Navarro y Nesto acicala su rostro con baba. Jueves y sus bonitas pestañas, canta para todos ellos:

Y yo... yo nunca hubiese podido imaginar, ni en un millón de años, que iba a encontrar tantos amores.

¿Qué les parece el viento?, pregunta Joshua. ¡Fuerte lo suyo! Yo creo que aquí nunca hace buen tiempo. Siempre es malo, pero en diferentes formas.

Yusril está a punto de contestar cuando golpea una ráfaga fuerte. Pese al ruido que trae, oyen los gritos de un hombre. Se ponen de pie, pero antes de enterarse de que se trata de Joe, ven su gorra de béisbol Alaska volar a gran altura por cubierta. A un mismo tiempo, los cuatro levantan la cabeza y siguen su trayectoria serpenteante hasta que cae en el agua. La gorra flota, se hunde y vuelve a flotar, y ellos siguen mirando aun después de verla desaparecer, sin decir una sola palabra, casi conmovidos, como si solo ahora comprendieran cabalmente lo que significa perder algo para siempre en el mundo.

Lee ofrece el último cigarro que le queda. Joshua se mete dentro de su camisa para lograr prenderlo y entonces una gaviota lo caga en el hombro. Todavía con las manos por debajo, asoma la cabeza y dice:

¡Este don Gaviota!

Intentan espantar al pájaro con aplausos y gritos, pero él ni caso les hace y sigue oteando el horizonte con un puchero descarado.

¿Por qué será que estos bichos solo cagan en altura?, agrega Joshua mientras se limpia la caca blanca. Y además, ¿qué es eso de andar volando de allá para acá sin sentido? Si yo pudiera volar iría a un lugar específico, no andaría por ahí perdiendo el tiempo.

Los cuatro observan la línea de lámparas: hay más gaviotas que tripulantes.

Pensarán que los barcos son como las ramas de los árboles...

¿Cuándo has visto a una gaviota en un árbol?

Entonces serán como las palomas.

¿Qué pasa con las palomas?

Tampoco he visto a ninguna arriba de un árbol.

Pensarán que los cables son las ramas.

Es que las gaviotas llegaron con los barcos.

¿De dónde sacaste eso?

Pero estas gaviotas son más confianzudas que las de Corea.

Las de Perú eran más grandes, pero no molestaban tanto.

Y las de Japón maullaban como gatos.

Quizás se vuelven locas con tanta luz...

¿Cuánto dijiste que duraban las noches aquí, Chamán?, pregunta Yusril.

Entre cuatro y cinco horas.

Umm...

Se quedan callados mirando los pájaros, con una mezcla de encanto y envidia.

Así que aquí se acaba el mundo...

¡El sur mismo!, concluye Joshua subiendo y dejando caer los hombros.

Sur, repite Lee, y el viento se arremolina en sus oídos.

Yusril le pide el cigarro a Joshua y lo prende dentro de su camisa. Solo tiene otras dos, pero ese tono damasco, piensa Lee, es el que mejor le queda. No, se corrige enseguida. Todos los colores le favorecen y Yusril me gusta mucho. Mucho, mucho, mucho. Una ola cálida refresca su cuerpo. Luego pasea la vista hasta dar con los pies de Joshua: lleva unas bolsas plásticas por calcetines, en la blanca hay rayas azules dibujadas. Por alguna razón, aun tratándose de Joshua, le parece algo insólito.

«Insólito», murmura para sí en indonesio.

Yusril se pone de pie y va de nuevo hacia la baranda de babor. Esta vez no parece hipnotizado: camina con pereza, como si, habiendo saciado el hambre, pudiera darse el gusto de observar la ciudad por el único placer de hacerlo.

Después de dar un gran bostezo, Joshua también se levanta.

Lee ve sus figuras a contraluz unos minutos y termina por unirlos.

El cielo está dividido en partes iguales de azul, lila y amarillo. La luna mengua horizontal, toda regalona, y algunas luces ya comienzan a brillar en la ciudad.

Suspiran.

Ahora vamos a dar la vuelta, dice Lee. ¿Eso sería más como partir de nuevo o como regresar?

Ninguno de sus compañeros responde, pero Joshua extiende la palma abierta hacia adelante, para mostrarles lo cerca que se ve: al alcance de su mano.

Punta Arenas, dice Yusril.

Bien seco se ve...

Umm.

Y el puerto no tiene ni containers.

Allá hay un edificio.

¿Tendrá unos cinco pisos?

Pero tampoco es que sea un pueblo.

¿Se conocerán todos con todos?

Con el viento que hace no creo que salgan mucho a la calle.

Umm.

¿Cuánto es que mide una milla?

Nunca lo supe.

Yo tengo seiscientos en mi bolso..., dice Lee.

¿Qué clase de persona elegiría un lugar así para vivir!

Gente de lo más insólita si solo pueden dormir cuatro horas.

¿Y cómo andamos por casa?

Mientras no se parezcan a sus gaviotas...

Suspiran.

Es más bonita de lo que imaginaba, agrega Yusril.

¿Estamos en problemas, cierto?, pregunta Lee.

Otra vez no hay respuesta. Pero tal vez no se trate de ellos, sino de él. A lo mejor, piensa Lee, es que de nuevo pasaba el rato en mi propia cabeza y no comenté nada. Nadan, nadan, nadan. *A veces miro hacia atrás y me pregunto si alguna vez dije algo.*

Entonces lo escucha, o más bien, se da cuenta de que lo ha estado oyendo durante todo ese rato. Es el ruido de algo pequeño, pero igual de irritante que una piedra rota.

Como es de esperar, proviene de Joshua: está bajo la palma de su mano y lo hace rodar por la baranda de madera.

Lee le pide que se detenga.

¿Esto?, dice Joshua y le muestra con lo que jugaba.

Sujeta entre sus dedos hay una concha muy chiquitita, acaso la concha más pequeña del mundo. Lee entrecierra los ojos y observa su interior, hacia su pasillo diminuto pintado del tono más pálido de los púrpuras. Y ya sentía que iba haciéndose pequeño y que se adentraba por el camino en espiral, cuando Joshua busca sus ojos con una sonrisa.

—Aquí era donde querías vivir, ¿no?

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas que me ayudaron en el proceso de escritura de este libro, pero me gustaría agradecer en especial a las siguientes:

A mis editores y editoras: Francisco Ovando, Josefina Alemparte, Elena Ramírez y Jesús Rocamora, por sus incansables lecturas, paciencia y compromiso.

A Vicente Prieto, Diego Urbina y María José Parra, por entregarme inspiración constante con su sola existencia, por aguantarme en los momentos más difíciles e impulsarme con tanto cariño a seguir.

Estoy en deuda con todos mis amigos que leyeron el manuscrito o capítulos de él. Por tachar, comentar y aportar ideas con total generosidad, gracias a Romina Reyes, Pablo Pastén, Andrés Felipe Solano, Felipe Hasler, Arelis Uribe, Pablo Lincura, C.S. Barandica, Juan Santander Leal, Fabricio Copano, Alejandro Zambra y Francisco Morales.

A mi mamá, que fue la última y primera lectora de *Isla Decepción*, y a mi hermana Macarena por los retoques de data dura.

Infinitas gracias a todas las canciones que cito o reinterpreto libremente en las páginas de este libro. Son demasiados artistas para nombrar —Frank Ocean— pero el siguiente código lleva a la lista de canciones utilizadas:



En «La discusión se abre», la frase «Cuando un arcoíris se forma, yo siempre estoy sorprendida», es mi interpretación de un verso del poema «Catching Fish with Two Hands» de Stacey Tran (*Soap for the Dogs*).

El verso que repite Marcela a modo de rezo en «El día ya iba por los cinco» pertenece al poema XII de e.e Cummings (Traducción de Tomás Browne y Alejandra Mancilla, para la edición de Chancacazo).

En «—Porque me gusta estudiar», la frase «Es que en materia de revelaciones sobrenaturales toda prudencia es poca» está tomada del libro *Lonco Pascual Coña. Testimonio de un cacique mapuche*.

En «Yusril lo atrae hacia sí», la primera frase en cursiva está tomada del poema de Antonio Machado «Anoche cuando dormía».

La frase «muchachos foca» de «Él vuelve al suelo» está tomada del poema «Campanas de diamantes» de Allen Ginsberg.

El fragmento sobre animales pastando en el mar de «Fuerza la vejiga y resiente el ardor» está inspirado en las primeras líneas del texto «Dos cabezas distintas», de Francisco Morales.

Finalmente, gracias a Francisco Ortíz Besoain de la Gobernación Marítima de Punta Arenas y al teniente coronel Marcos Mogilevich, por contestar mis preguntas y ponerme en contacto con distintas fuentes cuando recién empezaba con la investigación para el libro. A David Montolio por sus interesantes y divertidas experiencias como marino mercante y a Cecilia Soojeong Yi por su ayuda con las traducciones al coreano.

Muchas gracias a los pescadores artesanales de Barranco Amarillo por sus entrevistas, en especial al Chico Onofre y Aquiles.

También al reportaje de Rodrigo Fluxá «Misterio en el estrecho de Magallanes» que fue donde comenzó todo. A E. Benjamin Skinner por su libro *A Crime So Monstrous: Face-to-Face with Modern-Day Slavery* y otras investigaciones sobre el abuso laboral en la industria pesquera. Asimismo, a Christina Stringer, Glenn Simmons y Daren Coulston del *New Zealand Asia Institute Working Paper Series* por la valiosa información y testimonios recopilados.

El material que revisé sobre chamanismo coreano es bastante, pero debo especial agradecimiento al libro *Korean Shamanism: Muism* de Tae-kon Kim.

El testimonio sobre los allanamientos policiales en «Nuevos gritos de pánico, un racimo de lacrimógenas cayendo...» está tomado del informe *Estado de Chile y pueblo mapuche: análisis de tendencias en materia de violencia estatal en la región de La Araucanía* realizado por el INDH y el documento de la CEPAL y Alianza Territorial Mapuche: *Desigualdades territoriales y exclusión social del pueblo mapuche. Situación en la comuna de Ercilla desde un enfoque de derecho*.

Isla Decepción
Paulina Flores

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Lindsay Ryklief

© Paulina Flores, 2021
Obra editada en colaboración con Editorial Planeta Chilena
© Editorial Planeta Chilena S. A., 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2021

ISBN: 978-84-322-3914-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

